NONO DE PANÓPOLIS

DIONISÍACAS

CANTOS I-XII

EDITORIAL GREDOS

NONO DE PANÓPOLIS

DIONISÍACAS

CANTOS I-XII

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
SERGIO DANIEL MANTEROLA
Y
LEANDRO MANUEL PINKLER



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 208

Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por M.ª Eugenia Rodríguez Blanco.



Depósito Legal: M 20009-1995.

ISBN 84-249-1687-5. Obra completa.

ISBN 84-249-1688-3. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1995. — 6773.

INTRODUCCIÓN GENERAL

NONO DE PANÓPOLIS

A fines de la Antigüedad, cuando las antiguas creencias cedían paso al ímpetu de las cristianas, el egipcio Nono produjo un curioso reflorecimiento de la épica griega con la elaboración de las *Dionisíacas,* un inmenso *epos* en cuarenta y ocho cantos sobre las glorias del dios Dioniso. El contenido y estilo de esta obra singular, cuya extensión iguala intencionadamente la suma de la *Ilíada* y la *Odisea,* la caracterizan como la última gran producción poética de cuño pagano, y ciertamente un inestimable testimonio mitográfico. No se trata, sin embargo, de un mero ejercicio enciclopédico de versificación mitológica. Antes bien, las *Dionisíacas* presentan en su composición poética una nueva formulación del hexá-

metro, continuación de las limitaciones establecidas por Calímaco. Por otra parte, el contenido del poema exalta la idea de una misión providencial de Dioniso, el dios dilecto de la Antigüedad tardía. No obstante, resultan numerosísimos los problemas planteados por el texto: sus continuas referencias a elementos astrológicos y mistéricos, su ideario mágico y sus sincretismos religiosos, su estilo desbordante y sus articulaciones desconcertantes. Pero, a pesar de las dificultades, resulta innegable el valor de las *Dionisíacas* en un doble aspecto: testimonial y poético.

Ahora bien, nada sabemos de Nono al margen de su obra, por lo que toda afirmación acerca de su vida y sus creencias es absolutamente conjetural, pues carecemos de un artículo del léxico *Suda* acerca de su persona[1], y a excepción de una alusión del historiador Agatias[2], de toda referencia externa. Pero contamos afortunadamente con algunos datos ciertos, de unánime aceptación: es ante todo Nono un egipcio de la ciudad que los griegos llamaban Panópolis, la actual Achmin en el Alto Egipto[3]. En la época de Nono —s. V d. C.— Panópolis fue la patria de varios poetas y filósofos notables, como Horapolón el Antiguo, Ciro y Pamprepio[4];

---

[1] El léxico bizantino no hace ninguna referencia a la persona de Nono en términos biográficos, pero sí alude a él como autor de la *Paráfrasis del Evangelio según San Juan.*

[2] V. Agatias de Mirina, *Hist.* IV 23, 5, donde menciona a Nono como autor de las *Dionisíacas.*

[3] Heródoto *(Hist.* II 91) llama a esta ciudad por su nombre egipcio Quemmis *(Khem-min)* a la que los griegos denominan Panópolis, «ciudad de Pan». La divinidad epónima de la denominación egipcia es Min, un dios itifálico.

[4] Para una ubicación histórica de estos autores, v. P. Chuvin, «Nonnos de Panopolis entre paganisme et christianisme», *Bulletin de l'Asociation Budé* I (1986), 387-396.

y al igual que otras ciudades del Alto Egipto, especialmente Tebas, representó por su aristocracia impregnada de helenismo un bastión pagano contra la propaganda cristiana. Así lo demuestra la confabulación pagana liderada por Pamprepio, el más antiguo discípulo de Nono, en el 483. Aunque resulta controvertido el problema de la cristianización de Egipto[5], no caben dudas acerca de la existencia de una clase culta practicante de los cultos paganos prohibidos por Teodosio I, que había hecho suyos los dioses helénicos y la cultura clásica en desmedro de las tradiciones egipcias más antiguas. Pues bien, en tal medio nació Nono y, como representante de ese helenismo egipcio, de un paganismo agonizante, compuso más de veintidós mil hexámetros dionisíacos, exaltadamente cargados del imaginario helénico.

Entre los escasos testimonios conservados se encuentra el siguiente epigrama, transmitido en la *Antología Palatina* IX 198:

Nono soy yo; Panópolis mi ciudad.
Y en Faros segué con vocífera pica
las estirpes de Gigantes.

Este epigrama anónimo, sin datación precisa y dedicado a «Nono el poeta», ha sido interpretado erróneamente como una alusión a una *Gigantomaquia* perdida compuesta por Nono. Pero es en verdad —como ya ha señalado F. Vian[6]—

[5] Si bien se ha sostenido habitualmente (v. bibl. en el art. cit. de CHUVIN en n. 4) una cristianización lenta del Egipto por la resistencia pagana que sólo desaparecerá con la conquista musulmana, R. S. BAGNALL a partir de estudios onomásticos defiende la tesis de un Egipto masivamente cristianizado a mediados del s. IV (el art. de CHUVIN contiene una síntesis de tal postura).

[6] V. la edición de F. VIAN de Nono: *Les Dionysiaques*, t. I, París, 1976, págs. LVI ss.

una paráfrasis para referirse a las *Dionisíacas.* Los Gigantes —como también el monstruo Tifón en *Dionisíacas,* cc. I-II— son «nacidos de la Tierra», y constituyen un referente mitológico para simbolizar fuerzas muy arcaicas, irredimibles, que se oponen a la instauración de un nuevo orden del mundo, representado por los Olímpicos en la tradición mitológica, y por Dioniso en las *Dionisíacas*[7]. Por esta razón, en la expedición contra los Indios que ocupa gran parte del *epos* noniano[8], los enemigos de Dioniso son llamados Gigantes (XVIII 221; XLVIII 9), y el dios Giganticida (XVII 10; XXXV 343). Por otra parte, el epigrama de *Antología Palatina* menciona la isla de Faros, «la vecina isla» a la que alude Nono al inicio del poema (I 13). Faros está situada frente a Alejandría, un importantísimo centro cultural de la época, donde se supone por estas referencias que Nono compuso las *Dionisíacas*[9]. No faltan, por lo tanto, testimonios para poder afirmar la filiación egipcia del poeta, si se tiene en cuenta además que llama «mi río» al Nilo *(emós rhóos* XXVI 229). Asimismo el c. XLI muestra que Nono permaneció algún tiempo en Bérito, la actual Beirut, para entonces un importante centro de estudios jurídicos[10]. Y el c. XL

[7] V. F. VIAN, *Guerre des Geants,* París, 1956, págs. 169 ss. A pesar de sus analogías, en tanto Titanes y Gigantes son ambos «nacidos de la Tierra», es menester distinguir Gigantomaquia de Titanomaquia (para esta última, v. HESÍODO, *Teog.* vv. 618 ss.).

[8] La expedición de Dioniso y su séquito a la India, que ocupa los cc. XIII-XL, posee numerosas resonancias homéricas —de *Ilíada*— en el léxico y en los tópicos. Resulta, por otra parte, un paralelo de la campaña de Alejandro Magno (v. *infra* págs. 27 ss.).

[9] Faros, la isla habitada por Proteo (v. *Dion.* I 13; *Odisea* IV 354) es también mencionada en XLIII 77. Cf. VIAN, *op. cit.,* pág. 134.

[10] Nono alaba a Bérito como «suelo de la Justicia», *pédon Díkēs* (XLI 145). Así también el emperador Justiniano: «Berytensium pulcherrima civitas, quam et legum nutricem bene quis apellet» *(Praef. Digest.* II 7).

—vv. 311 ss.— testimonia su conocimiento *in situ* de la ciudad de Tiro.

A estos pocos datos acerca de la vida de Nono sólo cabe agregar algunas consideraciones extraídas de la naturaleza de su nombre: *Nónnos* fue, en efecto, un nombre —un sobrenombre en origen— muy frecuente en Egipto desde el s. IV de nuestra era, entre los medios ya cristianizados. Y se ha supuesto, en consecuencia, un origen de familia cristiana para el autor de las *Dionisíacas*[11].

Pero a esta referencia se añade el hecho, indicador de una gran paradoja, de que se atribuye a Nono la autoría de la *Paráfrasis del Evangelio según San Juan*[12], una obra que lleva indiscutiblemente el sello de su estilo y de su esquema del hexámetro[13]. Ahora bien, la existencia de una obra de inspiración cristiana junto a las *Dionisíacas* ha dado a la crítica ocasión de numerosas elucubraciones respecto de las verdaderas creencias del autor: en este sentido el filólogo R. Keydell[14] ha sostenido la tesis de una conversión al cristianismo en los últimos años de su vida. Según este autor, Nono, después de haber escrito las *Dionisíacas*, obra de largo aliento, se habría convertido al cristianismo y compuesto la *Paráfrasis*. Pero esta conjetura, que intenta encontrar una

---

11 Para el problema de la onomástica y la cristianización v. bibl. cit. en n. 5.

12 *Metabolè toû katà Ioánēn euangelíou hagíou*, v. la edición de A. SCHEINDLER, *Paraphrasis S. Evangelii Ioannei*, Leipzig, 1881. El Parisinus (s. XIII) y códices *recentiores* ponen a Nono como autor, mientras que el más antiguo, Laurentianus (s. XI) y el Vaticanus (s. XIV) consideran la obra de autor anónimo.

13 V. F. VIAN, *op. cit.*, pág. XI, y J. GOLEGA, *Studien über die Evangeliendichtung des Nonnos von Panopolis*, Breslau, 1930, págs. 28-62.

14 V. «Nonnos», art. en *Pauly-Wisowa, Realencyclopädie der Klass. Altertumsw.*, XVII, págs. 905 ss.

coherencia en aspectos religiosos, resulta insostenible por evidencias textuales: la *Paráfrasis*, muchísimo menor en extensión, es por estilo y métrica una producción muy inferior a las *Dionisíacas*, y ha de situarse en la cronología relativa como una obra anterior[15].

De los muchos problemas planteados por la convivencia de ambas obras nos interesa detenernos en lo que concierne estrictamente a las creencias del autor[16]. En el contexto histórico de Nono se verifican ante todo dos importantes datos: la creciente conversión egipcia al cristianismo, atestiguada por estudios de onomástica[17], y la preferencia del medio culto por la cultura clásica y la mitología pagana, que aparece claramente en el hecho de que poetas como Trifiodoro, Coluto, Cristodoro y el mismo Nono tratan ampliamente de temas helénicos sin mencionar la religión egipcia más que en sus aspectos sincréticos. En consecuencia, es necesario considerar si estas alusiones suponen una verdadera creencia, o si se deben a factores de inventiva literaria propios de la época[18]. En efecto, el gran filólogo Erwin Rohde[19]

---

[15] F. VIAN —*op. cit.*, pág. XII— la considera «un modeste exercice de versification et d'amplification qui conviendrait mieux à un debutant».

[16] Para este problema, v. especialmente H. BOGNER, «Die Religion des Nonnos von Panopolis», *Philologus* 89 (1934) 320-333, y P. CHUVIN, *loc. cit.*, en n. 4.

[17] V. n. 5.

[18] Tal es efectivamente la pregunta desarrollada por H. Bogner (v. n. 16). Según este autor existe en Nono una *wirkliche Glaube*, «una creencia verdadera» por sus alusiones continuas a la magia, la astrología y los Misterios, creencias efectivas en su época, que Bogner considera genuinamente paganas. Para una mayor precisión sobre el problema, cf. P. CHUVIN, *loc. cit.*, en n. 4.

[19] E. ROHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1876, pág. 476.

sostuvo que Nono pudo haber escrito las *Dionisíacas* a pesar de ser cristiano porque el tratamiento poético del antiguo material pagano no supone necesariamente una creencia verdadera. Pues la cultura clásica constituyó ciertamente para el conjunto de la Antigüedad tardía un patrimonio común, y se producen en esta época los sincretismos más extravagantes, no sólo en las referencias literarias sino incluso en el seno del culto cristiano[20]. De manera que es forzoso concluir que era posible evocar literariamente las figuras de los dioses paganos —como figuras del imaginario colectivo de la época— sin poseer ninguna convicción religiosa.

Sin embargo, aunque tal cosa es posible, entendemos que no es el caso del autor de las *Dionisíacas* por las siguientes razones: en primer lugar, la obra comporta un mensaje muy representantivo de la mentalidad del paganismo tardío, en el que Dioniso —denominado *Kosmokrátōr*, «regente del mundo»— encarna el nuevo orden del universo. Las *Dionisíacas* despliegan en diferentes planos la exultante misión del dios, vivificadora para la humanidad: fundamentalmente como dios del vino —y no en un sentido soteriológico o mistérico—, como configuración de un remedio de penas para los mortales («El soberano Baco lloró para liberar a los hombres del llanto», XII 171). La invención del vino —v. c. XII, *passim*— se manifiesta como un símbolo de una nueva Era, requerida por el mismo Eón —v. c. VII, vv. 1-109—. Asimismo —como ya indicamos— la expedición contra los Indios posee la idéntica significación de la instauración de un nuevo orden, más dichoso para la humanidad. Por último, en la última parte del *epos*, se asocia la misión del

---

[20] P. Chuvin, *loc. cit.*, pág. 391. Para la habitual comparación con Claudiano, v. F. Vian, *op. cit.*, pág. XII.

dios —v. c. XLI, *passim*— con el carácter pacificador y legislativo de Roma. Por otra parte, es pagano el estilo mismo del poema, por la sensualidad barroca de sus descripciones y sus motivos eróticos y su impresionante erudición mitológica. En síntesis —de acuerdo a la sensata afirmación de Chuvin [21]— entendemos que nadie compone más de 22.000 hexámetros en honor de Dioniso sin tener al menos cierta simpatía por el dios.

DATACIÓN

A partir de los distintos testimonios ha de situarse la figura de Nono a mediados del s. V, pues aunque son muchas las discusiones en torno de algunos puntos particulares, como el de la cronología relativa de las dos obras de Nono, no caben dudas acerca de la cronología absoluta.

Como dato más relevante para la datación de la actividad literaria del poeta, ha de tenerse en cuenta la influencia de Nono sobre sus sucesores. En efecto, el rigor métrico de la poesía noniana, continuación de las limitaciones establecidas por Calímaco, redujo a nueve los treinta y dos esquemas del hexámetro homérico [22]; y tal reforma fue adoptada poste-

[21] Cf. P. CHUVIN, *loc. cit.*

[22] Las características de la reforma métrica noniana son las siguientes: disminución de los espondeos (excepto en versos espondeicos), frecuencia de dáctilos, poca utilización de la cesura trocaica, observación estricta de los *zeûgmas,* y otras particularidades métricas y morfológicas. Entre éstas se destaca el hecho de que no puede finalizar verso con acentuación proparoxítona, como una influencia de la pronunciación de la época, que no distinguía entre vocales breves y largas y había ya abandonado el acento musical característico de la época clásica. Cf. P. MAAS, *Griechische Metrik,* Leipzig, 1929, págs. 90 ss.

riormente por los últimos representantes de la poesía helénica[23]: Pamprepio, Trifiodoro, Coluto, Museo, Cristodoro y otros. Y la actividad literaria de estos autores se sitúa entre el 470 y el 510: ha de adoptarse, entonces, el 470 como término *ante quem* para la redacción de las *Dionisíacas.* Otros testimonios confirman, con menor precisión por su referencia tardía, la determinación dada: la alusión del historiador Agatias de Mirina (530 - 580)[24] y la destrucción de la escuela legislativa de Bérito —alabada por Nono en c. XLI— en el 551 por un terremoto[25].

Para la determinación del término *post quem* se ha de referir especialmente el epigrama de Ciro de Panópolis *(Ant. Pal.* IX 130) de 441/2, retomado por Nono en *Dion.* XVI 321; XX 372. Nono demuestra, por otra parte, conocimiento de la *Gigantomaquia* y *Del rapto de Proserpina* de Claudiano *(circa* 395) y asimismo de Gregorio Nacianceno[26].

De manera que la elaboración de las *Dionisíacas* ha de situarse entre los años 450-470, aunque nuevos testimonios podrían dar una mayor precisión a esta conjetura.

Por último, con respecto del problema de la datación de la *Paráfrasis,* sostenemos la anterioridad de esta obra por cuestiones de estilo y métrica —como ya hemos indicado[27]—, cuya redacción ha de situarse después del 431[28].

---

[23] Cf. F. Vian, *op. cit.,* págs. XV ss. en donde se presenta una discusión pormenorizada de los problemas de la cronología.

[24] Cf. n. 2.

[25] Cf. n. 58.

[26] Para más precisiones, cf. P. Friedländer, «Die Chronologie des Nonnos von Panopolis», *Hermes* 47 (1912) 43-59.

[27] Cf. n. 15.

[28] Cf. F. Vian, *loc. cit.*

MITOLOGÍA Y ASTROLOGÍA EN LAS «DIONISÍACAS»

El desarrollo noniano del mito de Dioniso ha sido fuente obligada de los estudiosos[29] porque resulta por su extensión el testimonio más completo. No obstante, su articulación se entremezcla con elementos peculiares de la *Weltanschauung* de la Antigüedad Tardía con especial predominio de alusiones astrológicas[30] imbricadas continuamente en la sucesión del relato. Por cierto, el mito dionisíaco, de carácter exaltado, y la compleja configuración del mismo dios resultaron propicios para la conexión con temas mágicos y astrológicos vigentes en la época, al punto de convivir en el complejo entramado simbólico de las *Dionisíacas.*

Observemos primeramente que el estilo mismo de Nono es dionisíaco: arrebatado en sus adjetivaciones, superabundante al describir las escenas, resulta un *poíkilos hýmnos,* «un canto colorido», según el mismo autor lo anuncia al principio del poema (I 15). Mediante este discurso farragoso pero elaborado en perfectos hexámetros se despliega la narración de la vida de Dioniso, instaurador de una era de júbilo para la humanidad. La *poikilía* constituye ciertamente el principio de la poética noniana, y tal colorido recubre su discurso engarzando los más diversos episodios mitológicos.

---

[29] De los numerosos estudios sobre el dios véase especialmente: W. OTTO, *Dionysos: Mythos und Kultus,* Francfort, 1993; H. JEANMAIRE, *Dionysos. Histoire du culte de Bacchus,* París, 1950; K. KERÉNYI, *Dionysos Archetypal images of indestructible life,* Princeton, 1976; M. DETIENNE, *Dionysos mis à mort,* París, 1977 y *Dionysos à ciel ouvert,* París, 1986.

[30] El principal texto acerca de la relación de Nono y su época con las creencias astrológicas es el excelente libro de V. STEGEMANN, *Astrologie und Universalgeschichte. Studien und Interpretationen zu den Dionysiaka des Nonnos von Panopolis,* Leipzig, 1930.

Respecto del nacimiento de Dioniso *dissótokos,* «el dos veces nacido», Nono narra en el c. VI la historia del primer Dioniso, llamado Zagreo, hijo de Zeus y Perséfone. La importancia de la versión noniana radica en el hecho de que es éste el primer autor que asocia el nombre de Zagreo con la llamada «pasión de Dioniso», esto es, el descuartizamiento de Dioniso por los Titanes. Las dificultades planteadas por este importante episodio mitológico han dado lugar a numerosas interpretaciones[31] por su conexión con el complejo fenómeno del Orfismo. En el relato noniano del nacimiento de Zagreo, «un vástago cornudo» (c. VI, vv. 103 ss.), se resalta la idea de que es determinación destinal que este dios sea el sucesor de Zeus. En el controvertido episodio de los Titanes Dioniso Zagreo es descuartizado con una *mákhaira,* «cuchillo sacrifical», y resucitado inmediatamente para morir otra vez (c. VI, vv. 169 ss.). Pero lo más peculiar de esta versión del mito es que Zeus produce, ante la muerte de su hijo dilecto, una conflagración y un diluvio (vv. 206 ss.) de los que Nono enuncia las circunstancias astrológicas[32]: en el momento del cataclismo «todos los astros transitaban su casa correspondiente» (v. 233) —v. n. 34 del c. VI—[33]. De

[31] Las distintas versiones del mito de los Titanes han sido recopiladas por O. KERN *(Orphicorum Fragmenta,* Berlín, 1922). Para una discusión de los problemas, cf. M. DETIENNE, *Dionysos mis à mort* = *La muerte de Dionisos* (trad. de J. J. HERRERA), Madrid, 1982, págs. 136 ss.

[32] Ya en el comienzo del c. VI Deméter visita a Astreo, cuyo nombre significa «astral», para consultar la interpretación del mapa natal de su hija Perséfone (VI 16-102). El pasaje es representativo de los procedimientos astrológicos de la época, cf. V. STEGEMANN, *op. cit.,* págs. 96 ss.

[33] La doctrina del regreso de las Eras —o Eones— es originariamente persa, y se asocia asimismo con periódicos cataclismos (cf. V. STEGEMANN, *op. cit.,* págs. 110 ss.). Otra mención de la catástrofe aparece en SÉNECA, *Cons. a Mar.* XXVI 6.

este modo, para denotar la producción de eventos especiales en la historia, Nono sostiene su relación con las influencias astrales, tal como lo proclamaban las creencias de la época [34]. En este desarrollo del mito dionisíaco, en el que se vinculan las circunstancias de la vida del dios con una necesidad cósmica, el nacimiento del segundo Dioniso, el hijo de la tebana Sémele, está requerido por las súplicas de Eón. En efecto, este personaje —de *aiṓn* «tiempo», «ciclo temporal», «era»— representa la reinstauración cíclica de Eras sucesivas en el orden del universo. Por lo tanto, la nueva Era tendrá el sello del dios Dioniso.

El segundo Dioniso ocupa el relato de los cc. VIII-XI, pero la historia de su vida se interrumpirá por una nueva digresión astrológica: la narración de las Tablas de Armonía (c. XII, vv. 26 ss.). Las Tablas —en griego *kýrbeis,* el mismo término que designaba las tablas de la ley en Atenas— son seis, pero cada una se divide a su vez en dos cuadros. De manera que, en número de doce, los cuadros representados resultan una equivalencia de los doce signos zodiacales, y en ellos están inscritos —por obra del Primogénito Fanes, una divinidad de las Teogonías Órficas [35]— los acontecimientos más relevantes de la historia del mundo.

Por último, después del enorme relato de la campaña dionisíaca contra los Indios, trata Nono de un tercer Dioniso, al que llama Íaco —nombre dado al dios en las celebraciones eleusinas [36]—. Éste es hijo del mismo Dioniso y de Aura

---

[34] Para una visión de conjunto, cf. F. CUMONT, *Astrology and Religion among the Greeks and Romans,* Chicago, 1912.

[35] También en XLI 337 se mencionan otras tablas de Armonía: en número de siete, corresponden a los siete planetas y han sido inscritas por Ofión.

[36] Cf. OPIANO, *Cineg.* IV 23 ss. Para referencias acerca de Íaco, cf. H. JEANMAIRE, *op. cit.,* págs. 342 y 437.

(XLVIII 238 ss.; 959 ss.) y constituye otra peculiaridad de la versión noniana.

Dado que son numerosísimas las referencias a los Misterios[37], a la Astrología y a elementos mágicos[38], como también las relaciones con el Orfismo[39], remitimos a nuestras notas al extenso texto de las *Dionisíacas*, donde se trata sucintamente de cada problema en particular.

Estructura y contenido del poema

Las *Dionisíacas* narran por completo la historia mítica del dios Dioniso, desde su nacimiento hasta su apoteosis, con el agregado de una gran epopeya: la expedición del dios a la India. El poema comprende cuarenta y ocho cantos, tantos como la suma de la *Ilíada* y la *Odisea*. Como una evidente referencia al texto homérico, la obra se encuentra dividida netamente en dos grupos de veinticuatro cantos, cada uno con un preludio y una invocación a la Musa. Y

[37] Cf. la nodriza de Dioniso, llamada Mistis en IX 111 ss.; Cadmo, introductor de los Misterios en Grecia IV 270 ss.; para los Misterios de los Cabiros, III 73 ss. Para una visión general de los misterios dionisíacos, cf. la excelente obra de W. Burkert, *Antike Mysterien. Funktionen und Gehalt*, Munich, ²1991.

[38] Cf. H. Bogner, «Die Religion des Nonnos von Panopolis», *Philologus* 89 (1934), 320-333, en donde se determinan los principales elementos de las creencias mágicas de Nono, fundamentalmente la de la magia simpatética, la creencia en el poder de las piedras, etc.

[39] Son numerosísimos los pasajes con resonancias órficas, las alusiones a Fanes, a Zagreo, al vocabulario de los *Himnos Órficos*, y del *Lapidario Órfico*. Para la compleja relación entre orfismo y dionisismo, cf. M. Detienne, *loc. cit.*

como es tradición en la épica, se anuncia allí el tema de la obra y una idea aproximada de su contenido. Nono presenta su enorme epopeya bajo el esquema tradicional del encomio real, a la manera de Menandro, el Retórico[40]. En efecto, se encuentran en el mismo orden los cinco principales *tópoi encōmiastikoí:* patria de los ancestros (I-VI), el nacimiento (VII-VIII), la educación (IX-XII), hechos de guerra (XIII-XL), asuntos de paz (XL-XLVIII). Por último, la muerte y los honores *post mortem* son representados en la narración de la apoteosis de Dioniso (XLVIII *in fine).*

Esta distribución nos permite diferenciar tres secciones autónomas: 1) Circunstancias previas, nacimiento y juventud de Dioniso (I-XII); 2) Guerra contra los Indios (XIII-XL); 3) Retorno triunfal de Dioniso y apoteosis final (XL 291-XLVIII).

1) *Historia previa, nacimiento y juventud de Dioniso*

La obra se abre con un preludio (I 1-44) en el que se anuncian los principales hitos del poema. A continuación se presenta la tradicional invocación a la Musa (v. 45) para dar inicio al comienzo del relato: la búsqueda errante de Cadmo de su hermana Europa, raptada por Zeus (vv. 46-136). Ya desde el principio resulta notoria la originalidad de la articulación mitográfica noniana, pues es el único de los testimonios que asocia el episodio de Europa con la *Tifoneia.* En efecto, los vv. 137-320 narran la rebelión de Tifón contra el orden Olímpico para intercalarla con la unión de Zeus y Europa

[40] Tal es la opinión de V. STEGEMANN —*op. cit.,* págs. 104-107—, cf. MENANDRO, *Perì epideiktikôn,* vol. II, ed. Spengel, págs. 368-377. No es de este parecer R. KEYDELL, v. su artículo «Nonnos» en *Real-Encykl.* XVII, págs. 904 ss.

(vv. 321-361). El elemento narrativo que une ambos episodios será en lo sucesivo la figura de Cadmo, pues el hermano de Europa cumplirá un rol decisivo en la *Tifonía* como auxiliar de Zeus. De este modo el episodio de Europa y la *Tifonía* ocuparán los cantos I y II con la siguiente articulación: rapto de Europa, rebelión de Tifón, unión de Zeus y Europa, metamorfosis de Cadmo en pastor para engañar a Tifón (vv. 362-564)[41]. El canto II continúa con la furia de Tifón engañado (hasta v. 162); se narra a continuación el momento culminante de la *Tifonía,* el combate entre Zeus y Tifón, ya descrito por Hesíodo *(Teog.* 820-868), en el que se destacan las innovaciones nonianas: los aliados de Zeus, la furia de Tifón contra las estrellas y otros pormenores. La *Tifoneia* concluye con la victoria de Zeus (vv. 554-563) y el restablecimiento del orden cósmico. Como epílogo, Zeus agradece a Cadmo su colaboración y le anuncia su futuro reinado (II *in fine).*

En el c. III comienza la *Cadmía:* viaje de Cadmo a Samotracia, bodas con Harmonía, fundación de Tebas (III-V)[42]; con el despuntar de la primavera Cadmo llega a Samotracia (III 1-54) donde será recibido por la reina Electra en un banquete palaciego (183-373); Hermes se presenta a Electra para comunicarle la voluntad de Zeus de que su hija Harmonía se case con Cadmo (fin del c. III). Harmonía no acepta

---

[41] Cf. F. VIAN, *Les Dionysiaques,* t. I, págs. 17 ss.

[42] Nono articula las leyendas tebanas y las de Samotracia respecto de Harmonía, la esposa de Cadmo, ya mencionada por HESÍODO *(Teog.* 937, 975). Por otra parte, asocia su nombre con su significado, al decir que Cadmo es preservador de «la armonía cósmica» y esposo de Harmonía (I 398). Además se ha de distinguir de Armonía, el personaje mitológico creado por Nono, la poseedora de las Tablas astrológicas (VII 109; XII 32 ss.; XLI 339 ss.).

en principio casarse con un extranjero errante pero la intervención de Afrodita la persuade (IV 67-178) y parte con Cadmo hacia Delfos de acuerdo a la indicación de Zeus (cf. II 696 ss.); en Delfos el oráculo de Apolo le anuncia que ha de fundar entre extranjeros una ciudad de igual nombre que su patria, la Tebas egipcia (vv. 296 ss.). Nono describe en este punto del relato la persecución por parte de Cadmo y sus hombres, de una vaca que en su deambular por Beocia indicará el emplazamiento de la futura Tebas. Como es habitual en el estilo noniano la narración se complica con alusiones a otros epidosios mitológicos, el de Tereo y Filomela en este caso. A continuación, tras determinar el sitio de fundación de la Tebas beocia, es presentado el combate de Cadmo contra el dragón Dirceo de Ares (vv. 350 ss.), su victoria gracias al auxilio de Atenea y el nacimiento y muerte de los Espartos —«los sembrados» de los dientes del dragón, *Spartoí,* importante tradición tebana— (fin del c. IV). El c. V se abre con la fundación de Tebas mediante el sacrificio de la vaca y la consagración de las siete puertas (V, 1-87); después de estas circunstancias, se desarrolla el relato de las bodas de Cadmo y Harmonía, con la colorida descripción de los regalos de los dioses, en particular del collar otorgado por Afrodita (vv. 88-120). De aquí en adelante, Nono se extenderá en su versión del destino de la progenie de Cadmo (vv. 190-562) con excepción de Sémele, madre de Dioniso, cuyas venturas tratará con detenimiento en los cantos VII y VIII. Nos topamos en primer término con la unión de su hija Autónoe con Aristeo, de donde surgirá Acteón. La versión noniana del mito de Acteón, castigado por Ártemis por ver su desnudez (vv. 287-551), es conjuntamente con la de Ovidio *(Metam.* III 131 ss.) el testimonio mitográfico más completo sobre el nieto de Cadmo. Le siguen sucinta-

mente los relatos de las otras dos hijas de Cadmo: de Ágave, madre de Penteo, y de Ino, madre de Learco y Melicertes (vv. 552-562). El relato se interrumpe con la mención de Sémele y se pasa a contar la historia del primer Dioniso, que será el tema principal del c. VI. De este modo llegamos al desarrollo de los temas dionisíacos en sentido estricto, tras relatar ciertos antecedentes tebanos.

De manera que el poema arriba al punto en que se alude al nacimiento del primer Dioniso, al que Nono denomina Zagreo. Necesario es recordar todos los problemas asociados con el nombre de Zagreo, que hacen de éste el Dioniso órfico, para percibir la importancia del testimonio noniano (cf. *supra* págs. 17-18) pues es ésta la primera versión que asocia el nombre de Zagreo con el primer Dioniso y la conocida pasión del dios: el descuartizamiento por los Titanes (H. JEANMAIRE, *Dionysos. Histoire du culte de Bacchus,* París, 1951, pág. 408). El c. VI comienza con la inquietud de Deméter ante el deseo de los pretendientes por su hija Perséfone; por tal circunstancia decide consultar al profético Astreo —una invención noniana, cuyo nombre se asocia con los astros—. Éste, por conocimiento del momento exacto del nacimiento de Perséfone, construye su mapa astral y vaticina a Deméter el destino de su hija (vv. 16-102). Entonces, tras enterarse de «los himeneos de dragón» deparados para Perséfone, decide ocultarla; pero todo es en vano: Zeus se acerca a la doncella bajo la forma de un dragón y la posee (vv. 104-168). De esta unión surge Zagreo, «un vástago cornudo», quien de inmediato se sube al trono de Zeus y maneja con familiaridad sus armas. A continuación, se nos presenta el importante episodio de los Titanes, descuartizadores del niño con un cuchillo sacrifical —*mákhaira*— a instancias de la celosa Hera (vv. 169-205). Su muerte desen-

cadena, por réplica de Zeus, una conflagración universal y un diluvio, comentados por Nono en términos de circunstancias astrológicas[43]. Después del cataclismo (vv. 229-251) toda la tierra queda bajo las aguas en total desorden de los elementos (vv. 255-365). Pero, ante las súplicas de Eón —*aiṓn*, personificación de la Era—, Zeus ordena a Posidón que clave su tridente en la cima Tesalia para desagotar la tierra. Las aguas bajan y se restablece el orden cósmico (fin del c. VI).

Después del cataclismo, comienza un nuevo momento del desarrollo del mundo. Sin embargo, la nueva generación de hombres originada por Deucalión, el personaje mitológico habitualmente asociado con el diluvio, vive entre pesares. Entonces, es nuevamente Eón el encargado de dirigir sus súplicas a Zeus para implorar por la salvación. El primero entre los dioses promete enviar a la tierra un alivio de penas (VII 1-109). Después de esta escena, crucial para el significado de toda la obra[44], queda anunciado el futuro nacimiento de Dioniso, dios del vino, y se pasa al relato de la unión de Zeus con Sémele, la hija de Cadmo: en los vv. 108-307 se narra cómo Eros flecha a Zeus ante la visión de la hermosa Sémele y el tremendo deseo del Crónida. Se cierra el c. VII

[43] Son muchos los problemas planteados por este pasaje, en el que aparecen asociados temas esenciales para la significación del *epos* noniano: el descuartizamiento del primer Dioniso, la conflagración universal y el diluvio subsecuente y las correspondientes referencias astrológicas. V. *supra*, págs. 17-18, cf. V. Stegemann, *op. cit.*, págs. 87 ss.

[44] Todo el desarrollo de las *Dionisíacas* despliega esta promesa salvífica de Zeus, personificada en Dioniso y el advenimiento de una Era de júbilo. En un sentido, se asocia con la invención del vino, solaz para las penas humanas (v. c. XII); en otro, con la implantación de la justicia en la tierra, *Díkē* (v. c. XLI).

con la unión de Zeus y Sémele, madre de Dioniso. El c. VIII comienza con la narración del embarazo de Sémele y los ardides de la celosa Hera para destruir a la amante de Zeus (vv. 1-17). Hera, auxiliada por Ápate, personificación divina del engaño, persuade a Sémele para que reclame a Zeus su manifestación total como dios amante (vv. 180-266) a sabiendas de que esto será mortal para ella. En consecuencia, sucede el episodio, célebre en sus distintas versiones (cf. Euríp., *Bac.* 1 ss., 90 ss., 242 ss.) acerca de la epifanía de Zeus-rayo ante su amante. Tras ser fulminada Sémele, Dioniso es rescatado por Hermes por orden de Zeus y cosido en el muslo de Zeus para terminar su gestación (fin del c. VIII).

Desde este punto del relato es Dioniso, claro está, el eje conductor del poema. El principio del c. IX cuenta el segundo nacimiento de Dioniso «el dos veces nacido», *dissotókos,* del muslo de su padre Zeus (vv. 1-24). Entonces Hermes, el fiel mensajero del Crónida, lleva al recién nacido de aspecto taurino ante las ninfas, hijas de Lamo, para que sean sus nodrizas (vv. 25-36). Pero nuevamente la cólera de la celosa Hera busca venganza y enloquece a las ninfas. Entonces, el niño salvado por Hermes es conducido junto a Ino, hermana de su madre Sémele. Ella y su criada Mistis —nombre que hace alusión a los Misterios que Mistis transmite a Dioniso— crían a Dioniso, pero Hermes debe nuevamente salvar al niño del enojo de Hera (vv. 55-131). En esta oportunidad es transportado a la morada de Rea, madre de su padre Zeus, con quien transcurrirá su portentosa infancia (vv. 132-205). Entretanto, la furia de Hera, inflamada por el discurso de Sémele en el Olimpo, se abate sobre Ino, a quien enloquece. El resto del canto se ocupa de las desventuras de Ino, sanada por Apolo, y de los adulterios de su esposo Atamante (fin del c. IX), elementos continuados en el c. X con la narración

del filicidio de Learco a manos de su padre Atamante (X 1-126).

El poema retoma entonces el relato de la vida de Dioniso hasta el surgimiento del vino (cc. X-XII). A partir de X 275 se comienza a contar la historia de Ámpelo —cuyo nombre significa «vid»—, mancebo amado por el joven Dioniso: los juegos amorosos y las competencias de destreza, hasta XI 223 donde el episodio se cierra con la muerte de Ámpelo asesinado por un toro. Sucede a continuación el profundo lamento de Dioniso, el llanto lanzado por «el que nunca llora» (vv. 229-483) con inclusión de la historia de Cálamo y Carpo, referida a las epifanías vegetales. Llegado aquí, el relato se interrumpe y se produce un cambio de escena: nos encontramos de pronto en el ámbito celeste en el momento en que se va a dar cumplimiento a las promesas de salvación expresadas por Zeus en VII: «Llegó el tiempo marcado por el destino» (XI 520). Las cuatro Estaciones, *Hôrai,* marchan a la morada de su padre Helio (XII 1-117) para preguntar cuándo será el surgimiento de la vid. Allí se encuentran con las Tablas de Armonía, en donde están inscritos los acontecimientos universales en términos astrológicos[45]. Entonces, al leer los presagios de las Tablas se toma conocimiento de la transformación de Ámpelo en vid, símbolo del júbilo para los hombres y gloria dionisíaca. En consecuencia, el relato vuelve a los lamentos del joven Dioniso por su amado Ámpelo (vv. 117-171), pero las Moiras le anuncian que será transformado en vid como un don para la humanidad.

[45] La concepción noniana reconoce, como comienza a atestiguarse desde el s. II d. C., una total influencia de las variaciones planetarias sobre los acontecimientos históricos. Para esta concepción, cf. A. J. FESTUGIÈRE, *La Révélation d'Hermès Trismégiste:* VII. *Le Dieu Cosmique,* París, 1942.

Resulta esencial en la articulación noniana el hecho de que la gloria otorgada por Dioniso no afecta el destino *post mortem* ni posee en general ninguna connotación mistérica; se trata simplemente del júbilo representado por el vino: «El soberano Baco lloró para liberar a los hombres del llanto» (XII 171), dice el poeta en un hermoso hexámetro al anunciar el advenimiento del vino. Inmediatamente se relata la metamorfosis del joven Ámpelo en vid, el descubrimiento del vino y los festejos de Dioniso y los Sátiros embriagados (fin del c. XII).

2) *Guerra contra los Indios*

La guerra contra los Indios, una suerte de *Ilíada* dionisíaca, ocupa ciertamente la mayor parte del *épos* noniano. El relato, interrumpido en el c. XXV para marcar las divisiones del poema en dos grupos de veinticuatro cantos, se reparte a su vez en dos partes correspondientes al primer y al último año de guerra. En todo este relato predomina por su analogía temática el vocabulario homérico con la generosa adición de adjetivos compuestos. Por otra parte, toda esta saga bélica de Dioniso halla sus resonancias históricas en la invasión de Alejandro Magno[46], pero, aunque plasmada

[46] La expedición de Dioniso a la India no es, con todo, una invención noniana. Incluso el nombre de Deríades, el jefe Indio, aparece ya en un fragmento conservado de las *Basáricas* de Dionisio. Parece haber sido un tema tratado ampliamente en la poesía alejandrina, aunque contamos con escasos testimonios. Para una descripción de los elementos análogos entre Dioniso y Alejandro —quien se había proclamado como *néos Diónysos*—, cf. Stegemann, *op. cit.*, págs. 177 ss. En estas páginas el autor resalta el paralelismo de las dos campañas y de las dos figuras; menciona incluso que Leo es el signo natalicio —según Nono— tanto de Alejandro como de Dioniso.

sobre este molde, la campaña de Dioniso en la India no se agota en esta alusión. Posee, por el contrario, una significación esencial para el conjunto de la obra: encomendada a Dioniso por Zeus (XIII 1 ss.), no es otra cosa que una acción justiciera con el objetivo de preparar al mundo para un nuevo orden. En efecto, los pueblos indios son servidores del sanguinario dios Ares, viven constantemente en sangrienta guerra empuñando armas de hierro [47]. Resulta efectivamente un análogo de la descripción hesiódica de la vida de los hombres de la Edad de Bronce (*Trab.* 143 ss.) para atestiguar que el sentido de la guerra contra los Indios es el de la exterminación de un cierto tipo de hombres pertenecientes a un estadio anterior del orden del mundo.

a) *La expedición a la India.* — Los cantos XIII al XXIV conducen a Dioniso desde Frigia, donde se produce la formación de las tropas, hasta el encuentro con Deríades, rey de los Indios.

El c. XIII comienza con la narración de la imposición de Zeus a Dioniso de someter a los impíos Indios para ganar su aceptación como divinidad en el Olimpo (vv. 1-34). Continúa con el catálogo de las tropas del dios: sus integrantes humanos (XIII 35-568; XIV 219-245) y sus aliados sobrenaturales, Sátiros, Centauros y seres semejantes (XIV 1-202) [48]. El catálogo de las tropas de Deríades será dado posteriormente (XVI 38-fin) [49]. La campaña comienza en Maonia (XIV 250)

---

[47] El nombre mismo de Deríades, jefe de los Indios, se asocia con *dēris*, «combate» en griego (cf. XXIV 70).

[48] KEYDELL (*Hermes* 62 [1927], 395) señala ciertas anomalías en la enumeración de las tropas y propone una ordenación distinta de la transmitida por la tradición textual.

[49] F. VIAN (*op. cit.*, pág. XXXI) sostiene contra KEYDELL (*Hermes* 62 [1927], 394) que la disposición de los catálogos de las tropas responde a una

y conduce a Dioniso hacia el Norte, al país Ascanio (v. 285), al Sudeste del Bósforo, donde se produce el primer encuentro con los Indios Astreo y Celaino (XIV 269-XV 168). Dioniso vence a los Indios al volcar el vino en las aguas del río; los Indios embriagados son tomados prisioneros. Entonces Nono interrumpe la narración de la batalla —retomada en el c. XVII— para pasar a contar el episodio de Nicea (XV 169-XVI, *passim).* El deseo del dios se enciende al verla en el río, pero Nicea —hija de la diosa Cíbele y el río Sangario— rehúye amores y sólo ama la caza, como figura del tipo de Ártemis. Pero al beber del río cuyas aguas habían sido mezcladas con vino Nicea cae dormida en estado de embriaguez y así la poseerá el dios. De las peripecias de esta unión, de la cual nacerá *Teletḗ,* trata el c. XVI[50]. Por último, se nos relata que el dios funda la ciudad de Nicea en honor de su amada[51].

A continuación de la narración de la campaña dionisíaca se nos muestra al dios en su marcha hacia Álibe, donde es recibido amistosamente por el pastor Brongo (XVII 1-87) pero es resistido por el Indio Orontes (XVII 88-fin). Éste al ser vencido por Dioniso se arroja al río, que tomará desde

---

intención deliberada de Nono para lograr una descripción menos monótona (v. n. ant.). Entendemos que la visión de Vian concuerda con el estilo noniano).

[50] Señala F. Vian *(op. cit.,* pág. xx) que las circunstancias de esta unión —como la de Aura en el c. XLVIII— (Nicea inconsciente por la embriaguez, Aura dormida y atada) aluden al tema de la *unio mystica,* en la que la mujer, completamente pasiva, es fecundada por la divinidad. Para el motivo de la joven que huye de la unión *párthenos phygodémnios,* cf. G. D'Ippolito, *Studi Nonniani,* Palermo, 1964, págs. 86-114.

[51] Se trata de una referencia a la campaña de Alejandro: en efecto, después de su victoria sobre el Indio Poro, fundó la ciudad de Nicea sobre el río Hidaspe. La Nicea de Nono se encuentra a orillas del mar Astaquio.

entonces su nombre. Se pasa, entonces, al relato del episodio del rey Estáfilo y su hijo Botris —cuyos nombres, invenciones nonianas, designan al racimo y al fruto de la vid—: la fiesta y las danzas, los relatos de Estáfilo (XVIII), la repentina muerte del rey y los honores fúnebres, con referencias a los de Patroclo en la *Ilíada* (XIX-XX 141). Después de este descanso en Asiria, Dioniso prosigue su curso hacia Arabia pasando por Tiro y Biblos, donde se produce su enfrentamiento con Licurgo (XX 142-XXI 199)[52], que será salvado por la diosa Hera. Nos encontramos en este punto en la última etapa de la campaña a la India (XXI 179-XXIV, *passim),* en la que se cuenta, entre otras cosas, la batalla librada contra las tropas del jefe Indio Tureo al borde del río Hidaspe, con continuas resonancias homéricas (XXII 136-XXIII 116). Ante la completa victoria del dios y el espectáculo de sus compañeros muertos, Tureo, al igual que Orontes, se arroja al río (XXIII 52-78). De inmediato, Hera excita al Indio Hidaspe, dios del río, para que se levante contra Dioniso: contra él se enfrentarán las Bacantes (XXIII 117-XXIV 142). En la parte final del c. XXIV se relatan los lamentos de los Indios por el triunfo de las Bacantes (vv. 179-217). Dioniso ya se encuentra en la India a la espera del combate definitivo contra el jefe máximo Deríades.

b) *Guerra contra los Indios.* — Esta segunda parte de la saga presenta los combates realizados en el territorio de la India (XXV-XL 291). Se abre con un proemio y la invocación a la Musa que, como ya anticipamos, divide en dos el *epos* noniano. Se pasa, entonces, a la *sýnkrisis,* comparación de un rey o héroe con otras figuras ilustres, de Dioniso con

[52] El episodio de Licurgo aparece fragmentado por numerosas lagunas del texto. Así COLLART, *Nonnos de Panopolis,* El Cairo, 1930, pág. 148.

Perseo y Heracles (vv. 22-263). Se anuncia, por otra parte, el combate final contra los Indios y la *Penteida,* las desventuras de Penteo al intentar luchar contra Dioniso. El relato comienza en el séptimo año de la guerra —narración *in medias res*— sin alusión alguna a los anteriores seis, en los que los Indios han vivido bloqueados en sus murallas (XXV 6-8), un indicio comparable en todo al de la *Ilíada* en el décimo año del sitio de Troya.

Ante la larga duración de la guerra, Atis, mensajero de la diosa Cíbele, insta a Dioniso a destruir a los Indios lo más pronto posible (vv. 310-367). Pero antes de dar curso al relato de las acciones bélicas, Nono presenta la descripción del escudo de Dioniso (vv. 384 ss.)[53]. El canto XXVI comienza con el sueño de Deríades. Atenea se le aparece bajo la forma de Orontes y lo incita a armarse para la guerra contra el invansor (XXVI 1-37). Al punto Deríades convoca a su ejército y se pasa al catálogo de sus tropas (fin del c. XXVI). Con el nuevo día llegan los primeros combates, narrados en los tres cantos siguientes (XXVII-XXIX 324). Se intercala, además, en el medio del relato la asamblea de los dioses Olímpicos (XXVII 241-fin), otro notable paralelo de la *Ilíada* (XXI 383 ss.). En esta escena, como en la homérica, los dioses manifiestan sus preferencias por uno u otro ejército[54]. En el c. XXVIII comienzan, entonces, las acciones bélicas, con las que se entemezclan otras referencias mitológicas,

[53] La descripción noniana es un eco de la homérica del escudo de Aquiles en *Ilíada* XVIII. De acuerdo con STEGEMANN, *op. cit.,* págs. 86 ss., la representación de astros y constelaciones en el escudo de Dioniso tiene la significación de un orden cósmico al que se oponen los Indios.

[54] Para la significación del pasaje y sus resonancias homéricas, cf. F. VIAN, «La Theomachie de Nonnos et ses antecedents», *Revue des études Grecques* 101 (1988), 275-292.

como por ejemplo el episodio de la herida del joven Himeneo amado por Dioniso (XXIX 15-178) y el de Ares engañado por Rea (XXIX 325-fin). Continúan, entonces, las descripciones de los combates, del extraordinario valor del Indio Morreo (XXX 1-127) y la muerte del Indio Tectafo (XXX 127-230) para terminar con la primera sección de esta segunda parte de la guerra de los Indios.

En la última parte de la guerra Nono pasa a la descripción de dos acciones desarrolladas paralelamente: la locura de Dioniso y la historia de amor de Morreo y la Bacante Calcómeda (XXX 231-XXXV 340). Es nuevamente Hera la que con un ardid consigue enloquecer al dios: persuade a Perséfone para que una de las Erinias, Megera, trastorne la mente de Dioniso (XXXI 1-104) mientras hace que el sueño, *Hýpnos*, invada a Zeus, como una recreación de la *apátē Diós* homérica. A su vez Afrodita, favorable a Dioniso, hace que Morreo se enamore de la Bacante Calcómeda (XXXIII-XXXV). Todo este extenso episodio mitológico finaliza con la derrota de Hera: al despertar Zeus del engañoso sueño, hace que su esposa cure a Dioniso con su propia leche (XXXV 262-335).

Una vez reintegrado Dioniso al combate, alienta a sus tropas en un largo discurso antes de emprender la última batalla contra Deríades (XXXV 341-fin). El c. XXXVI comienza con la exhortación del jefe Indio a sus seguidores, en la que se anuncia la próxima batalla como la definitiva. Entretanto se produce asimismo entre los dioses la disensión entre los simpatizantes de Dioniso y los de los Indios[55]. Asistimos finalmente al combate definitivo (XXXVI 291-390): Dioniso confunde a Deríades con sus continuas meta-

[55] Cf. artículo de VIAN citado en n. ant.

morfosis hasta que logra maniatarlo con los tallos de la hiedra, una de sus epifanías; Deríades cautivo implora por su salvación, concedida por el dios. Pero, una vez libre, el jefe Indio rehúsa doblegarse e injuria nuevamente a su rival. Con la llegada de la noche termina la escena y queda momentáneamente en suspenso la resolución del conflicto. Mientras tanto, los Radamanes, pueblos de Arabia, han preparado un navío (XXXVI 399 ss.) para sumarse a los aliados de Dioniso; pues, como Rea lo había ya anunciado, la victoria final ha de darse en los mares. Paralelamente, en una asamblea del ejército Indio, Morreo convence a Deríades de enviar un heraldo para retar a Dioniso a una batalla naval (fin del c. XXXVI). El c. XXXVII interrumpe la narración bélica para contar los honores fúnebres por Ofeltes, guerrero dionisíaco. Y el c. XXXVIII relata el episodio de las desventuras de Faetonte, el hijo de Helio. De manera que el anunciado combate naval se desarrolla en el c. XXXIX: la victoria dionisíaca es contundente y los Indios junto con su jefe Deríades logran salvarse huyendo a tierra. Finalmente, el encuentro definitivo entre Dioniso y Deríades tiene lugar en el c. XL (vv. 1-100), en donde el jefe Indio halla la muerte. Sucede entonces el relato del fin de la guerra y los lamentos de las princesas, hasta que el dios designa como monarca al Indio Modeo, reparte el botín de guerra y dirige hacia su patria a sus tropas auxiliares, del mismo modo en que lo hizo Alejandro (XL 275 ss.)[56].

[56] Cf. n. 8.

3) *Retorno triunfal de Dioniso y apoteosis final*

Esta tercera parte del *epos* se subdivide a su vez en dos grupos[57]: el primero (XL 291-XLIII) cuenta el regreso de Dioniso desde la India hacia Frigia; el segundo (XLIV-XLVIII) el viaje hacia Europa y el segundo regreso a Frigia para finalizar el poema con la apoteosis de Dioniso.

De regreso, entonces, el dios visita en compañía de Sátiros y Bacantes por segunda vez Arabia, donde enseña al pueblo sus Misterios (XL 291 ss.). Se dirige, a continuación, a la ciudad de Tiro, patria de Cadmo, por la que siente gran admiración. Dioniso prueba allí por primera vez el néctar y la ambrosía, presagio de la apoteosis que ha merecido por su victoria (XL 411 ss.). El c. XLI narra la visita del dios a Béroe, en Siria, en uno de los momentos más importantes para la significación general de la obra. Nono dedica a Béroe dos encomios con la intención de realzar la función de esta ciudad en la constitución del derecho. Retoma la profecía de un reino indisoluble de los Romanos —ya anticipado en III, vv. 191 ss[58]—. En el primer encomio es descrita la fundación de Béroe bajo el reinado de Crono, en el comienzo de los tiempos (XLI 68 ss.); es la primera ciudad vista por Eón, más antigua que cualquier otra sobre la tierra (vv. 84 ss.), asiento de Afrodita y lugar de nacimiento de Eros. Con un himno (vv. 143 ss.) alaba el poeta a Béroe como «raíz de

[57] F. Vian señala la simetría de la composición de estos últimos ocho cantos (v. *op. cit.*, págs. xxv ss.).

[58] Tal como sostiene Stegemann *(op. cit.*, págs. 190 ss.) Nono considera la soberanía de la Roma imperial y su concreción de la justicia como el *télos* de la historia universal. El símbolo de este reinado es Dice cuya materialización terrena es la ciudad de Béroe, llamada también Bérito, la actual Beirut.

la vida, madre nutricia de las ciudades, extensión de Dice *(Díkē)* y conocedora del derecho». Más intensamente aun son dadas las estrechas relaciones entre Béroe y Dice, personificación de la justicia, en el segundo encomio (vv. 155 ss.): Hermes acude como asistente de parto al nacimiento de Béroe, trayendo las tablas del derecho latino. Entonces Eón, símbolo de la Roma eterna, colocó a la niña por pañales el ropaje de Dice. A su alrededor había paz incluso entre las fieras. Con el tiempo el mismo Zeus sintió deseo por la joven Béroe pero se contuvo y se la cedió a su hermano Posidón. Entonces Afrodita desea fundar una ciudad en honor de su hija Béroe (XLI 271), una ciudad que lleve su nombre como Atenas el de Atenea. De modo que se dirige a consultar a Armonía, poseedora de los oráculos en las siete tablas inscritas por Ofión (XLI 338)[59]. Estas tablas, correspondientes a los siete planetas, indican que a Béroe, como ciudad más antigua, le está asignado el cultivo del derecho. Se nos anticipa entonces que los Romanos cambiarán el nombre de la ciudad en Bérito y recaerá sobre ella el cumplimiento de la profecía (vv. 367 ss.). El mismo presagio de Ofión anuncia que tras el triunfo de Augusto sobre Cleopatra en Actium se completará el reinado de «la dorada Roma» (XLI 390) sobre la tierra por voluntad de Zeus[60].

El c. XLII retoma, entonces, la visita de Dioniso a Béroe en su regreso de la India: Nono narra el deseo del dios por la joven Béroe y su enfrentamiento con Posidón, igualmente ansioso por poseerla. Se cuentan los intentos de seducción

[59] Así como Fanes ha inscrito las Tablas de Armonía (c. XII) referidas a los doce signos zodiacales, es en este caso Ofión el responsable de los presagios contados aquí (cf. II 573).

[60] Más que en Augusto como soberano de la nueva Era, Nono piensa en «la dorada Roma» para la realización de la justicia cósmica, v. n. 58.

de ambos pretendientes hasta que en el c. XLIII se presenta la victoria de Posidón en un combate marino. De inmediato (XLIII 422-fin) tras un discurso consolador de Eros, Dioniso deja Asia para dirigirse a las ciudades griegas. Llega en primer lugar a Tebas. En este punto la narración noniana recrea los temas dionisíacos tratados por Eurípides (v. *Bacantes, passim*): el enfrentamiento de Penteo, el gobernante teómaco, y su tremenda muerte. El destino de Penteo es anunciado desde el comienzo del relato a su madre Ágave, la hija de Cadmo: un sueño le profetiza que ella será la asesina de su propio hijo (XLIV 46-122). El c. XLIV cuenta cómo el pueblo de Tebas se entrega a la embriaguez de Dioniso, mientras su gobernante Penteo injuria al dios insolentemente (vv. 132-187). Dioniso invoca a Selene para manifestar su indignación por la soberbia del rey (vv. 188-277). Con el consentimiento de la diosa lunar, Dioniso enloquece a Ágave y a su hermana Autónoe (XLIV 278-XLV 51) quienes transformadas en Ménades se entregan al delirio báquico danzando entre las montañas. En vano intenta Penteo librar a las mujeres de su delirio; antes bien, encuentra la muerte en manos de su frenética madre (XLV 52-XLVI 264). Se suceden entonces los lamentos de la dolida Ágave, a la que Dioniso consuela con el vino (XLVI 265-fin)[61].

Después del episodio Tebano, Dioniso se dirige al Ática e irrumpe con su frenética danza en Atenas (XLVII 1 ss.) en donde es recibido en la casa de Ícaro. Éste, como mensajero del dios, es el encargado de presentar el vino a sus conciudadanos. El episodio de Ícaro narra la muerte del mismo a

---

[61] La versión noniana difiere de la de EURÍPIDES *(Bacantes,* vv. 1349 ss.) respecto del destino de Ágave. En el relato euripideo ella y su hermana son desterradas.

manos de sus propios compañeros, quienes lo asesinan por creer que han sido envenenados por el vino. Erígone, su hija, se entera de su desgracia en un sueño (XLVII 148 ss.) y tras encontrar su cadáver se ahorca (vv. 205 ss.). Zeus, compadecido, produce el catasterismo de ambos (vv. 246 ss.).

Se pasa en lo sucesivo a la narración del encuentro de Dioniso y Ariadna en Naxos. Al contemplar la imagen de la joven dormida en la arena, Dioniso es tocado por Eros (XLVII 265 ss.). Ella se despierta y se lamenta ante el dios de que Teseo la haya abandonado (vv. 295-418). Dioniso, inflamado por el deseo, le declara su amor y le promete una estrellada corona celestial. Ariadna, reconfortada, se entrega al dios en unión amorosa (vv. 420 ss.). Tras ello, Dioniso se dirige a las proximidades de Argos, donde no son bien recibidos sus cultos. En consecuencia, el dios induce a las mujeres del lugar a la locura. De este modo asocia Nono la historia de Ariadna con la de Perseo (XLVII 472-fin): en efecto, el héroe, aguijoneado por Hera, se enfrenta a Dioniso y por medio de sus armas mágicas convierte en piedra a Ariadna; y hubiese hallado su muerte a manos de Dioniso de no mediar Hermes reconciliándolos. Termina así, entonces, el paso de Dioniso por la Hélade.

El c. XLVIII, el último de la obra, comienza con el regreso de Dioniso a Tracia, donde deberá librar, por el inagotable rencor de Hera, una batalla contra los Gigantes, «nacidos de la Tierra» (vv. 1-89). Tras vencer en la Gigantomaquia, el dios se dirige a Frigia. Allí deberá enfrentarse a una nueva prueba: Sitón, rey de los Otomanos, por una morbosa pasión por su propia hija Palene, mataba a los pretendientes de ésta en tramposos certámenes. Dioniso ha de enfrentarse en un certamen de lucha con la misma Palene —cuyo nombre en griego hace alusión a la lucha pugilística—.

Si bien el dios derrota a la muchacha (vv. 106 ss.), debe también matar a su padre. Se suceden a continuación los relatos de los lamentos de Palene y de su unión con Dioniso (vv. 183 ss.). Después de abandonar Tracia retorna Dioniso por segunda vez a Frigia, a la morada de Rea, donde tiene lugar su encuentro con la cazadora Aura del séquito de la diosa Ártemis. Se vuelve a tratar, como en el caso de Nicea (XV-XVI), el tema de la virgen que huye de la unión sexual, *parthénos phygodémnios:* Dioniso, ardiente de deseo, debe recurrir a Afrodita para poder poseer a la huidiza joven, y la posee sumida en un profundo sueño: De esta unión nace Iaco, el tercer Dioniso, mistérico y eleusino. Pero la joven desesperada se arroja al río Sangario y Zeus la convierte en una fuente (XLVIII 238-947). El niño Iaco es acogido por la diosa Palas y honrado como un dios. Finalmente, la ascensión de Dioniso al cielo, en sólo cinco versos, constituye el cierre de la obra.

De las fuentes de Nono

A propósito de las fuentes hay que considerar en el caso de las *Dionisíacas* que se trata en primer lugar de una obra de fines de la Antigüedad —y de enorme extensión—, y que el egipcio Nono se revela como un gran erudito en los más variados temas. Es necesario, por lo tanto, distinguir entre elementos de neta dependencia textual, paralelismo en tratamiento de temas mitológicos y utilizaciones lexicales y métricas [62]. Estos tres niveles se entremezclan ciertamente en los

[62] Como ya hemos señalado, gran parte de la importancia de Nono se

hechos concretos; pero ha de diferenciarse ante todo el problema de las versiones de los mitos y tener en cuenta la libertad demostrada por el autor en la articulación de los mismos para no ver influencias por doquier[63]. De manera que damos a continuación una referencia sucinta de las fuentes más significativas[64].

Fundamentalmente las *Dionisíacas* se constituyen en una referencia explícita a Homero (I 11-38): además de la extensión del *epos,* que en 48 cantos emula cuantitativamente a la *Ilíada* y a la *Odisea,* las alusiones homéricas constituyen en el léxico y en la temática de muchos episodios el clima general de la obra. Pero Nono se jacta mediante una invocación al «inmortal heraldo de la tierra Aquea» (XXV 253 ss.) de tratar de un tema más excelso en su canto, dedicado a la gloria de Dioniso. Por lo demás, en extensos pasajes del poema —en especial en los amores de Dioniso— el texto es tan poco homérico en su vocabulario como en su espíritu. Si a esto se suman las continuas referencias astrológicas, las alusiones al Medio Oriente y la recurrente *ampliatio* de motivos mitológicos, observamos el predominio de una *mélange* literaria —la ya mencionada *poikilía*— como sello del estilo noniano. Quedan, por supuesto, numerosas dependencias del texto homérico, en las que resalta el léxico del *epos* más antiguo. Muy especialmente toda la elaboración de la guerra contra los Indios presenta enormes paralelismos con la *Ilíada*: la descripción del escudo de Dioniso (XXV

debe a su reforma del hexámetro, continuación de las limitaciones impuestas por Calímaco.

[63] Cf. R. KEYDELL, «Mythendeutung in den Dionysiaca des Nonnos», en *Gedenkschrift für Georg Rohde, Aparchai* 4, Tubinga, 1961, págs. 105-114.

[64] Para una exposición extensa, cf. F. VIAN, *op. cit.,* págs. XLI ss.

384 ss.) con el canto XVIII; el episodio de Licurgo con *Ilíada* XXI; el engaño de Zeus *(Dion.* XXXI-XXXII), los juegos fúnebres, la Teomaquia del c. XXXVI, la batalla junto al mar, y otros *loci*[65].

Por otra parte, encuentran eco en las *Dionisíacas* los principales autores de la tradición helénica: Hesíodo en el episodio de la *Tifoneia* (I-II)[66]; muy especialmente las *Bacantes* de Eurípides por el tratamiento noniano del episodio de Penteo (v. XLIII-XLIV, aunque la versión de Nono difiere en puntos importantes de la de Eurípides); Píndaro es mencionado por su nombre en XXV 21 y retomado en más de un pasaje; Calímaco es sin duda el modelo métrico de Nono; de la épica tardía no faltan las asociaciones con Apolonio y Quinto de Esmirna; y en la bucólica Teócrito y Mosco ejercen su influencia; por último —para terminar con esta larga lista— son importantes las simetrías de muchos pasajes con los *Himnos Órficos* y el *Lapidario Órfico*[67].

Un problema particular se plantea acerca del conocimiento de Nono de los autores latinos. Según ha sostenido R. Keydell, Nono ha conocido con seguridad los cuatro primeros libros de las *Metamorfosis* de Ovidio, y asimismo las *Heroidas*[68]. Y es indudable en muchos respectos su dependencia respecto de Claudiano[69].

Un grupo especial de fuentes es representado por los autores tardíos que tratan de temas dionisíacos, dado que a partir de Alejandro se suceden las referencias literarias al

[65] Cf. G. D'Ippolito, *Studi Nonniani*, Palermo, 1964, págs. 37 ss.

[66] Hay una alusión a la persona de Hesíodo en XIII 76.

[67] Para el conocimiento de Nono de los autores astrológicos, cf. V. Stegemann, *op. cit.*, págs. 6 ss.

[68] En *Gnomon* 38 (1966).

[69] Especialmente de la *Gigantomaquia* y *El rapto de Proserpina.*

dios[70]. No obstante la falta de testimonios con que contamos en este respecto, es indudable la conexión de Nono con las *Basáricas* de Dionisio y el *Dioniso* de Euforión[71].

Historia del texto de las «Dionisíacas»

La tradición manuscrita se divide en dos grupos, según se transmita en el título el nombre de Nono, o no se haga alusión al autor.

El grupo que da como autor a Nono está representado por el papiro de Berlín P. 10567 —contiene fragmentos de los cantos XIV, XV y XVI— denominado Π, aproximadamente del s. VI, y también por un manuscrito del monte Atos (A), hoy perdido[72].

Los otros manuscritos pertenecen todos a la tradición anónima, surgida del Laurentianus 32 16 (L)[73]. Porta la fecha de septiembre de 1280, y contiene varias obras[74]. Se debe por completo a la misma mano y ha sido objeto de dos revisiones principales, que han agregado escolios acerca de ciertos nombres mitológicos o relaciones con otros autores

[70] Para la importancia de Dioniso en época Helenística, cf. H. Jeanmaire, *Dionysos. Histoire du culte de Bacchus,* París, 1951, págs. 351 ss.

[71] Para otras referencias, cf. F. Vian, *loc. cit.*

[72] Este manuscrito ha sido visto por Ciríaco de Ancona en el monte Atos en 1444, cf. F. Vian, *op. cit.*, pág. LXI.

[73] Tal es la opinión de A. Ludwich, *Nonni Panopolitani Dionysiaca,* Leipzig, 1909, págs. XI ss.

[74] Fragmentos de Teócrito, Apolonio, Hesíodo y Pseudo Opiano. Las *Dionisíacas* ocupan los folios 9-173.

de la Antigüedad [75]. El modelo de L, al que el escriba designa como «el antiguo», *tò palaión,* ya estaba escrito en minúscula, con algunas faltas de uncial, según se ha podido notar [76]. En enero de 1423 Francisco Filelfo compra en Constantinopla el Laurentianus y lo lleva a Florencia, donde ha permanecido desde entonces. En el s. XVI un escriba transcribe el Laurentianus en una copia fiel: el Palatinus Heidelbergensis gr. 85 (P), del cual dependen los *recentiores,* en especial el Vindobonensis phil. gr. 45 y 51 (F), utilizado por G. Falkenburg para la *editio princeps,* con traducción al latín (Amberes, 1569).

De acuerdo con F. Vian [77] el editor moderno no ha de tomar en consideración la descendencia de L; lamentablemente, en comparación con éste, P comporta las mejores lecturas, pero su contenido es totalmente fragmentario.

---

[75] Publicados por KEYDELL en el t. II de su edición, pág. 511.

[76] El aparato crítico de la edición de KEYDELL hace referencia a ellas, v., por ejemplo, XVII 6.

[77] Cf. F. VIAN, *op. cit.,* pág. LXV.

Ediciones de las «Dionisíacas»

Editio princeps

G. Falkenburg, *Nonni Panopolitae Dionysiaca,* Amberes, 1569 (con traducción al latín).

Otras ediciones

E. Lubin, *Nonni Panopolitae Dionysiaca,* Hanover, 1605, reeditada en latín en 1610.

F. Graefe, *Nonni Panopolitae Dionysiacorum libri XLVIII,* t. I: cc. 1-24, Leipzig, 1819; t. II: cc. 25-48, Leipzig, 1826.

Comte de Marcellus, *Nonnos. Les Dionysiaques ou Bacchus,* París, 1856 (con traducción al francés).

A. Koechly, *Nonni Panopolitani Dionysiacorum libri XLVIII,* t. I: cc. 1-24, Leipzig, 1857; t. II: cc. 25-48, Leipzig, 1858.

A. Ludwich, *Nonni Panopolitani Dionysiaca,* t. I: cc. 1-24, Leipzig, 1909; t. II: cc. 25-48, Leipzig, 1911.

W. H. D. Rouse, *Nonnos Dionysiaca,* t. I: cc. 1-15; t. II: cc. 16-35; t. III: cc. 36-48, Londres, 1940 (con traducción al inglés).

R. Keydell, *Nonni Panopolitani Dionysiaca,* t. I: cc. 1-24; t. II: cc. 25-48, Berlín, 1959.

La editorial Guillaume Budé, Les Belles Lettres, ha editado —a cargo de F. Vian— un nuevo texto de las *Dionisía-*

cas, con traducción, notas y comentarios con continuas referencias a los textos clásicos. Esta edición es de un valor inestimable, aunque lamentamos su discontinuidad cuya causa ignoramos. Sin embargo el catálogo de Guillaume Budé anuncia la publicación de próximos tomos. Hasta el momento contamos con los siguientes:

F. VIAN, *Nonnos de Panopolis. Les Dionysiaques,* t. I: cc. 1-2, París, 1976 (con traducción al francés).
P. CHUVIN, *Nonnos de Panopolis. Les Dionysiaques,* t. II: cc. 3-5, París, 1976 (con traducción al francés).
G. CHRÉTIEN, *Nonnos de Panopolis. Les Dionysiaques,* t. IV: cc. 9-10, París, 1985 (con traducción al francés).
J. GERBEAU, *Nonnos de Panopolis. Les Dionysiaques,* t. VII: cc. 18-19 (en colaboración con F. Vian), París, 1992 (con traducción al francés).
F. VIAN *Nonnos de Panopolis. Les Dionysiaques,* t. IX: cc. 25-29, París, 1990 (con traducción al francés).

EDICIONES DE LA PARÁFRASIS

COMTE DE MARCELLUS, *Paraphrase de l'Evangile selon Saint Jean,* París, 1861 (con traducción al francés).
A. SCHEINDLER, *Paraphrasis S. Evangelii Ioannei,* Leipzig, 1881.

TRADUCCIONES DE LAS «DIONISÍACAS»

Además de las mencionadas en las ediciones hay que agregar la traducción al alemán de Thassilo von Scheffer en hexámetros:

THASSILO VON SCHEFFER, *Die Dionysiaka des Nonnos,* 2 vols., Múnich, 1929-1933.

Nota textual

Para nuestra traducción hemos seguido el texto establecido por R. Keydell en su casi totalidad. El texto por sí mismo presenta innumerables problemas de lectura, los cuales fueron tratados por el autor de la edición en numerosos artículos. Sólo nos hemos apartado de su lectura en los casos más relevantes, en los cuales hemos procurado volver a los códices —el Laurentianus (L)— siguiendo la tendencia actual de la crítica filológica.

A continuación consignamos las diferencias de lectura hechas a cada canto:

	Texto de Keydell	*Texto adoptado*	
Canto I:			
v. 79	†ταῦρον ἄειρε	τὴν ἤειρε	Vian
v. 178	Ἡνιοχῆος	Ὑδροχοῆος	Vian
v. 368	αἰγίβοτος	αἰγιβότος	Vian
v. 398	πρωτόσπορος	πρωτοσπόρος	Vian
v. 527	πῇ	ποτὲ	L

CANTO II:

v. 144	Κύδνῳ	μύθων	L
v. 182	τένοντι	Δράκοντι	L
v. 238	†καὶ πνείουσαν	ἀμπνείουσαν	Vian
v. 386	βεβριθότα	βεβριθότι	L
v. 401	δενδροκόμοι	δενδρόκομοι	Vian
v. 406	ἰσχία	ἴχνια	L
v. 509	Γιγάντων	λεόντων	L
v. 537	πάλιν	πολύν	L
v. 610	λεόντων	δρακόντων	L

CANTO III:

v. 187	βασιληίδος	βασιληίον	Vian
v. 198	βασιληίδος	βασιληίδες	L
v. 251	χαρπῷ	χαίρῷ	Vian

CANTO IV:

v. 219	;		Vian

CANTO V:

v. 188	ἐπεὶ	ἑῇ	Vian
v. 387	συμφερτῇ	συμφερτή	L
v. 387	ὅλος	ὅλον	L
v. 387	δόμος	δόμον	L
v. 387	ἠχῇ	ἠχώ	L

CANTO VI:

v. 66	ἄπο πώματα	ἐπὶ πώματι	L
v. 85	βιοσσόος	Φαεσφόρος	L
v. 128	Κυανῆς	Κυανῆν	L
v. 161	πεφοβημένον	πεφορημένος	L
v. 238	πορείην	χεραίης	L
v. 343	ἄλμης	ἄγρης	L

CANTO VII:

v. 102	τεῆς	νέης	Rouse
v. 128	τριέλικτον	τρισέλιρτον	L
v. 148	πρήνιξε,νέου	πρήνιξεν,ἑοῦ	L
v. 162	νειόν	νηόν	L
v. 251	δεῖμα	δέρμα	L
v. 275	γυμνός	βαιός	L

CANTO VIII:

v. 73	εἰς χθόνα	ἄξονα	L
v. 137	σιδηροφόροιο	σιδηροφόροιο	L
v. 200	†ἦν ἐπεών	οἰνώπων	Rouse
v. 333	post v. 335	post v. 332	Rouse

CANTO X:

v. 34	στροφάλιγγι	στροφάλιγγα	L
v. 86	Λυαίῳ	Λυαίου	L
v. 190	ἀργυφέοιο	ἀργυρέοιο	L
v. 282	ὁμέψιον	ὁμέστιον	L

CANTO XI:

v. 7	παλαισμοσύνης	ποδωκείης	L
v. 14	νικήσας	νικήσαις	Rouse
v. 55	ὑγροπόρον	ὑγροπόρῳ	L
v. 141	ὁπλῇ	ὀλαῷ	Rouse
v. 209	ἡνιοχεύεις	ἠπεροπεύεις	Rouse
v. 268	πικροῦ	πικρήν	L
v. 286	αὔρη	ὥρη	Rouse
v. 300	λεόντων	δρακόντων	L
v. 378	ταρσῷ	πυρσῷ	Rouse
v. 381	ἑρπύζων	ἑρπύζων δ'	L

CANTO XII:

v. 19	†οὐγίω	Ὠγυγίῳ	Canter
v. 22	†φθινοπωρίδος	σταφυληκόμος	
	ὥρην	Ὥρη	Rouse
v. 152	ἐνναέτης	ἠναέταις	Rouse
v. 314	ἀγχικέλευθον	ἀντικέλευθον	L
v. 357	οἶνον	οἴνου	L

BIBLIOGRAFÍA

Libros

J. BRAUNE, *Nonnos und Ovid,* Greifswald, 1935.

V. BULLA, *Le Dionisiache e l'ermetismo,* Catania-Borriera, 1964.

P. COLLART, *Nonnos de Panopolis. Études sur la composition et le texte des Dionysiaques,* El Cairo, 1930.

G. F. DAMIANI, *L'ultimo poeta pagano,* Turín, 1902.

G. D'IPPOLITO, *Studi Nonniani,* Palermo, 1964.

J. GOLEGA, *Studien über die Evangeliendichtung des Nonnos von Panopolis,* Breslau, 1930.

R. KOEHLER, *Über die Dionysiaka des Nonnus von Panopolis,* Halle,

A. LUDWICH, *Homerischer Hymnenbau nebst seinen Nachahmungen bei Kallimachos, Theokrit, Vergil, Nonnos und Anderen,* Leipzig, 1908.

W. PEEK, *Kristische und erklärende Beiträge zu den Dionysiaka,* Berlín, 1969.

V. STEGEMANN, *Astrologie und Universalgeschichte. Studien und Interpretationen zu den Dionysiaka des Nonnos von Panopolis,* Leipzig, 1930.

M. STRING, *Untersuchungen zum Stil der Dionysaka des Nonnos von Panopolis,* Leipzig, 1930.

A. WIFSTRAND, *Von Kallimachos zu Nonnos: metrisch-stilistische Untersuchungen zur späteren griechischen Epik und zu verwandten Gedichtgattungen,* Lund, 1933.

Léxico

W. PEEK, *Lexikon zu den Dionysiaka des Nonnos,* 4 vols., Berlín, 1968, 1973, 1974, 1975.

Artículos

H. BOGNER, «Die Religion des Nonnos von Panopolis», *Philologus* 89 (1934), 320-333.

J. BRAUNE, «Nonno e Claudiano», *Maia* 1 (1948), 176-193.

L. CASTIGLIONI, «Epica Nonniana», *Rediconti del reale Istituto Lombardo di Scienze e Lettere* 65 (1932), 309-337.

Q. CATAUDELLA, «Sulla poesia di Nonno di Panopoli», *Atene e Roma* 38 (1936), 176-184.

L. P. CHAMBERLAYNE, «A Study of Nonnus», *Studies in Philology* 13 (1916), 40-68.

P. CHUVIN, «Nonnos de Panopolis entre paganisme et christianisme», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* 1 (1986), 387-396.

P. FRIEDLAENDER, «Die Chronologie des Nonnos von Panopolis», *Hermes* 47 (1912), 43-59.

H. GERSTINGER, «Zur Frage der Komposition, literarischen Form und Tendenz der Dionysiaka des Nonnos von Panopolis», *Wiener Studien* 61/62 (1943-47), 71-87.

G. GIANGRANDE, «Emendations and Interpretations in Nonnus' Dionysiaca», *Classical Quarterly* 57 (1963), 63-74; (2) «Beiträge zu den Dionysiaka des Nonnos», *Hermes* (1964), 481-497.

R. KEYDELL, «Nonnos», art. en *Pauly-Wissowa, Realencyclopädie der Klass. Altertumsw.* XVII, págs. 904-920; (2) «Zu Nonnos», *Byzantinisch-neugriechisches Jahrbuch* 4 (1923), 14-17; (3) *ibid.* 5 (1926-1927), 380-389; (4) *ibid.* 6 (1928), 19-24; (5) *ibid.* 9 (1931), 39-44; (6) *ibid.* 12 (1935-1936), 1-11; (7) «Zur Komposition der Bücher 13-40 der Dionysiaka des Nonnos», *Hermes*

62 (1927), 393-434; (8) «Die griechische Poesie der Kaiserzeit», *Jahresbericht über die Fortschritte der klassischen Altertumsw.* 230 (1931), 41-161 (sobre Nono, págs. 99-122); (9) «Eine Nonnos-Analyse», *L'Antiquité Classique* 1 (1932), 175-202; (10) «Textkritisches zu Nonnos», *Hermes* 79 (1944), 13-24; (11) «Mythendeutung in den Dionysiaka des Nonnos», *Gedenkschrift für Georg Rohde, Aparchai* 4, Tubinga, 1961, págs. 105-114.

W. KOCH, «Nonnos als Astrologe», *Die Astrologie* 12 (1930), 321-341.

K. KUIPER, «De Nonno Evangelii Johannei interprete», *Mnemosyne* 46 (1918), 225-270.

E. D. LASKY, «Encomiastic Elements in the Dionysiaca of Nonnus», *Hermes* 106 (1978), 357-376.

L. R. LIND, «Nonnos and Thespis», *Classical Philology* 28 (1933), 208-209; (2) «The date of Nonnos of Panopolis», *Classical Philology* 29 (1934), 69-73; (3) «Un-Hellenic Elements in the Subjet Matter of the Dionysiaca of Nonnus», *Classical Weekly* 29 (1935-1936), 17-20; (4) «Un-Hellenic Elements in the Dionysiaca», *L'Antiquité Classique* 7 (1938), 57-65.

P. MAAS, «Nonniana», *Byzantinisch-neugriechisches Jahrbuch* 2 (1921), 442-444; (2) *ibid.* 3 (1922), 130-134; (3) *ibid.* 4 (1923), 12-13; (4) *ibid.* 4 (1923), 265-269.

P. G. MAXWELL-STUART, «Dionysus and the Fawnskin», *Classical Quarterly* 65 (1971), 357-376.

P. ORSINI, «De Nonnos a Colloutos», *Pallas* 16 (1969), 13-24.

I. OPELT, «Alliteration im Griechischen? Untersuchungen zur Richtersprache des Nonnos von Panopolis», *Glotta* 37 (1958), 205-232.

H. TIEDKE, «Zur Textkritik der Dionysiaka des Nonnos», *Hermes* 49 (1914), 214-228; (2) *ibid.* 50 (1915), 445-455; (3) *ibid.* 58 (1923), 305-321.

F. VIAN, «La Theomachie de Nonnos et ses antecedents», *Revue des Études Grecques* 101 (1988), 275-292.

F. WOLF, «Textkritische Bemerkungen zu Nonnos Dionysiaka», *Philologus* 117 (1973), 102-108.

CANTO I

SUMARIO

— Preludio, vv. 1-44: invocación a las Musas y a los Mimalones; contenido de la obra.
— El rapto de Europa, vv. 45-136: búsqueda de Cadmo de su hermana Europa; Europa por la playa; ella es raptada por el toro y llevada al mar.
— La rebelión de Tifón, vv. 137-162: Cadmo en Cilicia; alzamiento de Tifón; unión de Zeus y Pluto; Tifón roba el rayo de Zeus y lo esconde en su guarida.
— Ataque de Tifón, vv. 163-320: Tifón ataca el cielo; estragos de Tifón sobre la tierra y sobre el cielo; vano intento de Tifón por blandir el rayo.
— Teogamia de Zeus y Europa, vv. 321-361: el toro Zeus arriba a Creta; sarcasmos de Hera; unión de Zeus y Europa; descendencia de Europa; catasterismo del toro.
— La estratagema de Zeus, vv. 362-409: metamorfosis de Cadmo en pastor; Zeus expone su plan a Cadmo y a Eros.
— Encuentro de Tifón y Cadmo, vv. 410-534: promesa de Tifón; discurso de Cadmo; Tifón regala a Cadmo los nervios de Zeus.

EL PRIMERO MUESTRA AL CRÓNIDA, LUCÍFERO RAPTOR DE UNA NOVIA, Y A LA BÓVEDA ASTRAL, SACUDIDA POR LAS MANOS DE TIFÓN

Cuéntame, diosa, la historia de la asistencia del brillante lecho del Crónida, del jadeo del rayo que ejecutó el parto con centelleo nupcial, y del relámpago ayudante de la cámara de Sémele[1].

Relátame el nacimiento de Baco, el dos veces nacido[2]. Zeus lo extrajo, húmedo, del fuego, como un embrión a medio formar; lo sacó del seno de su madre, no asistida por partera. Tras cortarse el muslo con trémulas manos, acogió al niño en un vientre macho, padre y madre veneranda a la par[3]. Bien sabía él de otro alumbramiento, pues antes había disparado de su fecundo cráneo a Atenea, que brilla con las armas, cuando tuvo su sien encinta de una masa increíble[4].

---

[1] En la tradición tebana Sémele es hija de Cadmo y Harmonía. Es la madre mortal de Dioniso, vástago de Zeus (cf. VII 155 ss.; cf. HES., *Teog.* 940 s.; EURÍP., *Bac.* 242, 286).

[2] El apelativo de *dissótokos* «dos veces nacido» alude al doble nacimiento de Dioniso: de Perséfone (cf. VI 155 ss.) y de Sémele (cf. VII).

[3] Toda esta invocación es una síntesis de hechos ampliados posteriormente. Se refiere al hecho de que Dioniso, después de morir su madre Sémele, encinta, terminó su crecimiento prenatal en el muslo de Zeus.

[4] Atenea es llamada «la sin madre» (cf. I 84; VIII 88) porque según la

¡Alcanzadme la férula, Musas! ¡Sacudid los címbalos! ¡Y en la palma sostened el tirso de Dioniso[5], para celebrarlo! ¡Vamos! Cuando alcance a vuestro coro, en la vecina isla de Faros, mostradme al multiforme Proteo: ¡Que aparezca con su colorida imagen, pues colorido es el canto que emprendo[6]!

Por cierto, si Proteo se insinúa en la forma de un reptil[7], enroscado en su cola, cantaré la divina lucha en que el tirso de hiedra despedazó a las espantosas tribus de los Gigantes[8], de cabelleras de dragón. Y si se estremece como un león sacudiendo ufano su melena, clamaré el evohé[9] de Baco. Pues él pudo chupar subrepticiamente, en brazos de la terrible Rea, el pecho de la diosa criadora de leones[10]. Pero, si

---

tradición mitológica, nació del cráneo de su padre Zeus (cf. ESTESÍCORO, *fr.* 233 Page).

[5] Se menciona aquí la parafernalia propia de las celebraciones dionisíacas. El címbalo es una especie de platillo; la férula —*nárthex*— y el tirso son dos tipos de varas tomadas de ciertos árboles como emblemas vegetales (cf. EURÍPID., *Bac.* 105 ss.; v. H. JEANMAIRE, *Dionysos histoire du culte de Bacchus*, París, 1978, reimpr., pág. 16).

[6] Hemos traducido *poíkilon* por «colorido», que significa también «variable», «complicado». Aquí Nono da cuenta de su complejo estilo, al determinar el principio de la *poikilía* que está presente en su obra en la combinación de estilos —épico, bucólico— y su complejidad. V. introducción, pág. 16. Para Proteo ver n. 7.

[7] Proteo es una divinidad marina que habita —según *Od.* IV 354— en la isla de Faros, vecina de Alejandría. La comparación de su *epos* con la figura de Proteo se debe a que éste tenía la capacidad de metamorfosearse.

[8] Los Gigantes juegan un papel especial en la obra de Nono (v. introducción, pág. 10) como potencias arcaicas que se oponen al joven dios Dioniso (cf. V 36; XLII 143).

[9] El *evohé* es el grito de júbilo de las celebraciones de Dioniso, también llamado *Evio* (v. SÓF., *Antíg.* 1134).

[10] Rea, la Titánida madre de Zeus (v. HES., *Teog.* 453), pasa por ser en

cambia su múltiple forma y se lanza como una pantera en tempestuoso salto, con las patas por el aire, mi himno cantará cómo el hijo de Zeus, montado en carros tirados por elefantes con pieles de leopardo, destrozó la estirpe de los Indios [11]. Y si su cuerpo asume la forma de un cerdo, celebraré al hijo de Tíone, que ardía en deseos por Aura, asesina de jabalíes, que fue la madre Cibélide del tercer Baco, el último en nacer [12]. De otra manera, en el caso de que se vuelva una réplica del agua, mi canto recordará a Dioniso, que se hundió en el seno marino, cuando Licurgo se alzó en su contra [13]. Y si se torna una hoja que suelta un falso susurro, traeré a la memoria a Icario, que reventó con diestro pie el fruto de la vid, en una enloquecida cuba [14].

¡Dadme la férula, Mimalones [15]! Estrechad mi pecho, que en lugar de la túnica habitual viste la moteada piel de ciervo, colgada del hombro. Ella está repleta del nectáreo perfume de Marón [16]. Y que junto a la profunda Idótea y

---

Nono la nodriza de Dioniso (cf. IX 153 ss.). En *Ant. Palat.* VI 51, 1 se la menciona como nodriza de fieras y leones.

[11] En esta introducción se hace referencia a episodios que serán contados más adelante. La Guerra de los Indios se extiende del canto XIII al XL.

[12] Tíone es un nombre de Sémele, v. n. 1. El episodio de Aura es relatado en XLVIII 238 ss. El apelativo de Cibélide es sólo geográfico en este contexto, designa a Frigia, el país de Cíbele. El tercer Dioniso es Iaco, mencionado en XLVIII 959.

[13] El enfrentamiento de Licurgo contra Dioniso —*Il.* VI 135— resulta ser el testimonio literario más antiguo en que se menciona al dios, cf. XX 353 ss.

[14] Icario y su hija Erígone son los principales difusores del culto de la vid, cf. XLVII 72.

[15] La denominación de Mimalones como idéntica a la de Bacantes y Basárides está atestiguada desde Calímaco y Licofrón (cf. XLV 19).

[16] La excelencia del licor ofrecido por Marón a Ulises es proverbial desde Homero, *Od.* IX 196 ss.

junto a Homero, sea reservada a Menelao la pesada piel de foca[17].

¡Dadme los evios[18] tambores y la piel de cabra! Mas entregad a otro la flauta doble de dulce melodía, no sea cosa que por eso ofenda a mi querido Febo. Él detesta el sonido del soplo de cañas, desde el día en que sometió a la flauta teómaca de Marsias; tras despojar por entero a sus miembros de su envoltura, colgó su piel de un árbol, inflada por los vientos[19]. ¡Vamos, diosa! ¡Comienza tu relato por la búsqueda errabunda de Cadmo[20]!

Un día, en la costa Sidonia, Zeus, convertido en un toro de altos cuernos, lanzó, de su impostor garguero, un anhelante mugido. Un dulce aguijón lo había pinchado: el pequeño Eros cargaba a una mujer; la llevaba, rodeando su vientre con el doble enlace de sus manos. Y cerca de allí se hallaba el toro, viajero de aguas. Él se posternó y bajó la encorvada cerviz, para que lo monte la muchacha. Y después de ofrecer su relajado lomo, levantó a Europa[21]. Entonces el toro se

[17] El párrafo es una referencia irónica a *Odisea* IV 400 ss., donde Menelao y sus compañeros tienden una emboscada a Proteo, disfrazándose con pieles de foca.

[18] *Evio* es un adjetivo derivado de Evio, otro nombre de Dioniso.

[19] Marsias es un viejo sátiro que fue desollado por Apolo por osar competir con él en el arte musical. V. Luciano, *Diálogos de los Dioses* 16; v. también en Nono, X 232 ss.

[20] En el fin del preludio se hace una nueva invocación a la diosa, para introducir la figura de Cadmo, el mítico fundador de Tebas, que tendrá un rol importante en el combate contra Tifón (I 362; II 29) y protagonizará los relatos de los cantos III y IV. Cadmo es hijo de Agenor.

[21] Comienza así el episodio de Europa, la virgen hija de Agenor, raptada por Zeus, convertido en un toro. Su padre ordenó a sus hijos Cadmo, Fénix, Cílix y Taso que partieran en su búsqueda y no volvieran hasta encontrarla (v. *Il.* XV 321).

hizo a la mar; con su pezuña nadadora, rasgaba el agua silenciosa con paso moderado. Ya sobre el ponto, la joven, aunque presa del pánico, navegaba sin moverse ni mojarse. Al verla, uno creería que es Tetis, o Galatea, o la compañera del que sacude la tierra[22]; o bien supondría que está viendo a Afrodita, sentada sobre la columna de un Tritón. Entretanto, el dios de oscura cabellera[23] admiraba perplejo la navegación de rodantes pasos. Y un Tritón, al oír el mugido engañoso de Zeus, respondió al Crónida, con el melodioso mugido de un caracol, cantor de himeneos. Nereo mostró a Dóride la mujer transportada[24]; y miraron al extraño navegante cornífero con una mezcla de miedo y asombro.

El toro apenas mojaba sus extremidades, mientras la joven, montada sobre él, seguía la travesía. Como temía saltar por el aire, en su húmedo viaje, tomó las astas por timón; aunque el verdadero piloto era el Deseo. Mientras tanto, el engañoso Bóreas hinchó por completo las velas, pues estaba agitado por la brisa nupcial; y perturbado por el deseo, cuyo ardor ocultaba, echó un soplo sobre los dos verdes frutos de los senos de la joven. Por momentos, alguna de las Nereidas, montada sobre un delfín, se asomaba sobre el mar, cortando su extendida bonanza, mientras agitaba su húmeda mano, como si nadara.

El húmedo viajero llevaba a la muchacha, sin que el agua la toque. Era visto a medias, pues curvaba su lomo para

---

[22] Tetis es una deidad marina, hermana y esposa de Océano; Galatea otra divinidad del mar, hija de Nereo. «El que sacude la tierra», *ennosígaios*, es un epíteto de Posidón, v. *Il.* VII 445.

[23] «El de oscura cabellera» es otro epíteto de Posidón (v. n. 22; *Il.* XX 144), una denominación que alude al azul oscuro del mar.

[24] Siguen las referencias a la mitología marina. Nereo, hijo de Ponto y Gea, es el Viejo del Mar *(Il.* XVIII 35). Dóride es su mujer.

transportarla. En su curso, su cola de pescado dibujaba a ambos lados la superficie del ponto. Así la iba llevando él. Mientras el toro apuraba el paso, el boyero Eros le dio con el cinto en el cuello servil; levantó el arco sobre su hombro, como un bastón pastoril; y por el húmedo campo de Posidón guió al esposo de Hera con el cayado de Cipris[25]. Entonces las mejillas de Palas, la sin madre[26], enrojecieron de pudor, al ver que una mujer era jinete del Crónida. Pero Zeus continuaba su marcha de acuáticas huellas, sin que el ponto calme su ansia, porque fue el agua la que parió a la abismal Afrodita, por estar encinta de un surco celeste[27].

Como gobernaba al buey a través de la silenciosa travesía, la joven era carga y piloto a la vez. Entonces, un errante marino aqueo, al ver por el mar a esta suerte de nave animada con ágiles rodillas, exclamó estas palabras:

«¡Ojos míos! ¿Qué maravilla es ésta? ¿Desde cuándo un buey campesino anda cortando las olas con sus patas y nada por el agua incosechable? ¿Acaso el Crónida hace navegable ahora la tierra? ¿Cómo puede un carro, mojado por olas, dejar escrito en el ponto su húmedo rastro?

Presencio entre olas una espuria nave. ¿Será Selene, cansada del cielo, la que atraviesa el mar con un toro sin yugo? ¿O es más bien Tetis, de las profundidades, quien conduce las riendas de esta carrera acuática?

Por cierto que el buey marino no obtuvo en suerte un tipo semejante al terrestre —pues tiene cola de pescado— y

---

[25] «El cayado de Cipris», epíteto de Afrodita, es un talismán que otorga a la mujer poderes de seducción (v. *Il.* XIV 214). En Nono aparece frecuentemente como una fusta, v. IV 177; VII 204; XXXIII, 36.

[26] Cf. n. 4.

[27] Se refiere al nacimiento de Afrodita en la versión hesiódica *(Teog.* 188 ss.).

esta Nereida se muestra distinta: en lugar de andar desnuda, lleva peplo, y conduce entre aguas a un viajero terrestre, sin freno... ¡en verdad, un insólito toro!

Y si de Deméter se trata, la que hace crecer las espigas; si es ella quien rasguña la brillante superficie marina con la pata de un buey que atraviesa aguas, entonces emigra también tú, Posidón. Abandona el pliegue de la profundidad del mar, para andar por las secas superficies terrestres, cual pedestre labrador. Corta los surcos de Deméter con marina nave[28]; y procura en tierra una navegación pedestre de secos vientos.

¡Toro, erraste hasta un lugar ajeno! Pues no es Nereo un boyero, ni Proteo un labrador, ni Glauco un campesino[29]. Pues no hay entre las olas praderas ni pantanos, sino que en el mar incosechable las naves cortan las aguas incultivables con su timón y echan ancla. No lo surcan con acero. Pues los servidores del que sacude la tierra no siembran surcos. Las algas son el único brote del mar; y el marino, su agricultor. En lugar de surcos, existen travesías; en vez de carros,naves.

¿Cómo andas llevando a una virgen? ¿Será que los toros, con mal de amores, raptan mujeres? ¿O quizá Posidón, engañoso, atrapó a una muchacha, bajo el aspecto de un cornudo buey de río? ¿Acaso, después de sus amores con Tiro[30], urdió una nueva treta? Pues ya lo hizo antes: en la

---

[28] Todo el pasaje expone imágenes en que elementos marinos se encuentran con elementos terrestres, como una trasgresión de las leyes de cada reino (cf. VI 300 ss.).

[29] Para Proteo, cf. n. 7; para Nereo, cf. n. 24. Glauco es otra divinidad marina, un mortal que se transformó en dios. Los tres son Viejos del Mar, cf. XXXIX 99 ss.

[30] Sobre Tiro, hija de Salmoneo, a la que Posidón se unió en Tesalia,

forma de un falso Enipeo[31], un acuático esposo fluyó como un líquido, imitando las corrientes fluviales.»

Tales palabras profirió el marino griego, estupefacto, mientras continuaba su navegación.

Entretanto, la joven había adivinado que le aguardaban unas bodas bovinas. Y entonces, a la vez que se arrancaba los cabellos, rompió a llorar a gritos:

«Sordas aguas, mudas rompientes, decid a este toro —si le es dado escuchar a los bueyes—: "Despiadado, perdona a la muchacha".

Rompientes, decidle de parte mía a mi padre, amante de su hija, que Europa dejó su patria, que anda sobre un toro raptor y navegante, y —según creo— también compañero de lecho.

Brisas circulares, llevad a mi padre estos bucles. Ay, te lo suplico, Bóreas. Así como raptaste a esa ninfa Ática, llévame en tus alas por los aires[32]... Pero mejor detente, voz mía, no sea cosa, que después del toro, vea a Bóreas en trance de amores.»

Así hablaba la joven, transportada sobre el espinazo del buey. Desde ese momento Cadmo[33] comenzó su vagabundeo, para ir de tierra en tierra, tras las huellas del toro pretendiente de la ninfa. Llegó hasta la sangrienta cueva de los Arimos[34].

---

bajo la forma del río Enipeo, cf. *Od.* XI 235 ss.; Ovid., *Metam.* VI 116; en Nono v. VIII 245 ss.

[31] Cf. n. 30.

[32] La ninfa Ática raptada por Bóreas es Oritia, cf. II 688; XI 457.

[33] La mención de la partida de Cadmo en busca de su hermana Europa (v. n. 21) sirve como transición del episodio de Europa al de Tifón. Tal sucesión ha parecido abstrusa a los críticos (v. J. Collart, *Nonnos de Panopolis,* El Cairo, 1930, págs. 63-69) pero es característica de Nono.

[34] Desde Homero *(Il.* II 781 ss.) la mayoría de los autores ubican al mítico país de los Arimos en Cilicia, donde Tifón tenía su guarida (cf. n. 33).

En ese tiempo colinas frenéticas abrumaban las puertas del Olimpo infranqueable; y los dioses, sobre el Nilo intempestuoso, imitaban el inasible vuelo de los pájaros, remando entre aéreos soplos en una huella extraña[35]; entre tanto la bóveda celeste era azotada en sus siete zonas[36]. Pues por cierto, cuando el Crónida llegó hasta el lecho de Pluto, para engendrar a Tántalo[37], el insensato ladrón de las copas celestes, había guardado las armas del éter en el interior de una roca, para ocultar su esplendor. Pero los rayos, al estar bajo cubierto, exhalaron un humo que ennegreció la blanca cima de la montaña; y las fuentes hirvieron a causa del oculto resplandor de puntas de fuego; y también el espumeante barranco de Migdonia[38], con sus torrentes montañosos, zumbó con vapor.

Así fue como, merced a una seña de su madre la Tierra, el Cilíceo Tifón[39] no tuvo más que estirar sus brazos para

[35] El texto habla de la coincidencia temporal entre la llegada de Cadmo y la *Tifoneia*, que es relatada en I 163 ss.

[36] Las siete zonas del cielo no son más que las órbitas de los siete planetas conocidos en la Antigüedad: Saturno, Júpiter, Marte, Mercurio, Venus, Sol y Luna, cf. II 349. Cf. V. Stegemann, *Astrol. u. Univ.-gesch.*, 1930, pág. 28 s.

[37] Pluto, hija de Crono o de Atlas, es conocida ante todo por su unión con Zeus, de la que nació Tántalo. Este es conocido especialmente por el robo del néctar y de la ambrosía (v. Píndaro, *Ol.* I 60-64) y el banquete filicida en el que invitó a los dioses a comer a su propio hijo Pélope (v. Píndaro, *ibid.* 36-53; en Nono, XVIII 24).

[38] La Migdonia de la que habla Nono (cf. XIII 568) es la tierra de Cíbele, cerca de Hierápolis (v. F. Vian, *Les Dionysiaques*, París, 1976, nota *ad loc.*).

[39] La morada de Tifón es en Coricos, en la región de Cilicia. Nono no siente contradicción alguna en situar geográficamente a Tifón que en realidad aparece presentado como un monstruo de una escala cósmica: con cien cabezas (la central con forma humana, cf. II 343) de cabellera de

robar las tempestuosas armas de Zeus, armas de fuego. Entonces, abrió sus rugientes fauces dejando al descubierto sus hileras de dientes; y cantó victoria con el grito de sus múltiples fieras, que unieron su voz: sus connaturales serpientes se agitaron sobre sus rostros de leopardo, y chuparon las terribles melenas de los leones. Enlazaron de un lado y otro los cuernos de buey con sus curvas colas. Luego mezclaron a la espuma de los jabalíes el veneno que salía despedido de sus mandíbulas, con extendidas lenguas.

Tifón, después de poner las armas del Crónida en su pétrea madriguera, estiró sus brazos en dirección al cielo, alargados como espigas de trigo. Y dirigió la falange de sus manos en torno de los postreros confines del Olimpo; con una palma estrechaba la Cola del Perro, mientras que con otra aferraba la nuca de la Osa Parrasia[40], inclinada en dirección al eje de la bóveda celeste; y la mantenía en su lugar, como si la tomara de una rienda. Con otra, contenía al Boyero[41], deteniendo su marcha. Y a la vez, con otra más arrastraba a la Estrella de la Mañana[42]. Y en vano silbó, en el principio de su curso circular, el eco matinal del látigo del éter; pues también detuvo al Día[43]. El Toro[44] también fue

serpiente (cf. I 153-162). El tipo corresponde a la imagen de Tifón en Hesíodo (v. *Teog.* 820 ss.).

[40] El Perro es la Osa Menor, llamada *kynossourís* «perruna» por Arato, 308. La Osa Parrasia es la Osa Mayor, porque es el catasterismo de la ninfa Calisto, de Arcadia (cf. II 182) también llamada Parrasia (cf. I 168).

[41] El Boyero o Guardián de la Osa *(Arktophýlax)* está asociado habitualmente a ella (v. *Od.* V 272 ss.).

[42] La Estrella de la Manaña es el Cochero del Carro del Sol (I 206; XII 8 ss.) y no el planeta Venus como es su asignación más habitual.

[43] El Día es *Erigeneia,* la Aurora.

[44] El Toro indica aquí la constelación de Tauro, cf. Vian, *op. cit.,* nota ad loc., v. n. 94.

sujetado; y el carro de Hora[45] se quedó quieto antes de tiempo, antes de terminar su recorrido. Así, a causa de la sombra de los cabellos de sus cabezas de serpiente, la luz se mezclaba con la oscuridad, mientras Selene brillaba de día, porque se había levantado con el Sol.

Pero el Gigante no se detuvo allí, sino que volvió sus pasos del Bóreas al Noto[46], pasando de un polo al otro. Con alargado brazo, tomó a Acuario[47], y castigó la espalda del invernal Capricornio[48]. Al doble Piscis[49] arrojó del cielo al mar. E hizo retroceder a Aries, el astro mesumbílico del Olimpíco[50], sobre el punto primaveral del círculo llameante, en el que el día y la noche se equilibran, en idéntica duración[51].

Gracias a sus rampantes pies, Tífón se colgó de las nubes. Al desplegar el enjambre desparramado de sus manos, cubrió la resplandeciente brillantez del cielo, agitando el tortuoso ejército de sus serpientes: una de ellas pasó, en

---

[45] Hora significa la instancia de un ciclo; si es el anual, Hora es la Estación, si es el diurno, una de las doce horas. Generalmente Nono emplea el término en singular para referirse a Estación, pero en este párrafo se refiere a la hora como curso del tiempo, cf. XII 17.

[46] Es decir, del Norte al Sur (cf. Aristóteles, *Meteorol.* 363 b 25).

[47] Aceptamos la corrección de Vian, *hydrokhoêos* —Acuario— por *ēniokhêos* —Auriga—, cf. Vian, *op. cit.*, nota ad loc.

[48] Capricornio, la constelación más austral del Zodíaco (cf. II 534; VI 222) marca el solsticio de invierno.

[49] Siguen las referencias astrológicas. Piscis es la última constelación zodiacal, después de Capricornio y Acuario.

[50] Aries inicia el ciclo zodiacal, después de Piscis; y es considerado como el ocupante del centro del cielo (v. Arato, 231), por eso se lo denomina mesumbílico.

[51] Aries es la constelación del Equinocio primaveral, cuando los días son iguales a las noches.

línea recta, por la órbita del círculo axial, y brincó sobre la columna del Dragón Celeste[52], mientras silbaba marcialmente. Y otra, al lado de la hija de Cefeo, describiendo en su entorno un círculo perfecto con manos astrales, y ató con otro lazo a la encadenada Andrómeda[53], con oblicuo tejido. Mientras tanto, otra serpiente con cuernos se enredó en las astas del Toro, semejante a ella; y una vez subida sobre la frente del buey, disparó sobre las Híades[54] con abiertas fauces. Pues ellas también se le parecen, como la cornuda Selene[55]. Las ponzoñosas cintas de los ofidios, entretejidas, ciñeron al Boyero[56]. Y una víbora audaz, al ver a la Serpiente del Olimpo, pegó un salto sobre la extremidad del Serpentario[57]. Y así urdió otra corona sobre la Corona de Ariadna[58], mientras curvaba su cuello y enrollaba los anillos de su vientre.

[52] El Dragón Celeste es el Dragón Boreal que separa las dos Osas antes mencionadas (cf. ARATO, 45-62; en NONO, cf. I 251 ss.; XXV 402 ss.).

[53] Andrómeda es la hija de Cefeo, rey de Etiopía. En su leyenda aparece con los brazos encadenados en espera de un monstruo marino (cf. ARATO, 197-204). NONO la menciona frecuentemente en relación a su catasterismo, cf. VIII 100 s.; XVIII 298-302.

[54] Para el Toro, v. n. 44. Las Híades constituyen una constelación cercana a la de Tauro; en la leyenda son unas ninfas nodrizas de Dioniso, a las que Zeus transformó en estrellas, cf. XIV 145 ss.

[55] La asociación de los cuernos une al Toro con Selene, que es llamada «cornuda» por su forma creciente y menguante; a su vez las Híades describen en su disposición una V, de allí su semejanza con los cuernos.

[56] Para el Boyero, cf. n. 41.

[57] El Serpentario es una constelación especialmente brillante (cf. ARATO, 74-81; en NONO I 245; XXIX 144), catasterismo de diversos héroes matadores de Ofidios. En su extremidad está la Serpiente Olímpica.

[58] La cabeza de la Serpiente es vecina de la Constelación Corona de Ariadna, catasterismo de ésta después de su unión con Dioniso (cf. XLVIII 971 ss.).

Entre tanto Tifón, de múltiples brazos, agitó, de un punto cardinal al otro, el cinto del Céfiro y el ala del Euro[59], en el lado opuesto. Después de la Estrella de la Mañana, arrastró al Héspero[60] y también al monte Atlas[61]. En una bahía repleta de algas, tras usurpar el marino carro de Posidón, lo llevó de las profundidades hasta la tierra. Luego tomó de sus saladas crines a un caballo que descansaba en una cuadra submarina; y lo arrojó contra la bóveda celeste. El desterrado potro fue lanzado como un proyectil hacia el Olimpo. Al ser fustigado el carro de Helio[62], los caballos relinchaban en círculo bajo el yugo. A su vez, tomó un toro, detenido en un silvestre carro; y, mientras éste mugía, lo disparó con brazo airado contra Selene, de taurino aspecto; y así detuvo su curso. Entonces hizo retroceder con la brida los blancos tiros de los toros, mientras sus víboras ponzoñosas echaban sobre la diosa un funesto silbido. Pero la Titánida[63] Selene no cedió ante su atacante. Se enfrentó contra las cabezas del Gigante, cornudas como la suya, trazando lucíferas formas de cuartocreciente, de taurinas astas. Pero sus toros resplandecientes mugieron, perplejos, ante el hueco de las mandíbulas Tifoneas.

---

[59] Los Cuatro Vientos indican para los griegos los Cuatro Puntos Cardinales.

[60] NONO distingue así la Estrella de la Mañana (v. n. 42) del Héspero, Estrella de la Tarde (cf. II 185 ss.).

[61] El monte Atlas es un monte mítico considerado pilar del cielo (v. HERÓDOTO, IV 184).

[62] El Carro de Helio, del Sol, es un mítico vehículo en el que el dios solar hace su recorrido cotidiano, tirado por unos caballos.

[63] Titánida porque Selene es hija del Titán Hiperión, v. HES., *Teog.* 371.

Entonces, las intrépidas Estaciones[64] armaron las falanges astrales; las filas de las órbitas celestes brillaron con grito de guerra en el eje rector. Y el ejército de los astros lanzó un silbido de fuego, festejando una bacanal celestial; todos participaban, tanto los de la zona Boreal, como los de las Vésperas regiones del Libe[65], y también los de las órbitas del Euro, y los de los confines del Noto[66].

Así, con parejo fragor, el inconmovible coro de las estrellas fijas se echó a andar; se alió a los errantes planetas, de marcha inversa a la suya[67]. Y el eje medio del cielo[68] resonó por semejante clamor.

Al ver tales huestes de fieras, Orión, el Perrero[69] desenvainó su espada Tanagrea, cuya superficie centelleó[70]. Y el Perro[71], sediento, avivó la luz de su fauce, llameante por el fuego; y su estrellada garganta hirvió, soltando calientes

[64] Cf. n. 45.

[65] El Libe es un viento del Oeste, v. Aristóteles, *Meteorol.* 364 b 2.

[66] Con la mención de los Cuatro Vientos se hace mención a los Cuatro Puntos Cardinales.

[67] La palabra *planetes* significa «errante» o «vagabundo» y hace alusión al movimiento de las órbitas planetarias, contrapuesto a la aparente inmovilidad de las estrellas. Además el movimiento de los primeros se da en sentido inverso, cf. V. Stegemann, *op. cit.*, págs. 36 ss.

[68] Para el «eje del cielo» cf. *Ant. Palat.* IX 207, 2.

[69] Orión es llamado el Perrero, porque es una constelación cercana a la del Perro; el término *kynossóos* también puede ser entendido como «cazador»; en tal caso hace referencia al hecho de que Orión, en la leyenda anterior a su catasterismo, se ocupaba de la caza.

[70] Tanagra es una región de Beocia, zona en que se localiza a Orión en su leyenda, cf. IV 334 ss.

[71] El Perro es una constelación situada debajo de Orión (v. n. 69, cf. Arato, 322-341).

ladridos. En lugar de la acostumbrada Liebre[72] vomitó el vapor de sus dientes sobre las fieras Tifoneas.

Entonces retumbó el polo. Y, en respuesta a las siete zonas del cielo, el eco septíboco de las Pléyades lanzó el grito de alalá[73] desde sus gargantas de igual número, en tanto que los planetas resonaron con un estrépito de idéntica cantidad[74].

Cuando observó el horrendo aspecto viperino del Gigante, el brillante Serpentario sacudió con sus manos salvadoras los glaucos dorsos de los dragones fueguívoros, disparando sus jaspeados cuerpos. En su alrededor, chillaban huracanes de antorchas; y los arcos disparaban torvas flechas de serpientes en una bacanal aérea.

Sagitario, compañero de Capricornio de cola de pez[75], disparó con celo sus saetas; y en el círculo del Carro[76], el Dragón que brilla en el centro, entre ambas Osas[77], hizo temblar la luminosa cola de su espina etérea.

---

[72] La Liebre, *Lagoós,* es otra constelación situada al lado de la del Perro, v. ARATO, *loc. cit.* en n. 71.

[73] El *alalá* es un grito de victoria guerrera; las siete Pléyades, hijas del gigante Atlante (v. HES., *Trab.* 383) se convirtieron en la constelación que lleva su nombre, cf. II 17; VIII 76. Para las Siete Zonas, v. n. 36.

[74] Hace referencia a los siete planetas en coincidencia con las siete Pléyades y las Siete Zonas, v. n. 36.

[75] Sagitario precede a Capricornio en la sucesión zodiacal; la representación de este último signo es la de un macho cabrío, al que algunas fuentes atribuyen una cola de pez, cf. XXXVIII 279.

[76] Es el Carro de la Osa, cf. V 122.

[77] V. nn. 40 y 41.

Al lado de Erígone[78], el Boyero, conductor del Carro[79] blandió su cayado con resplandeciente brazo. Entre tanto, junto a la rodilla del Ídolo, al lado del vecino Cisne, la Lira Astral[80] vaticinó la victoria de Zeus.

Tifón, por su parte, tras tomar las cimas del monte Coricio, las estremeció, mientras oprimía el afluente del río Cilicio; y con una sola mano tomó a Tarso y a Cidno a la vez[81]. Y marchó hacia los escollos, con la intención de disparar pedregosos dardos a las líneas del agua marina. Pues, después del éter, se disponía a azotar el ponto. El Gigante se puso en marcha, pero el agua del mar sólo tocaba sus pies; se podía ver su cadera, seca y desnuda; y el líquido resonante zumbaba en sus muslos. Mientras nadaban, sus ofidios de tonantes fauces lanzaban silbidos de guerra, y contra el mar se alzaban escupiendo veneno. Entre tanto, en medio del ponto rico en peces, los pies del erguido Tifón se plantaron sobre las algas, que habitan en las profundidades. Y su vientre, apretado por las nubes, se entremezclaba con el aire. Y el Gigante lanzó un horrible mugido, réplica de los leones de agitada melena, al punto que el león marino, al escucharlo, se escondió en la profunda entraña de arena.

---

[78] Erígone, la hija de Icario, propiciadora del culto de Dioniso, se identifica según algunas tradiciones con la Virgen, *Parthénos*, el signo zodiacal de Virgo, cf. II 355.

[79] V. n. 41; Nono considera al Boyero como el catasterismo de Icario, cf. XLVII 250 ss.; v. n. 78.

[80] Estas tres constelaciones son vecinas de la del Boyero.

[81] El Cidno es un río que atraviesa la ciudad de Tarso, v. ESTRABÓN, XIV 5, 10.

Y entonces todo el ejército de monstruos marinos, que habita el ponto, quedó desterrado, porque el Hijo de la Tierra ocupó toda la mar, que es de mayor extensión que el suelo firme, con flancos no barridos por olas. Las focas mugían, y los delfines se escondían en las profundidades acuáticas. El pulpo previsor urdió con oblicuos tentáculos una rienda entrelazada para atarse en una roca, su habitual morada; y la apariencia de sus miembros tomó la forma de un barranco. Ninguno se libró del temblor. Hasta la misma Mirena[82], loca de deseo por unirse a un ofidio, se llenó de terror, y trastabilló ante el jadeo, agresor de los dioses, de esos reptiles que andaban por el mar. El mar se convirtió en una montaña y llegó hasta el Olimpo con escarpado piélago. Por el afluente marino, que alcanzó los cielos, hasta el aéreo pájaro, no tocado por aguas, se bañó en el ponto, su nuevo vecino.

Entonces Tifón, mediante una réplica del Tridente de las profundidades, cortó una franja del suelo, gracias a la inconmensurable palma de su mano, que hace temblar la tierra[83]. Y, tras hacerla girar por completo, de un lado a otro, la arrojó como una isla, arrancada de la costa marina. Las manos del Gigante, en lucha por el aire, se acorazaron contra el Olimpo; sus miembros, vecinos de los astros, al Sol mismo oscurecieron, lanzando proyectiles de escarpada roca.

Y más allá del abismal fondo marino, más allá del fértil asiento de la tierra, este Zeus impostor armó sus manos con el rayo, de puntas de fuego. Pero, a pesar de sus doscientos brazos invencibles, el mostruo Tifón sintió esfuerzo y agobio,

[82] La Mirena es una anguila marina.

[83] Se aplica a la mano de Tifón un epíteto de Posidón (v. n. 22), de quien es el Tridente de las profundidades.

al levantar las armas del Crónida, que éste levantaba con una sola mano. En los miembros resecos del Gigante, no ayudado por nubes, el trueno no sacó más que una sorda nota de apagado sonido, que retumbó quedamente. A causa de la sequedad del aire, aunque él se esforzaba, era poco el rocío que vertía la seca lluvia, no decidida a volcarse. Se oscureció el relámpago; y semejante a un oscuro humo, un fuego tenue brillaba con tristes destellos. Los rayos, portadores del fuego macho, al ver que unos brazos inexpertos los llevaban, se afeminaron; y al punto se deslizaban sin interrupción de las manos inconmensurables, con saltos espontáneos. Sus llamas se desparramaron, anhelando la mano familiar de su portador celeste. Y así como un hombre extraño a la monta, domador inexperto, se sube a un potro arisco, que rehuye la rienda, y en vano se esfuerza; pues el bravío animal reconoce, por su inteligente instinto, la falsa mano de un jinete inhabitual; y se para en dos patas al ser azotado; y apoyado en los cascos traseros, inconmovibles, levanta los miembros delanteros, sacudiendo el cuello, mientras la agitada crin de su nuca se mueve entre su lomo. Así sufría Tifón, al intentar tomar con una mano y otra el fugitivo destello del rayo vagabundo.

Mientras tanto, el vagabundo Cadmo proseguía con su viaje entre los Arimos[84]; a la vez que el toro, de aguas traviesas, hizo bajar de su lomo a la joven, no tocada por aguas, sobre la costa Dictea[85].

---

[84] Nuevamente la mención de Cadmo (v. nn. 33 y 34) sirve de transición del episodio de Tifón al de Europa.

[85] El adjetivo Dicteo deriva del monte cretense Dicte pero en época helenística se utiliza como sinónimo de cretense en general (cf. Ovid., *Metam.* III 2).

Entonces, al ver al Crónida agitado por el deseo, Hera, loca de celos, gritó con una voz llena de sarcástica cólera:

«Febo, asiste a tu progenitor, para que un labrador no lo aprese y lo ate a su arado para remover la tierra. Pero no, mejor que lo tome y lo ate, para que yo pueda gritarle a Zeus:

"Soporta el doble aguijón de agricultores y de Amores".

Como Pastor que eres, Glorioso Arquero[86], apacenta a tu padre. Así Selene, conductora de bueyes, no uncirá al Crónida a su yugo. No sea cosa que, por ansias de sentir el lecho del pastor Endimión[87], marque el lomo de Zeus, con descuidado látigo.

Soberano Zeus, contigo falló Io[88], la cornuda ternera, pues nunca pudo verte así antes, cuando eras su novio; se hubiese unido a un toro de su misma naturaleza, un amante igualmente cornudo.

Pero cuídate de Hermes, el ladrón de bueyes, y de sus acostumbradas artimañas. Que no te tome por un toro, y robe a su padre; y no ofrezca una cítara a tu hijo Apolo, en recompensa de un ladrón robado[89]. Pero ¿qué puedo hacer? Ojalá Argo todavía viviera[90], cuyo cuerpo brillaba con ojos

---

[86] Es frecuente la mención de Apolo *Nómios,* Pastor, v. Calím., *Himn.* II 47; Teócrito, XXV 41.

[87] Los amores de Selene y Endimión son un tema de la poesía helénica desde Safo (cf. 199 Page), v. Teócrito, XXIV 147; en Nono, cf. VII 238 ss.; XIII 554 ss.

[88] Io es una sacerdotiza Argiva de Hera, a la que se unió Zeus y luego la transformó en una vaca, para evitar las sospechas de Hera (v. Ovid., *Metam.* I 583 ss.).

[89] El episodio de la astucia de Hermes es contado en el *Himno homérico* dedicado al dios.

[90] Argo, el boyero de Hera, llamado *panóptēs* «todo vidente», había sido el encargado de vigilar a Io (v. n. 88).

sin sueño; pues él, el boyero de Hera, hubiese arrastrado a Zeus a un campo inaccesible golpeando sus rodillas con el cayado.»

Así habló ella. Y el Crónida, tras abandonar su forma taurina, comenzó a correr, bajo el aspecto de un joven muchacho en torno de la joven, aún no sometida. Y acarició sus miembros. En primer lugar soltó la cinta que la rodeaba, para desnudar el pecho de la joven. Y, como sin querer, apretó el inflado contorno de su firme seno, besando el pezón con sus labios. Luego rompió, en silencio, el casto lazo que guarda la virginidad, para recoger el verde fruto de los Amores Ciprídeos[91]. Y lleno del jugo de un doble engendramiento, su vientre se hinchó. Entonces, Zeus amante, dejó a su novia, encinta de divina progenie, en manos del muy poderoso Asterión[92], que iba a ser su marido de ahora en adelante.

Así fue como se irguió, al borde del Auriga[93], el Toro del Olimpo, esposo astral[94]. El primaveral Faetonte[95] vigilaba

---

[91] Ciprídeo es un adjetivo derivado de Cipris, un nombre de Afrodita, divinidad representativa del amor sexual.

[92] Nono sigue la versión según la cual Zeus después de unirse a Europa, la otorgó a Asterión, rey de Creta. Él adoptó a los hijos de esta unión: Mino, Sarpedón y Radamante (v. DIODORO SÍCULO IV 60).

[93] El Auriga es otra constelación asociada a la del Toro (v. n. 94), v. XXXIII 392 ss.

[94] El episodio de Europa termina con el catasterismo del toro en la constelación de Tauro, un signo primaveral. Si bien el conjunto de la leyenda corresponde a la vulgata mitológica —cf. APOLODORO, *Biblioteca* III 1, 1-2—, el catasterismo presenta en la versión noniana la dificultad de que Zeus es a la vez un dios y una constelación. NONO coincide con OVID., *Fast.* V 605 ss., v. F. VIAN, *Les Dionysiaques,* París, 1976, tomo 1, págs. 14-15.

[95] Faetonte es un epíteto de Helio, el Sol.

sus espaldas, llenas de rocío. El Toro se levantaba inclinado hacia adelante, genuflexo. Así apareció semiinmerso en el mar, extendiendo su pata derecha trasera a Orión[96]; y caminó, con agitado paso, sobre la órbita vespertina, para adelantarse al Auriga, su compañero en el Levante[97]. De este modo el Toro se convirtió en un astro en el cielo.

Pero Tifón no iba ya a detentar las armas de Zeus, pues el Crónida había dejado la redondeada órbita celeste, en compañía del arquero Eros. Iban al encuentro de Cadmo, errante entre montañas, para trazar juntos un astuto plan. Zeus estaba urdiendo los hilos de un destino funesto para Tifón. Y el cabrero Pan, su camarada, dio a Zeus, que todo gobierna, bueyes y ovejas, y manadas de cornudas cabras. Y él, después de hacer una choza de caña, trenzada con una espiralada soga, la colocó sobre el suelo. De inmediato, vistió el cuerpo de Cadmo con ropas pastoriles, para volverlo irreconocible; así, con engañosos trajes, lo convirtió en un falso pastor. Y al sabio Cadmo dio una flauta impostora, para que sea la rectora de la muerte de Tifón; entonces llamó Zeus al falso pastor y al alado jinete de la procreación, para unirlos en común designio:

«Amigo Cadmo, sopla tu flauta y el cielo estará sereno. Pero si te retrasas, el Olimpo será azotado; pues Tifón se ha apoderado de nuestras celestiales armas, y sólo me queda la Égida[98]. ¿Mas qué podrá hacer ella cuando el rayo de Tifón se irrite? Temo que el viejo Crono se burle; y tengo miedo del soberbio cuello de mi enemigo, el irrespetuoso Jápeto[99].

---

[96] V. n. 69.

[97] V. n. 93.

[98] La Égida es el escudo protector de Zeus, v. *Ilíada* V 738, pero también significa simplemente «piel de cabra», por lo que se mofará Tifón en I 474.

[99] Se menciona aquí a la raza de los Titanes, hijos de Urano y Gea,

Pero más temo a la Hélade, creadora de mitos; no quiero que un Aqueo llame Lluvioso a Tifón, o Altirregente o Altísimo[100], manchando mi nombre.

Vuélvete boyero por una mañana, y haz sonar tu instrumento pastoral, que extravía la razón, para salvar al Pastor del Cosmos. Que no escuche el eco de Tifón, que reúne las nubes[101], ni el trueno surgido de otro Zeus espurio. Antes bien, yo haré que él cese de luchar con relámpagos y batallar con el rayo. Si te ha tocado en suerte la sangre de Zeus y la estirpe de Ío, hija de Ínaco[102], hechiza la mente de Tifón con la música, que protege del mal, de tu provechosa flauta. Yo te daré dos regalos, dignos de tus fatigas, pues te haré salvador de la armonía cósmica y esposo de Harmonía[103].

Y tú, Eros, principio y simiente de la unión progenitora, tiende tu arco y el cosmos no perderá su rumbo. Puesto que todo procede de ti, pastor de la vida amorosa, tira otra flecha, una sola, para salvar todas las cosas. Combate a

---

contra los cuales Zeus libró una batalla. Después de destronar a Crono, Zeus detentó el poder celestial, v. HES., *Teog.* 167 ss., 485 ss. Toda la *Tifoneia* simboliza un encuentro de los nuevos dioses en lucha contra potencias arcaicas.

[100] Se trata de tres epítetos de Zeus; mientras que «Altísimo» y «Altirregente» son frecuentes en HOMERO (v. *Od.* I 45; *Il.* XIV 51), «Lluvioso» es más propio del culto (v. A. B. COOK, *Zeus*, 3 vol., Cambridge, 1940, págs. 561 ss.

[101] «El que reúne las nubes» *nephelēgerêta* es otro epíteto de Zeus (v. *Il.* I 511).

[102] Para Ío, v. n. 88. Ínaco es un personaje al que se le atribuye el poder de iniciaciones místicas en NONO, cf. III 261, y grandes potestades. Agenor, el padre de Cadmo, es descendiente de Io.

[103] Harmonía, hija de Ares y Afrodita o de Zeus y Electra, según otros, será la esposa de Cadmo. Sus bodas serán contadas con detalle en el canto V, 88 ss.

Tifón, como el ser fogoso que eres; y los rayos fueguíferos volverán a mi mano, gracias a ti. Tú, que todo lo subyugas, golpea con tu ardor a ese ser, para que tu dardo encantado cace al que no pudo vencer el Crónida.

Y que el aguijón del canto de Cadmo sea tan poderoso, como el deseo que tengo por los himeneos de Europa.»

Tras hablar así, se marchó con la forma de un cornudo toro, de donde la montaña tomó el nombre de Tauro[104].

Mientras tanto, Cadmo desplegaba el agudo sonido, engañoso, de las cañas de parejo eco. Se hallaba recostado en una encina, cerca del frondoso bosque. Vestido con el rústico atuendo de un auténtico pastor, enviaba a los oídos de Tifón su canto, urdidor de astucias. Sus hinchadas mejillas largaban un soplo sutil.

Entonces, al oír la engañosa melodía, el Gigante, gustoso de la música, pegó un salto con la extremidad serpentina de su pie. Y dentro de una caverna, junto a su madre Tierra, dejó las refulgientes armas de Zeus. Comenzó a buscar de dónde venía la cercana melodía de la flauta, que encantaba su corazón. Pero Cadmo, al verlo cerca de la maleza, sintió temor, y se escondió en el hueco de unas piedras. Mas Tifón lo advirtió, portentoso Gigante de alta cabeza. Vio que él huía y lo llamó con gestos silenciosos. No se dio cuenta del engaño escondido en la aguda melodía. Y al impostor pastor tendió una de sus manos derechas, sin sospechar una trampa mortal. De su cabeza central, de ensangrentado rostro humano, surgió una voz soberbia, que reía:

«Pastor de cabras. ¿Por qué me temes? ¿Por qué escondes tu mano en el manto? Piensas que sería digno de mí perseguir

[104] Además del mencionado catasterismo (v. n. 94), el toro Zeus da nombre a un monte.

a un varón mortal, después del Crónida? ¿O llevarme una siringa junto a los relámpagos? ¿Qué tienen en común unas cañas con el rayo llameante? Guarda para ti tu flauta, que ya Tifón ha obtenido un instrumento Olímpico, que suena por sí solo.

Es Zeus quien está necesitado de vuestra flauta, pues se encuentra sentado, con sus manos que ya no resuenan; está privado de su habitual estruendo; y las nubes ya no lo asisten. Que él obtenga el sonido de tus pobres juncos; yo no necesito trenzar en fila estúpidas cañas, atadas con juncos. Yo reúno a las giratorias nubes, y lanzo un sonido semejante al estrépito celeste.

Te propondré, si deseas, una amistosa contienda: tú harás sonar la melodía de tus cañas; y yo tocaré la música del trueno. Mantén inflada con aire la hinchada mejilla; y que tu boca sople sin cesar. Mientras tanto, mis rayos sonarán estrepitosamente, gracias al jadeante aire de Bóreas.

Y te ofreceré un pago por tu flauta, boyero: cuando yo, en lugar de Zeus, detente el cetro celeste y las riendas del trono, te llevaré junto a mí, de la tierra al cielo, con tu flauta y tu manada, si así lo quieres. Ni siquiera necesitas apartarte de tu tropel, pues pondré a todas tu cabras sobre el lomo de Capricornio [105], que se les parece; o bien, junto al Auriga, quien tira con centelleante brazo Olímpico de la cabra lucífera de Oleno [106]. Colocará al lado del ancho cuello del lluvioso Tauro a tus bueyes astrales; o pastarán en su límite, lleno de rocío, donde los bueyes de Selene lanzan su ventoso mugido,

[105] Se trata de un juego entre el aspecto caprino de Capricornio (v. n. 75) y el de la Manada.

[106] Para el Auriga, v. n. 93; la Cabra de la que habla el texto es un astro especialmente luminoso, según ARATO, 156-166, como catasterismo de Amaltea, hija de Oleno, el esposo de Letea.

de garguero caliente. Y no te será menester tu humilde caña, porque tu manada, en lugar de andar por los pastorales, podrá brillar junto a los Chivos del Éter[107]. Y fabricaré otro nuevo pesebre que reluzca como el Pesebre de los Asnos, sus vecinos[108].

Y tú abandonarás tu aspecto pastoril para convertirte en un astro, en el mismo lugar en que el Boyero aparece; y tendrás en tu mano un cayado celestial, pues serás el conductor del Carro Liconio de la Osa[109], como invitado del Tifón celeste. Dichoso eres, pastor. Hoy cantas en la tierra y mañana en el Olimpo. Como digno pago por tu música, colocaré a tu flauta Olímpica, de dulce son, junto al círculo iluminado de estrellas; y la uniré con la Lira Celeste[110].

Te obsequiaré, si quieres, el santo tálamo de Atenea; pero si la diosa de ojos brillantes no te agrada[111], toma a Leto o a Caris, o a Citerea, o a Ártemis, o a Hebe como esposa[112]. Tan sólo, no ansíes el lecho de Hera, pues ella será mía. Y si consigues un jinete fraternal, diestro para el carro, que el llamífero carro cuadriyugo de Helio sea tuyo. Y si, como pastor que eres, deseas blandir la Égida de Zeus, yo la haré tuya.

---

[107] Las Cabras del Olimpo constituyen otra constelación vecina a la del Auriga.

[108] Siguen las menciones de constelaciones, para el Pesebre de los Asnos, v. ARATO, 892-908.

[109] Para la Osa, v. n. 40; Liconia es una zona del sur de Asia Menor.

[110] Otra constelación ya mencionada en n. 80.

[111] «La de ojos glaucos», *glaukôpis*, es un epíteto de Atenea, diosa virgen, v. n. 4.

[112] Se menciona a las principales deidades femeninas: Leto, madre de Apolo y Ártemis; Caris, una de las Gracias; Citerea es Afrodita; Hebe, hija de Zeus y Hera, es la personificación de la juventud.

Por mi parte, yo me encaminaré hacia el Olimpo, sin pensar en el Crónida, ya sin armas. Pues ¿qué podrá hacerme Atenea, una mujer armada? Vamos, boyero, entona la victoria de Tifón con un himno digno de mí, el nuevo portador del cetro del Olimpo, que detenta los bastones de Zeus y su luminoso manto.»

Así habló; y Adrastea tomó nota de una actitud semejante[113]. Y, cuando Cadmo advirtió que el Hijo de la Tierra era arrastrado gustoso al lazo que lo iba a cazar, y que las tramas del destino hicieron que sea tocado por el dulce aguijón de las cañas, hechiceras del corazón, entonces lanzó, sin reír, un prudente discurso:

«Quedaste estupefacto al oír el humilde sonido de mi flauta. ¿Qué harás, entonces, cuando toque por ti una sesión de himnos triunfales, tañendo la cítara de siete tonos? Pues yo también puedo competir con los plectros celestes; al mismo Febo superé con mi lira. Pero el Crónida hizo cenizas mis melodiosas cuerdas con su rayo, como un favor para su hijo vencido[114]. Si alguna vez vuelvo a encontrar unas cuerdas tan vigorosas, hechizaré con mis plectros a todos los árboles y los montes, y a los sentimientos de las fieras. Y al Océano, compañero de Gea, tan antigua como él, cuando tome la espiralada forma de una corona, le impediré, aunque se esfuerce, retomar su surco hacia la fuente. También detendré el coro de estrellas fijas, y a los planetas retrógrados, y a Faetonte, y al timón de los bueyes de Selene. Pero, cuando ensartes a los dioses y al mismo Zeus con proyectil llameante,

[113] Adrastea es otro nombre de Némesis, diosa de la retribución de justicia, cf. CALÍM., *Himn.* VI 56. Según NONO ella vive cerca del río Cidno (cf. XLVIII 375 ss.) donde transcurre la *Tifoneia*.

[114] Se trata de una astucia de Cadmo y no de una referencia a un hecho mitológico conocido.

deja libre al Famoso Arquero [115], para que Febo y yo disputemos, junto a la mesa del banquete, que celebrará Tifón; veremos quién vence a quién, en cantar al gran Tifón. Tampoco mates al coro de las Piérides [116], para que también ellas, en el festín que Febo y vuestro pastor te harán, entrelacen su melodía femenina con nuestro canto macho.»

Así habló. Y Tifón hizo un guiño con sus terribles cejas y sacudió sus cabellos, al punto que los montes fueron bañados por la ponzoña viperina, que su melena vomitaba. Y corrió raudamente a su antro. Allí, tras tomar los nervios de Zeus, los entregó al embaucador Cadmo como obsequio. Los mismo nervios que antaño cayeron en tierra en el combate contra Tifón [117]. Y el falso pastor le agradeció este don inmortal. Tras palparlos, los escondió cuidadosamente en un agujero de piedra, como futuro encordado de su lira. Pero, en verdad, estaban reservados a Zeus, el asesino de Gigantes. Al fin, con labios semicerrados lanzó, muy moderadamente, un suave soplo. Apretó las cañas para bajar el tono de su sonido, y entonó una melodía muy queda; Tifón aprestó sus muchos oídos, para escuchar la armonía, mas no comprendió. Pues, junto al hechizado Gigante, el falso pastor tocó su música, como si cantara con su flauta la retirada de los dioses, cuando en verdad celebraba la futura victoria de Zeus, muy cercana. A Tifón, sentado a su lado, le cantaba su muerte. Y despertó en él el aguijón del deseo. Y así como cuando un tierno joven es tocado por el dulce dardo del

[115] Epíteto de Apolo, Arquero como su hermana Ártemis.

[116] Piérides es un epíteto aplicado a las Musas, proviene de una zona de Tracia, cf. Ovid., *Metam.* V 669.

[117] Cf. Plutarco, *Isis y Osiris* 55, 373 C.: «Los mitólogos comentan que Hermes, después de haber quitado a Tifón los nervios, hizo cuerdas de lira».

amor loco, queda hechizado por una doncella de su edad; y mira, por un lado, los brillantes círculos de su gracioso rostro, por otro, el vagabundo bucle de su espesa cabellera; y contempla a veces la piel de sus manos, a veces la forma de su rosado pecho, encerrado en el manto, mientras examina su desnudo cuello; y encantado por sus formas pasea una y otra vez su incansable vista, y no desea abandonar nunca a la muchacha. Así Tifón entregaba a Cadmo su corazón entero, hechizado por la melodía.

CANTO II

SUMARIO

— La estratagema de Zeus (fin), vv. 1-19.
— Despertar de Tifón y despliegue de su furia, vv. 20-162.
— La llegada de la noche y la consecuente calma, vv. 163-243: el cielo en estado de alerta; exhortación de Victoria a Zeus; el sueño alcanza a Tifón.
— Despertar y desafío de Tifón, vv. 244-356.
— Armamento y ataque de Tifón, vv. 357-413.
— Luchas y contraataques de Zeus y Tifón, vv. 414-507.
— Derrota de Tifón; intervención de la Tierra, vv. 508-563.
— Burlas de Zeus y destino de Tifón, vv. 564-631.
— Epílogo de la *Tifonía*, vv. 632-712: el universo después de la derrota de Tifón; duelo de la Tierra; restauración de la armonía universal; agradecimientos e instrucciones de Zeus a Cadmo; retorno de los dioses al Olimpo.

EL SEGUNDO CONTIENE LA BATALLA ASTRAL DE TIFÓN, EL RELÁMPAGO Y LOS APREMIOS DE ZEUS, Y TAMBIÉN EL FESTEJO DEL OLIMPO

Así quedó Cadmo, el Agenórida[1], cabrero impostor. En su puesto, junto a los confines de la frondosa foresta, besaba con movedizos labios la punta de su siringa. Entre tanto, Zeus Crónida se deslizó invisible y silenciosamente en el antro; allí, sin ser accesible, iba a volver a tomar con sus manos las habituales armas de fuego.

Y una nube envolvió a Cadmo junto a una piedra, para hacerlo invisible, no sea cosa que Tifón, de comprensión tardía, se dé cuenta del engañoso fraude, y mate al tramposo boyero. Pero aquél, tocado por dulce aguijón, sólo deseaba oír el ritmo de la música, que hechizaba su corazón. Y, así como un marino al oir el engañoso canto de una Sirena, es arrastrado por propia voluntad a una muerte antes de tiempo; y embrujado por la melodía, ya no hiere la ola clara, produciendo blanca espuma en el agua, pues ha dejado su remo fuera de las ondas marinas; y sucumbe así a los hilos de un destino de tonante voz; y olvidado del timón se abandona al placer, sin pensar en la constelación de la séptima Pléyade,

[1] Es decir, hijo de Agenor, v. canto I, nn. 20 y 21.

ni en la órbita circular de la Osa[2]. Así Tifón, sacudido por los jadeos de una música engañosa, recibió el dulce proyectil lanzado por el instrumento, anticipo de su muerte.

Pero, mientras el pastor estaba cubierto por las nubes, bajo oscuro manto, su soplada caña de hermoso sonido calló, quebrando la armonía. En ese momento, Tifón dio una patada por el aire, y se fue corriendo hasta el fondo de la caverna, para tomar el aguijón de guerra. Con descarriado frenesí buscó el trueno, productor de vientos, y el relámpago inasible. Con paso inquisidor trató de encontrar el brillo del rayo refulgente, que él había robado; mas halló vacía la caverna. Tarde comprendió los astutos planes del Crónida, y las ocultas intenciones de Cadmo. Entonces, armado de piedras, se dispuso a enfrentar al Olimpo. Mientras escupía de su garguero el dardo de su ponzoña, dejaba con sus pies de serpiente la huella de su torcido paso. Y entonces, los ríos se hincharon merced a las líquidas fuentes que provenían de la cabellera viperina del Gigante de elevada cabeza. Hasta el inmutable cimiento del suelo Cilíceo[3] se conmovió, ante el avance de Tifón, que sacudía el asiento profundo de la tierra con sus pies de dragón. El montañoso paisaje del Tauro fue sacudido por crepitante fragor, a la vez que las vecinas lomas de Panfilia bailaban de miedo[4]. Retumbaron las cavernas subterráneas; y los picos linderos del mar se estremecieron. Fueron removidas las profundidades del mar, y demolidas las alturas, mientras la arena era disuelta por los pasos de Tifón, que sacudía la tierra. Ningún campo, ninguna

[2] Para la Osa, cf. I, n. 40. Los vv. 16 ss. son una reminiscencia de *Od.* V 270 ss., donde se menciona también a las Pléyades y a la Osa.

[3] Se refiere a la ubicación de la caverna de Tifón, cf. I, n. 39.

[4] Panfilia se encuentra al S.E. del Monte del Toro; para éste cf. canto I, nota 104.

bestia estaba a salvo. Pues hasta los carnívoros osos eran destrozados por las quijadas osunas del rostro de Tifón. Y los claros miembros de los leones, de pelo en pecho, fueron engullidos por las fauces, semejantes a las de ellos, de los cráneos leoninos del Gigante. Su garguero ofídico desgarró los fríos lomos de los reptiles, que se nutren de la tierra. Y aun los aéreos pájaros, que vuelan a través del éter impenetrable, sirvieron de festín a sus fauces, cercanas a ellos. A un águila, que apareció en las cercanías, devoró con especial gusto, pues se dice que ella es el ave de Zeus. Y al buey arador comió sin compasión, aunque observó su cerviz, herida de sangre por el lazo del yugo. Con su terrible sed vació los ríos, que fueron la bebida de su banquete. Y destrozó a los coros de Néyades[5], mientras las sacaba del agua. Una de ellas, una ninfa de las profundidades, caminó sobre el acuático afluente, que se convirtió en un camino. Pero de inmediato, la Néyade se quedó tiesa, porque estaba sin calzado; y acostumbrada a las aguas, se sentía extraña con sus miembros secos. Con raudo pie se agitó la ninfa en el reseco lecho de su arroyo, mas su rodillas quedaron atrapadas, al clavarse en el barro que las aprisionaba.

Y, al ver el multiforme rostro del enloquecido Gigante, un viejo pastor dejó caer espantado su siringa y huyó lejos. Y el cabrero, cuando tuvo ante sus ojos el numeroso enjambre de sus brazos, soltó a los vientos la movediza flauta. Y el rudo labrador no sembró la semilla en su campo; ni roció con granos la tierra recién removida, con su mano curvada hacia atrás. Pues la palma de Tifón, gesticulante, hirió el surco, y el agricultor no quiso usar el hierro que sacude la

---

[5] Las Néyades son ninfas acuáticas, frecuentemente mencionadas por Nono, cf. V 309; XIV 146; XXII 18.

tierra, sino que soltó los bueyes. A causa del proyectil del Gigante, las cavidades terrestres se desgarraron, a la vez que dejaban ver sus húmedas venas. Del abismo entreabierto surgía un afluente subterráneo, con vertientes de fuente; y del seno de la tierra fluía un agua, nunca antes vista. Las rocas caían del aire y como pétreos torrentes se escondían en el mar, al punto de convertir el agua en tierra firme. Pues las balas de tierra se convertían en islas recién nacidas que en el mar se enraizaban por sí mismas. Por su parte, los árboles eran arrancados de raíces de su suelo; y así el fruto caía antes de tiempo. El jardín con pimpollos desapareció, al tiempo que el prado de rosas era hecho cenizas. Y el Céfiro quedó agitado por los desecados follajes de los cipreses que volaban en círculo.

Entonces, Febo, con fúnebre melodía entonó un lamento por los destrozados jacintos, por los que compuso un doloroso himno; pero mucho más se angustió por los ramos de amicleas [6], apoyado sobre un laurel cortado. Y Pan, afligido, volvió a erguir su abatido pino [7]. Entre tanto, la diosa de ojos claros se lamentaba sobre un olivo cortado [8], al acordarse de Moria, la ninfa Ática, que le había concedido una ciudad [9]. Pafia lloraba por la Anémona arrojada al polvo, derramando lágrimas sin cesar por los botones en flor; y de su perfumada

---

[6] Según Ovid., *Metam.* X 106 ss. Jacinto era un amado de Apolo, luego convertido en una planta; el tema es retomado por Nono en XI 363 ss.

[7] En lo sucesivo, se menciona a una divinidad en relación con la planta que le corresponde. El pino es el árbol de Pan.

[8] A Atenea, la diosa de ojos claros, le corresponde el olivo, cf. V 479; XII 112.

[9] La Ninfa Ática Moria parece ser una creación noniana; personifica los olivos sagrados *moriai* consagrados a Atenea Moria, cf. Sóf., *Edip. Col.* 694-706.

cabellera se arrancaba los graciosos bucles, por su rosa llena de polvo[10]. Deo lamentaba la espiga, muerta sin madurar, incapaz de celebrar la fiesta de las Primicias[11]. Y las ninfas Adríades[12] lanzaban gemidos a causa de los árboles, sus compañeros de infancia, que habían perdido su sombra. Una Hamadríade[13] pegó un salto, por la destrozada foresta de hermosas ramas, sin el velo del laurel, su compañero. Entonces, otra virgen, que se escapaba del pino[14] con largos pasos, se acercó a la exilada ninfa, y le habló de esta manera:

«Hamadríade de laurel, que huyes del lecho matrimonial[15]. ¡Que un mismo camino nos sirva a ambas! Tú no mires a Febo. Y yo no puedo ver a Pan.

Leñadores, pasad por alto estos árboles, no cortéis sus retoños, pues ya antes fue desgarrada la desdichada Dafne[16].

Y tú, artesano, no cortes esos troncos de pino, para terminar tu barca, que no toquen las rompientes de la marina Afrodita[17].

---

[10] La rosa y la anémona, según la tradición mitológica, han nacido de la sangre y de las lágrimas de Afrodita —de quien Pafia es otro apelativo— después de la muerte de Adonis, cf. VIII 210; XI 235.

[11] El trigo es la planta de Deméter; la fiesta de las Primicias es una celebración agraria en honor de esta diosa, cf. Teócrito, VII 3, 31-34.

[12] La denominación de Adríades para las Hamadríades remonta a Propercio, I 20, 12.

[13] V. n. 12.

[14] El pino simboliza al dios Pan, perseguidor de ninfas, v. n. 7.

[15] Es un tópico frecuente de Nono la virgen que rehuye la unión *parthénos phygodémnios*, v. Introducción, pág. 38.

[16] Dafne, cuyo nombre significa «laurel» en griego, es una ninfa que al ser perseguida por Apolo, fue transformada por su padre en esa planta, cf. Ovid., *Metam.* I 452 ss.

[17] El pino, v. n. 7, era utilizado en la construcción de navíos, cf. *Il.* XVI 483.

Sí, leñador, concédeme un último favor. En lugar de cortar estos botones, usa tu hacha conmigo. Hunde a través de mi seno el prudente bronce de la casta Atenea[18], para morir antes del casamiento y virgen llegar al Hades, como Pitis, como Dafne[19], ignorante de amores».

Tras hablar así, se hizo con ramas un falso cinto, y con verde faja cubrió, pudorosamente, la redondez de su seno, mientras apretaba un muslo contra otro. La otra, al verla, rompió a hablar con abatida voz:

«Tengo en mis entrañas miedo por mi virginidad, porque, nacida de laurel, seré perseguida como Dafne. ¿Adónde huir? Me esconderé entre los escollos... Pero no, las rocas que fueron arrojadas contra el Olimpo, las hicieron cenizas los rayos. Pero tiemblo ante Pan, que me vejará, como a Pitis y a Siringe[20]. Si me persigue, me convertiré en Eco[21], correré con su voz por las montañas. Y no retornaré a la espesura, sino que viviré en altos montes, llenos de árboles, donde Ártemis, amiga de la virginidad, va de cacería... Pero cierto que el Crónida consiguió el lecho de Calisto[22], bajo el aspecto

[18] Atenea es famosa por su virginidad y por ser una diosa portadora de armas.

[19] Pitis, cuyo nombre significa en griego «pino», es una ninfa que fue perseguida por el dios Pan y transformada en un pino, para no ser alcanzada. La historia es paralela a la de Dafne y Apolo (v. n. 16).

[20] Siringe, como las anteriormente mencionadas, es una ninfa arcadia que perseguida por Pan se convirtió en una caña; y tal es el significado de su nombre, *Sýrinx* en griego, cf. OVID., *Metam.* I 689 ss.

[21] Eco es una ninfa del bosque, también perseguida por Pan, cf. OVID., *Metam.* III 356-510.

[22] Calisto es otra ninfa arcadia, habitante de los bosques y compañera de Ártemis. Para unirse a ella Zeus asumió la forma de la diosa virgen, cf. APOLOD., *Bibl.* III 8, 2; TEÓCRITO, I 125; en las *Dionisíacas* VIII 74 ss.; XIII 295 ss.

de Ártemis. Así que mejor iré a refugiarme a la ola marina. Pero ¿qué himeneo me aguardará? Porque sobre el ponto, El que sacude la tierra, loco por las mujeres, persiguió a Asteria[23]. ¡Ojalá tuviera ligeras alas para correr por elevados caminos, por la ruta de los vientos aéreos! Aunque Tifón, a pesar de mis alas podría alcanzarme, pues con sus altos brazos llega hasta las nubes. Pero si él me forzara a injustas uniones, cambiaré de forma, mezclándome con las aves junto a Filomela[24], mensajera de las rosas y del rocío que hace florecer. Seré la golondrina, amiga del Céfiro primaveral, el ave que hace resonar su canción charlatana bajo el hospitalario techo, y baila en torno al nido con alada danza. Sí, Procne[25], sufriste amargamente, y llorarás a tu hijo con doloroso canto. Yo, por mi parte, gemiré en mis lechos. ¡Zeus soberano! Mejor no me conviertas en una golondrina, no sea cosa que el alado Tereo[26] me persiga como Tifón.

¡Ay, el aire, los montes y el mar me son inaccesibles! Me esconderé dentro de la tierra... Pero observo que unas Hidras, de los pies viperinos del Gigante, bajo tierra se sumergen, lanzando su ponzoña. ¡Ojalá fuera como Cometo[27], húmeda

---

[23] En la tradición mitológica, se dice que fue amada por Zeus y no por Posidón, El que sacude la tierra, cf. HES., *Teog.* 414 ss.; la asociación con este dios es noniana, cf. XXXIII 336 ss.; XLII 410.

[24] Tereo se enamoró de Filomela, la hermana de su esposa Procne, y tras violarla le cortó la lengua, pero Filomela transmitió su desgracia en una tela bordada. Procne para vengarse le dio de comer a Itilo, hijo de la unión de ambos, cf. IV 319-330; XII 75-78. Filomela fue transformada en una golondrina.

[25] V. n. 24.

[26] V. n. 24.

[27] Cometo, princesa de Cilicia, a causa de su pasión por el río Cidno fue transformada por Afrodita en una fuente, para que pueda unirse a él. La leyenda sólo se ha conservado en la transmisión del fragmento elegíaco de PARTENIO (*fr. 14* DIEHL) y en la de NONO, cf. XL 141 ss.

agua que corre por el pueblo, para mezclar nuevas corrientes a las vertientes de los mitos patrios. Pero no quiero estar junto al Cidno, porque mis aguas virginales se toparán con las desembocaduras de una virgen de malos amores[28]. ¿A dónde huir? ¿O acaso he de unirme a Tifón? ¿Voy a coger en mi seno a un ser extraño, a un hijo multiforme, parecido a su padre? Ojalá fuera yo otro árbol, y pudiera pasarme de savia en savia, con el nombre de un casto niño. ¡Pero que nunca se me invoque con el nombre sacrílego de Mirra[29] en lugar del de Dafne!

Sí, lo ruego. Desearía ser yo también una de las Helíades, junto a la vertiente del gimiente Erídano[30]. Continuamente verteré ambar de mis ojos. Y con fúnebres ramilletes, tenderé trenzados follajes al vecino álamo, mientras suspiro por mi virginidad, soltando caudalosas lágrimas. Por cierto que no me lamentaré por Faetonte. Pero, perdóname, Dafne, me averguenzo de volverme otro árbol, distinto del que fui en mi primer bosque. Mejor me convertiré en piedra, como Níobe, para que los caminantes compadezcan a un roca gimiente[31].

---

[28] Para el río Cidno, cf. I, n. 18; la virgen de malos amores es Cometo, v. n. 27.

[29] Mirra (o Smirna), a causa del amor incestuoso por su padre Cíniras fue trasnformada en el árbol de mirra; ella es la madre de Adonis, cf. APOLOD., *Bibl.* III 14, 4.

[30] Las Helíades, hijas del Sol (Helio), lloran la muerte de su hermano caído en el río Erídano, cf. EURÍPIDES., *Hipólito* 735-741; OVID. *Metam.* III 240 ss.

[31] La leyenda de Níobe transformada en piedra remonta a HOMERO (*Il.* XXIV 614 ss.), cf. *Dionisíacas* XII 79; XIV 269.

Pero en verdad de nada sirve esta actitud maldiciente: Apiádate de mí, Leto[32]. Y que perezca el nombre, enemigo de los dioses, de esta ninfa, funesta para sus hijos[33]».

Así habló ella. Entre tanto, Faetonte, tras dejar atrás la redondeada bóveda celeste, dirigió su carro hacia el Poniente. Y la noche se extendió en lo alto, cubriendo a la tierra, como un cono de sombra que subía hacia el aire. Tapó el cielo con su manto estrellado, adornando el éter. Mientras tanto, junto al Nilo intempestuoso andaban errantes los inmortales. Y Zeus Crónida, junto al escarpado Tauro, aguardaba la luz de la Aurora, que despierta las batallas. Era la noche. Las filas de custodia estaban en derredor del Olimpo, en torno de las siete zonas[34]. Como de lo alto de las casas de una ciudadela acechaba el grito nocturno. El alarido guerrero de los astros, pasaba, grandioso, de uno en uno. Desde la frontera de Crono[35], los confines de la Luna recibían el eco del sonido en el otro polo. Y las Estaciones, servidoras de Faetonte[36], fortificaban el cielo con espesas coberturas de nubes, en forma de corona. Los astros apretaron el Cerrojo de Atlante[37] de las insaqueables puertas, para que una em-

[32] Leto, madre de Apolo, el Sol.

[33] Nueva referencia a Níobe que fue castigada por creerse superior a Leto, a causa de su numerosa progenie, cf. n. 31.

[34] Las siete zonas, ya antes mencionadas, corresponden a las órbitas de los siete planetas conocidos en la Antigüedad, cf. I, n. 36.

[35] Crono es el nombre griego del planeta Saturno, el más lejano a la Tierra de los conocidos en la Antigüedad; el texto afirma que el sonido llega hasta la luna, el astro más cercano a la Tierra, para indicar que recorre todo el sistema solar.

[36] Las Estaciones, servidoras de Faetonte, son las *Hôrai* (cf. I, n. 45). Como en Homero (*Il.* V 749 ss.) cumplen la función de porteras del cielo, en Nono, cf. II 703; XII 17 ss.

[37] En la poesía clásica se hablaba de los Confines de Atlante para indicar los límites del Olimpo (cf. Horacio, *Odas* I, 34, 11: *Atlanteusque*

boscada no asalte la bóveda celeste. Pues los Bienaventurados estaban ausentes[38]. En lugar de la habitual música de siringas y flautas, los Aetes[39] soplaban una melodía con sus alas nocturnas. Y el viejo Boyero, compañero del Dragón Etéreo de la Osa Arcadia[40], escrutaba en lo alto el embate nocturno de Tifón, montando guardia con ojos sin sueño. La Estrella de la Mañana miraba el Levante; la Vespertina, el Poniente. Cefeo[41], por su parte, dejó en manos de Sagitario las puertas del Noto, y fue a hacer ronda en torno de las lluviosas entradas del Bóreas.

Por todas partes había antorchas. Pues las ardientes llamas de los astros, y las nocturnas lámparas de Selene, que jamás duerme, brillaban como teas. Por momentos, las estrellas intempestuosas se precipitaban desde el éter, en huracanado torbellino; y escribían con fuego el aire de la cimas Olímpicas, a la derecha del Crónida. Por momentos, el trueno, que centelleaba sin cesar, rompía el aire, palpitando como una campana; se desprendía de las irritadas nubes, para danzar con saltos de cambiantes impulsos, mientras su luz inestable se ocultaba y brillaba, yendo de un lado a otro. Los bucles de un cometa, de fueguina trenza, brillaban girando con la forma de un racimo de uvas[42]. Y su llama se

---

finis). En ese lugar poético, Nono supone un cerrojo, *okheús,* al que llama Atlanteo, cf. VI 250.

[38] Los Bienaventurados *(mákares)* es un epíteto de los dioses en general, en oposición a la suerte de los mortales, cf. *Il.* I 339.

[39] Aetes *(aetaí)* es el nombre griego que significa Vientos.

[40] Para el Boyero, cf. I, n. 41; para el Dragón, cf. I, n. 52; para la Osa Arcadia, cf. I, n. 40.

[41] Cefeo, padre de Andrómeda en la leyenda (cf. I, n. 53) es, después de su catasterismo, una constelación circumpolar, cf. XXIII 311.

[42] Con el «racimo de uvas» *(bótrys)* se introduce en la Tifoneia un anticipo de la imaginería dionisíaca. *Bótrys* es una de las palabras más

excitaba con el brillo de su cabellera. Los meteoros traían su destello y, como largos tablones ajustados con fuego, se extendían desde el aire para ayudar a Zeus en el combate. Y enfrente de los rayos de Faetonte, el muy colorido Arco de Iris[43], la compañera de la lluvia, se encorvaba urdiendo sus intrincados círculos, mientras el verde se intrincaba con el marrón y el blanco con el rosado.

Entonces la Victoria se presentó al solitario Zeus bajo la forma de Leto, con intención de ayudarlo[44]. Con su calzado apenas rozaba las puntas de los aéreos caminos. Y, mientras armaba a su padre, dio sonido a un artificioso discurso con labios retumbantes:

«Zeus soberano, serás el caudillo de tus hijos, para que no vea yo a Atenea, ignorante de uniones, sometida e Tifón. ¡No permitas que ella, la sin madre, madre se vuelva! Y en el combate, mantén erguido el relámpago, la lanza lucífera del Olimpo. Vuelve a reunir las nubes, Zeus lluvioso. Pues ya los cimientos del cosmos inconmovible son sacudidos por las manos de Tifón. Y los cuatro elementos, inseparables compañeros de yugo, se disocian[45]. Deo rechaza las mieses; Hebe[46] abandona su copa; y ya Hermes arrojó su caduceo,

---

utilizadas en esta obra, cf. W. Peek, *Lexikon zu den Dionysiaka des Nonnos*, Berlín, 1974, reimpr., pág. 282.

[43] El arco iris aparece en el sitio opuesto al Sol, cf. Aristóteles, *Meteorol.* III 4, 373 b. Iris es, según los mitógrafos, una diosa hija de la Oceánide Electra.

[44] La Victoria (Nice) es la diosa que personifica esa facultad guerrera; habitualmente se la representa alada, cf. Hes., *Teog.* 383 ss. En Nono aparece identificada con Atenea, cf. XXVII 64.

[45] La disolución de la armonía cósmica, representada en términos de la antigua doctrina de los cuatro elementos, tiene como consecuencia que cada dios, como potencia cósmica, abandone su puesto.

[46] Para Hebe, cf. I, n. 112.

mientras Apolo, tras soltar su lira, dejó las aladas flechas para irse volando, alado como un cisne. El cosmos se quedó sin simiente porque Afrodita, la que realiza las uniones, anda a la deriva. Se han disuelto los lazos, indisolubles, de la Armonía. Pues El que cumple las uniones, Eros indomable, que a todos subyuga, abandonó sus flechas generadoras. Él, que es audaz, sintió miedo, y se echó a volar. Y tu fogoso Hefesto dejó su Lemnos natal, arrastrando sus rodillas, que no le obedecen[47]. ¡Qué maravilla! Él, que es lento, emprendió una rápida carrera. Y aunque mucho me odia, hoy me apiado de tu Hera[48].

¿Acaso tu progenitor ha de volver al coro de los astros[49]? Aunque soy llamada Titánide, no quiero que ocurra eso. No deseo ver a los Titanes dominar el Olimpo, sino a ti y a tus hijos. Sólo tú puedes defender con tonante rayo a la casta Ártemis. ¿Acaso la estoy guardando virgen para un violador, sin dotes de boda? ¿O la administradora de los partos, dará a luz, ella misma? ¿Y tenderá hacia mí las manos en señal de socorro? ¿Cómo invocar a Ilitía[50], para que sea propicia a la Arquera, si Ilitia misma da a luz?».

Mientras ella así hablaba, el Sueño desplegó en su torno sus alas de sombra y toda la Naturaleza se adormeció, para hallar un respiro. En ese momento, sólo el Crónida quedó insonme.

---

[47] Hefesto, dios del fuego, es cojo según la tradición mitológica, cf. *Il.* I 577 ss.

[48] Recuérdese que la Victoria tomó la forma de Leto para hablarle a Zeus. Ella, por haber engendrado de Zeus a Apolo y a Ártemis, es odiada por la celosa Hera.

[49] Se refiere a Crono, a quien Zeus destronó, cf. I, n. 99.

[50] La casta Ártemis es llamada con el epíteto de *Lókhia* «colaboradora de partos» y como tal es asociada a Ilitia, la diosa partera, cf. *Himnos Órficos* II 12; en NONO, cf. XLI 414.

Para entonces, Tifón se había desplegado en toda su extensión. Había apoyado su pesado lomo sobre su agobiada madre, la Tierra, cubierta en toda su superficie. Y ella ahuecó los cóncavos lechos de su abierto seno con un sonriente bostezo, para que las viperinas cabezas de él se sumerjan en el suelo.

Y al salir el sol, Tifón, el de múltiples brazos, abrió sus fauces de estiradas lenguas, para enviar al gran Zeus un grito de guerra. Su portentosa voz llegó hasta el lecho de Océano, refluyente. En él, sus sólidas raíces rodean a la órbita cósmica, cortada en cuatro partes[51], y ciñen a toda la tierra con un cinto circular. Tras el grito del Gigante, no un sonido, sino innumerables ecos diversos retumbaron como réplica a las filas armadas de su voz. En efecto, mientras él, de multiforme naturaleza, se preparaba para el combate, se sintió el estrépito de aullidos de lobos, rugidos de leones, gruñidos de cerdos, mugidos de bueyes y silbidos de serpientes. Se oyó el animoso grito de los leopardos, el ruido de las quijadas de los osos y los ladridos rabiosos de los perros. Y entonces el Gigante, de su cabeza central, que tiene forma humana, exhaló esta amenazante voz contra Zeus:

«Brazos míos, lanzáos contra la casa del Crónida. Sacudid, junto con los Bienaventurados, los cimientos del cosmos. Golpead el divino Cerrojo del Olimpo, que se mueve por sí solo. Que el Pilar del Éter[52] sea arrastrado a la Tierra, para que Atlante huya en la sacudida. Que se derrumbe así la bóveda celeste de los vagabundos astros Olímpicos. Que

---

[51] Las cuatro partes del mundo están asociadas a los cuatro puntos cardinales, cf. II 391; XLI 277 ss.

[52] Nono hace en este pasaje una mezcla de datos acerca de Atlante. Admite, por un lado, que soporta el cielo sobre sus hombros, como

Atlante ya no se preocupe de su curso circular. Pues no permitiré que un hijo de la Tierra soporte encorvado la compulsión del éter, en su continuo movimiento. Que deje a otro tipo de dioses ese fardo sin fin, para que emprenda la lucha contra los Bienaventurados. Él va a romper muchas montañas y las arrojará contra la bóveda astral, convertidas en proyectiles. Pues él la cargaba sobre sus hombros. Azotadas por escollos, las Estaciones, las sirvientas del Sol, huirán espantadas, cobardemente. Brazos míos, entrelazaos, para mezclar la Tierra con el Aire, el Agua con el Fuego, y el Ponto con el Olimpo[53]. Y yo impondré a los cuatro Vientos un servil designio: fustigaré al Bóreas; abrumaré al Noto; azotaré al Euro; y castigaré al Céfiro. Con un sola mano he de mezclar la Noche con el Día.

Mi hermano Océano dirigirá, desde su fauce de muchas fuentes, sus levantadas aguas contra el Olimpo. Extenderá hacia arriba los cinco círculos paralelos[54], para inundar los astros. La Osa vagará sedienta por las aguas, mientras el Timón del Carro se sumerja[55]. Mis toros sacudirán la órbita equinoccial de círculo cósmico, mugiendo hacia el Éter; con aguzados cuernos quebrarán las astas del llameante Tauro, semejante a ellos. Y los bueyes de Selene dejarán sus húmedos

---

HESÍODO (*Teog.* 517-519); pero hace intervenir también la versión homérica de la columna, o las columnas, que lo sostienen, cf. *Od.* I 53 ss.

[53] Con esta mezcla de reinos y legalidades se simboliza la transgresión del orden del mundo y la disolución de la armonía cósmica, v. n. 45.

[54] La esfera de los astros fijos comporta cinco círculos paralelos: el Ártico (cf. I 251), el Trópico de Cáncer (cf. XXXVIII 284), el Ecuador (cf. II 281), el Trópico de Capricornio (cf. XXXVIII 277) y el Círculo Antártico que no aparece mencionado en las *Dionisíacas,* cf. V. STEGEMANN, *Astrol. u. Univ.-gesch.,* págs. 28 ss.

[55] Cf. I, n. 40.

cursos, por temor al mugido de mis cabezas. Y el oso de Tifón, tras abrir sus fauces terribles, hostigará a la Osa del Olimpo. Mi león se enfrentará al León del Éter[56], para sacarlo contra su voluntad de la ruta del Zodíaco. El Dragón del Carro[57] temblará de temor ante mis serpientes. <Frente a mí, Zeus>[58] está armado de unos pobres rayos. Porque las rabiosas olas del mar, las cúspides de la Tierra y las cañadas de las islas se han vuelto mis espadas y las montañas, mis escudos. Y los escollos son armaduras indestructibles para mí. Y las piedras, mis picos. Los ríos me han de servir para apagar los endebles rayos.

Para Posidón tengo guardadas las cadenas de Jápeto[59]; sorbe el monte Cáucaso, otra alada águila, más poderosa, desangrará con sus garras el hígado, que siempre vuelve a crecer, de Hefesto, el dios fogoso, porque a causa del fuego sufre Prometeo, mientras su hígado, recreciente, es devorado[60].

Y como mi carácter es réplica del de los hijos de Ifimedea[61], ocultaré al hijo de Maya[62] preso en broncínea celda, amarrado con una trenza de invisibles lazos. Y entonces

---

[56] Es decir, la constelación y signo zodiacal de Leo.

[57] Cf. I, n. 52.

[58] Laguna de un verso señalada por KEYDELL y aceptada por los demás editores.

[59] Jápeto, el Titán hermano de Crono y padre de Prometeo, que fue arrojado por Zeus al Tártaro (cf. HES., *Teog.* 134). El pasaje de 296-313 ofrece un gran paralelo con la *Gigantomaquia* de CLAUDIANO (v. 37-41).

[60] .Nono sigue en su versión del mito de Prometeo la tradición mitológica de Hesíodo y Esquilo. Para la liberación de Prometeo por los Titanes, cf. CLAUDIANO, *Gigantomaquia* 21 ss.

[61] Ifimedia tuvo dos hijos Gigantes, de Posidón, llamados Alóades, por ser adjudicados a Alóo, el marido de Ifimedia, cf. XLVIII 40.

[62] Hermes.

alguno dirá: «Tras desatar los lazos de Ares, Hermes quedó enlazado[63]».

Y Ártemis ha de romper el intocable sello de su virginidad, para ser por la fuerza la esposa de Orión[64]. Y Leto traerá ante Ticio[65] sus antiguos velos, arrastrada a una unión por violencia. Al homicida Ares lo haré prisionero, despojándolo de sus rotos escudos. El señor del combate, en lugar de asesino, será mi dulce presa. Y haré que Efialtes[66] se case por fin, con la cautiva Palas. Así veré prisionero a Ares y a Atenea en los dolores del parto.

Y el Crónida levantará erguido el cielo de Atlante, soportando con agobiados hombros su constante curso circular. Mientras tanto, escuchará con mal disimulados celos nuestros himeneos, pues yo seré el novio de Hera. De antorchas luminosas no estaré privado, pues el brillo del relámpago será espontáneamente el tizón de mis tálamos. En lugar de antorchas, el mismo Faetonte prenderá para mí el fuego de su propia llama, brindando a Tifón su servil esplendor nupcial. Los astros arrojarán sus chispas matrimoniales al Olimpo; van a centellear como lámparas de mis amores, los astros, que son estrellas vespertinas. Junto a Afrodita, que cuida del tálamo, mi sirvienta Selene, la novia de Endimión, tenderá el lecho. Y si tuviera necesidad de un baño me lavaré en las aguas del astral Erídano[67].

---

[63] Mención del episodio en que Ares fue enlazado por Efialtes (v. n. 66) y liberado por Hermes, cf. XVI 155 ss.; cf. *Od.* XI 305.

[64] Para Orión, cf. I, n. 69.

[65] Ticio es un Gigante, hijo de Zeus y Elara, cf. *Od.* XI 576 ss.

[66] Efialtes es otro Gigante, cf. APOLOD. *Bibl.* I 6, 2.

[67] El Erídano es un río, cuyo catasterismo constituye una constelación, cf. ARATO, 358, 359 s.; en NONO, cf. XXIII 298 ss.

Vamos, Estaciones Circulares[68], después de los lechos de Zeus, preparad para Tifón su cámara de amor. Y vosotras, Leto, Atenea, Pafia, Caris, Ártemis, Hebe, traed para mí, un recién casado, el agua del Océano, de mi misma estirpe... Y que mi esclavo Apolo rinda homenaje a Tifón, en lugar de a Zeus, con sus plectros nupciales, en el banquete junto a mi mesa. No estoy ansioso de una tierra ajena; pues tendré las riendas de mi hermano Urano, de estrellada espalda. Él será mi connatural morada, pues es un hijo de la Tierra. Y al carnívoro Crono, mi hermano[69], lo volveré a traer a la luz como un aliado, lejos de su abismo subterráneo, tras romper las cadenas que lo fuerzan. Y llevaré de regreso a su hogar, el Éter, a los etéreos Titanes; y bajo el mismo techo pondré en el cielo a los Cíclopes, nacidos de la Tierra, para que preparen otras armas de fuego; pues necesito muchos rayos: yo lucho con doscientos brazos, y no con dos como el Crónida. Y me haré fabricar unos relámpagos nuevos, émulos de los anteriores, pero más resistentes, con llamas más poderosas. Y construiré otro cielo, el octavo[70], más vasto, más alto en lo alto, que superará a los demás, por sus astros más brillantes. Pues esta bóveda que tengo a mi lado no puede cubrir por entero a Tifón.

Y, tras las hijas hembras y la progenie de machos sembrada por el Crónida, multiengendrador, haré crecer otra sangre nueva de Bienventurados de muchos cuellos. No dejaré de lado el coro de los astros, inexperto de amores, sino que uniré la hembra al macho, para que la Virgen

[68] El epíteto de Circulares (cf. *Himnos Órficos* 43, 5; 53, 7) hace mención del carácter cíclico de las *Hõrai*, cf. I, n. 45.

[69] Cf. I, n. 99.

[70] Las siete zonas del cielo (cf. I, n. 36) son también consideradas siete cielos. Tifón pretende crear uno nuevo.

Alada[71] dé a luz una progenie esclava, depués de sus himeneos con el Boyero».

Así habló amenazante. Pero el Crónida rió al escucharlo. Y el fragor del combate comenzó entre ambos. Era la Discordia la que llevaba a la lucha a Tifón, en cambio la Victoria conducía a Zeus a la guerra. La disputa no giraba en torno de un conjunto de bueyes, ni de otra manada. No era una pelea producida por la belleza de una ninfa; ni se trataba de una agitación causada por una humilde ciudad. Sino que la lucha se levantaba a causa del mismo Éter. Ante las rodillas del vencedor, aguardaban los cetros y el trono de Zeus, trofeos de guerra. De las azotadas nubes, Zeus hizo sonar su trueno, como una mugiente melodía etérea. Una trompeta tocó la música de Enio[72]. Zeus vistió su pecho con nubes en círculo, para conseguir una defensa contra los proyectiles de los Gigantes. Tampoco Tifón estaba mudo. Sus cabezas de buey despidieron un mugido espontáneo, que resonó como una trompeta contra el Olimpo, mientras entrelazadas serpientes soplaban las flautas de Ares. Tifón acorazó las filas de sus escarpados miembros, apretando un escollo a otro escollo más grueso, hasta que quedó flanqueado por una irrompible barrera de sólidos picos en fila, pues había colocado una piedra ordenada compactamente sobre otra. Era la imagen de un ejército sobre armas. A sus lados, un peñasco se ajustaba a un peñasco, una cresta a una cresta y una cañada a otra. En lo alto, el pico, cercano a las nubes, apretaba otro pico de múltiples pliegues. Pedregosas

[71] La Virgen Alada es la constelación de Virgo, vecina de la del Boyero. Nono la utiliza como un símbolo de castidad, semejante a Atenea o Ártemis.

[72] Enio es una representación femenina de una divinidad guerrera, equivalente de la *Bellona* latina.

cimas eran las moradas de Tifón, cuyas cabezas estaban cubiertas por escarpadas alturas. El Gigante, en combate, aunque tenía un solo cuerpo, parecía tener muchos, pues sus falanges eran infinitas: unas, formadas por sus brazos; otras, por las afiladas puntas de sus fauces leoninas; otras, por sus bucles de serpientes montadas sobre los astros. Muchos árboles fueron despedidos contra el Crónida, sacudidos por las manos Tifoneas. Otros retoños de la Tierra, de hermosas hojas, eran disparados; a ellos, el Crónida, a su pesar, hizo cenizas, por un solo resplandor de su rayo, con potente embestida. Eran muchos los olmos arrojados, junto con sus hermanos pinos, enormes plátanos, mientras blancos álamos eran disparados, como dardos, contra Zeus. !Qué gran herida se infringía a la Tierra!

Toda la órbita cósmica, de cuatro lados, estaba siendo ultrajada. Y los Cuatro Vientos, aliados del Crónida, flanquearon el aire, con oscuro polvo, haciendo curvas las olas. En el fustigador mar se sacudió Sicilia. Bramaron las costas Pelóridas y las crestas del Etna[73]. Y las costas Lilíbides[74] mugieron anunciando cosas futuras, mientras el lado occidental del Pacunio[75] resonó en el mar. Al lado de la Osa, la ninfa de Atos[76] debió doblar sus rodillas contra el valle boscoso de Tracia. Y en el monte Pierico[77] gritó de dolor el bosque Macedonio. También se conmovieron las bases del Oriente; las boscosas moradas, con aroma de incienso, resonaron en el Líbano Asirio.

---

[73] Se refiere a las costas y al monte de Sicilia.

[74] El Lilíbeo es otro monte de Sicilia, de donde deriva el adjetivo Lilíbides ya utilizado por Apolonio Rodio, cf. *Argonáuticas* IV 919.

[75] El Pacunio es otro monte del sur de Sicilia, cf. XIII 322.

[76] Se pasa a otra zona geográfica con la mención del monte Atos.

[77] La Pieria es la zona sudeste de Macedonia.

Y de las manos de Tifón, múltiples proyectiles fueron arrojados para amenazar al rayo de Zeus invencible. Unos, lanzados junto al Carro de Selene, raspaban las patas invulnerables de sus movedizos toros. Otros, con agudos chiflidos, daban vueltas a través del aire, hasta que los vientos los expulsaban con soplos contrarios. Muchos vagaban a los costados de Zeus inasequible, y la mano gozosa de Posidón los recogía, sin necesidad de tomar su tridente, con su punta cortatierra. A las balas que el agua mojaba, el viejo Nereo las llevaba junto al estrecho marino de Crono, para erigir una ofrenda para Zeus[78]. Y a los dos tremendos hijos de Enialio[79], el Crónida, padre de su padre, los armó con el Miedo y el Terror. Estos, los escuderos del Éter que marchaban al mismo paso, iban a ser sus servidores. Colocó al Miedo junto al relámpago, y al Terror al lado del rayo, para dar signos de espanto a Tifón. La Victoria levantó su escudo y lo extendió ante Zeus, mientras Enio lanzó en réplica su grito de guerra. También bramó Ares mientras Zeus, que llevaba la Égida, desató tempestades desde el aire, transportado en las alturas sobre el alado carro cuadríyugo del Tiempo, pues los caballos del Crónida son los Vientos, que tiran del mismo yugo. Por momentos se armaba de relámpagos y de rayos, por momentos de truenos y lluvias. Hacía fluir la pétrea superficie de un sólido chubasco, mientras llovían los proyectiles. De continuo, pilares acuáticos se rompían contra las cabezas del Gigante, que eran semejantes

---

[78] Nereo es una divinidad oceánica, el Viejo del Mar (cf. *Il.* XVIII 35). El estrecho marino de Crono es el mar Adriático, como en Ap. Rodio, *Arg.* IV 291.

[79] Enialio es un epíteto de Ares (cf. *Il.* XVII 211). Sus hijos, el Miedo *(Phóbos)* y el Terror *(Deîmos),* son mencionados frecuentemente en el contexto de la alegoría épica, cf. *Il.* IV 440; XI 37; XV 119.

a agudas lanzas. Las manos de Tifón eran cortadas, como por una espada, por el tempestuoso dardo del aire. Una de sus manos cayó sobre el polvo, sin soltar su peñazco; pero aun mutilada por un tormentoso corte, igual siguió moviéndose, como si todavía quisiera golpear la bóveda circular del Olimpo.

Y el caudillo de los celestes, que blandía en lo alto su azote de fuego, tras vigilar el ala izquierda y derecha del combate, continuaba peleando en las alturas. Mientras tanto, el Gigante de múltiples brazos se lanzó hacia los torrentes de agua. Unió sus trenzados dedos en una apretada cuerda espontánea; y ahuecó sus anchas palmas, para tomar con ellas el torrente montañoso del centro de los ríos invernales; con sus cóncavas manos, en las que se repartía el líquido, disparó el agua hacia el relámpago. Pero, al ser tocado por el fluido de la tierra, la luz etérea brilló a través del agua con más fiero resplandor. El líquido bullía ardientemente, mientras se secaba; y su naturaleza rápidamente se volvía árida por las llamas. Y bien, el insolente Gigante pretendía apagar el fuego del éter; ignorante, no sabía que los ígneos rayos y relámpagos nacen de las nubes, productoras de lluvias.

Pero de nuevo empuñaba Tifón unos tabiques de sus guaridas cavernosas, con intención de arrojarlos al pecho de Zeus, invulnerable al acero; cuando lo tiró contra él, el Crónida no tuvo más que soplar un poco con la punta de sus labios, y el aire hizo dar vueltas en círculo a la piedra de elevados riscos. Entonces, el guerrero Tifón tomó con sus manos la remoliente cresta de una isla, y le hizo dar espiraladas vueltas en dirección al inquebrantable rostro de Zeus, pero éste inclinó su cabeza, para esquivar el proyectil de mármol. Y Tifón llegó a tocar el relámpago que se acercaba

a él en el movimiento elíptico de su candente curso. Y enseguida las piedras que lo cubrían, ennegrecieron la blanca espuma de sus puntas, mientras el humo atestiguaba su fin. Y por tercera vez, otra roca arrojó, a la que el Crónida recibió en el aire con un diestro gesto de su extendida palma; tomó con su mano infinita la bala danzarina; y tras quebrarla, la envió de nuevo hacia Tifón. La montaña, luego de describir un enorme torbellino aéreo en su viaje de regreso, devolvió por sí misma la flecha del arquero. Y en un cuarto intento, volvió a disparar con mayor vigor; mas la roca se quebró al tocar las puntas de la Égida. Y de nuevo arrojó otra piedra que en tempestuoso giro marchó hasta ser flechada por el rayo. Entonces brilló semichamuscada. Los proyectiles no alcanzaban a hundirse en la húmeda nube, sino que la acuosa tempestad deshacía las rocas por completo.

Enio[80] se mantenía en imparcial equilibrio para ambos, tanto para Zeus, como para Tifón. Y los rayos, como bailarines del éter, se entregaban a una bacanal, de resonantes lanzas.

El Crónida seguía en pie de guerra, armado por completo. En el fragor del combate, tenía al trueno por escudo; y era la nube su coraza, mientras agitaba el relámpago, como una lanza. Los rayos que caían de Zeus eran lanzados como flechas de punta de fuego.

Ya se esparcía difusamente por el aire el seco vapor de la tierra, surgido de las cavidades del suelo[81]. Y en las alturas,

---

[80] V. n. 72.

[81] En los vv. 482-507 Nono hace una digresión teórica con ocasión de explicar cómo se renuevan sin cesar las armas de Zeus. La teoría de la generación de relámpagos y truenos se encuentra ya en EPICURO, *Epístola*

con ardiente fauce, estrangulaba con su calor a la nube que se iba gestando. En torno del vapor, las nubes se frotaban ruidosamente, unas contra otras, alimentando el fuego; y la apretada llama interna se arrebataba, sin poder salir; ella buscaba el camino del medio, porque no le está permitido a su resplandor salir por arriba. Y el húmedo aire, lavado de gotas de lluvia, impedía que el relámpago salte hacia arriba, mientras la parte alta de la húmeda nube se condensaba. Y desde el fondo reseco que se abría, corría el impulsivo fuego. Y así como una roca, unida a otra, pare de su seno a una llama, del mismo modo el fuego, apretado entre piedras, salía disparado por sí solo, cuando la piedra hembra, generadora de fuego, era quebrada por una piedra macho. Y del mismo modo se encendía la llama celeste, al ser comprimidos el vapor y las nubes. Los vientos, por su parte, son producidos por la sutil exhalación de la tierra. Pero existe otro gas surgido de las aguas terrestres. El sol lo chupa mediante sus llameantes disparos, y lo levanta, aunque es húmedo, hasta el quemante surco del éter. Dicho vapor, al condensarse, produce un velo de nubes. Y su densa constitución, cuando es agitada por otro gas más sutil, disuelve las blandas nubes en una caída de lluvia, hasta volver a su primera y natural sustancia húmeda. Así surge la generación de nubes llameantes; y por ellas son engendrados los rayos, de naturaleza semejante, junto con los relámpagos.

El padre Zeus seguía en la lucha. Contra su enemigo empuñaba la acostumbrada antorcha, que dispara leones; él golpeaba con celeste huracán las filas multíbocas, de innumerables gargantas. Un solo resplandor del dardo lanzado

ad Pythoc. 100, pág. 44, USENER, y en el tratado peripatético *De mundo* 4, 395 a.

por Zeus llameaba entre las infinitas manos; ese único destello consumía innumerables hombros y abigarradas ordes de serpientes. Entre tanto, las lanzas del éter partían muchísimas cabezas, mientras un espiralado cometa reducía a cenizas los cabellos de Tifón, arrojando a su oponente las chispas de su espesa melena de fuego. Así ardían sus cabezas. A sus mechones, encendidos por el fuego, que antes silbaban, el silencio imprimía su sello, mientras las gotas de veneno se desecaban en las fauces de las calcinadas serpientes. Los ojos del Gigante guerrero se llenaron de cenizas por el humo y el hollín. Las mejillas, en el llovido rostro, emblanquecían a causa de los torrentes de nieve. Así los cuatro Vientos, lo sometieron bajo su violencia, de cuádruple yugo. Pues, si daba vuelta sus ojos vacilantes en dirección al Oriente, recibía la llameante refriega del vecino Euro; y si miraba en dirección a la zona tormentosa de la Osa Arcadia[82], era golpeado por la helada escarcha de un vendaval de invierno. De tratar de huir del frío soplo del nevado Bóreas, un dardo húmedo e ígneo a la vez lo sacudía. Y si se dirigía al Poniente, al otro lado de la Aurora portentosa, Enio lo erizaba con su tempestad occidental, mientras oía el eco del látigo del Céfiro; y el Noto, de soplo caliente, junto a la nuca meridional de Capricornio[83], flagelaba las órbitas aéreas, disparando a Tifón la llama de su fogoso vapor.

Si entonces Zeus hubiese vertido su copiosa lluvia inundante, Tifón hubiese bañado su cuerpo entero con enjuagues aliviadores, y refrescado sus recalentados miembros, ex-

[82] Se refiere a la zona norte. Recuérdese que Ártico deriva etimológicamente de *Árktos*, la Osa, cf. I, n. 40.

[83] Capricornio es la constelación más austral del Zodíaco. Marca el solsticio de invierno, cf. I 179; VI 222.

haustos por el rayo. Pero un aluvión de barrancos y pétreos proyectiles azotaba al Hijo de la Tierra, fustigando también a su madre nutricia. Entonces ella, cuando vio sobre el cuerpo del Gigante las pétreas balas y las flechas de agua, que eran testimonio de su destino, se puso a suplicar al Sol, un Titán, con abatida voz. Le pidió una sola luz estival, que con cálida llama disuelva la pétrea agua de Zeus y tienda sobre Tifón su resplandor fraternal, para derretir la nieve. Pero, mientras suplicaba, ella misma era destruida junto a su lacerado hijo. Y de nuevo, al ver que el enjambre de los calcinados brazos de él se consumía por el fuego, rogó que un soplo invernal acuda, por una sola mañana, para que, tempestuoso, el viento apague con frescas brisas la sedienta necesidad de Tifón. Pues ya el Crónida había hecho inclinar a su favor la balanza de la lucha, hasta entonces vacilante. Y la madre Tierra, tras rasgar sus arbolados velos[84] con sus manos, lloró al ver el humo en los rostros quemados de las cabezas Tifoneas. Las rodillas del Hijo de la Tierra estaban quebradas, y la trompeta de Zeus mugió con estrépitosos truenos como preanuncio de la victoria. Tifón, envenenado por un dardo llameante, yacía aniquilado por una herida de guerra, que no produjo el acero. Estaba tendido de espaldas sobre la madre Tierra, con sus viperinos miembros en torno del polvo, escupiendo fuego. Entonces, el Crónida lo provocó con sus burlas, mientras vertía de su garganta riente, tales palabras[85]:

[84] Era señal de duelo el rasgarse las vestiduras, imagen que aquí se aplica a la Tierra.

[85] La respuesta de Zeus es réplica del anterior discurso de Tifón, cf. vv. 258-355.

«Buen vengador encontró el viejo Crono, Tifón. Con fatiga la Tierra engendró un hijo, tras la turbación producida por Jápeto. ¡Gracioso vengador el de los Titanes! Por lo que veo resultaron débiles los rayos del Crónida. ¿Hasta cuándo esperas para habitar el éter infranqueable, falso portador del cetro? Te aguarda el trono del Olimpo. Recibe los dones de Zeus y sus peplos, teómaco Tifón[86]. Lleva al cielo a Astreo, si así lo quieres; y que Eurínome y Ofión[87] vuelvan de regreso al éter, para que Crono sea su compañero. Y en tu marcha por la adornada bóveda de los astros de elevado curso, te seguirá el suspicaz Prometeo, tras huir de sus lazos. El osado pájaro, que devora sin piedad su hígado siempre nuevo, será el guía de tu camino celeste. ¿Querías algo más, tras el combate, que ver a Zeus y Al que sacude la tierra, como servidores de tu trono? Ya ves al Crónida sin fuerzas y sin el cetro Olímpico, despojado del trueno y de sus nubes. Observa cómo lleva, en lugar del relámpago y del divino fuego, en vez del acostumbrado rayo, la antorcha que celebra las nupcias de Tifón. Ahora es el guardián de cámara de tu esposa Hera, tu cautiva; y anda celoso de tu lecho, al que mira con irritados ojos. Ya sacaste de su marino yugo a su aliado, el que sacude la tierra; y ahora, en lugar de estar en el ponto, es servidor de tu mesa; y a cambio del tridente lleva

[86] Nos hemos permitido traducir *theómachos* por el neologismo «teómaco», que significa «que se enfrenta a los dioses». El término es muy frecuente en la mitología; Licurgo y Penteo son teómacos que se enfrentan a Dioniso.

[87] Zeus menciona a tres potencias arcaicas, aliadas de Tifón: Astreo, hijo del Titán Crío, es padre de los Vientos (cf. HES., *Teog.* 375-382) y astrólogo de los dioses según NONO (cf. VI 15-108); Ofión y su esposa, la Oceánide Eurínome, que viven en los bordes del Océano (cf. *Il.* XVIII 398 ss.; en NONO, cf. XLI 312).

en su mano sedienta tu copa. También Ares es tu criado; y Apolo tu sirviente. Envía al mensajero, al hijo de Maya[88], para que comunique a los Titanes tu poderío y tu generación celeste, mas deja al Artífice Hefesto en sus Lemnos natal, con tal que haga para tu novia, recién desposada, un collar de tonos multicolores y brillante ornato; o bien, que le fabrique unas esplendorosas sandalias, que rasgan el suelo, orgullo de tu mujer; o que construya otro dorado trono Olímpico, para que tu Hera, la del aúreo trono, ría ufana de poseer otro asiento más fuerte.

Y puesto que a los terrestres Cíclopes has convertido en habitantes del Olimpo, ellos te forjarán un rayo de más poderosa chispa. Y, como hechizó tu corazón con la esperanza de la victoria, apresa con un dorado tiento a Eros, junto a la aúrea Afrodita.

¿Así que los relámpagos huyen y no resisten a Enio? Entonces, ¿cómo saliste salvo de su pobre e inofensivo fuego? Si posees oídos sin número, ¿por qué temiste al eco lluvioso de un trueno insignificante? ¿Quién te ha hecho tan flojo? ¿Por dónde andan tus lanzas guerreras? ¿Dónde están ahora tus caninas cabezas? ¿Y aquellas fauces de serpiente, y el mugido terrestre de tus tonantes gargueros? ¿Y la ponzoña de tu cabellera viperina de larga sombra? ¿Ya no haces silbar a tu melena con ofideos circulares? ¿Por qué no mugen tus bocas de buey? ¿Y tus brazos no disparan ya escarpados escollos? ¿Ya no fustigas las circulares órbitas de los astros? ¿Y tus trompudos cerdos no emblanquecen sus empapadas quijadas con espumosas gotas? ¿Dónde están las terribles mandíbulas de tu oso, que gesticulaba amenazante?

---

[88] Hermes.

Deja paso a los seres celestes, tú, que te alimentas del suelo. Pues con una sola mano vencí a las huestes de tus doscientos brazos. Vamos, que la tricéfala Sicilia te apriete con sus montes escarpados y esconda por completo a Tifón, que se enorgullecía de sus cien cabezas, ahora lamentablemente sucias de polvo[89]. Con todo, puesto que tienes una mente jactanciosa, y a causa de vanas esperanzas pretendiste asaltar el mismo Olimpo, haré construir para ti, infeliz, un cenotafio; y en esa tumba vacía te grabaré, por temerario, este postrero epitafio:

Esta es la tumba de Tifón, quien una vez atacó el cielo
con sus piedras, y el fuego etéreo lo consumió.

Así habló con ultrajes al Hijo de la Tierra que era un cadáver respirante. Entonces, el Tauro Cilíceo[90] comenzó a entonar por Zeus todopoderoso los cantos epinicios[91], con el mugido de su trompeta de piedra. Y el sinuoso Cidno bailó con acuáticos pies, festejando la victoria de Zeus con húmedos rugidos, mientras vertía su afluente, que habita en el medio de su compañera Tarso[92].

Mientras tanto, la Tierra había hecho jirones su túnica de piedra, y lloraba acostada. Su arbórea cabellera fue cortada por los vientos, no por cuchillo de duelo[93]. Se arrancaba los bucles de su boscoso cráneo, como en el mes

[89] Queda así en la versión de Nono la tumba de Tifón en Sicilia, cf. PÍNDARO, *Ol.* IV 6-7; ESQ., *Prom.* 358-372.

[90] El monte mencionado en I, v. n. 104.

[91] Son cantos de victoria, que en griego se dice *Níke.*

[92] Para el río Cidno y la ciudad de Tarso, cf. c. I, n. 81.

[93] El tema del duelo de la Tierra después de la exterminación de sus hijos es frecuente en las Gigantomaquias, cf. F. VIAN, *Guerres des Géants,* París, 1952, págs. 96 ss.

en que las hojas caen. Y por los humedecidos flancos fluían como ríos las alborotadas lágrimas de la Tierra en llanto, que también arañaba sus mejillas.

De los miembros de Tifón salían huracanados torbellinos que azotaban las olas; se precipitaban a envolver las naves, montados sobre la imperturbable bonanza. No se dirigían sólo sobre las ondas marinas, sino que por momentos un tempestuoso polvo se agitaba sobre la tierra, destrozando el erguido y lozano trigo. Pero entonces, la tesorera del cosmos, la Naturaleza siempre renaciente cicatrizó las abiertas heridas de la Tierra, y volvió a unir los cordones isleños, separados de sus cimientos, con un lazo de unión indisoluble. Y la perturbación de los astros desapareció, cuando el Sol volvió a tomar su lugar, junto a la Virgen de la Espiga[94], pues el melenudo León se había apartado de la ruta del Zodíaco. Y la Luna volvió a dominar a Cáncer, que había saltado sobre el rostro del León celestial; y lo devolvió a su lugar, frente al gélido Capricornio[95].

Por cierto, Zeus Crónida no se había olvidado de su músico Cadmo. Luego de dispersar la sombría nube de oscuro aire que lo escondía, lo llamó y pronunció estas palabras:

«Cadmo, con tu siringa coronaste las puertas del Olimpo. Por lo tanto, yo auspicio tu matrimonio con la Lira Celeste[96]. Te haré yerno de Ares y de Citerea. Tendrás a los dioses como invitados en tu banquete en la tierra. Y yo mismo te visitaré en tu casa. ¿Qué más quieres que el rey de los

---

94 Astrológicamente el sol rige el signo de Leo, el inmediato anterior a Virgo, la Virgen de la Espiga.

95 La Luna rige el signo de Cáncer, que en el Zodíaco se encuentra en oposición a Capricornio.

96 La Lira Celeste cantará también el himeneo de Sémele, cf. VIII 387.

Bienaventurados se siente a tu mesa? Ahora bien, si deseas huir de las adversas alas del destino y atravesar en calma el viaje de la vida, cuidate siempre de enfadar a Ares Dirceo[97]. Él se encoleriza aun sin motivo de cólera. Esta noche, con el ojo firme en el Dragón Celeste[98], toma una ofite de hermoso aroma; y, mientras invocas al Serpentario Olímpico, consagra en el altar, con cáusticas llamas, los cuernos de muchas puntas de una cierva de Iliria[99]. De este modo podrás huir de las amarguras que han sido designadas para tu suerte. El espiralado huso de la Necesidad del Destino las urdió. Pero escaparás, si los hilos de las Moiras lo consienten[100].

Además deja de lado el recuerdo de la ira de tu padre Agenor[101] y no temas por tus errantes hermanos; pues, si bien están separados, todos viven aún: Cefeo hizo vivienda en la tierra del Noto, como soberano de los cefenos etíopes[102];

---

[97] Dirceo, es decir, de la fuente Dircea de Tebas, en la que Cadmo matará al dragón de Ares, cf. IV 348 ss.

[98] Zeus prescribe a Cadmo una operación mágica basada en la creencia de las simpatías cósmicas. La ofite es la piedra que tiene la propiedad de salvaguardar de los ofidios (cf. *Lapidario Órfico* 472 ss.). Por esa propiedad simpática se hace referencia al Dragón Celeste, correlato etéreo de los ofídicos terrestres. El pasaje ha sido analizado por H. BOGNER, «Die Religion des Nonnos von Panopolis», *Philologus* 89 (1934), 326.

[99] Después de su exilio en Iliria, Cadmo y Harmonía se metamorfosearán en serpientes, cf. IV 420.

[100] La ineluctable trama del Destino constituye una creencia genuinamente pagana. Ella aparece mencionada en NONO como los hilos de las Moiras, cf. I 367.

[101] Agenor había enviado a todos sus hijos en búsqueda de su hija Europa, raptada por Zeus. En lo sucesivo se cuenta el destino de cada uno de los hermanos de Cadmo.

[102] Cefeo es hijo de Belo y no de Agenor según las versiones más difundidas (cf. HERÓDOTO, VII 61; APOLOD., *Bibl.* II 1, 4). Y los cefenos son situados en Persia por HERÓDOTO, VII 61.

Taso se quedó en Taso. Y Cílix reina entre los Cilíceos[103], junto al cordón montañoso, de fuertes tempestades, del elevado Tauro. Por su parte, Fineo, tras un largo viaje, llegó a tierra Tracia[104]. A él lo haré enorgullecerse de tener opulentas minas; lo conduciré junto a Oritía y al Bóreas Tracio[105] para que sea su yerno. Pues él será el esposo, de profética voz, de Cleopatra, la de hermosa corona[106]. A ti la trama de las Moiras te ha arrojado a un destino semejante al de tus hermanos: has de reinar entre los Cadmeos[107], y vas a dar tu nombre al de los ciudadanos. Así que deja ya la incierta huella del buey[108], ya apártate de los recursados círculos de tu viaje errante. Pues, sometida por el yugo de la ley de Cipris, tu hermana se casó con el Asterión Dicteo, soberano de la Coribántida Ida[109].

Esto te lo vaticino yo mismo. Otras cosas las dejaré para que las profetice Febo. Así que tú, Cadmo, marcha hacia el eje del ombligo del mundo, hasta llegar a los vocíferos valles de la Délfica Pito[110].»

Tras hablar así, el Crónida se despidió del exilado Agenórida, y raudamente dirigió su dorado carro hacia la órbita

[103] El nombre de Cílix resulta epónimo de Cilíceos, como el de Cefeo para los Cefenos.

[104] Fineo aparece habitualmente asociado a su hermano Cefeo, OVID., *Metam.* V 12 ss.

[105] Oritía, hija del rey ateniense Erecteo, fue raptada por Bóreas, de quien concibió dos hijos, los Boréadas, y dos hijas: Quíone y Cleopatra. Cf. AP. RODIO, *Arg.* I 211 ss.

[106] V. n. 105.

[107] Cadmo es el mítico fundador de Tebas, por lo que los Tebanos eran llamados Cadmeos.

[108] Se refiere al curso del toro Zeus raptor de Europa.

[109] Zeus, después de unirse a Europa, la entregó a Asterión.

[110] Este episodio será relatado en IV 289 ss.

de los astros etéreos. Sentada a su lado, la Victoria impulsó el caballo paterno con su fusta celeste. Al llegar, las Estaciones, de erguido cuello, le abrieron las puertas del cielo, coronando el éter. Los dioses, con su forma recuperada, retornaron al Olimpo junto al vencedor Zeus, tras cambiar el alado aspecto de su rostro. Y Atenea, con su suave túnica, desprovista de armas, volvió al cielo, donde emprendió una festejosa danza en honor de Ares, cuya melodía hilaba la Victoria. Y Temis suspendió las armas del derrotado Gigante en lo alto del vestíbulo del Olimpo, a fin de exponerlas como objeto de terror ante la insensata Tierra, madre de futuros Gigantes.

CANTO III

SUMARIO

— Navegación de Cadmo y llegada a Samotracia, vv. 1-54.
— Cadmo ante el palacio, vv. 55-183: encuentro con Coribantes; encuentro con Persuasión; descripción del palacio y su jardín.
— Presentación de la realeza de Samotracia y recepción de Cadmo, vv. 184-242: llegada de Ematión; historia de Dárdano; banquete real.
— Cadmo y Electra, vv. 243-372: discurso de Cadmo; respuesta de Electra.
— Presentación de Harmonía y mensaje de Hermes, vv. 373-444: circunstancias del nacimiento de Harmonía; llegada de Hermes; Hermes y Electra.

EN EL TERCERO SE TRATA DE LA NAVE ERRANTE DE CADMO, DEL PALACIO DE ELECTRA Y LA HOSPITALIDAD DE SU MESA

Terminó el combate, cuando el invierno se fue[1]. Entre tanto Orión[2] ascendía con su tahalí libre de nubes mostrando la punta de su brillante espada. Los escarchados pies del sumergido Tauro[3] ya no se bañaron nunca más en el mar circular. Así como tampoco en la región de la sedienta Osa[4], madre de lluvias, sus secos pies ya no atravesaban la mar-

[1] Con la expresión homérica *lúto d' agõn* (cf. *Il.* *XXIV 1*) Nono pretende dar un nuevo sentido de la *Tifonía:* el combate entre Zeus y Tifón corresponde a las tempestades invernales que impiden la llegada de la primavera.

[2] Orión es una constelación de invierno particularmente brillante que anuncia las tempestades (cf. Escolio a ARATO 754; también V. STEGEMANN, *Astrol. und Universalgeschichte,* Leipzig-Berlín, 1930, pág. 79).

[3] Tauro es una constelación asociada a la primavera pues el Sol entra en este signo a mediados de abril (cf. I 357; II 3-4; IV 239). Pero también a menudo evoca la mala estación porque su puesta helíaca que coincide con las Híades, tiene lugar a mediados de noviembre. NONO lo califica como «productor de lluvias» (I 452), «escarchado» (III 4) (cf. *Catalogus Codicum Astrologorum Graecorum* ed. Fr. Boll, Fr. Cumont 7, 183, 22). Pasa por ser el catasterismo del toro de Europa (cf. *supra* nota).

[4] La Osa es una constelación polar. Es «sedienta» pues ella no se esconde jamás en el Océano (cf. *Il.* XVIII 489). También es «productora de lluvias» pues ella preside el invierno, estación húmeda (I 452; XI 492).

mórea agua. Ni los Maságetas[5], que fustigan sus errantes moradas, cuando atraviesan, el río con sus circulares ruedas de madera, rayaban el húmedo surco del helado Istro[6]. Llegaba, pues, el tiempo en que la fecunda Estación, mensajera del Céfiro, partía los capullos de las flores e impregnaba los vientos de rocío[7]. Y las golondrinas, silbantes mensajeras de la primavera, que las acobija, acababan de llegar y con locuaz gorgeo privaban a los mortales de su sueño matinal. Y desnuda, despojada de su perfumada cubierta, la flor reía, mientras se bañaba en fecundas y primaverales gotas de rocío.

Bien temprano, cuando la Aurora desgarra las tinieblas, Cadmo se puso en marcha, tras abandonar la cornuda colina del elevado Tauro en los azafranados valles de Cilicia[8]. Era el momento justo para la navegación. Ante el apremio de Cadmo por partir, se alzaron de tierra las amarras de los buques. El mástil del navío, que en su parte más alta golpeaba poderoso los aires, permanecía firmemente erguido; y, azotando suavemente el ponto, un ligero viento canturreaba con jadeantes soplos matinales; su fragor acompañaba la embarcación. El cambiante oleaje, que ascendía en forma de volutas por la tempestad, detuvo la viva danza del delfín que

---

[5] Los Maságetas eran un pueblo nómada que vivía en carros entoldados en la zona del Mar Caspio (cf. Heródoto, I 201). Nono confunde a éstos con los Getas del borde del Danubio.

[6] El actual río Danubio.

[7] El Céfiro es un viento del Noroeste por lo general violento o lluvioso (cf. *Il.* II 147; IX 5; XXI 334), a veces de brisa agradable (cf. *Od.* IV 567).

[8] Cilicia, región montañosa de Asia Menor junto al monte Tauro. El azafrán es una flor invernal (Calímaco, *Himnos* II 83) pero es corrientemente citada entre las flores de la primavera. El azafrán de Cilicia parecía ser muy bueno (cf. Horacio, *Sátiras* II 4, 68).

gusta de saltar en la silenciosa bonanza. Las trenzadas drizas zumbaban con agudo silbido, mientras las estay mugían al irritado viento y la vela encinta se inflaba llenándose de soplo, que avanzaba en línea recta. Las agitadas olas se abrían y volvían a caer; el agua se inflaba y se cubría de espuma. El navío avanzaba con prisa a través del ponto y con las rugientes olas un resonante ruido se producía alrededor de la quilla; un surco divisor de aguas se formaba: era la impronta que la punta del timón dejaba a su paso sobre la curvada superficie marina, blanca por la espuma.

Pero, luego de la apacible largada de la circular carrera del décimo día, Cadmo, llevado por los calmos soplos de Zeus, se abría paso. Mientras navegaba por el troyano estrecho de Hélade[9], que tiene su asiento en el mar, fue arrastrado por un viento ladrón del mugiente paso y conducido hacia Samos[10], enfrente de Escamandro[11]. Allí se arman combates, cerca de Sidonia[12]. Allí mismo se encontraba Harmonía, aún virgen, reservada para Cadmo. De este modo, los proféticos vientos poseedores de una fuerza divina condujeron a la nave hacia la orilla Tracia. Los marinos, al ver la llama

---

[9] El actual estrecho de Dardanelos que conecta el Mar Egeo con el Mar de Mármara.

[10] Los antiguos conocían tres islas llamadas Samos: Samos de Cefalonia, Samos de Jonia y Samotracia (*Il.* II 634; *Od.* XXIV 78 y 753). A esta última hace referencia NONO. Se encuentra en el Mar Egeo y es célebre por los misterios de los Cabiros.

[11] Río de Tracia, actual Meandro (cf. *Il.* V 36) que desemboca en el Mar Egeo.

[12] Con Sidonia NONO designa la región de Tracia. Sitón, el nombre del padre de Palene, es el epónimo de la península central de la Calcídica (cf. HERÓDOTO, VII 122). Los sidonios eran un pueblo tracio establecido entre el Hebro y el Ponto-Euxino. En los poetas latinos su nombre es sinónimo de Tracios (cf. VIRG., *Buc.* X 66; OVID., *Fast.* III 719).

de la antorcha Samia que nunca reposa, se llenaron de alegría; y cuando se encontraron cerca de tierra, plegaron sus velas. Luego, llevaron la nave hacia el ancladero sin olas y acudieron al abrigo del puerto con sus agudos remos que irritaban las calmas aguas. Una uña de piedra perforada recibió las amarras de los firmes navíos; mientras tanto las anclas de la nave se adhirieron sobre la húmeda arena del profundo golfo con sus encorvados dientes, cuando el Sol se ocultaba. Sobre la playa, luego del banquete vespertino, los marinos se entregaron a las arenas para dormir, desprovistos de mantas. El sueño vagabundo dejó su silencioso rastro sobre los agotados ojos de los mortales.

Después, tras el ala del impetuoso y rojizo Euro [13] apareció la Aurora, luego de vomitar el alba. Comenzó rasguñando la cima hasta caer a los pies del escarpado Ida teucro [14]; ella paseó su mirada sobre el puerto e hizo brillar la negra ola del mar que tenía enfrente. Entonces Cipris [15], que buscaba unir a Harmonía con su esposo, extendió la silenciosa bonanza para evitar la navegación. En ese momento, un tempranero pájaro gritaba cortando el aire; y columnas de Coribantes [16], que habitan las soledades, munidas de hermosos cascos, agitaban sus escudos y zapateaban al son de los rítmicos pasos de las danzas de Cnoso [17]. Y al mismo tiempo

---

[13] El Euro es un viento del E-SE (*Il.* II 145; *Od.* V 295).

[14] Monte de Frigia, cercano a Troya (*Il.* II 821; Hes., *Teog.* 1010). Actual Kazday.

[15] Otro nombre de Afrodita, la nacida en Chipre (cf. *Il.* V 330).

[16] Las Coribantes están localizadas en Asia Menor, en particular en Frigia; son divinidades asociadas a los cultos de la Madre-Tierra Cíbele-Rea (cf. Ap. Rodio, *Arg.* I 1098).

[17] Alude a las danzas de los Curetes en Creta y no a las ceremonias propias de Samotracia. Esta equiparación entre los Curetes y las Coribantes era corriente (cf. Estrabón, X 3, 7; *Himnos Órficos* 38 (37), 9 ss.). Los

que el pandero de Cnoso de bovina piel producía un terrible estruendo ante el espiralado golpe de un rápido hierro, la flauta doble resonaba. Así, mientras los bailarines se aceleraban, una melodía los acompañaba en su cadenciosa agitación. Canturreaban los árboles; mugían las piedras y los bosques se agitaban en una bacanal con inteligente vibración. Las Dríades[18] cantaban y las Osas[19] se lanzaban en tropel hacia la danza saltando y girando enfrentadas; los leones producían un rugido con competitivas gargantas, que simulaba el alalá de los Cabiros[20] en sus fiestas mistéricas, grito lúcido pese al frenesí. La divina Hécate[21], que ama los cachorros, era celebrada. Y las festivas flautas, a las que la técnica del Crónida descubrió una vez, mientras trabajaba el cuerno, resonaban sin acompañamiento.

Bien temprano, se despertó Cadmo a causa del alborotado cántico de las Coribantes, amantes del tumulto. Y también

---

Curetes pasan por genios bienhechores que ocultaron con sus danzas al niño Zeus de Crono que quería devorarlo (cf. HES., *Frag.* 198). Con esta danza matinal se expresa simplemente el despertar de la Naturaleza.

[18] Ninfas que personifican la vida de los árboles.

[19] NONO se refiere a la constelación de la Osa. La Osa Mayor y la Menor siguen la cadencia de la danza enfrentadas en su ubicación celeste.

[20] Los Cabiros son divinidades de los misterios de Samotracia. Se decía que ellos habían asistido al nacimiento de Zeus, lo cual los convierte en seguidores de Rea; de allí su confusión con las Coribantes y los Curetes (v. n. 17). El *alalá* es primariamente un grito de guerra (cf. PÍNDARO, *Nem.* III 109) pero llega a significar todo grito inarticulado y frenético.

[21] Hécate, hija de Asteria y Perses (cf. HES., *Teog.* 404-452) es una suerte de gran Madre protectora, a veces asimilada a Ártemis. Poco a poco fue asociada a Selene como soberana de los *orgia* de la magia y de los encantamientos. El culto de Hécate (cf. LICOFRÓN, *Alej.* 75 ss.; *Dionisíacas* XIII 400) es desarrollado por NONO en los cantos III y IV.

los navegantes Sidonios, que como él, andaban a la deriva, tras oír en la madrugada el ruidoso pandero, dejaron unas camas cubiertos de arena y abandonaron la playa azotada por el mar, en donde habían improvisado unas camas sobre el suelo costero. El viajero Cadmo iba tras el rastro de la ciudad; luego de dejar la nave a sus compañeros, se alejó del lugar y se perdió. Sin embargo, Persuasión, que asiste a las uniones, investida con la forma de una mortal, se topó con él, cuando marchaba a la casa de Harmonía. Ella, con el aspecto de una esforzada mujer, extrajo agua de una fuente; y alzó hasta la altura de sus senos, acostumbrados a las cargas, un redondeado vaso de plata cual un anuncio de las cosas por venir. Pues era costumbre según los ritos humectar a la novia con baños tonificantes, antes de la boda. Ella se hallaba cerca de la ciudad; allí unas mujeres, sobre ahuecados hollos practicados en tierra, pisaban pilas de sucios vestidos, que se compactaban y se entremezclaban ante el incesante salto de sus pies, que no perdían su vigor. De este modo, Persuasión condujo a Cadmo a través de la ciudad sin guardianes. Ella lo había envuelto en una oscura nube desde el extremo de sus pies hasta su cabeza, para que busque al hospitalario rey del palacio, mientras era guiado en su camino por la autoridad de Pafia[22]. Allí un pájaro de brillantes ojos, apostado a resguardo de un frondoso olivo, una profética corneja, abrió su violento pico; y se irritó con el joven, porque iba al encuentro de Harmonía, su novia, con pies lentos para nupcias, como un viajero perezoso. Ella sacudió entonces sus alas e irrumpió en gritos de burla:

«¿Pero qué es Cadmo: un niño o un ignorante de Amores?

[22] La diosa de Pafia es Afrodita (cf. *Ant. Palat.* V 31) de quien la Persuasión es una servidora (cf. PAUS., X 22).

Eros, tan presto, no ve a los novios torpes. ¡Vamos Persuasión, sé favorable! Tu Cadmo se demora, cuando Afrodita está ansiosa. Si el fogoso Eros te llama, ¿por qué, novio, andas lento? ¡Qué lindo vecino del encantador Adonis[23]!, ¡qué lindo eres para las mujeres de Biblos[24], tú que habitas esa patria vecina! Pero no, me equivoqué, tú no has visto el río Adonis, ni has detenido tu mirada en la tierra de Biblos, donde se encuentra la morada de las Gracias[25], donde danza la Citerea siria[26], y Atenea no rehuye el matrimonio. Tienes a Persuasión como guía, nodriza de los amores que se regocija con las bodas, y no a Ártemis[27]. Hecha a un lado tus preocupaciones, goza con Harmonía y deja a Europa para el toro[28].

Apresúrate y Electra[29] te recibirá. De sus manos tu nave acogerá la carga de amores nupciales. Confía a Afrodita el

---

[23] Adonis es un río fenicio que pasa por la ciudad de Biblos. Según el mito de origen semítico fue concebido en un incestuoso amor por Mirra y salido de un árbol. Afrodita lo recibe y lo entrega a Perséfone para su crianza quien a su vez lo retorna a Afrodita periódicamente en primavera. Más tarde, sin motivos la cólera de Ártemis lanzó contra él un jabalí que lo mató. Se dice que este río tomaba un tinte rojo el día en que se conmemoraba la muerte del joven por Ártemis (cf. Estrabón, XVI 2, 19 (755); Paus., VI 24, 7).

[24] Ciudad de la antigua Fenicia.

[25] Hijas de Zeus y Eurínome son divinidades de la belleza; acompañan tanto a Afrodita como a Atenea (Hes., *Teog.* 64; 97 ss.; Píndaro, *Ol.* XIV 13).

[26] Epíteto de Afrodita (cf. *Od.* XVIII 192).

[27] Ártemis, hija de Zeus y Leto, hermana gemela de Apolo. Es el prototipo de la *phygodémnios,* la virgen que rehúye el matrimonio y sólo se satisface con la caza.

[28] Véase Canto I 53 ss.

[29] Hay varios personajes con este nombre; a la que se refiere aquí Nono es a una de las siete Pléyades, hijas de Atlante y Pléyone, residentes en la

comercio del amor[30] y recibe así en su hija a otra Cipris que es reservada para tu lecho nupcial. Alabarás, entonces, a la corneja y me llamarás profeta de bodas, pájaro de amores.

Basta ya, he cometido un error, pues Cipris me venía inspirando: yo anuncio tu lecho de Pafia, pese a que soy pájaro de Atenea[31].»

Una vez que habló, selló su locuaz boca con un silencio que servía de testigo.

Y bien, entonces el hospitalario palacio del rey erigido sobre columnas se le apareció a Cadmo, que de lejos pudo distinguirlo; y mientras marchaba por el sinuoso camino por donde todo el pueblo pasa, Persuasión, con su dedo lúcido que hablaba reemplazando al lenguaje, señaló el palacio artísticamente trabajado, mediante este silencioso heraldo. Luego, la diosa cambió de forma y desapareció por los aires tras lanzarse con aladas sandalias.

Y Cadmo dejó errar su mirada; se puso a observar el palacio, sabia obra de Hefesto[32], a la cual el obrero de Lemnos construyó un día para la novia Electra y la adornó con muchas obras de arte de acuerdo a la técnica de Mirina[33].

---

isla de Samotracia. Unida a Zeus concibió a Dárdano quien sería luego el fundador de Troya (cf. HES., *Frag.* 169).

[30] NONO juega con las dos funciones de Afrodita: diosa del amor, pero también del comercio como en IV 118.

[31] Es CALÍMACO quien presenta a la corneja como pájaro de Atenea (cf. CALÍMACO, *Hec.* Fr. 260, 50 PFEIFFER).

[32] Hefesto, hijo de Zeus y de Hera asociado a Lemnos (*Il.* I 577-579; VIII 283) es el constructor de los palacios épicos (cf. *Od.* VII 92; AP. RODIO, *Arg.* III 223 y 229).

[33] Mirina equivale a Lemnio (CALÍM., *Fr.* 384, 26 PFEIFFER). Lemnos poseía dos ciudades: Mirina y Hefaista; la tradición localiza en esta isla las fraguas de Hefesto.

El broncíneo umbral del nuevo palacio estaba bien forjado. Las vigas de las esculpidas puertas se elevaban a ambos lados; y en el medio del tejado se podía ver cómo la cima se redondeaba en forma de cúpula. Desde el umbral hacia el interior los sólidos revestimientos de la pared, construida con piedras, habían sido fijados con blanco yeso. Cerca del inmenso muro, en frente del palacio, un jardín de cuatro fanegas[34], cubierto de árboles, se encontraba apesadumbrado por sus frutos, humedecidos por el rocío. Una palmera extendía su follaje masculino sobre otra palmera hembra, como testimonio de su deseo. Un peral de espléndidos frutos crecía a la par de otro peral de la misma edad y desde temprano le canturreaba, mientras en su agitación golpeaba con sus ramas al vecino tronco de un aceitoso olivo. Las hojas de los mirtos se agitaban con los vientos primaverales en las proximidades de un laurel que las rechazaba[35]. Un viento perfumado sacudía el rígido follaje de un ciprés de hermosas hojas. Y entre la dulcífera higuera y el húmedo granado, el fruto púrpura crecía cerca del fruto violeta de la planta de al lado; el manzano florecía cerca de otro manzano. Sobre las sabias hojas del quejumbroso jacinto[36], queridas por Febo, estaban grabadas muchas letras

---

[34] Medida equivalente aproximadamente a 64 áreas. Para la descripción del jardín del palacio, NONO sigue la que se da en *Od.* VII 112 ss., y AP. RODIO, *Arg.* III 220 ss.

[35] Dafne es el laurel. Al ser perseguida por Apolo, su padre el río Ladón la convirtió en laurel (cf. ESTRABÓN, XVI 2, 6). Así el «casto» laurel rechaza al mirto porque éste es un árbol de Afrodita. Sobre el mirto, planta afrodisíaca, véase M. DETIENNE, *Les Jardins d'Adonis*, París, 1972, págs. 122-123.

[36] Jacinto era un hermoso joven amado por Apolo quien lo mató involuntariamente con un golpe de disco mientras ambos se entretenían; para inmortalizar su nombre, de la sangre que brotaba de la herida creó

naturales; y, mientras el Céfiro soplaba por el nutricio jardín, Apolo, insaciable de deseos, extendió su movediza mirada. Pero, al ver que la planta del adolescente era sacudida por los vientos se acordó del disco[37]; y tembló por miedo a que el celoso viento hiciera mal al muchacho, hiriéndolo en los petálos. Si es cierto que un día, tras verlo Apolo diseminado en el polvo, con sus ojos que no lloran, dejó rodar una lágrima. La impronta sobre la flor reprodujo el llanto de Febo que ha inscrito en el jacinto su lamento espontáneo[38]. En fin, tal es el umbroso jardín. Cerca, hay una fuente de dos bocas: de una se da de beber a los habitantes del lugar; de otra, el jardinero conduce por una acequia el agua que se divide en múltiples y sinuosos surcos para llegar a cada planta; la corriente, como si viniera de Febo, murmura al pie de un laurel con voz melodiosa y dulce.

Muchas estatuas de muchachos bien construidas en oro se erigen con los pies sobre una base de piedra; ellos alumbran a los comensales con el brillo de sus antorchas vespertinas a la hora de cenar. De igual modo, una hilera de perros, que parecen reales, abren sus fauces rugientes; e inteligentes se disponen con artístico silencio a ambos lados de las puertas. Un perro de oro, frente a otro de plata, ladran juntos con infladas gargantas, meneando sus colas en señal de saludo a los conocidos. Al pasar Cadmo frente a ellos, oyó el hospi-

una flor nueva: el jacinto. NONO no adopta la versión de la muerte accidental (cf. OVID., *Metam.* X 183-185). Él sigue la vulgata mitológica: la muerte es provocada por el celo de uno de los vientos: cf. APOLOD., *Bibl.* I 1, 3.

[37] Los antiguos creyeron leer sobre la corola del jacinto unas letras que recordaban el lamento del dios: «AI» o la inicial del nombre del muchacho «Y» *(Hyákinthos).*

[38] Para los celos entre el Sol (Febo, Apolo) y el viento por una flor compárese AQUILES TACIO, I 15.

talario eco de sus gritos ficticios; y ellos sacudieron la forma de su artificial cola que agasaja a los familiares.

Mientras tanto, Cadmo giraba su rostro y llevaba sus ojos de acá para allá; aún observaba el jardín de los soberanos, los triglifos y toda la belleza de las pinturas del palacio, encandilado por el centelleo de las piedras preciosas. Entre tanto, Ematión [39] ya había abandonado el ágora y sus disputas con la gente; y sentado sobre el lomo de un caballo de gran alzada, él, radiante señor de Samotracia, donde reside Ares, se detuvo en el palacio real de su madre Electra.

En ese tiempo él gobernaba solo sin su hermano, y llevaba las riendas del imperio. Porque, tras dejar el suelo patrio, su hermano Dárdano [40] habitó la tierra de la orilla opuesta; y trazó una ciudad bien fortificada que lleva el nombre de Dardania, para lo cual marcó el polvo del Ida con el surco arador de su carruaje. Y con tal de beber el agua del Heptáporo [41] y la corriente del Reso [42], Dárdano, hermano de Ematión, engendrado por el lecho de Zeus, a quien la nodriza Dice [43] cuidaba, dejó a su hermano la herencia y el cetro de los Cabiros [44]. Por entonces las Estaciones rea-

---

[39] Ematión, hijo de Electra, hermano de Dárdano. Según lo que conocemos el nombre de Ematión no estaría atestiguado más que por NONO.

[40] Dárdano es hijo de Zeus y de Electra. Oriundo de Samotracia emigra de allí a la muerte de su hermano Jasión (cf. APOLOD., *Bibl.* IV 12, 7, pero no está en la versión de NONO que ni menciona a Jasión). Establecido en la costa opuesta funda la primera Troya sobre el Ida a la que llama Dardania (cf. *Il.* X 215 ss.). NONO sigue aquí a HOMERO.

[41] Se refiere al río Nilo llamado así por sus siete desembocaduras (cf. MOSQUIO, II 51).

[42] Río de Troiade (cf. *Il.* XII 20).

[43] Dice, la justicia, es una de las Estaciones, hija de Zeus y Temis (cf. HES., *Teog.* 901 ss.).

[44] Divinidades de los misterios de Samotracia, asociados al culto de la

les[45] corrieron al palacio de Electra con el fin de apoderarse del cetro de Zeus, del manto del Tiempo y del báculo del Olimpo, para así profetizar el indestructible reino de los Ausonios[46]. Ellas alimentaron a la criatura; pero, de acuerdo a la ineluctable profecía de Zeus, cuando llegó a la adolescencia, y, semejante a una espiga, despuntó a la flor de la juventud, que todo renueva, él abandonó el palacio de Electra. Era el tiempo en que las aguas del tercer diluvio se elevaron como torres por las olas e inundaron los cimientos del mundo[47].

En efecto, Ógigo[48] había experimentado la primera de esas ruidosas tormentas; sus aguas se elevaron hasta cortar los aires sumergiendo y ocultando a toda la tierra. Las cimas de las montañas de Tesalia quedaron escondidas; y allí en lo alto, la pétrea cima de Pitia, vecina de las nubes, se agitaba

---

diosa Rea, y por ello asociados a Curetes y Coribantes. Cf. ESTRABÓN, X 3, 19.

[45] Las Estaciones juegan en los Cantos I y II su rol homérico de porteras del cielo. Pero aquí aparecen como las que confirman la transmisión del poder real. Ellas aportan a Ematión tres emblemas: el cetro de Zeus, el manto del Tiempo y el báculo del Olimpo; éstos cualifican el imperio romano: Soberanía, eternidad y justicia (cf. V. STEGEMNANN, *Astrol. und Universalgeschichte,* Leipzig-Berlín, 1930, pág. 190 ss.). El manto del Tiempo parece ser una expresión utilizada por los Órficos (cf. *Orphica Fr.* 192; 238, 6-7 KERN; *Himnos Órficos* VII 10). El báculo del Olimpo es el emblema de Hermes, señor de los tribunales; aparece en el nacimiento de Béroe (XLI 160).

[46] Los romanos.

[47] El tema del diluvio es un tema recurrente en NONO, siempre asociado a un cambio de Era o de Eón (cf. VI 229-338; XII 59-63; I 284-286; II 276-280; XIII 521-538).

[48] Ógigo era rey de Tebas cuando un diluvio inundó toda Beocia (cf. H. USENER, *Sintflutsagen,* Bonn, 1899, pág. 45).

por los torrentes de las lluvias[49]. Un segundo diluvio hubo; esta vez el agua de las tormentas cubrió con su rabiosa corriente la órbita circular de la tierra y, aunque los mortales perecieron, Deucalión[50] fue el único, con su compañera Pirra, que pudo atravesar en el interior de un arca la tempestuosa corriente de la incesante tormenta. Así el marino, tras dar vueltas a la deriva, cruzó el aire acuoso. Finalmente, cuando tuvo lugar el tercer diluvio de Zeus, los cimientos de la tierra fueron batidos por las olas y ocultadas las cimas. En efecto, hasta la seca superficie de Sidonia, incluso el monte Atos[51] quedaron cubiertos por el agua; fue entonces cuando Dárdano, tras abrirse paso entre las elevadas corrientes de la tormenta, arribó al antiguo Ida, su vecino.

Y bien, éste es su hermano Ematión, actual soberano de las tierras de la nívea Sidonia. Él, al retirarse de la estrepitosa plaza pública, quedó atónito al toparse con la figura del héroe, dado que su juventud combinaba la virilidad y la belleza en armoniosos rasgos. Ematión quedó deslumbrado por semejante porte. Pues los ojos de los sensatos reyes son sus heraldos espontáneos, pese a su silencio. Tomó entonces a Cadmo de la mano y le ofreció su hospitalidad; luego con su madre Electra preparó una gran mesa con variados man-

---

[49] Los montes de Tesalia y el Parnaso son citados a propósito de Deucalión. NONO parece haber adornado el diluvio de Ogigo tomando elementos prestados del diluvio de Deucalión para el cual no da referencias geográficas precisas.

[50] Deucalión, hijo de Prometeo y Clímene, fue el único junto con su esposa Pirra, hija de Epimeteo y Pandora, que se salvó del diluvio ocasionado por Zeus para destruir a los viciosos hombres de la Edad de Bronce (cf. APOLOD., *Bibl.* I 7, 2; OVID., *Metam.* I 313-415).

[51] Atos es un monte de Grecia al sur de Salónica. Sidonia es el promontorio oeste de Atos.

jares; y, mientras alagaba al huésped con amistosas e irreprochables palabras, le sirvió abundantemente. Sin embargo, éste permanecía con su curvado cuello inclinado hacia el suelo, mientras deslizaba su desencantada mirada lejos de sus anfitriones, y apenas si comió. Sentado en frente de la hospitalaria señora, con su mirada cabizbaja, tendía su vergonzosa y recatada mano sobre la mesa. Durante la cena, las cañas del Ida Coribántico respiraban, y una tras otra en tropel resonaban para ellos. Al ritmo de la danza de sus manos, los danzantes dedos, que contenían el sonido con su presión, tocaron una melodía que salía por los muchos agujeros del canal de la mugiente flauta. Y el percutiente ruido de los címbalos de discos de bronce, golpeados con ligeras sacudidas, resonaban al ritmo de las unísonas flautas. Y también las cuerdas de la lira, de siete tonos, vibraban con agudo sonido bajo la púa.

Pero, cuando luego de la cena, Cadmo se hubo hartado de la flauta de Bistonia[52], acercó su silla a la de la reina que con curiosidad lo interrogaba; y tras hacer a un lado el aguijón de las preocupaciones que lo llevaron a errar por la mar, habló de su radiante linaje; y exclamó a viva voz gran cantidad de palabras que fluían, como de una fuente, de su abierta boca:

«Querida mujer, ¿por qué me preguntas tanto sobre la sangre de mi raza? Yo comparo las generaciones de los efímeros mortales con las hojas: los impetuosos vientos esparcen por la tierra algunas hojas cuando llega el otoño; pero en el momento de la primavera los árboles del bosque

[52] Los Bistones eran un pueblo tracio (cf. HERÓDOTO, VII 110). La música juega un rol muy importante en Samotracia (DIODORO SÍCULO, V 49, 1; ESTRABÓN, X 3, 7 y 15).

nutren a otras volviéndolas prósperas. Así también las generaciones humanas de corta vida: una se somete a la muerte cuando acaba el ciclo de la carrera de la vida; en cambio otra florece hasta cederle su lugar a la siguiente, pues el Tiempo se desliza renovándose siempre; cambia su forma pasando de los cabellos blancos a la juventud[53].

Bien, yo le voy a contar de mi famoso linaje de muchos hijos: hay una ciudad famosa por sus caballos, Argos, santuario de Hera, en el centro de la isla del Tantálida[54]. Allí un hombre engendró una hija junto a toda una descendencia femenina; tal varón era Ínaco[55], afamado ciudadano del país de Inacia, ministro del templo. Y él, el mayor, practicó ocultamente terribles ritos revelados por la diosa protectora de la ciudad. Y se rehusó tener por yerno a Zeus, el primero entre los dioses, conductor de los astros, a fin de conservar el respeto religioso por Hera[56]. En aquel tiempo, Ío, bajo una naturaleza bovina, tras haber cambiado su imagen por la de una becerra, fue llevada hacia la tropa en el campo y allí se puso a pastar. Pero Hera puso para la ternera a un pintoresco boyero que no se entrega al sueño, Argo[57] quien

---

[53] Todo este discurso se inspira en el de Glauco de *Il.* VI 145-211.

[54] El Peloponeso o isla de Pélope, hijo de Tántalo (cf. *Od.* XI 582; PÍNDARO, *Ol.* I 11) era donde estaba Argos (*Il.* II 559).

[55] Ínaco era hijo de Océano y Tetis. Uno de los rasgos esenciales de Ínaco es el ser padre del primer hombre, Foroneo (cf. XLVII 570; XLVIII 3). Asimismo las funciones religiosas de Ínaco (XLVII 576) son de ordinario atribuidas a su hijo Foroneo (cf. APOLOD., *Bibl.* II 1, 1; PAUS., II 15, 4).

[56] Ínaco exilió a su hija Ío, doncella de Argos, sacerdotisa de la Hera argiva, por respeto a Hera. En efecto, su hija andaba en amores furtivos con Zeus. La versión de NONO prefiere poner como causa del exilio el respeto de Ínaco por Hera y no el vaticinio de un oráculo como en ESQ., *Prom.* 658 ss.

[57] Argo es un boyero de cien ojos a quien Hera encomendó custodiar a

con sus infalibles ojos se encargaba de espiar los astados himeneos de Zeus, que no se deja ver. Y la joven marchó a la pastura temerosa de la mirada del pastor de innumerables ojos. Después, al ser excitada su piel por el tábano que devora los miembros, Ío rayó con su extraviada pezuña las olas del mar Jónico. Ella marchó también hacia el Egipto, hasta mi río, al que mis conciudadanos llamaron con el sobrenombre de Nilo, dado que el húmedo esposo año tras año se vuelve sobre la tierra y la cubre con nuevo lodo gracias a la corriente fangosa[58]. Ella llegó efectivamente hasta Egipto; y allá, tras abandonar su forma bovina, trocó su imagen por la de una cornuda deidad y devino diosa de la fertilidad. Desde entonces, cuando se quema el fruto de la Deméter de Egipto, de mi Io portadora de cuernos, un humo entremezclado con perfumadas brisas da vueltas en torno. Allí ella engendró a Épafo[59] para Zeus; pues el divino esposo se lanzó con sus manos locas de amor sobre los pechos intactos de la becerra, hija de Ínaco. Épafo, nacido de un dios, fue el padre de Libia[60]. Luego, tras los pasos del lecho de Libia, Posidón[61] dejó su morada y marchó hacia

Io, su rival en el amor, y a quien Hermes por mandato de Zeus mató (cf. Esq., *Prom.* 568 ss.).

[58] El Nilo es llamado Egipto en Homero; *Neîlos* en Hesíodo (cf. Hes., *Teog.* 338). La etimología presentada aquí (*Neîlos*, de *néa ilýs:* nuevo lodo) está bien establecida (cf. D. Bonneau, *La crue du Nil*, París, 1964, pág. 115).

[59] Épafo, hijo de Zeus y de Ío, fue ocultado por orden de Hera en una gruta con los Curetes. Liberado por Zeus llegó a ser rey de Egipto (cf. Píndaro, *Pít.* IX 14; *Nem.* X 5).

[60] Épafo casó con Menfis, hija del dios-río Nilo y tuvo una hija, Libia, que dio el nombre al país vecino de Egipto (cf. Esq., *Supl.* 319).

[61] Posidón tuvo con Libia dos hijos: Agenor y Belo (cf. Esq., *Supl.* 314 ss.; Apolod., *Bibl.* II 1, 4 ss.). Pero Nono no sigue esta descendencia sino que convierte a Agenor en hijo de Belo. Existen al respecto dos escolios:

Menfis, en busca de la doncella hija de Épafo. Allí la joven virgen recibió al habitante de las profundidades marinas, que momentáneamente viajaba sobre tierra firme, y engendró a Belo[62], el Zeus Libio, el agricultor de mi raza. Y áridas arenas, por su don profético, pregonaron un nuevo oráculo, el de Zeus Asbistes[63], que responde a la paloma Caonia. Belo fue padre de una generación de cinco hijos, uno tras otro: primero, Fineo[64] y Fénix[65] que se exiliaron. Con ellos creció Agenor[66], quien se abrió camino hacia Tebas después de abandonar Menfis, y hacia Asiria después de Tebas. Él fue mi padre, un ciudadano de cambiantes ciudades, de vida

---

uno a Esq., *Supl.* 317, donde Belo tiene por hijos a Egipto, Dánao, Fénix, Fineo y Agenor; el otro a Euríp., *Fen.* 217, donde Agenor tiene por hijos a Cadmo, Cilix, Taso, Cefeo, Fineo y Fénix que Nono ha suprimido.

[62] V. n. 61.

[63] El oráculo de Ammón se encuentra sobre el territorio de los Asbistes, tribu libia al sur de Cirene (cf. Heródoto, IV 170; Calímaco., *Fr.* 37 1). La literatura tardía hace alusión a los oráculos de Zeus de Dodona y de Ammón. Las dos sacerdotisas del oráculo de Zeus eran llamadas palomas. La Caonia se refiere a la región del Epiro (al sur de Macedonia donde estaba el famoso oráculo de Dodona). Con la expresión «paloma de Caonia» se haría alusión a la leyenda de la fundación de la comuna contada por Heródoto, II 54 ss.; Virg., *Eneid.* III 466.

[64] Fineo, hijo de Belo (cf. Apolod., *Bibl.* II 1, 4; Ovid., *Metam.* IV 669 ss.). Nono al armar su genealogía (v. n. 61) ha cometido el error de contar a Fineo como hijo de Belo (III 296) y como hijo de Agenor (II 686).

[65] Fénix, hijo de Belo, es la versión de Nono que se apoyaría en un escolio a Esq., *Supl.* 317. La versión más tradicional lo da como hijo de Agenor, quien fue enviado por su padre en busca de Europa raptada por Zeus (cf. Escol. a Ap. Rodio, *Arg.* III 1186; Euríp., *Fr.* 819 (Nauck, 2.ª ed., pág. 627).

[66] Agenor, según Nono, hijo mayor de Belo aunque la tradición lo presenta como hermano de Belo (v. n. 61). Él es padre de Cadmo.

inestable. Luego nació el sabio Egipto[67] que habitó el suelo egipcio; padre desgraciado de muchos hijos, en su descendencia de varones engendró un rebaño numeroso de corta vida. Y luego, Dánao[68] que dejó su patria; él armó a su descendencia femenina contra la raza de varones con una espada nupcial, para que sus cámaras se tiñan de rojo con la sangre de los rotos himeneos. Y tras ocultar las espadas, la femenina Enio[69] durmió al masculino Ares, desnudo sobre los lechos donde estaban las armas. Sin embargo, a Hipermnestra[70] no le agradó ser la asesina de su esposo; e hizo a un lado las órdenes de su padre, funesto con sus yernos; y entregó a los madrugadores vientos sus palabras. Ella conservó puras sus manos del hierro y de la sangre. Pues, en efecto, fue piadosa la unión con su marido.

Pero un audaz toro errante raptó a nuestra floreciente hermana, si es verdad que fue un toro. Pues yo no puedo creer que los toros deseen himeneos con mujeres. Y en fin, Agenor me ha enviado en compañía de mis hermanos tras los pasos de nuestra hermana y del salvaje raptor de la

---

[67] Egipto, hijo de Belo y Anquínoe. Tuvo 50 hijos varones mientras que Dánao, su hermano tuvo 50 hijas mujeres. Ante una disputa con su hermano Dánao, huye a la Argólida. Tras él en busca de matrimonio van los 50 hijos de Egipto. Dánao accede pero en la noche de bodas los hace asesinar por sus hijas. NONO sigue aquí la tradición (cf. APOLOD., *Bibl.* II 1, 4; ESQ., *Supl.* 314 ss.).

[68] Dánao, hijo de Belo. Su padre le había asignado Libia como reino, pero ya por la advertencia de un oráculo, ya por temor a los 50 hijos de su hermano Egipto, huyó a Argos (v. n. 67).

[69] Enio, diosa de la guerra que figura habitualmente en el séquito de Ares (cf. *Il.* V 592; PAUS., I 8, 5).

[70] Hipermnestra es de todas las Danaides la única que no mató a su marido Linceo (hijo de Egipto), desobedeciendo así el mandato paterno (cf. PÍNDARO, *Nem.* X 6; *Od.* III 11 y 33).

virgen, el falso toro que navega por los mares sin olas, y es a causa de esto por lo que errante y debilitado llego hasta aquí».

Tal fue el relato de Cadmo en el interior del palacio de hermosas siringas; él había dejado fluir las palabras de su elocuente boca. Había hablado del aguijón de la amenaza paterna desatada por salvar a sus hijos, y del engañoso toro que viaja sobre las rugientes olas Tirias, del inalcanzable raptor de la virgen Sidonia[71] de la que aún no se ha tenido noticias.

Electra, luego de haberlo oído, le respondió con consoladoras palabras:

«Extranjero, entrega al torbellino del Olvido[72], al silencio sin memoria, a tu hermana y a tu patria y a tu padre. Pues así anda la vida de los mortales, una pena tras otra, porque a todos aquellos que un vientre mortal ha parido, quedan presos de la necesidad, de la rueca del Destino.

Yo puedo atestiguarlo, aunque sea una reina. Antaño también yo fui una de aquellas Pléyades[73], a las que nuestra madre engendró en su seno. Ella alumbró a sus hijas en dolorosos partos e incluso siete veces invocó a Ilitía[74] en su

[71] Naturalmente se refiere a Europa. El calificativo de Sidonia es debido a su nacimiento en Sidón.

[72] Olvido *(Lethe)* es hija de Eris, la Discordia, y madre de una de las Gracias. Había dado su nombre a una fuente situada en los Infiernos de la que bebían los muertos para olvidar su vida terrestre (cf. HES., *Teog.* 227 ss.). Acá su mención está desprovista de su contenido mítico.

[73] Las Pléyades, hijas de Atlante y Pléyone, son siete hermanas que divinizadas se convirtieron en la constelación homónima (cf. HES., *Trab.* 383; AP. RODIO, *Arg.* III 225).

[74] Ilitía, hija de Zeus y Hera, es la diosa que preside los alumbramientos (cf. *Il.* XI 275; HES., *Teog.* 922; PÍNDARO, *Nem.* VII 2).

lecho, para que aligerara los dolores de los sucesivos alumbramientos.

Puedo atestiguarlo, pues vivo lejos de la casa de mis padres; ni Astérope está cerca de mí, ni Maya[75] mi compañera; ni mi hermana Celeno[76] comparte mi hogar. Ni siquiera he tenido entre mis brazos, que cuidan y alegran la infancia, al niño Lacedemonio de mi hermana Taigete, para mecerlo sobre mi pecho de un lado a otro[77]. Tampoco veo la casa de Alcíone[78] que está cerca, ni oigo alguna palabra, tan grata a mi corazón, de la misma Mérope[79]. Pero hay otra cosa que me hace sufrir más aún: mi hijo Dárdano. Él, cuando recién despuntaba a la vida con su barbilla que iba asomando, abandonó la patria y se estableció en el seno del suelo de Ida; ofrendó el primer corte de sus cabellos al Simio Frigio[80], y bebió el agua extranjera del río Timbro[81]. Y más todavía: en los confines de Libia mi padre

---

[75] Astérope, una pléyade, tuvo de Ares un hijo: Enómao. Maya, otra pléyade, madre de Hermes (cf. Sóf., *Elec.* 1395).

[76] Celeno, una pléyade, fue amada por Posidón de donde engendró a Lico (cf. Apolod., *Bibl.* III 10, 1).

[77] Taigete, una pléyade, ninfa del monte Taigeto, cerca de Esparta. Tuvo de Zeus un hijo, Lacedemón (cf. Paus., III 1, 2).

[78] Alcíone, una pléyade, fue amada por Posidón de quien tuvo tres hijos: Etusa, Hirieo y Hiperenor.

[79] Mérope fue la única de las Pléyades que no se unió a un dios. Casó con Sísifo y se avergonzó luego de ello.

[80] El corte de la cabellera como rito de dolor ya lo encontramos en Homero (cf. *Il.* XXIII 142; también Nono, XI 465 ss.). El Simio es un río de Troiade.

[81] Homero conocía la villa Timbra en Troiade, célebre por su templo a Apolo (cf. *Il.* X 430). El río Timbro es un afluente del Escamandro (cf. Estrabón, XIII 1, 35).

aún se fatiga; el viejo Atlante[82], permanece curvado, con sus hombros gastados por sostener la bóveda celeste de siete zonas.

Con todo, pese a padecer tamaños males, alimento por las promesas de Zeus la consoladora esperanza de que marcharé con mis otras hermanas desde la tierra hacia el firmamento estrellado de Atlante, donde el cielo será mi morada y yo la séptima estrella[83]. Tú también apacigua tus angustias. Pues, sin ser visto, el terrible hilo del inflexible Destino te dejó su marca, mientras echaba a rodar el torbellino de la suerte que hace errar la vida. En tu exilio sé fuerte y sobrelleva la ineluctable ley de la Necesidad, mientras alimentas una mejor esperanza precursora de cosas futuras.

Vamos, si Ío que nació primero, echó las raíces de tu raza; si obtuviste de Libia la sangre de Posidón en tu familia, permanece entre los extranjéros, como Dárdano. Habita esta casa en una ciudad extraña, como tu padre, Agenor, como Dánao, el hermano de tu padre. Pues también otro hombre así hubo que llevó encima su casa. Perteneciente a la divina raza de Ío, el retoño celestial descendiente de Zeus, llamado Bizante[84], luego de haber bebido el agua de siete bocas del autoengendrado Nilo, se estableció en el vecino país, allí donde sus aguas, atravesadas una vez por la ternera hija de Ínaco, se desplazan por la costa del Bósforo. Él

[82] Dios de la Teogonía primitiva de los griegos que sostiene la bóveda del cielo (cf. *Od.* I 53; HES., *Teog.* 513).

[83] De las siete Pléyades, seis son visibles con facilidad (cf. ARATO, 257 ss.). El brillo de la séptima, Electra, es el más débil; ella tomará su lugar en el firmamento en el momento de producirse la guerra de los Indios (cf. XIII 42).

[84] Bizante es hijo de Posidón y Ceróesa; su madre era hija de Io y Zeus. Fundó Bizancio que recibió de él su nombre (cf. DIODORO SÍCULO, IV 49).

erigió una luz para todos los pueblos de los alrededores, una vez que hubo doblegado la inflexible cerviz de aquel furioso toro».

Así habló ella, con el objeto de adormecer las preocupaciones del Agenórida.

Entre tanto, el padre Zeus envió al hijo de Maya[85] hacia el palacio de Electra, cual rápido mensajero de alas desplegadas, a fin de que ella ofrezca a Harmonía a Cadmo, para la armonía de los himeneos.

Era ésta una joven virgen exiliada del cielo, concebida por Afrodita en sus furtivos amores con el adúltero Ares[86]. Pero luego, su madre, temerosa de que el bebé hablara por sí mismo de su secreta unión, no lo alimentó; desde el seno de los cielos ella condujo a su joven hija, recostada sobre el brazo contra su pecho, hacia el palacio de Electra, apto para su crianza. Allí mismo las Estaciones, que asisten los partos, acababan de liberar a un niño aún húmedo, al tiempo que los senos inflados y consistentes de su madre dejaban brotar blanca savia. Una vez recibida la ilegítima hija con los mismo derechos, ella acogió conjuntamente en su seno a la niña recién nacida, con Ematión que también acababa de nacer. Con los mismos tiernos cuidados sostuvo en su mano nutricia una doble descendencia. Y así como una lanuda leona de la selva que ha parido mellizos en la maleza, acomoda en sus dos pechos, que manan gotas de leche, a uno y otro cachorro; y procura a sus dos crías la misma parte de su pezón; y así como, mientras lame su piel y su

[85] Hermes, hijo de la pléyade Maya.

[86] La genealogía que sigue NONO es la tebana. Harmonía, según ésta, es la hija resultante de los furtivos amores entre Ares y Afrodita (cf. HES., *Teog.* 933-937).

cuello aún sin pelos, alimenta con el mismo celo a la nueva generación. Así también Electra por entonces cuidaba a sus hijos y los amamantaba con cariñoso pecho. Ella cargaba con la unida pareja de bebés recién nacidos. A menudo, con la palma de su mano abierta y generosa, solía sostener en brazos a su inocente hijo que en acuerdo con la niña de su misma edad iban de una teta a otra por la savia de sus prósperos pechos. Luego, sentaba sobre sus rodillas al niño varón junto a la niña mujer y se cruzaba de piernas apartando un muslo del otro para de este modo alargar y ahuecar más el pliegue de su vestido. Y mientras entonaba a los niños el hechicero canto del sueño, los ponía a ambos a dormir con arte de madre y extendía su brazo que sostenía la nuca de ellos. Ella los acunaba sobre sus rodillas, mientras sacudía el extremo de su falda sobre los rostros, a fin de refrescar con la brisa a los niños. Así lograba ella aplacar el calor, cuando el viento producido desparramaba su soplo.

Y bien, mientras Cadmo permanecía sentado cerca de la sensata reina, entre tanto, Hermes, tras ocultarse al portero, con paso ladrón entró invisible al palacio, inalcanzable, con el aspecto de una joven. Alrededor de su rosado rostro la abundante cabellera descubierta le caía libremente por los costados; coronaban el borde de su mejilla unos pocos pelos que despuntaban; ellos cerraban el círculo de la naciente barba extendiendo de un lado a otro su rubio color. Como un heraldo alzó su habitual caduceo. Se acercó entonces hasta la abundante mesa con su rostro invisible, cubierto con nubes desde la cabeza hasta el extremo de los pies. El banquete ya había terminado; y no lo vio cerca Ematión, ni tampoco Harmonía, ni Cadmo su huésped, ni el coro de varones esclavos. En cambio, sólo a la divina Electra se ma-

nifestó con elocuencia. Luego de llevarla al fondo del palacio, sin ser visto, habló con ella y con una voz humana le dijo: «Hermana de mi madre, esposa de Zeus, yo te saludo. Tú eres la más dichosa entre todas las mujeres[87] de ahora en más; pues el Crónida guarda para tus hijos la soberanía del universo, y tu descendencia gobernará todas las ciudades de la tierra. Ésta es la dote de tu amor. Y junto a mi madre Maya brillarás en el cielo con la constelación de siete estrellas; tras el curso del sol, te elevarás con la luna. Yo soy Hermes, amante de los niños de la misma sangre que tu raza; soy el mensajero de alas desplegadas de los Inmortales. Tu esposo, protector de la Hospitalidad[88], que domina en lo alto, me envió desde los cielos por tu huésped temeroso de los dioses. ¡Vamos, también tú obedece a tu Crónida! Haz partir a tu hija Harmonía con Cadmo, su compañero de la misma edad, sin que dé dote. Sé agradable a Zeus y a los Bienaventurados, pues el extranjero salvó con su canto a todos los Inmortales, cuando estaban en peligro. Este hombre ha desplegado para el Olimpo el día de la libertad. Que no te hechice entonces tu hija con los sollozos del que teme separarse de su madre. Dadla más bien al Protector Cadmo en matrimonio, dócil tú al Crónida, y a Ares y a Citerea».

[87] La expresión es tomada del anuncio del Ángel Gabriel a María (Lc. 1, 28) y sobre todo las palabras de Elisabet a María (Lc. 1, 42). Según H. Bogner, «Die Religion des Nonnos von Panopolis», *Philologus* 89 (1934), pág. 329, no necesariamente debe ser considerado como una reminiscencia evangélica.

[88] *Zeùs Xénios* es un epíteto que alude a la hospitalidad para con el extranjero.

CANTO IV

SUMARIO

— Electra anuncia a Harmonía las órdenes transmitidas por Hermes; rechazo y lamentos de Harmonía, vv. 1-66.
— Metamorfosis de Afrodita para persuadir a Harmonía, vv. 67-178.
— Harmonía convencida saluda a su familia, vv. 179-206.
— Cadmo y Harmonía parten de Samotracia, vv. 207-248.
— Retrato de Cadmo; comparación con Dánao, vv. 249-284.
— Cadmo en Delfos; oráculo de Apolo, vv. 285-310: anuncio de la fundación de Tebas.
— Cadmo en Tebas, vv. 356-420: lucha contra el dragón de la fuente Dircea; intervención de Atenea; victoria de Cadmo.
— Nacimiento y muerte de los *espartos*, vv. 421-463.

SI SIGUES LA HUELLA DEL CUARTO, HABRÁS DE VER LA NAVEGACIÓN DE HARMONÍA JUNTO A CADMO, SU COMPAÑERO COETÁNEO

Tras hablar así, Hermes, el del hermoso caduceo, se marchó hacia el Olimpo, mientras agitaba las livianas alas. Una vez que se puso sus sandalias, el pie comenzó a remar, al compás de las brisas de éter.

La mujer Tracia, gobernadora de los Cabiros [1], respetaba por cierto a Zeus. Y a la hija de Ares, no desposada, hizo un expresivo gesto, al girar en torno los estirados dedos. Mediante ese artilugio, en vez de usar la voz, llamó a Harmonía. Ésta extendió una directa mirada de sus brillantes ojos y vio el círculo del rostro, sin risa, de Electra; sus mejillas vaticinaban, como silenciosos mensajeros, la pesada carga de una aflicción no compartida, que acababa de nacer. Entonces, la doncella pegó un salto y siguió a su progenitora [2]

---

[1] El texto de KEYDELL marca una laguna después del v. 4. Los Cabiros son unas divinidades arcaicas cuyo culto mistérico tuvo origen en Samotracia (cf. III, n. 44 3). Por eso se los asocia a Electra que como hija de Atlante y Pléyone, residía en Samotracia, v. APOLOD., *Bibl.* III 10, 1; XII 1.

[2] Según la tradición tebana Harmonía es hija de Electra y Zeus; de acuerdo a la de Samotracia, de Ares y Afrodita. NONO hará una mezcla de las dos vertientes mitográficas (cf. HES., *Teog.* 937, 975 ss.; PÍNDARO, *Pít.* III 157 s.; NONO, cf. IV 55 ss.).

a la habitación de arriba. La madre, por su parte, luego de abrir los muy resguardadores cerrojos de la pieza, de siete rincones, traspuso el umbral de piedra. A causa de la perturbación de su emoción, las inestables rodillas de la espantada mujer cedieron al temblor. Y entonces tomó la mano de rosa de su hija, con la suya, de nieve. ¡Diríase estar viendo a Hera, de blancos brazos, con Hebe de la mano! Ahora bien, luego pisó el suelo con púrpuras sandalias, y se sumergió en los últimos meandros de la mansión refulgente. Entonces, la joven Atlántida hizo sentarse a la afligida doncella en un sillón de bella artesanía. De inmediato va y también ella se sienta, en una silla de brillo argentino, alineada junto al sillón. Comienza a relatar el mensaje del Crónida a la joven, que no quiere creerlo. Así cuenta a ella todo lo que le dijo el mensajero Olímpico, aparecido en forma mortal, como un joven.

La doncella, luego de oír de muy errabundas bodas y de un incierto esposo, un vagabundo que se encuentra en su casa, renuncia a acoger al extranjero. Asimismo desecha cuanto anuncia Hermes, el huésped de Cadmo, que aporta vida, por mandato de su padre Zeus. Ella advierte que desea más bien un esposo de su región, para evitar un matrimonio errático y una boda sin dones. Entonces, apoderándose con constreñido gesto de la mano de su madre nutricia, quebró, mojada en llanto, en quejumbrosa voz:

«Madre mía ¿qué has sufrido por mí, para que desdeñes a tu hija?

¿Así la unes a un mortal recien venido: ¿Qué dote podrá ofrecerme alguna vez un marinero? ¿O acaso me concederá, como regalo de bodas, las amarras de su nave? No sabía, querida progenitora, que cuidabas a tu hija para entregarla virgen a himeneos de vagabundo, con abandono de su patria.

Otros pretendientes hay, interesados en mí, de mayor valía. ¿Qué necesidad hay de tener alguien así como esposo, un despojado, un extranjero trotamundo que huye de su padre? Seguro que dirás que defendió al Crónida, tu esposo[3]. Entonces, ¿cómo no obtuvo de parte de Zeus un privilegio Olímpico, si justamente por el Olimpo peleó, según dices? ¿Por qué no le brindó Hera, compañera del lecho de Zeus, una unión con la virginal Hebe, a su vengador? ¡No! ¡No tiene necesidad de Cadmo, tu esposo Zeus, soberano de las alturas! ¡Válgame el Crónida! ¡El prodigioso Hermes mintió, acerca de su padre Zeus! Porque yo no voy a creer que el que gobierna el mundo y el éter haya dejado de lado al impetuoso Ares, señor del combate, para llamar a un varón mortal como compañero de lucha. ¡Ah, qué gran maravilla! Luego de encerrar a tantos Titanes en una sima, resulta que necesita a Cadmo, para matar a uno solo.

Bien sabes que en mis parientes ha sido doble la unión carnal entre la misma sangre: Zeus, padre de mi padre, obtuvo la cama de su hermana Hera, con consentimiento de la regla nupcial familiar. Además, Ares y Citerea, los dos montados en un lecho engendraron a Harmonía; y aunque provenían de un mismo padre, consumaron unión sexual entre la misma progenie. ¡Ay de mi suerte! ¡Ellas poseen a su hermano y yo a un desterrado como esposo!».

Mientras ella hablaba de este modo, la madre, dolida, limpiaba el torrente de lágrimas de su afligido rostro. Su pensamiento estaba dividido: compadecía a Harmonía, pero deseaba estar a salvo de la amenaza de Zeus.

Pero entre tanto, tras ceñirse en torno del cuerpo un bordado cinto, hechicero del corazón, en la cintura engañosa,

[3] V. n. 2.

y envolver su piel en los velos de la Persuasión, que llaman al Amor, la astuta Afrodita se introdujo en la flamante alcoba de Harmonía. Cambió el aspecto celeste de su rostro, y lo dejó idéntico al de Pisínoe, una muchacha vecina, con la intención de fingir deseo por Cadmo. Entonces, como tomada por una oculta enfermedad, envió un tenue resplandor de su empalidecido rostro, y apartó a los criados. Y ni bien se sentó juntó a Harmonía, a solas, fingió vergüenza y comenzó a decirle insidiosas palabras:

«¡Dichosa mujer, qué bello vagabundo tienes en tu casa! ¡Bienaventurada eres por tener tal pretendiente! ¡Qué deseable compañero de lecho has de ver, al que antes no obtuvo otra doncella! Es portador de la auténtica sangre de la patria Asiria, por donde fluye un arroyo del gracioso Adonis. Pues este joven encantador viene del Líbano, por donde anda danzando Citerea. ¡Me confundí! ¡Seguro que Cadmo no fue engendrado por un vientre de esta tierra, sino que proviene de la estirpe de Zeus, y ha falseado su parentesco. Ya sé de dónde proviene este joven Olímpico: si una vez el Titán Atlante engendró a Electra, hermana de Maya, el esposo que se presentó a Harmonía no es más que su primo Hermes, sin alas. No en vano en los cantos celebratorios es llamado Cadmilo[4]. Claro, al cambiar su forma en un mortal, todavía es llamado Cadmo. Y si se da el caso de que es otro el dios que ha tomado esta forma mortal, quizá Ematión está hospedando a Febo en su mansión.

¡Doncella, en la que todos se interesan! En amores eres más dichosa que tu madre, en razón de tu unión Olímpica.

---

[4] Cadmilo es el nombre con que se invocaba a Hermes en Samotracia; pasa por ser hijo de Hefesto y Cabiro, la madre de los Cabiros. Cf. Escolio a AP. RODIO, *Arg.* 1, 917; LICOFRÓN, *Alej.* 162.

¡Oh, qué maravilla! ¡A ocultas se unió a Electra el prudente Zeus, pero a la vista de todos se presenta como pretendiente de Harmonía el mismo Apolo! ¡Dichosa eres por haber encendido el deseo del Arquero! ¡Ojalá también anhelara obtener el himeneo de Pisínoe! Por cierto que yo jamás despreciaré, como Dafne, a Febo; ni imitaré la actitud de Harmonía. Todo lo contrario, abandonaría mi tierra y mi casa y a mis queridos padres, para marchar a mis bodas como compañera de Apolo. Recuerdo, de tiempo atrás, cuál es su figura. Pues una vez, acompañé a mi padre a la morada oracular y vi la estatua Pítica. Así, cuando miré a este joven vagabundo, creí estar viendo aquí de nuevo la imagen de Febo. Pero dirás que éste posee una diadema de dorado brillo... ¡Cadmo es de oro en todo su cuerpo! Y si lo deseas, toma a todos mis servidores sin preocuparte por el número, que a cambio de él, te entrego todo mi oro y mi plata; también pondré en tus manos los reales peplos del mar Tirio, y la casa patria, si lo quisieras. Con perdón de la palabra, toma a mi padre y a mi madre, y a todos mis criados, y dame tan sólo a ese esposo.

¿Qué estás temiendo, muchacha? Tú, en primavera, andarás por el mar, aunque en una navegación de escasas aguas; en cambio yo, en invierno, el inmenso Océano atravesaré, en compañía del deseable Cadmo. Mas no temas la ola del mar, de sordo bramido, porque en él Afrodita, su hija, salvará la carga de Eros. Doncella, posees a Cadmo; no busques un trono en el Olimpo. Yo no ansío la radiante piedra Eritrea de los Indios, ni el fruto de las Hespérides, dorado por completo; ni el ámbar de las Helíades[5] tiene

[5] El mar Eritreo baña las costas de India y se suponía fuente de muchos tesoros; «el fruto de las Hespérides» se refiere a las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, que ellas custodiaban, cf. APOLOD., *Bibl.* II 5, 11. Para el ámbar destilado por las Helíades, cf. *Dionisíacas* II 157.

tanto encanto sobre mí, como la niebla de una sola noche, en la que ese vagabundo estreche a Pisínoe entre sus brazos. Pues si andas tras la estirpe de Ares, y de Afrodita, tu madre, administradora de bodas, halló una unión digna de ti. ¡Nunca había contemplado una flor tal! ¡Realmente Natura otorgó a Cadmo el don de un prado de espontaneidad primaveral[6]! Yo lo pude ver en sus manos de dedos de rosa, y en su rostro que derrama dulce miel. Sus mejillas, en su semblante, que despierta el deseo, enrojecen como flores. En sus pisadas titilan dos colores: en las puntas, el blanco de nieve, y en el centro, el rojo púrpura. ¡Sus brazos son como lirios! Pasaré por alto sus bucles, con tal de no provocar a Febo; sería una injuria para el colorido de Jacinto de Terapnea[7]. Cuando Cadmo vuelve en torno a su rostro, cautivador del corazón, y da un giro a sus ojos, Selene entera brilla con centelleante resplandor. Y si sacude sus bucles y deja al descubierto su nuca, ¡es la Estrella de la Mañana que aparece! ¡Mejor ni hablar de sus labios! ¡La Persuasión, que habita en su boca, puerto estrecho de Amores, vierte una voz dulce como la miel! En realidad, su cuerpo entero es sede de las Gracias. Y en cuanto a las extremidades de sus brazos, de ellas no me atrevo a juzgar, para no echar en menos la blancura de la leche.

¡Recíbeme bajo tu techo a mí, desdichada! ¡Si pudiera tocar la mano derecha de este mancebo y palpar su túnica, encontraría un consolador remedio para este oculto mal. ¡Ay, ojalá viera su nuca descubierta, y estrechara sus dedos,

---

[6] En lo sucesivo se dará una descripción totalmente femenina de Cadmo: la belleza en flor de la juventud tuvo en la poesía helenística el lugar común de la comparación con la belleza femenina, v. F. VIAN, *op. cit.*, nota *ad loc.*

[7] Ya se aludió a Jacinto, amado de Febo, en III, vv. 153 ss.

como sin quererlo, cuando se sienta! Moriría, tenlo por seguro, si él dejara pasear su mano despreocupada a través de mi pecho, para apretar la libre curva de mis dos senos, y apoyara sus cerrados labios en punta, hechizándome con sus besos. Una vez que haya tenido entre mis brazos al mancebo, incluso al Aqueronte marcharé con gusto y junto al Leteo, de muchos lloros, a los muertos contaré mi dulce suerte, para despertar en la implacable Perséfone compasión y celos a la par. Yo enseñaré estos besos, que poseen el hálito de las Gracias, a todas las hembras de malos amores, a las que aniquiló el fuego del deseo. ¡Hasta a los muertos haré enloquecer de celos, si junto al Leteo, aún después de la muerte, las mujeres sienten envidia frente a Pafia[8]! Cadmo, te seguiré, como compañera. No temo el vagabundear por lo desconocido.

¡Mujer insensible, vuélvete la legítima compañera de Cadmo! Yo haré los cuidados de vuestro tálamo, sirviente de Harmonía y de su esposo. A la vez, estoy temiendo que, aunque tengas el vivo deseo de ocultarlo, no se enciendan por ti la ira y los celos, que despierta el lecho; porque Hera, por más diosa que sea y soberana del cielo, siente envidia por las uniones bastardas de Zeus sobre esta tierra. Contra Europa tiene puesto su enojo, y ha afligido a la errabunda Ío. Tampoco a las diosas dejó libres: Ares, por la ira de su madre, hostigó a Leto, encinta, justo en los dolores del parto. Ahora, si los celos no te poseen, dame a ese esposo tan sólo por un amanecer, para que pueda encontrar un remedio a mis deseos. ¡Sí, te lo pido! ¡Al menos por el curso de una sola noche! Y si te niegas, desgárrame con tus propias manos, para sentir que cesa ese fuego implacable, al que

[8] Pafia es otro apelativo de Afrodita, la nacida en Pafos, Chipre.

persigo, y que, a ocultas en mi interior, de la noche a la mañana, se alimenta de mi corazón.»

Así habló, y con su cinto[9] logró conmover a Harmonía, que hasta el momento deseaba evitar ese himeneo. Pero aguijoneó a la muchacha con el deseo, y la volvió dócil a éste. De pronto su mente cambió y fue sobrecogida por dos voluntades: al extranjero deseaba poseer, pero quería asimismo permanecer en su patria. Entonces, fustigada en su mente por un tormento tal, pronunció estas palabras:

«¡Ay de mí! ¿Quién transformó mi corazón? ¡Salud, patria mía! ¡Adiós, Ematión, y todo mi palacio! ¡Os saludo, antros de los Cabiros, y riscos de Coribántides! ¡Ya no veré la nocturna antorcha del tíaso de la madre Hécate[10]! ¡Adiós, virginidad, me caso con el dulce Cadmo! ¡Ártemis, no te indignes conmigo, si cruzo las olas del mar, de brillante mirada! ¡Ay —dirás tú— el ponto es implacable! ¡Pero qué importa su rugir enloquecido! ¡Que el agua materna acoja a Harmonía y a Cadmo en recíproca disolución! ¡A ese joven yo seguiré!, e iré invocando las uniones de las diosas: si mi esposo me conduce hacia el Oriente, a través del mar, contaré el deseo de Orión por Aurora, y recordaré los tálamos de Céfalo[11]. En cambio, si marcho en dirección al oscuro Poniente, Selene misma será mi consejera, porque en Latmos ha padecido, a causa de Endimión cosas semejantes[12].»

---

[9] El cinto de Afrodita es instrumento de seducción, por eso es llamado «hechicero del corazón».

[10] Referencia a las celebraciones nocturnas en honor de Hécate, cf. III 43; XIV 18; XXIX 214.

[11] Tanto el gigante Orión (cf. IV 338) como el héroe ático Céfalo fueron amantes de la Aurora.

[12] En muchos pasajes de las *Dionisíacas* se hace referencia a los amores de Selene y Endimión, cf. V 516 ss.; XI 388 ss.; XLII 243 ss.

Tales cosas clamaba la muchacha, entre preocupaciones y divagaciones de su mente, por el irresistible desgarro, que el aguijón del deseo produjo en su alma. Así, con el rostro mojado por deplorables gotas, comenzó a besar las manos y los ojos de Electra, y las puntas de sus pies, y su cabeza y su pecho; también besó el rostro de su hermano Ematión con púdicos labios. Luego saludó con gestos de cariño a todas sus sirvientes. Tras eso, se puso a besar, entre lágrimas, los firmes arcos, sin vida, de las bien cinceladas puertas, y asimismo el lecho y las paredes de su virginal recinto. Por último, después de tomar en sus manos el polvo de su tierra patria, lo besó.

Entonces Electra la tomó de la mano y, con los dioses como testigo y escolta, condujo a Harmonía, sin dote, hacia Cadmo, a quien le estaba debida, mientras intentaba secar el torrente que se derramaba en su rostro. Así, con la Aurora, cuando consiguió a la hija de Cipris, el viajero abandonó el palacio en compañía de una vieja sirvienta, una servidora que la soberana le regaló como guía de la ciudad hasta el mar.

Entonces, cuando vio que la muchacha seguía al extranjero sobre el mar, junto a las costas, y hervía por la llama de su destino, Selene, irritada con Cipris y deseosa de reprocharle, le gritó así:

«¡Cipris, aún ante tus hijos te levantas en armas! ¿Ni el fruto de tus dolores de parto se salva del aguijón del amor? Eres implacable; ni de ella, a la que engendraste, te apiadas. ¿De qué otra muchacha puedes compadecerte, cuando a tu estirpe arrastras al deseo? ¡Dedícate, también tú, a vagabun-

dear, querida! Y dile a tu madre, hija de Pafia: «A ti te injuria Faetonte, a mí me afrenta Selene[13]».

Harmonía, tú con desdicha abandonas tu patria; déjame a mi novio Endimión, y sigue al errático Cadmo. Resígnate a soportar una pena semejante a la mía. Y cuando sufras el dolor que Amor produce, acuérdate de Selene, por el deseo herida».

Así hablaba ella. Entre tanto, Cadmo apresuraba a sus compañeros sobre la costa. Tras soltar las amarras elásticas de la presta nave, dejó libre la vela al viento primaveral, sin borrascas. Luego de atar ambos cables con un clavo, se puso a conducir su compacto carro de mar, a través de las olas; observaba a la vez que las bolinas de la embarcación vayan parejas de un lado y de otro. Como buen Fenicio, conocedor del arte marino, habitual en su patria, gustaba de permanecer en el timón. E hizo que Harmonía, su joven compañera, a la que no había tocado, se sentara en la popa. En la nave se podía ver a tripulantes extranjeros, a los que los marinos tomaron a sueldo. En voz baja, un hombre del barco, que observaba a la pareja, exclamó con asombro en su voz perturbada:

«Este marino es Eros mismo. No hay que asombrarse de que la marina Afrodita haya engendrado un hijo navegante. ¡No, pero el pequeño Eros tiene flechas y arco, y lleva antorcha y está munido de alas. Además, advierto que la nave es de Sidón. Quizás se trate del astuto Ares, que secretamente sentado en la popa, a Afrodita conduce desde Tracia hasta el Líbano, navegando desde la tarde. ¡Sé favorable con nosotros, madre de Eros! ¡Envíanos un provechoso

[13] Alusión al episodio de los furtivos amores de Ares y Afrodita, denunciados por Helio, esto es, Faetonte, cf. V 580 ss.

viento que nos lleve por la bonanza sin olas, por tu madre, la mar sin borrascas!».

Tales palabras decía a escondidas un hombre de la nave, a la vez que echaba, de costado, una mirada hacia Harmonía. Así Cadmo llevó a cabo la travesía hasta la Hélade, con el pinchazo del oráculo de Febo en su corazón. La divina palabra de Zeus[14], siempre inspiradora para él, acudía a sus fieles oídos. Una vez allí dio muchos regalos a los Helenos; de este modo hizo olvidar el vivificante arte de Dánao, creador de desgracias, el hidróforo Dánao[15]. Pues, ¿qué cosa superior inventó otrora para los Aqueos además de excavar un montón de tierra y hacer un buen agujero con sus broncíneos azadones, que hienden la tierra para apaciguar la sed de Argos, y proporcionar a los polvorientos ciudadanos un húmedo pago de su peaje? El agua fue su hospitalario regalo, un pequeño chorro de las profundidades uterinas de la tierra. En cambio, Cadmo trajo a la Hélade entera dones con voz e inteligencia, al fabricar los instrumentos que representan los sonidos mismos de la lengua[16]; mezcló consonantes y vocales en un orden de armonía connatural; dio forma a los caracteres gráficos, silenciosos y con voz a la vez; pues poseía la maestría de los misterios de su patria, de un arte divino. Esta sabiduría proviene de Egipto, de tiempos

---

[14] Cf. II 663 ss.

[15] Dánao, rey de Argos, procuró agua a este territorio que había sido privado de ella por la cólera de Posidón contra Ínaco, cf. III, 303 ss. El apelativo de «creador de desgracias» se debe al asesinato de los hijos de Egipto por mano de sus hijas, las Danaides, debido a una instigación suya, cf. ESQ., *Supl. passim.*

[16] Cadmo pasa por ser el inventor del alfabeto. Esto se debe a la analogía de su nacionalidad con la introducción del alfabeto fenicio en la Hélade, cf. PLATÓN, *Fedro* 274 c.

en que el emigrante Agenor fundó Tebas, la de cien puertas[17]. De cierto que Cadmo había mamado la inefable leche de los sagrados libros, los caracteres oblicuos, grabados por una mano que va al revés[18]; y trazaba retorcidos dibujos. También trajo a la luz los ritos de Dioniso Egipcio, de Osiris errático, con el sonar del evohé[19]. Pues había aprendido las ceremonias noctámbulas del arte iniciático. En secreto hacía sonar un mágico himno, con agitada voz y roncos quejidos. También había aprendido, de joven, en un pétreo templo, a labrar y cincelar con arte en el ahuecado muro. En razón de su muy versado entendimiento, sabía medir la llameante órbita de los innumerables astros; conocía el curso de Helio, así como la medida de la tierra. Mediante unas combas que hacía hacer a su flexible mano, con los dedos entrelazados hacía sus cuentas[20]; y comprendía los mudables ciclos de Selene, que vuelve a recomenzar, cómo transforma su forma retornante en las tres fases de su ciclo: creciente, medialuna, y cuando brilla con su rostro entero; entendía cómo Selene se acercaba y se alejaba de la viril antorcha de Helio generador y cómo renace de esa luz, sin madre, tras robar a su padre el fuego autógeno, que rebrota. Tal hombre era Cadmo.

Entre tanto se puso en marcha hacia la Acadia, después de abandonar la navegación. Con Harmonía como com-

---

[17] La versión de Agenor, padre de Cadmo, como fundador de la Tebas egipcia —«la de cien puertas»— a diferencia de la griega —«de siete puertas»— es invención noniana, cf. F. VIAN, *op. cit.*, nota *ad loc.*

[18] Alusión al modo de escritura fenicio, y en general semítico, de derecha a izquierda.

[19] Ya HERÓDOTO había señalado el exotismo egipcio de los rituales dionisíacos (cf. *Hist.* II 49) y la asimilación de este dios con Osiris.

[20] Evocación noniana de la técnica arcaica del cómputo digital, cf. VI 61 ss.; XLI 379 ss.

pañera, condujo el enjambre de sus camaradas de andanzas por el mar, por un camino por tierra firme, con carros de caballos y carretas portacargas. Iban en dirección del profético santuario. Una vez allí, al llegar al ombligo del mundo, al eje Délfico[21], de Pito, que no conoce el silencio, él consultó el oráculo. El eje Pítico, en su círculo viviente que habla por sí mismo, profetizó con voz produnda:

«Cadmo, errabundo, en vano llevas de acá para allá tu huella de mucho andar. Andas tras un toro, que no fue parido por vientre bovino. Andas tras un toro, que ningún mortal sabe alcanzar. Renuncia a la Asiria, y como guía de tu misión, consigue un buey terrestre. No persigas un toro del Olimpo. Al novio de Europa no hay boyero que pueda arriarlo. Él no comparte pastoreo ni prado; no es dócil a ninguna espuela; ni al látigo obedece. Sólo acostumbra portar el agradable tiro de Cipris, mas no el yugo que ata al carro. Sólo tiende su cerviz a Eros, y no a Deméter.

Vamos, abandona ya esa nostalgia por tu padre Tirio. Quédate entre extranjeros y funda una ciudad del mismo nombre que tu patria, la egipcia Tebas, allí donde la vaca divina puede terminar su ruta, y reposar su pesado pie[22].»

Tras hablar así, la estremecedora voz del trípode se adormeció. Las cumbres del Parnaso vibraron, al oír un eco

---

[21] En su versión de la mántica délfica, Nono no hace intervenir a la Pitonisa como mediadora; el eje *(áxon)* de Delfos habla por sí mismo, cf. II 697; VII 72.

[22] Todo el pasaje muestra las diferencias de Nono con la versión de Ovidio: la respuesta del oráculo hace pensar que la pregunta de Cadmo se refería a Europa, a diferencia de Ovid., *Metam.* III 9; Nono hace derivar, a la manera más frecuente, el nombre de la Tebas griega de la egipcia, contrariamente a Ovid., *Metam.* III 13, que toma un juego etimológico de las palabras «vaca», *boûs,* y Beocia.

de Febo, en las proximidades. Con la influencia divina, el agua de la inteligente Castalia[23] borboteó en su afluente profético. El dios había hablado. Al retirarse, Cadmo atisbó junto a la nave una vaca, a la que siguió en su marcha. Entre tanto, los hombres iban tras las pezuñas, lentas en obedecer, del animal que no erraba el camino; así los celosos guardianes realizaban una moderada marcha, con el tiempo de sus pasos idéntico al de ella. Después de un rato de andar, Cadmo pudo ver la región sagrada de Delfos, que se ofrecía a sus ojos, donde el Pitio[24] advirtió, en el monte, la cola de nueve anillos de la espina dorsal de Cirrea, el dragón hembra, y apaciguó su mortífero veneno.

Luego de dejar la cima del Parnaso, el errante hombre avanzó por la región limítrofe de Daulis, donde pudo percibir la llegada del vestido tristemente hilado de Filomela, a la que Tereo había manchado[25]. En ese momento Hera, que gobierna los lazos conyugales, ya se había apartado de esa unión, no celebrada, de himeneos en el monte. La joven lloraba con angustia sobre la cama, sin mantas, de la cámara nupcial en medio del camino. Así sollozaba la muchacha, sin habla, a causa de la violenta Afrodita Tracia[26]; Eco, sin lengua, soltaba miméticas lágrimas, lamentando la suerte de la virginal Filomela, que al amor escapaba. Entre tanto,

---

23 Evocación de la fuente de Castalia, representativa de la tierra de Delfos.

24 Pitio es un epíteto de Apolo que recuerda el episodio en que mató al dragón hembra Pitón, cf. *Himno homérico a Apolo* 300 ss.

25 La violación de Filomela por Tereo ya ha sido mencionada en II 131, v. nota *ad loc.*

26 Ovidio presenta otra versión paralela en *Metam.* 512-586. La imagen de «la violenta Afrodita Tracia» alude al origen tracio del violador Tereo.

junto al rojo chorro de sangre de su lengua recién cortada, corría, mezclándose, la sangre de la virginidad.

También vio Cadmo la ciudad de Ticio, en donde el temerario hijo de la Tierra, recorrió los bosques de hermosas ramas de Panopea, para apartar los velos de la violada Leto[27]. Luego hizo una parada en la pradera de Tanagra[28]. Tras eso viajó de Coronea a la tierra de Aliarto[29]; pasó por la ciudad de Tespis y los profundos valles de Platea; llegó cerca de Aonia; la llanura Beocia le sirvió de camino[30]. Allí, una vez, Orión, el hijo de Gea, arrojado a desgracia por el deseo, fue muerto por un escorpión, ayudante de la Arquera que detesta el amor, a pesar de quien era: cuando estaba a punto de trasponer el último pliegue de la diosa virgen, ese monstruo terrestre, de lenta rastra, alcanzó los talones de su adversario y hundió allí su cascarudo dardo[31].

También pasó Cadmo por la región de Ceronea, donde las pezuñas de la vaca se tornaron blancas, de cortar con su paso el polvo resplandeciente[32]. Tras andar las muy sinuosas vueltas de un pétreo camino, se sacudían las blancas manchas

---

[27] El Gigante Ticio, hijo de Zeus y Elara, tuvo a la Tierra como nodriza. Instigado por la celosa Hera intentó violar a Leto, cf. II 307 y Ap. Rodio, *Arg.* I 760 ss. En los sucesivos diez versos la edición de F. Vian conjetura otra ordenación, para salvar imprecisiones del texto. Nuestra traducción se ajusta a la edición de Keydell, que también sigue Rouse.

[28] Tanagra se encuentra al este de Beocia, cerca del río Asopo.

[29] Aliarto y Coronea están en el oeste de Beocia, cerca del límite con Fócida. El trayecto planteado por Nono (v. nn. 26-27) es impracticable; por eso Vian *(op. cit.,* n. *ad loc.)* optó por cambiar el orden de los versos.

[30] Tespis y Platea son también citadas en *Il.* II 498.

[31] Como comparación con Ticio (v. n. 27) se hace referencia al intento de Orión por violar a Ártemis, cf. II 306.

[32] Ceronea se encuentra en la Fócida; por esa razón F. Vian coloca el v. 344, inmediatamente después del v. 333, cf. n. 27.

de los pies polvorientos. De pronto el pie, profético, de la
vaca se inclinó; ella se echó al piso, como anuncio de la
350 ciudad futura. Entonces se cumplió para Cadmo el oráculo
Pítico de subterránea voz; colocó la vaca sagrada junto a un
altar perfumado, y fue a buscar una vertiente de aguas de
fuentes para purificar sus manos proféticas, y libar el agua
consagrada en la ofrenda sacramental. Pues aún no había
surgido, en los cultivos de viñedos, el bonito fruto, maduro,
355 de estación[33].

Habían hecho pie junto a la fuente Dircea, que alimenta
a un dragón. De pronto Cadmo quedó estupefacto. Allí a un
costado aparecía la serpiente de Ares de brillante dorso; y se
ensortijaba en torno a la fuente como un serpentino cinto[34].
Sembró el terror entre la tropa de cuantos acompañaban en
360 número a Cadmo: a uno lo mordió en el pecho con su te-
rrible boca; a otro le hincó su diente con roja sangre; a un
tercero, que lo enfrentó, al arrancarle el hígado, lo convirtió
en cadáver. De arriba a abajo fluía por sí misma una terro-
364 rífica melena, que se derramaba por su viscosa cabeza[35]; a
otro llenó de espanto, con un salto sobre el círculo de la
377 cabeza del hombre; a otro más, invencible, lo cogió del
mentón, para arrojar en sus ojos gotas de veneno que apaguen
380 el centelleante brillo de su cerrada visión; se adueñó del talón
de otro y lo tomó entre sus mandíbulas, y lo masticó,
mientras eructaba la espuma verde de sus dientes sobre el

[33] Al no haber surgido aún la vid, Cadmo se dispone a hacer libaciones con agua en lugar de vino.

[34] Ya Zeus (cf. II, *in fine*) le había prevenido a Cadmo acerca del dragón Dirceo de Ares.

[35] El cambio en la ordenación de los versos sigue a la edición de KEYDELL, y ha sido aceptado unánimemente. De otro modo es incoherente la lectura. El orden lineal es retomado en el v. 389.

cuerpo del joven; éste quedó idéntico al lívido hierro, pues el
verdoso veneno lo endureció. Y otro hombre resoplaba bajo 385
los golpes de sus mandíbulas; las mordeduras venenosas
hicieron que sus meninges descontroladas se inflaran en la
cabeza; su cerebro hecho agua corría por la húmeda nariz a
la par de la pútrea sangre. Velozmente, el reptil serpenteó 388
entre las rodillas de Cadmo, rodeándolo, y lo ciñó con te- 365
rrible cinto; irguió su cuerpo, con un movimiento ascendiente
de sus miembros, y se echó sobre el escudo circular de
taurina piel. Nuestro hombre, con los pies ceñidos por tor-
mentosos anillos desfallecía, pues estaba violentamente atado 370
por la cuerda de la cola serpentina. Horrenda carga tenía.
Así, el que soportaba, apesadumbrado, aún permanecía en
pie; pero pronto lo hizo caer y lo arrastró al piso. Abrió su
amarga fauce. Con la cruel apertura de un bostezo, extendió
la ensangrentada puerta de su fauce carnívora. Y agachó su
cabeza; la sacudió y enrolló el erguido cuello, encorvándose 375
a medias. Mientras Cadmo estaba a punto de perder su vida, 376
Atenea llegó cerca de él y sacudió, como anuncio de futura 389
victoria, la Égida, que muestra la Gorgona de serpentino
rostro. La diosa, que alienta a los hombres, gritó al aterro- 390
rizado Cadmo:

«Cadmo, tú que acompañaste, en el fragor de la lucha, a
Zeus, matador de Gigantes, ¿tiemblas tan sólo de ver una
serpiente? Sí, en tumultuoso combate el Crónida, confiado 395
en tu ayuda, hizo caer a Tifón, portador de tantísimas
cabezas de dragón, deja de temblar por el chillido de los
dientes de la bestia. Palas te impulsa; ten por seguro que el
broncíneo Ares no sacará libre de las ensangrentadas fuentes
Dirceas a su reptil guardián. Antes bien, una vez que muera,
has de tomar los horrendos dientes de la fiera y diseminar
por tierra el serpentino grano. Luego cortarás la mies de 400

reptil: un batallón de gigantes. Por último, unirás en una misma ruina a las falanges de los nacidos de la Tierra; pero dejarás con vida a cinco, para que surja, para la futura Tebas, una generación, de espléndido fruto, de Espartos[36].»

Al hablar así, Atenea infundió valor al estupefacto Cadmo; luego, tras marcar el aire con su pie de viento, desapareció en la casa de Zeus. Cadmo se puso en pie sobre piso firme, y levantó una marmórea piedra de forma redonda, una señal limítrofe del vasto campo, con la intención de usarla como un proyectil rocoso. Con un certero golpe de la piedra hizo quebrar la punta de la cabeza del dragón. Sacó la afilada espada del muslo, y cortó el cuello de la fiera. Una vez cortada, la cabeza quedó en tierra, separada del cuerpo, en tanto que la cola incontenible seguía sacudiéndose en el polvo sin dejar de describir su habitual círculo de anillos, ni perder su fuerza. Por tierra quedó extendido el cadáver del dragón. Sobre sus despojos, Ares impetuoso clamaba venganza. Este enojo iba a llevar a Cadmo a transformar sus miembros en una naturaleza distinta, de ondulantes formas, cuando adopte, en los límites de la tierra Ilírida, la extraña apariencia de un reptil. Pero estas cosas estaban destinadas a cumplirse con el tiempo[37].

Cadmo había coleccionado en el medio de su broncíneo casco el fruto de esa muerte, espantosa cosecha de las quijadas de la bestia. Arrastró un curvo arado dedicado a la Palas nativa, desde el lugar consagrado hasta el campo; y trazó el surco en tierra feroz, que parirá la guerra; y plantó una fila

---

[36] Espartos significa etimológicamente «sembrados»; para una analogía del discurso de Atenea, cf. OVID., *Metam.* III 102 ss.; APOLOD., *Bibl.* III 4, 1.

[37] Este anticipado acontecimiento será contado por NONO en el final de su *epos,* v. XLIV, 111.

de muchas líneas con los venenosos dientes. La espiga de Gigantes surgió de inmediato, por propia fuerza. Entre ellos, uno se alzaba con la cabeza en alto y extendía las puntas de su pecho bien acorazado; y otro levantaba un hombro estremecedor de la tierra entreabierta, con la cabeza en punta; un tercero iba saliendo hacia arriba, pero permanecía enterrado hasta el ombligo; otro, a medio terminar se levantaba sobre la tierra con su armamento nutrido por el suelo; otro más extendía su cresta sacándola hacia arriba, delante de él, sin mostrar el pecho todavía; y aunque aún se arrastraba con escasa fuerza entre los flancos de su madre, enseguida atacó al intrépido Cadmo, pues estaba munido de armas, que le brotaron espontáneamente. ¡Ah, qué maravilla! ¡Ilitía brinda armas a quien no parió una madre! De este modo, uno a medio aparecer, tanteando, arroja una lanza, surgida de las mismas entrañas que él; este otro, ligero, alza el cuerpo entero en dirección a la luz; sólo las puntas de sus pies sin terminar quedan hundidas en la tierra. Pero no olvidó Cadmo la advertencia de Atenea, sino que de inmediato se puso a segar el cálamo, rebrotado, de Gigantes. A uno arrojó sobre el ceño una ventínea lanza; a otro hirió en la clavícula, junto al cuello, y quebró los huesos de la velluda barbilla; con una pétrea pica clavó a un Gigante que era visible hasta el estómago. La sangre de los Gigantes fluía, como un río, mientras Ares resbalaba en esa ciénaga y enrojecía sus miembros. La túnica de Nice[38], que asistía al fragor del combate, estaba roja de tinte purpúreo. Cadmo, a otro que lo atacó, hincó la espada justo en la cadera; y le atravesó el escudo, con él nacido, hasta la cintura. La masacre era indescriptible: un siniestro chorro de mortal rocío manaba

[38] Nice es la diosa que personifica la victoria.

de los despedazados Gigantes, tocados por la espada. Cadmo, según el sensato consejo de Palas, arrojó una piedra sobre la cabeza de los nacidos de la Tierra. Y ellos, embriagados por el sangriento deseo de Enio, se entregaron a una bacanal de Ares. Pronto, siendo unos asesinos de otros, con el hierro, su hermano de nacimiento, se enterraron en el polvo en combate recíproco. Los moteados escudos, bañados por rojo barro, ennegrecieron. El hijo de la Tierra había muerto. El fruto del campo se despedazó a sí mismo, con la fratricida punta de una espada surgida de la Tierra.

CANTO V

SUMARIO

— Cadmo en Tebas (cont.), vv. 1-87: sacrificio de la vaca; fundación de Tebas y consagración de las siete puertas.
— Bodas de Cadmo, vv. 88-120: regalos ofrecidos por los dioses; el collar de Afrodita.
— Nacimiento de los hijos de Cadmo, vv. 190-210.
— Casamiento de Autónoe y Aristeo, vv. 210-286.
— Episodio de Acteón, vv. 287-551: Acteón metamorfoseado y devorado por sus perros por haber visto desnuda a Ártemis; búsqueda de su madre Autónoe; aparición onírica de Acteón a su padre Aristeo; funerales de Acteón.
— Destino de las otras hijas de Cadmo, Ágave, Ino y Sémele, vv. 552-562.
— Comienzo de la historia del primer Dioniso, Zagreo, vv. 563-621.

OBSERVA AÚN AL QUINTO Y VERÁS A ACTEÓN
QUIEN PESE A NO HABER NACIDO CERVATO, FUE DEVORADO
POR LOS PERROS COMO UN ERRANTE CERVATILLO

Pero tan pronto como Cadmo, a fuerza de cortar los serpentinos trigales de sus batallas, logró segar la espiga de los Gigantes nacidos de los dientes[1], ofreció a Ares como primicias del combate una libación de sangre mezclada con polvo. Luego, lavó sus miembros en la fuente Dirce, que cría dragones[2]; y sacrificó sobre un altar, hecho para honrar a los dioses, una vaca délfica, hermosa ofrenda para Palas. Para dar comienzo al sacrificio, los dos cuernos fueron rociados a ambos lados con molidos granos de cebada. Luego, él extrajo de su tahalí asirio[3] una espada desnuda, que pendía

[1] Nono retoma al comienzo del canto 5 el relato de los actos rituales del sacrificio, interrumpido en el IV 356, cuando introduce la escena del dragón de la fuente Dircea. Con la imagen de la siega Nono describe la aniquilación de los Gigantes nacidos de la tierra por la semilla de los dientes del dragón.

[2] Dirce es una fuente que se halla en las proximidades de Tebas (cf. IV 355 ss.). El lavado de las manos en IV 352 es reemplazado por un baño completo.

[3] El calificativo de asirio hace alusión simplemente al origen fenicio de Cadmo.

al lado de su muslo; y cortó con ese sable de buena empuñadura los pelos de la punta de la cabeza de largo hocico. Y mientras Teoclímeno[4] cogía a la becerra por los cuernos y tiraba de su cuello para atrás, Tiestes[5] le asestaba un golpe con su hacha de doble filo sobre la vena yugular. Al punto, el pétreo altar de Atenea Oncea[6] se enrojecía con el sangriento chorro de la vaca. Y ante un golpe sobre la frente de la cornuda ternera, la becerra se desplomó a tierra de cabeza. Luego, tras ser desgarrada con el hierro, sus flancos separados con el cuchillo fueron repartidos y simultáneamente se despojó a la vaca del duro cuero que se extendía sobre ella. Después de desplegar sobre el suelo su brillante manto, el mismo señor se encontró fatigado; no obstante, separó la carne cruda de los vigorosos miembros; la cubrió con doble capa de grasa y la fue cortando en pequeñas rebanadas. Luego extendió sobre las brazas las entrañas ensartadas en puntas de hierro y las retiró una vez cocidas durante un buen rato a fuego lento. Inmediatamente, un criado que las trinchaba, atravesadas al medio con un puntiagudo bronce, las llevó en orden y las puso sobre una mesa cubierta de flores al ras del suelo, una vez que hubo levantado los espetones que chirriaban sin interrupción. Un humo perfumado del incienso asirio daba vueltas por el aire, vagabundo. Terminado el sacrificio, llegó el festín; Cadmo cogió y repartió la comida elegida, dando a cada uno porciones semejantes.

---

[4] Teoclímeno, hijo de Melampo (cf. *Od.* XV 256).

[5] Tiestes es hermano gemelo de Atreo, hijo de Pélope e Hipodamía. Llena su leyenda el mutuo odio que ambos hermanos abrigaron entre sí (cf. *Il.* II 106).

[6] Oncea es un epíteto de Atenea en Tebas (cf. Esq., *Siete c. Tebas* 162, 487, 501). En el verso 69 se atribuye este nombre a una de las siete puertas de Tebas.

De este modo la tropa de los convidados depuso su apetito alrededor de una mesa circular hasta que, satisfecha, ya no quiso más.

Pero las fatigas de Cadmo no finalizaron con la muerte del dragón; por el contrario, después del reptil, después de la feroz raza de los Gigantes, debió luchar contra los ectenos[7], grandes guerreros, y contra las tropas de Aonia[8], cosechando la espiga bárbara de Ares; luego, acometió contra sus vecinos, los témices[9]. Él convocaba a la lucha, y variadas hordas de soldados que moraban por los alrededores se acercaron hasta él. La Discordia confundió en la guerra a ambos ejércitos y provocó el Combate. Entonces mientras estaban trabados en tumultuosa lucha, el arco se encurvaba, la lanza se blandía, el yelmo se sacudía y el dardo silbaba; el escudo resonaba ante el embate de piedras de molino que daban sobre su alabeado círculo. La sangre de los muertos corría; sobre la tierra que los había nutrido, muchos varones, semimuertos, habían rodado con su cabeza hacia adelante por el polvo. Finalmente, el ejército enemigo declinó suplicante ante Cadmo y el combate terminó. Pasado el homicida torbellino de la batalla, Cadmo fijó los cimientos de Tebas sin murallas.

A lo largo y a lo ancho se trazaron muchos surcos para repartir el terreno; con un agudo diente de hierro tirado por bueyes se marcaron los asientos de los ramificados caminos. Muchas calles fueron medidas con las cuerdas de los campesinos y ordenadas según la cuádruple dirección de los vientos.

---

[7] Los ectenos son un antiguo pueblo de Beocia (cf. Licofrón, *Alej.* 433; 1212).

[8] Aonia es otro nombre de Beocia.

[9] Los témices son otro pueblo de Beocia (cf. Licofrón, *Alej.* 644; Estrabón, VII 7, 1; IX 2, 3).

Luego, la ciudad Aonia fue embellecida con las hermosas piedras del arte Tirio [10]. Los obreros trabajaron diligentemente unos con otros; con punzones capaces de cortar la tierra tallaron las multicolores piedras al pie de la colina Beocia: a unas engendraron las colinas, próximas al bosque del Teumeso [11], cubierto de robles; a otras el Helicón [12] las hizo surgir y a otras tantas el Citerón [13]. Ellos terminaron los templos de los dioses y las viviendas de los hombres trazándolas con reglas. Así, sobre indestructibles cimientos, Cadmo diseñó una ciudad disponiendo alrededor siete entradas que buscaban imitar con su arte al cielo de siete zonas [14], pero dejó la muralla a Anfión [15] a fin de que sea construida por los futuros habitantes al cuidado de la cítara que construye torres. Luego él consagró las siete puertas a los planetas celestiales, correspondientes en forma y número: a la primera puerta que inclinó en dirección al poniente la asignó a la Luna, la de ojos brillantes, y la llamó Oncaica debido a la rebuznante vaca, dado que la cornuda Selene de raza

[10] Tiro es una antigua ciudad fenicia.

[11] El Teumeso es una pequeña colina herbosa de Beocia (cf. EURÍP., *Fen.* 1100).

[12] El Helicón es un monte beocio, célebre por el culto de Apolo y de las Musas (cf. HES., *Trab.* 637).

[13] El Citerón es una montaña de Beocia (cf. HERÓDOTO, IX 25).

[14] Para la astronomía antigua, por debajo de la esfera de las estrellas fijas se encuentran las órbitas de los siete planetas (Saturno, Júpiter, Marte, Mercurio, Venus, el Sol y la Luna), cf. XXV 394; XXXVIII 222 ss. Estas órbitas, llamadas *kýkloi* por los astrónomos, son denominadas «zonas» por NONO y los tratados de astrología. Ellas son consideradas como otros tantos cielos (cf. V. STEGEMANN, *Astrol. und Univ-gesch.* págs. 28 ss.).

[15] Anfión es hijo de Zeus y de Antíope, hermano gemelo de Ceto. Él fortificó la ciudad de Tebas atrayendo las piedras con su lira, mientras Ceto las cargaba al hombro (cf. AP. RODIO, *Arg.* I 735-741; *Od.* XI 262).

taurina, conductora de bueyes, es bajo su triple forma también la Atenea Tritonia[16]. La segunda puerta él la dio en honor a Hermes, el brillante vecino de la Luna[17]. Al trazar la cuarta, él la llamó Electra, para evocar así a Faetonte, dado que el brillante rayo mañanero irradia su luz del mismo color que el electro[18]; él consagró al fogoso Helio esta puerta que mira a la Aurora y la ubicó en el medio porque el Sol es el centro de los planetas[19]. Dio la quinta a Ares; la tercera entregó a Afrodita, de modo que Faetonte, interpuesto entre ambos, separe a su vecino, el impetuoso Ares, de Afrodita[20]. La sexta, que descollaba sobre las otras,

[16] Los planetas sirven también de emblema de las tablas de Harmonía (XLV 340-350). El orden en que se enumeran es el tradicional, según su distancia creciente respecto de la Tierra (cf. PTOLOMEO, *Tetrabiblos* I 4). El Sol ocupa el centro del sistema. Para atribuir la puerta Oncaica a la Luna sin excluir a Atenea, NONO procede por sucesivas asociaciones: Oncaica lo asocia etimológicamente con *onkalē - onkēthmós*, que significa «rebuznar». Además, Selene es conductora de bueyes, que rebuznan. Finalmente con una extraña asociación pretende extraer de un epíteto de Atenea, Tritonia, una tercera forma de la Luna, lo cual es puramente fantástico, dado que *Tritōnís* no tiene que ver con *trítos* «tercero». La interpretación del epíteto de Atenea Tritonia ya era controvertida en la Antigüedad; se lo relacionaba con el lugar de nacimiento de la diosa, el lago Tritón en Libia (cf. EURÍP., *Ión* 872) o de la fuente Tritonia de Arcadia (cf. PAUS., VIII 26, 6). El escoliasta de la *Il.* VIII 39 explica el epíteto por el nacimiento de Atenea el tercer día del mes donde aparece la Luna creciente.

[17] La segunda puerta corresponde al planeta Mercurio.

[18] *Eléctor*, «brillante», es en HOMERO el nombre del Sol (cf. *Il.* VI 515). La relación entre él y el electro (o el ámbar) debe de ser antigua y NONO la utiliza aquí llamando «electra» a la puerta correspondiente al Sol.

[19] NONO sitúa al Sol en el medio de los planetas (cf. XLI 347). Sobre esta teoría, véase V. STEGEMANN, *Astrol. und Univ.-gesch.* pág. 48.

[20] Expresa alusión a la revelación por el Sol de los furtivos amores entre Ares y Afrodita, de los que, según la tradición tebana, habría nacido Harmonía (cf. *Od.* VIII 266-366).

la hizo como ofrenda para Zeus modelándola con los ornatos más brillantes. Finalmente, la última la obtuvo en suerte Crono, el séptimo planeta[21]. Tal fue la morada que él construyó; y una vez fundada esta ciudad sagrada, la llamó con el mismo nombre de la de Egipto, Tebas. Ella había sido modelada como una imagen terrenal del Olimpo con todos sus ornamentos.

Las hijas de los Aonios[22] entonaban para Harmonía el himno nupcial acompañado de danzas; en el palacio de numerosas cámaras las danzantes gritaron a viva voz el nombre de la novia Tracia. Su encantadora madre, la diosa Pafia, decoró para Cadmo una alcoba recientemente construida, mientras cantaba las bodas de su hija proclamada por los dioses. Entre tanto su padre, un manso Ares, gozoso de su hija, danzaba desarmado y sin escudo. Él apoyaba su brazo derecho sobre Afrodita sin empuñar el hierro y tocaba la marcha de los Amores con su trompeta nupcial, a la que respondían las siringas; de su cabeza con yelmo hacía caer, al sacudirse, los penachos propios de una cabellera guerrera; ceñía sus cabellos con bandas sin sangre, mientras armaba una fiesta para el Amor. Apolo Ismeno[23] vino a las nupcias de Harmonía danzando con los Inmortales y se puso a tocar un himno de amor con su cítara de siete cuerdas. Las nueve Musas entonaban su canto, bálsamo de vida. Mientras, Polimnia[24], madre de la danza, agitaba sus manos; con mímica

---

[21] Se refiere al planeta Saturno. DOROTEO lo llama *phaínōn*, «el que brilla» (cf. *Catalogus Codicum Astrologorum Graecorum* IV 92 ss.).

[22] Los Aonios son los habitantes de Beocia.

[23] Ismeno es un epíteto que hace referencia al río Ismeno de Beocia. Apolo poseía un templo sobre el margen del Ismeno, al este de Tebas.

[24] Polimnia es una de las nueve Musas, hijas de Mnemosine y Zeus (cf. HES., *Teog.* 78). Por lo general se le atribuía como función específica la pantomima.

agitaba voces sin sonido; y mediante sus manos expresaba sabias imágenes en un silencio lleno de sentido, a la vez que sus ojos remolineaban. Entre tanto la Victoria se hizo presente con inquietas sandalias cual sirvienta del tálamo deseosa de agradar a Zeus; y celebró a Cadmo, el mejor combatiente de Zeus, con el grito de evohé; junto a la cámara nupcial compuso un canto con su boca virginal; y pudorosa, volvió sobre sus pisadas y se lanzó a la danza circular agitando sus alas junto a las del Amor. Procedente de innúmeras antorchas, una luz se elevó sobre el crepúsculo vespertino, semejante a un engañoso amanecer. Hubo fiesta toda la noche; melodiosas voces rodeaban la cámara nupcial, amiga de divertirse. Así, se danzó y se cantó sin entregarse al sueño. En efecto, <Hermes***>[25] se había lanzado a desvelados himeneos y había dejado su acostumbrado caduceo porque éste es un administrador del sueño. De este modo, Tebas se convirtió en el lugar Olímpico de la danza; se podía ver juntos a Cadmo y a Zeus sentados a la misma mesa.

Y cuando el Dragón[26] se elevó en compañía del Carro de la Osa, llegó la hora de conducir a la esposa al lecho matrimonial. Él anunciaba las cosas futuras. En efecto, el esposo de Harmonía, con su mujer de la misma edad, estaban destinados a cambiar su forma por la de una serpiente[27].

---

[25] En la traducción se ha repuesto «Hermes» que no figura en los códices, pues un verso parece haber sido omitido. GRAEFE señala laguna.

[26] Se refiere a la constelación polar del Dragón. Cadmo y Harmonía serán metamorfoseados en dragones y partirán sobre un carro hacia la Iliria. Esto motiva la mención del Dragón y del Carro de la Osa.

[27] Esta metamorfosis de Cadmo ya había sido anunciada en II 671-679, pero los acontecimientos ocurren hacia el fin del poema, cuando después de la muerte de Penteo, Cadmo parte hacia Iliria y es metamorfoseado en serpiente (cf. XLIV 111; OVID., *Metam.* III 96-98).

Luego, los Bienaventurados ofrecieron uno tras otro sus presentes a Cadmo que estaba ansioso por ir al lecho nupcial. Zeus, por su parte, llevó a buen término todos los pormenores. El dios de oscura cabellera, señor de los caballos[28], en honor a su hermana Hera, célebre por ser la madre de Ares, regaló los dones del mar. Hermes dio un cetro; Ares una lanza; Apolo un arco. Hefesto colocó sobre la cabeza de Harmonía una corona enaltecida con adornos de multicolores piedras y ciñó sobre sus sienes una banda de oro. Hera, la del dorado trono, procuró un trono construido con piedras preciosas, con lo que deseaba agradar a Ares. La muy astuta Afrodita ajustó al enrojecido cuello de la joven mujer un dorado collar cuyas gemas artísticamente trabajadas resplandecían con brillo. Era la artística obra de Hefesto, que él fabricó para la señora de Chipre, para obsequiárselo cuando nazca el arquero del Amor[29]. En efecto, el esposo de pesadas rodillas esperaba muy seguro que Citerea[30] diera a luz un hijo cojo semejante a su padre por los pies. Pero en vano imaginó. Y entonces, al ver a su hijo con las piernas bien formadas, radiante, con alas semejantes a las del hijo de Maya[31], fabricó un collar artísticamente trabajado con la forma de una serpiente de cuerpo sinuoso sobre cuyo lomo brillaban estrellas: en efecto, así como la misma anfisbena[32]

[28] Mención de Posidón. NONO cita nueve dioses en grupos de tres: los Crónidas, Zeus, Posidón y Hera; los dioses hijos, Ares, Hermes y Apolo; y finalmente la familia, Hefesto, Afrodita y Eros.

[29] Eros (cf. VIRG., *Eneida* I 664).

[30] Citerea es un epíteto de Afrodita (cf. *Od.* XVIII 192).

[31] Hermes.

[32] La anfisbena es una víbora de dos cabezas que marcha en ambos sentidos; ésta no era considerada por los antiguos como un animal fantástico (cf. ESQ., *Ag.* 1233; PLINIO, *Hist. nat.* XXX 25, 43).

se enrosca al medio formando un anillo y escupe su veneno por ambas cabezas cuando hace ondular su cuerpo de ambos lados ante la vibración de su espinazo; y así como mientras repta junta una cabeza con la otra y con pequeños saltos de su curvado lomo avanza en torcida marcha; del mismo modo, el collar artísticamente trabajado se enrolla estirando su plegable lomo y curvando sus dos gargantas hasta cerrarse en círculo, semejante a una gran serpiente que se enrolla con sus escamas. Gracias a las articulaciones del reptante espinazo, verdadera obra de arte, el dorado círculo puede ondular. Sus meneantes cabezas, cuando se sacude en múltiples vibraciones, arrojan un ficticio veneno a través de sus gargantas. E, interpuesta entre las bocas, allí donde el collar tiene su principio y su fin, hay un águila de oro que está cortando el aire, parada en medio de las dos cabezas de la serpiente; y en las alturas ella se exhibe con el cuádruple adorno de sus cuatro alas[33]: por un ala se extiende un jaspe rojizo; en otra hay una piedra de Luna totalmente blanca que empalidece cuando la cornuda diosa la deja y se torna radiante cuando la Luna nueva refleja el fluido brillo de sus cuernos, luego de mamar el autogenerado fuego del padre Sol. Una tercera posee una perla luminosa en donde resplandecen las blancas olas del radiante Mar Rojo. Y en el medio de la otra hay un adorno encendido; es el fluido brillo que escupe un agate

[33] El águila se presenta como un motivo central, atrapada por las dos cabezas de la anfisbena que hacen de broche. Con respecto a sus cuatro alas ROUSE (*Nonnos Dionysiaca,* Londres, 1940, tomo I, pág. 178) toma el término «ala» en un sentido amplio y lo aplica a los cuatro miembros de un único animal. La interpretación de VIAN (*Nonnos de Panopolis. Les Dionysiaques,* París, 1976, tomo II, pág. 85) opta por el sentido literal del texto: una única águila provista de un par de alas a cada lado.

indio fino y trasparente[34]. Y cuando las cabezas de cada extremo se juntan una con otra, las dos bocas de serpiente se abren espaciosas; y encierran con ambas mandíbulas el águila que queda así abrazada de un lado y de otro. Unos rubíes sobre sus ojos arrojan un brillo natural que torna radiante su rostro, dado que ellos no dejan de irradiar un vivo resplandor semejante a una ardiente lámpara encendida. En la ostentación de sus multiformes piedras semejaba a un mar; una piedra verde de glauca esmeralda recibía el cristal y se unía a ella, semejante a la espuma que forma cristalinas gotas sobre la oscura agua de las olas. Y en ese mar habían sido trabajados muchos adornos: todo tipo de especies que habitan los estanques y se nutren de la mar resplandecían allí con brillo de oro y simulaban estar brincando. Y un húmedo viajero, el delfín que rasguña las aguas, danzaba junto a otros mostrando la mitad de su cuerpo y meneaba su cola con ilusorio movimiento. Y también había una ronda de pájaros multicolores de los cuales parecía oirse el ventoso ruido de sus alas revoloteantes. Tal fue el presente que Citerea obsequió a su hija*** <este collar>[35] de oro y piedras preciosas suspendido sobre el cuello de la esposa.

Pronto, Harmonía, bajo el yugo del bordado cinturón que guía los deseos conyugales, engendró en su seno el germen de muchos hijos, que fueron paridos poco a poco. En sucesivos alumbramientos, ella se liberó cuatro veces de

[34] Las incrustaciones de piedras preciosas son habituales en las joyas antiguas. El águila lleva una piedra sobre cada ala (jaspe, piedra de luna, perla, agate indio).

[35] Los versos 186-189 presentan algunas dificultades ya señaladas por LUDWICH (cf. *Berl. Phil. Wochensch.* 16, 1918, pág. 374). A él seguimos en la reposición de la palabra «collar» juntamente con la suposición de una laguna que salvaría un problema de sintaxis que trae el texto.

la fecunda carga de su vientre, por el nacimiento de sus hijos, cuando la Luna acababa de recorrer completamente los nueve ciclos. Primero fue lanzada de los fecundos senos de su madre, Autónoe[36], quien desanudó así los nueve meses de embarazo con los dolores del parto primerizo. Luego creció Ino[37] de hermosa figura, perteneciente a la misma familia, quien casó con Atamante[38] y tuvo dos hijos. En tercer lugar apareció Ágave[39], quien tras desposar con un Gigante engendró un hijo semejante a su esposo, nacido de los dientes[40]. Luego, nació la cuarta de las hijas, Sémele[41], semejante a las Gracias por su apasionado rostro; ella estaba reservada para Zeus. Por ser la más joven recibió de la naturaleza, en forma exclusiva, el privilegio de una hermosura insuperable. Finalmente, Harmonía engendró mucho después,

---

[36] El catálogo de los hijos de Cadmo se ajusta a la lista canónica de los mitógrafos, lo que remonta a HESÍODO (*Teog.* 975-978). Ellos son Autónoe, Ino, Ágave, Sémele y Polidoro. Autónoe casó con Aristeo y engendró a Acteón (cf. V 287-551).

[37] Ino, hija de Cadmo y Harmonía, casó con Atamante, con quien tuvo dos hijos: Learco y Melicertes. Fue finalmente metamorfoseada en una Nereida, divinidad marina con el nombre de Leucótea (cf. *Od.* V 333).

[38] Atamante se casó con Ino, después de un primer matrimonio con Néfele con quien tuvo dos hijos: Frixo y Hele (cf. APOLOD., *Bibl.* I 9, 1; III 4, 3; OVID., *Metam.* IV 481-542).

[39] Ágave, hija de Cadmo y Harmonía. Casó con Equión, con quien tuvo un hijo, Penteo. Ella, presa del delirio báquico, mataría a su propio hijo, que se oponía a la introducción del culto a Dioniso en la ciudad (cf. EURÍP., *Bac. passim;* OVID., *Metam.* III 511 y ss.).

[40] Equión es uno de los cinco sobrevivientes de los hombres que nacieron de los dientes del dragón sembrados por Cadmo al fundar Tebas (cf. IV 356-463). Él es entonces un Gigante, uno de los *spartoí,* «hombres sembrados» (cf. APOLOD., *Bibl.* III 4, 1).

[41] Sémele, hija de Cadmo y Harmonía, madre de Dioniso. Su historia ocupará los cantos VII y VIII.

para la dicha de Cadmo, a un joven hijo varón que se sumó a la descendencia femenina: Polidoro[42], estrella de la mañana de su patria Aonia, más joven que Sémele, de rosada piel; a él, Penteo[43], un rey irrespetuoso de las leyes, destronó y se apropió del cetro de Tebas[44]. Todas estas cosas el viejo Tiempo las iba a llevar a cabo mucho después.

Y bien pronto, Cadmo encerró a sus hijas con sus esposos en cuatro cámaras nupciales, tras aprobar los sucesivos matrimonios. Él dispuso los lechos uno tras otro. En efecto, el primero en llevar los presentes fue Aristeo[45], llamado también el Pastor y el Cazador. Él, tan diestro con las manos, de la raza de Febo y de Cirene[46], desposó a Autónoe según las leyes de la legítima unión. El Agenórida de ningún modo rehusó tener por yerno al hijo de Febo, hábil en la técnica de la alimentación, preservador de la vida; sino que, por el contrario, selló esta unión de su hija con su esposo.

---

[42] Polidoro, el último de los hijos de Cadmo y Harmonía, casado con Nictéis tuvo un hijo, Lábdaco, que fue el abuelo de Edipo (cf. Hes., *Teog.* 978; Sóf., *Edip. Col.* 221; *Antíg.* 594).

[43] V. n. 39.

[44] La tradición más corriente presenta a Penteo como el sucesor de Cadmo en el trono de Tebas. Sobre la usurpación de Penteo y el exilio de Polidoro, cf. XLIV 50; XLVI 259 y ss. Esta variante no era conocida antes de Nono salvo por Diodoro Sículo, XIX 53, 3.

[45] Aristeo, hijo de la ninfa Cirene y Apolo. Casó con Autónoe y engendró a Acteón. Nono atribuye a Aristeo diversas invenciones: la caza (229-245); la apicultura (242-257); la presión del olivo para obtener aceite (258-260); el arte pastoral (261-267); el canto de los pastores (268). El retrato que nos da Nono de este héroe es el más completo que poseemos. Otras referencias, cf. Paus., VIII 2, 4; IX 17, 3-5; Ap. Rodio, *Arg.* II 500; Virg., *Geórg.* IV 317 y ss.

[46] Cirene es una ninfa tesalia, raptada por Apolo, quien había quedado deslumbrado al verla doblegar a un león sin armas. De la unión nació Aristeo (cf. Calím., *Himno a Apolo* 90).

Él, dotado de gran inteligencia, supo adormecer el funesto astro de Mera[47], de color rojizo, con las saludables brisas de los vientos enviados por Zeus.

Las bodas fueron muy ricas; Aristeo, para honrar a la joven aún no desposada, le obsequió bueyes, le procuró cabras, y le concedió un rebaño que pace en las montañas. Una multitud de porteadores, con aplomado paso ante la presión del bulto, elevaron una carga de ánforas llenas de aceite de oliva, como regalo de bodas; y también aportaron gran cantidad del laborioso producto de la sabia abeja, extraído de las innúmeras celdas del panal.

Este varón fue el primero entre todos que en sus travesías por las montañas con ágiles pies descubrió las penas de la caza que gusta del uso del venablo para perseguir cervatillos; y descubrió también cómo el perro, con la aguzada mucosa de su nariz, adivina al pie de un fecundo bosque el aroma de las fieras que no dan signos de su presencia; y tiende sus orejas en recta dirección hacia una marcha sinuosa. Él también tenía conocimiento del arte de la trampa: las redes bien entrelazadas y la erecta forma de las estacas; incluso reconocía sobre la arena las primeras huellas del día que las fieras dejaban en un suelo todavía intacto. Él había enseñado a los cazadores a colocarse fuertes botas en los pies para cuando lanzaran a sus irrefrenables perros a la carrera de la caza y a llevar sus vestidos hasta la altura del muslo para

---

[47] Mera es propiamente la constelación del Perro. Colocada debajo de Orión la sigue y parece darle caza a la liebre (cf. ARATO, *Fenómenos* 322-341; 503-504; 676-678). El astro más importante del Perro es Sirio (cf. V. STEGEMANN, *Astrol. und Univ-gesch*, pág. 80); su nacimiento helíaco coincide con la época más calurosa del año que seca la vegetación y aplasta los animales: la canícula. Aristeo conocía los ritos que hacían soplar los vientos etesios que aplacaban el calor (v. n. 53).

que quede descubierto, no sea cosa que por estar el cazador oprimido, ante un impulso repentino de su pie sea tirado hacia atrás por la larga caída de una túnica. Este hombre supo poner en fila las colmenas de innumerables celdillas y fijar el trabajo de la errante y solitaria abeja que a través de la pradera va de flor en flor por las plantas de espléndidos frutos y revoloteando sobre ellas succiona en el punto más extremo de sus labios su más exquisito jugo. Antes que nada, él cubría sus miembros desde las uñas hasta sus cabellos con mallas de lino de trenzado vestido. Luego, mediante un hábil ardid, un sofocante humo, aplacaba a cuantas querían hacerle daño. Y mientras sacudía al viento una antorcha que conspiraba contra el apego de la abeja por su colmena, elevaba dos objetos de bronce y los golpeaba con su resonante mano; así provocaba un sonido sordo que lograba protegerlo del terrible aguijón de la abeja dispuesta a combatir; ellas, entre tanto, zumbaban y se agitaban por la empolladura que construían bajo los tejados, generando un interrumpido alboroto[48]. Finalmente, tras cortar la cubierta de cera de múltiples rebabas, extraía el brillante tesoro de miel que se derramaba fluidamente en este alumbramiento. También fue el primero que descubrió el rocío del chorreante aceite, cuando, tras cortar el fruto con pesadas piedras de moler, exprimió el unctuoso producto del jugoso olivo. Él llevó a los pastores hacia el pantano y hacia las praderas al pie de una ladera de buenos pastos y numerosos árboles de umbrosa madera. Allí les enseñó a pastar el ganado desde que el

---

[48] Los vv. 247-255 describen las precauciones a tomar antes de recoger la miel. NONO confunde dos operaciones: la recolección de la miel que se hace por ahumamiento pero en silencio (cf. VIRG., *Geórg.* IV 230) y la recolección de los enjambres a los que se aturde con el ruido.

sol comienza a brillar hasta el atardecer. Y a las ovejas que andaban errantes de aquí para allá con vagabundas pezuñas, renuentes a obedecer y a ser alcanzadas, él logró reunirlas, sin sacarlas de su lento paso; las alineaba una detrás de otra en un único camino hacia el florido campo, poniendo una cabra por delante que unificaba la marcha. Y él comprendió el pastoral cántico del montaraz Pan[49]; y adormeció el astro de Mera que arde en fuego. También encendió el altar con aroma e incienso de Zeus Icmeo[50]; vertió además de la sangre del toro una dulce libación, variada ofrenda que yacía sobre el altar, producto de la andante abeja, tras llenar delicadas copas con un brevaje de leche y miel[51]. El padre Zeus lo escuchó y, para honrar a su nieto, le envió una brisa de vientos bienhechores, a fin de contrarrestar al soplo de Sirio[52] y desviar su ardiente fiebre. Aún en ese día, los heraldos de las primicias hechas por Aristeo, los vientos etesios[53] que Zeus mandaba, refrescaban

---

[49] Pan, dios de los pastores y los rebaños, al parecer originario de Arcadia.

[50] Icmeo, epíteto de Zeus que significa «el que espande la humedad, el rocío» (cf. Ap. Rodio, *Arg.* II 524; Clemente, 753).

[51] Nono coloca intencionalmente esta leyenda antes del nacimiento de Dioniso. En el canto VII se anuncia el significado profundo de la nueva Era que inaugura Dioniso para la humanidad. En efecto, las libaciones no hacen intervenir el vino (VII 13); ellas son hechas con el ciceón (cf. XXII 77; XLVII 88) descubierto por Aristeo según XIX 241 y ss. Era éste un brebaje hecho a base de granos de cebada y de agua o de leche y, por lo general, miel (cf. *Himno. hom. a Demeter* 208-211; Euríp., *Ifig. en Táur.* 159; Ap. Rodio, *Arg.* III 1036).

[52] V. n. 47.

[53] Los vientos etesios cálidos y secos vienen del Mar Negro y provocan sus efectos sobre la costa anatólica, pero no sobre las Cícladas donde por el contrario acrecientan la humedad. Su leyenda entra en la literatura con Ap. Rodio, *Arg.* II 519-527.

la tierra, cuando se agrandaban las coloreadas uvas del ya maduro fruto de la viña.

Eros condujo a este varón, Ceano hijo de Febo[54], hasta el himeneo Aonio. Toda la ciudad fue adornada con guirnaldas por el sacrificio del buey degollado; los caminos que se cortan en líneas rectas se emplearon para la danza. Y ante las puertas del lecho nupcial los ciudadanos hacían girar sus bamboleantes pies por el himeneo; las mujeres respondían con una melodía de hechizante sonido y las flautas Aonias sonaban al son de las nupciales siringas.

Fue de allí, del lecho de Aristeo y de Autónoe de donde surgió Acteón[55]. Su gran pasión eran las rocas; y dado que llevaba con él la sangre del Cazador, imitó a su padre en la caza; se convirtió en servidor de Ártemis[56] en sus corridas por la montaña.

¡Nadie se asombre de que el desafortunado Acteón aprendiera los cuidados de la caza! ¿Acaso no era él el nieto de Cirene[57], asesina de leones? Nunca se le escapó el oso montañés ni tampoco se aterrorizó ante la funesta mirada de una leona con sus crías recién paridas. Muchas veces al ver cómo una pantera se lanzaba sobre él con un salto desde lo alto, la

[54] Ceos es una de las islas Cícladas, considerada un importante lugar del culto de Aristeo (cf. VIRG., *Geórg.* I 14).

[55] Acteón, hijo de Aristeo y Autónoe, es un desafortunado héroe que según una versión es muerto por Zeus por haber tratado de robarle el amor de Sémele. La mayoría de las versiones atribuyen su muerte a la ira de Ártemis al ser vista desnuda en su baño (cf. APOLOD., *Bibl.* III 4, 4; OVID., *Metam.* III 131 y ss.).

[56] Ártemis, virgen eternamente joven, es el prototipo de la doncella arisca que se complace sólo en la caza (cf. *Il.* XXI 407-507; *Himno hom. a Ártemis;* CALÍM., *Himno a Ártemis;* PAUS., VIII 27, 17). Se la conoce también como la Arquera.

[57] V. n. 46.

apresaba contra el suelo. Y siempre, desde la alta maleza, Pan, el pastor, lo miraba fijamente con ojos atónitos mientras él se lanzaba saltando tras la pista de un apresurado ciervo.

Pero no le fue de provecho la carrera de sus pies, ni suficiente el tahalí, ni los certeros blancos de sus dardos, ni el ardid de la caza: la Moira lo destruyó; tras ser transformado en un errante cervatillo, fue desgarrado por sus perros, cuando aún se respiraba el tumulto del combate, después de la guerra de los Indios[58].

Ocurrió que un día, sentado en lo alto de un roble de elevado tronco vio todo el cuerpo de la Arquera mientras se estaba bañando. Él, ávido observador de la diosa que no se debe ver, recorrió con sus ojos la casta piel de la virgen no desposada, y la vio de cerca. Pero mientras espiaba con furtivos ojos la figura sin ropa de la soberana, una Ninfa Néyade[59] lo vio a lo lejos con torvos ojos. Apabullada, prorrumpió en gritos y comunicó a su soberana el irrefrenable atrevimiento de un varón loco de amor. Entonces, Ártemis, que mostraba la mitad de su cuerpo, tras coger rápidamente su pretina circular y su vestido, cubrió con el cinto virginal sus castos senos; luego hundió sus húmedos miembros en el

[58] La muerte de Acteón tiene lugar después de la guerra de los Indios poco tiempo antes del retorno de Dioniso a Beocia y su enfrentamiento con Penteo. La intervención de Acteón en estas campañas de Dioniso parece ser una invención de Nono.

[59] Sobre la leyenda de Ártemis en el baño espiada por Acteón, cf. Calím., *Himno* V 107-119. Esta escena será repetida en los vv. 476-491. Este tema es un tópico noniano (cf. V 601-610; VII 184-279; XVI 5-13; XXXVIII 116-129). Las Néyades son ninfas del elemento líquido, seres femeninos dotados de gran longevidad, pero mortales, que encarnan la divinidad del manantial.

interior del río; así, la joven virgen, llena de pudor, cubrió de a poco todo su cuerpo[60].

¡Infortunado Acteón!, la forma humana te abandonó al instante; en tus cuatro pies una pezuña se abrió; tus extendidas mejillas se prolongaron en mandíbulas, tus piernas empequeñecieron; y dos largas puntas torcidas crecieron sobre tu frente: un gran cornamento de grandes ramificaciones te había nacido. Tu adúltera forma fue modificada; tus miembros quedaron salpicados con variadas manchas y tu piel se cubrió de pelos. Sólo tu inteligencia quedaba aún en pie sobre el bravío cervatillo. Corrió entonces de prisa a través de la inhospitalaria montaña saltando sobre el impulso de sus pezuñas; un cazador aterrorizado ante cazadores. Sus perros no reconocieron ya más a su antiguo amo que había cambiado de naturaleza. La cruel Arquera en su resentimiento los enloqueció con un inapelable signo de su cabeza; y en este rabioso desvarío, presos de un furioso aire, ellos aguzaron la doble fila de sus parejos dientes asesinos de cervatillos. Y desorientados ante el falso aspecto de un ciervo, devoraron su moteado cuerpo, que no le pertenecía, con irracional furor. Pero la diosa pensó otro tormento: que los perros con lentas mandíbulas desgarraran de a poco a Acteón, que aún respiraba y estaba consciente, a fin de atormentar a su corazón con los dolores más agudos. Entonces él, con tan humano sentimiento, lloró su destino y rugió una voz de lamento:

---

60 El episodio contado en 316-335 muestra grandes similitudes con OVIDIO. NONO mezcla dos versiones: según la primera (vv. 493-496), Acteón cae de un árbol y es allí devorado por sus perros; según la otra, la elegida por OVIDIO (*Metam.* III 198), Acteón permanece en tierra con la posibilidad de huir.

«Dichoso eres, Tiresias[61], pues tú viste la figura desnuda de Atenea sin perecer. Ella, pese a su pudor, sintió piedad de ti. Tú no has muerto, ni has recibido una piel de cervato, ni te han salido cuernos encima de la frente. Pese a que perdiste la luz de tus ojos, estás vivo. En efecto, ella transfirió a tu espíritu el resplandor que había en tus ojos. Pero la Arquera en su cólera es peor que la Tritogenia[62]. ¡Ojalá hubiese tenido una suerte semejante! ¡Ojalá ella misma hubiese atacado mis ojos como lo hizo Atenea, o bien hubiese cambiado mi pensamiento junto con mi cuerpo! Pues tengo yo una forma de fiera que es ajena a mi naturaleza y conservo, no obstante, el modo de sentir de un hombre. ¡¿Dónde las bestias gimen por su propia muerte!? No. Ellas viven privadas de la razón y no piensan en su final. Sólo yo cargo con una mente sensata. Y ahora al morirme, mis ojos de fiera vierten lágrimas llenas de conciencia. Y en este instante mis perros se vuelven más feroces; jamás se lanzaron con tamaño salto en la caza de leones.

¡Oh mis queridas colinas! cantad a Acteón un lamento. Sí, yo os lo suplico, y lo mismo a ustedes, mis fieras. Vamos, Citerón, cuéntale a Autónoe lo que viste y dile a mi padre Aristeo con lágrimas de piedra cuál fue mi final y cuál la furia de mis inclementes perros.

¡Ay de mí!, desgraciada suerte. Con mis propias manos alimenté a mis homicidas. ¡Ojalá el león que atraviesa las montañas me hubiese doblegado, o bien la pantera de moteada espalda me hubiese arrastrado y despedazado; o bien

---

61 Tiresias, célebre adivino con un papel importante en el ciclo tebano. Se contaba que había sido cegado por Atenea por haberla visto desnuda, pero a petición de su madre Cariclo, Palas le habría concedido en compensación el don profético (cf. *Od.* X 487; CALÍM., *Himno* V).

62 Tritogenia, epíteto de Atenea (v. n. 16; cf. *Il.* IV 515; *Od.* III 378).

unos furiosos osos me hubiesen clavado sus agudas e irrefrenables garras y devorado bajo la apariencia de un cervato con sus brillantes mandíbulas! Pero no, mis perros que compartían mis costumbres me han asesinado: ellos ya no reconocen mi forma ni tampoco mi voz de extraño sonido.»

Así habló a punto de morir. Con una triste voz animal imploró al feroz perro, sordo a sus súplicas. Y si bien logró emitir palabras llenas de sentido, no obstante, en vez de una voz humana, resonó un ruido cuyos sonidos carecían de significado.

Al instante, la Fama[63] que aprende por sí misma voló por los montes hasta Autónoe y le anunció el fatal destino de su hijo despedazado por los perros. Pero no le dijo que estaba cubierto de una velluda forma de cervato sino simplemente que había muerto. Su madre, sin velo y con los pies desnudos, sintió entonces los azotes del dolor allí donde su amor se torna tan tierno. Y se arrancó los cabellos; y desgarró su vestido por completo; con sus tristes uñas se rasguñó las mejillas que se volvieron rojas por la sangre. Y mientras recordaba a su hijo, sobre su pecho desnudo se enrojecía el círculo nutricio de sus senos que lo cuidaron de niño. La joven mujer bañó sus vestidos en lágrimas que surcaban ininterrumpidamente; su rostro encontraba en el llanto su único consuelo. Y los perros de Acteón que venían de las elevadas rocas confirmaron las palabras anunciadoras de malas nuevas. En efecto, ellos revelaron el final del adolescente con sus silenciosas lágrimas. Al ver sus lamentos, la madre lloró mucho más; el viejo Cadmo se cortó los canosos rizos de su cabellera; Harmonía prorrumpió en fuertes gritos;

[63] La Fama es la personificación de la voz que vaga por todos lados. Corresponde al «Rumor» de Ovidio (cf. *Metam.* III 198).

y el resonante ruido de las mujeres, aferradas a los llantos, hizo resonar al unísono todo el palacio.

Inmediatamente, Autónoe marchó en compañía de su esposo Aristeo en busca de los desperdigados restos del cadáver. Ella vio a su hijo pero no lo reconoció; advirtió la forma de un moteado cervatillo pero no vio la imagen de un hombre. Y muchas veces pasó al lado de la osamenta del irreconocible cervato que yacía sobre la tierra, mas no comprendió. Efectivamente, ella buscaba el cadáver de su hijo y no esperaba ver otra cosa más que una forma humana. Yo no la culpo a la desdichada Autónoe. Pues ella percibió los restos de su hijo bajo otra naturaleza; notó las mandíbulas de su irreconocible rostro y no vio el círculo de su cara. Y tocó sus cuernos pero no comprendió que eran las sienes de su hijo; ella vio las finas patas y no se percató de que eran sus pies; ella descubrió las finas patas pero no vio el círculo de sus sandalias. Yo no la culpo a la desdichada Autónoe. Efectivamente, como él había desaparecido, ella no vio sus ojos mortales, ni la imagen de una forma humana ni notó su garganta que dibujaba la púrpura flor de su barbilla.

Así, con errantes pies ella recorrió las crestas de los bosques y con paso firme anduvo por la impenetrable superficie de la escarpada colina, descalza y con vestido suelto. Luego, fatigada de haber errado por la montaña, regresó al palacio. Muy dolida, frustrada en su deseo, apenas sí pudo dormirse junto a su esposo, desdichado padre. Ambos se entregaron a umbrosas fantasías, mientras sus ojos se apoderaban del ala de un sueño de ruiseñor[64].

---

[64] «Un sueño de ruiseñor» designa a la vez un sueño ligero y triste (cf. CALÍM., *Himno* V 94: Clarico después de la mutilación de su hijo Tiresias).

Al instante, el alma del adolescente se presentó ante su abatido padre bajo una oscura y moteada piel de cervato. Dejó rodar desde sus ojos una lágrima llena de razón, y dijo con voz humana:

«Oh padre mío, duermes y no sabes de mi suerte. ¡Despiértate y reconóceme bajo mi desconocida y falsa imagen! ¡Despiértate y toma entre tus manos los cuernos de un cervato que amas! ¡Vamos, besa a esta fiera dotada de razón a la cual el vientre de Autónoe parió! Estás viendo en persona al que tú criaste. En efecto, al mismo tiempo a Acteón ves y a Acteón escuchas. Si deseas tocar la mano y los dedos de tu hijo, observa mis patas delanteras y verás allí mis manos. Si es mi cabeza la que deseas, mira la cabeza del cervato; si a mis sienes humanas, observa mis alargados cuernos; si a los pies de Acteón, observa mis pezuñas traseras. El pelaje de mis miembros es mi vestido.

Vamos, padre mío, reconoce a tu hijo a quien Apolo no salvó. Llora, padre, por él a quien Citerón no protegió. Oculta bajo el triste polvo a tu hijo metamorfoseado. Y por nada dejes abandonada a su suerte a tu cervato muerto sin rendirle honores fúnebres. ¡Qué no te extravíe esta imagen falsa y poco creíble!

¡Ojalá, querido padre, me hubieses protegido, a mí que ignoraba los peligros de la caza! ¡Ojalá no hubiese deseado a la solitaria Arquera, ni hubiese visto su piel Olímpica! ¡Oh, si hubiese amado a una joven mortal! Pero no, dejé a otros las mujeres terrenales y sus fugaces himeneos y, en cambio deseé a una inmortal. En consecuencia, padre, la diosa se irritó y me convirtió en banquete de mis perros. Las colinas son testigo de ello; pero, si no crees en las rocas, interroga a las ninfas Néyades; lo saben las Hamadría-

des[65]. Interroga también a mis bestias a las que en la forma me parezco, y a los pastores a quien invoqué.

Vamos, querido padre, procúrame una última gracia: pese a la aflicción en que te hallas por el amor que me tienes, no mates a mis homicidas que carecen de razón. Ten piedad de ellos que han matado a tu hijo sin ser culpables; contra su voluntad fueron extraviados ante mis ojos de fiera. ¿Acaso qué perro alguna vez ha evitado a un cervato?, o bien ¿qué hombre se ha irritado con los perros por haber matado a un cervato? ¡Oh, míseros, cuántas veces recorren las circulares montañas rodeándolas una y otra vez en busca de la pista del cadáver que ellos mismos han matado! De sus ojos se deslizan lágrimas llenas de sentido y con la punta de sus patas abrazan mis redes de caza movidos por el imperativo de un tierno afecto, semejantes a los hombres, cuando se hallan afligidos; y lloran sobre mi lecho que yace en tierra con quejumbrosos aullidos.

Sí, te suplico que no mates a quienes me lloran. Pues ni vieron más que el pelaje de mi velluda imagen; si no han creído en mis súplicas y no detuvieron sus dientes es porque oían el bramido de mi alterada voz. Ellos indagaron a mi montaña escarpada con voces de lamento:

«¿Quién ha arrebatado hoy a Acteón? ¡Habla, piedra! ¿En qué parte se encuentra ocupado en seguir la carrera de un cervato? ¡Hablad, Ninfas!»

Así hablaron los perros y la montaña contestó con un grito:

---

[65] Las Hamachíades son unas ninfas de los árboles. Nacen con el árbol que protegen y comparten su destino (cf. *Himno homénico a Afrodita* 259 ss.; Calím., *Himmno a Delos* 79 ss.; Ap., Rodio, *Arg.* II 477).

«¿Qué cervato que atraviesa la montaña anda a la caza de cervatos? No he oído hablar de un cervato que se lanza contra cervatos. Acteón se ha metamorfoseado y anda como un cervato con inteligencia, él, que antes mataba a las fieras. Y pese a llevar la sangre del Cazador fue cazado en persona por la homicida Arquera.»

Tales cosas respondieron las montañas a los afligidos perros. Y Ártemis varias veces le dijo a mi homicida que me buscaba:

«Perro, que tan agobiado te tienen las penas, cesa de dar vueltas con errantes pasos. Buscas a Acteón y lo llevas dentro de tu vientre; buscas a Acteón a quien tú mataste. Si lo deseas, podrás ver aún su osamenta, sólo restos de tu comida.»

Bueno, padre, en orden te voy a contar mi suerte: había un arbusto de amplio follaje: una aliaderna de un lado, un olivo de otro. ¡Desdichado de mí! Pues tras dejar el retoño cuyo nombre evoca la amistad[66], me lancé a la vecina cepa de un puro olivo, para ver la piel desnuda de Ártemis que no se debe ver. Y obré con temeridad. En efecto, generé dos insensatos ultrajes[67]: me trepé al árbol de Palas para ver el cuerpo de la Arquera con mis atrevidos ojos; en réplica, la amenaza llena de cólera de Ártemis y Atenea se abatió contra Acteón. Pues en el preciso instante en que Ártemis se encontró empapada en un fogoso sudor, debido al ardiente calor que sentía; y después de su carrera habitual de la caza, que no retacea esfuerzos, ella se bañó en aguas puras. Mien-

[66] Se da un juego de palabras entre aliaderna *(phyliē)* y la amistad *(philíē)*. Este pasaje está inspirado en Homero *(Od.* V 476 y ss.).

[67] Con la palabra «ultraje» se intenta traducir el importante término de *hýbris* que indica la actitud insolente de un mortal en el intento de ir más allá de lo que corresponde a su condición.

tras se bañaba delante de mí, su brillo encandilaba mis ojos, deslizando por las aguas sus luminosos rayos del color de la nieve. Se podría decir que junto a la resaca de las olas del Océano, la fecunda luna brillaba a través de las aguas al caer la tarde. Al instante, las Néyades que la acompañaban gritaron muy fuerte; Loxo[68] gritó al mismo tiempo que Upis[69] e interrumpieron a su hermana Hecaerga[70] que nadaba en la calma corriente. Entonces una tiniebla que viajaba por el aire cubrió mis ojos, y tras resbalarme de la planta caí al polvo de cabeza. Súbitamente recibí una moteada piel; y mis perros cazadores me desgarraron con sus dientes.

Callaré todas estas cosas. ¿Por qué reprenderte con otro sufrimiento? No sea cosa que te acerque de nuevo llantos, incluso hasta en sueños. Varias veces te acercaste al árbol en que yacen los restos de Acteón; diseminada sobre el suelo te pasó inadvertida varias veces la lamentable osamenta de un moteado cervato con sus miembros enteramente desgarrados, esparcidos en tierra lejos los unos de los otros[71].

Pero yo te relataré otra creíble señal de mi muerte: tú verás mi tahalí y mis dardos cerca del árbol donde se originaron mis males, a menos que también mis flechas se hayan transformado en plumas, a no ser que Ártemis, nuevamente furiosa, haya cambiado mi arco en un árbol del bosque y haya alterado mi tahalí.

---

[68] Loxo, compañera de Ártemis, es una joven virgen que viene de la región hiperbórea (cf. CALÍM., *Himno* IV 292).

[69] Upis bien puede designar a otra ninfa hiperbórea como así también a la misma Ártemis (cf. CALÍM., *Himno* III 204).

[70] Hecaerga otra de las tres ninfas hiperbóreas, compañeras de Ártemis (cf. XLVIII 332 y ss.). Sus nombres vienen de CALÍMACO (*Himno* IV 292).

[71] El verso 499 parece implicar que Acteón ha sido devorado allí mismo junto al árbol, lo que contradice los vv. 323 y ss. (v. n. 60).

Dichoso Oto[72], que no se convirtió en un errante cervatillo. Tampoco fueron perros en el caso de Orión[73], el lanzador de perros... ¡Ojalá un escorpión hubiese matado al mismo Acteón con su punzante aguijón!

¡Desdichado de mí! Pues un vano rumor engañó a mi pensamiento: como había oído que Febo, el hermano de la Arquera, durmió junto a Cirene[74] y engendró a mi padre, yo pensé arrastrar a Ártemis a una familiar unión. Y así como había oído varias veces que la blanca Aurora tomó por esposo a Orión y Selene a Endimión[75] y que Deo abrazó a Jasión, su esposo mortal[76], yo pensé que tal era el pensamiento de la Arquera.

Vamos, padre, tributa los últimos honores fúnebres a esta ilegítima forma que carga con sus cuernos. No permitas que se convierta en entretenimiento de otros perros. Si

[72] Oto es un hijo de Posidón y de Ifimedea, que estaba casada con Aloeo. Su amor por Ártemis logró desatar la furia de la diosa, que le dio muerte (cf. APOLOD., *Bibl.* I 7, 4; *Od.* XI 305 y ss.).

[73] Orión es un gigante cazador hijo de Euríale y Posidón. Según la versión más difundida, al tratar de violar a Ártemis, la diosa le envió un escorpión que le picó en el talón. Luego el escorpión fue transformado en constelación y lo mismo le ocurrió a Orión. Por eso la constelación de Orión huye eternamente de la de Escorpión (cf. CALÍM., *Himn.* III 264). En los vv. 516 y ss. se hace referencia al amor de Orión y la Aurora (cf. *Od.* V 121).

[74] V. n. 46.

[75] Endimión es un joven cazador de gran hermosura que inspiró una violenta pasión a la Luna. Es conocido por su sueño sin retorno que parece haber sido un castigo por haber deseado a Hera (cf. PLAT., *Fedón* 72; APOLOD., *Bibl.* I 7, 5; AP. RODIO, *Arg.* IV 57).

[76] Jasión, joven cretense hijo de Zeus y Electra, que se unió a Deméter. De esa unión nació Pluto. Fue fulminado por Zeus (cf. *Od.* V 125; HES., *Teog.* 969).

ocultas mis restos, depositándolos en un hoyo en la tierra, concédeme todavía este favor: clava junto a mi tumba mi arco y mis flechas. Corresponde honrar así a los muertos. Pero no, querido padre, deja el arco y los dardos, porque la Arquera se regocija con los dardos y ella tensa el curvo arco. Suplica más bien a un habilidoso escultor para que modele mi ilegítima figura con sus manchas desde el cuello hasta la punta de los pies. Que sólo construya mi rostro con forma mortal, a fin de que todos reconozcan mi falsa imagen. Pero no inscribas padre, mi destino. Pues el viajero no puede a la vez verter lágrimas por mi figura y mi suerte fatal.»

Así habló en sueños el inteligente cervato y de imprevisto desapareció alzando vuelo. El esposo de Autónoe pegó un salto tras arrojar lejos de sí el ala del revelador sueño. Luego, despertó de su lecho a su esposa llena de pavor; y le describió la imagen animal de su hijo que carga con los cuernos y le refirió las palabras que el inteligente cervato le dijo. Los lamentos fueron cada vez mayores. Inmediatamente, la esposa de Aristeo se puso a la búsqueda por segunda vez. Con gran aflicción se internó en el corazón de la espesura del bosque de elevados troncos. Y mientras andaba con paso firme saltando por difíciles circuitos los escollos de los escabrosos caminos, descubrió con pena aquella planta manchada de muerte y también el tahalí y el arco junto al solitario árbol. Con gran dolor la madre reunió los restos caídos, la osamenta esparcida por acá y por allá sobre el vasto terreno. Abrazó con cálida mano el dulce cuerno, y besó los velludos labios del cervato, víctima de un funesto destino. Luego, la madre enterró el cadáver con agudos gritos de dolor y le grabó en su tumba todo cuanto la voz de Acteón dijo a su padre en los sueños de aquella noche.

Y mientras en el palacio de Aristeo resonaba el luto, en tanto, Ágave daba a Equión[77] un temerario hijo nacido de la Tierra y teómaco. Fue llamado Penteo[78] debido al duelo instaurado por el recién muerto.

Después del lecho de Néfele[79], el primer matrimonio de Atamante[80], la virgen Ino[81] marchó con festivo gozo hacia su tálamo. Ella engendró a Learco[82], que hubo de padecer horribles males y a Melicertes[83]. Luego ella debió habitar en el mar cual nodriza de Bromio[84] en su cuidado y nutrición. En efecto, ella dio tanto a Palemón[85] como a Dioniso el mismo pecho.

Sémele estaba reservada para el más resplandeciente de los himeneos. Pues Zeus, que gobierna en lo alto, deseaba con ardor hacer crecer un nuevo Dioniso, de naturaleza taurina e imagen del antiguo Dioniso, debido a su nostalgia

---

[77] V. n. 40.

[78] V. n. 39. El nombre de Penteo se ha emparentado a menudo con *pénthios*, duelo (cf. EURÍP., *Bacantes* 367, 509).

[79] V. n. 38.

[80] Atamante, rey beocio que luego de sus nupcias con Néfele tuvo una segunda boda con Ino.

[81] V. n. 37.

[82] Learco, hijo de Ino y Atamante. Halló la muerte a manos de su padre, que había sido enloquecido por Hera por haber acogido en secreto al niño Dioniso para su crianza (v. canto IX 55-fin; X 1-71). Compárese también con APOLOD., *Bibl.* I 9, 1; III 4, 3; PAUS., I 44; OVID., *Metam.* IV 512).

[83] Melicertes, otro hijo de Ino y Atamante, fue arrastrado al mar por su propia madre luego de haber sido echado en un caldero hirviente por su padre (X 65 y ss.), presa de una locura provocada por Hera.

[84] Bromio es uno de los nombres de Dioniso: «el tronante» (cf. PÍNDARO, fr. 45, 10; ESQ., *Euménides* 24; URÍP., *Fenicias* 625).

[85] Cuando Ino, en su locura, se arroja al agua con su hijo Melicertes, es metamorfoseada en la Nereida Leucótea, mientras que el niño Melicertes se transforma en el dios marino Palemón (cf. EURÍP., *Medea* 1284 y ss.).

por Zagreo, víctima de funesto destino[86] a quien Perséfone[87], esposa del subterráneo rey de manto negro, engendró en el lecho dracontino de Zeus. Sucedió que Zeus, enroscado varias veces sobre sí mismo, bajo una engañosa forma, dulce serpiente enrollada sobre sus hechizantes anillos, arrebató la virginidad de Perséfone, que se hallaba oculta, aún sin desposar. En este tiempo todos cuantos habitan en el Olimpo estaban fascinados por esta única niña y rivalizaban en el amor alrededor de esta núbil, ofreciendo presentes por un himeneo sin violaciones. Hermes, que no había marchado aún sobre el lecho de Persuasión[88], ofreció su caduceo como presente nupcial. Apolo presentó como regalo de bodas su lira que produce bellos himnos; Ares ofreció para las bodas su lanza y su coraza y trajo su escudo como presente nupcial; finalmente, el Lemnio[89], cojo de ambas piernas, desplegó un abigarrado collar de variados colores que acaba de realizar y aún despedía el aroma de la melodiosa fragua. Pues, a pesar suyo, él ya había rechazado a Afrodita, su primera mujer, al verla en bacanales fiestas con Ares[90]. E incluso

[86] Zagreo, el primer Dioniso, hijo de Zeus y Perséfone fue devorado por los Titanes quienes lo comieron en parte crudo y en parte cocido. Este Dioniso despedazado y resucitado es una figura capital del orfismo. El episodio es relatado por Nono en el canto VI.

[87] Perséfone, hija de Zeus y Deméter, fue raptada por Hades con quien convive la mitad del año (cf. *Himno homérico a Deméter* 1 y ss.; PAUS., VIII 37, 9; OVID., *Metam.* V 393).

[88] Hermes es el dios de la elocuencia, pero no se le conocía esposa. Es sin duda Nono quien le da como esposa a Persuasión con carácter alegórico. Él es el patrón celestial de la oratoria.

[89] El Lemnio es Hefesto. La tradición situaba en esta isla del mar Egeo, Lemnos, el lugar donde él tenía sus fraguas.

[90] Para la leyenda de los amores de Afrodita y Ares sorprendidos por el Sol, véase HOMERO, *Od.* VIII 266-366.

había mostrado a los Bienaventurados al adúltero ladrón de sus lechos, por anuncio de Faetonte[91]. Ares, desnudo, apretaba a Afrodita desnuda como con lazos de telaraña[92].

Pero más que ninguno, el padre Zeus se hallaba hechizado por Perséfone. Cuando Zeus miraba inquieto a la virginal belleza de su forma, sus ojos se convertían en guías que se adelantaban a su amor sin poder saciarse de Perséfone. En su corazón, un huracán de preocupaciones que nunca dormían le silbaba constantemente. Y paulatinamente, él empezaba a arder con la más grande antorcha de Pafia[93], surgida de una pequeña chispa. Las miradas de Zeus, loco de amor, quedaron presas ante la diosa de hermosos senos.

A veces, la muchacha se regocijaba ante un resplandeciente bronce que hacía de juez mientras reflejaba su hermosura. Ella confirmaba los rasgos de su belleza por medio de un heraldo espontáneo y silencioso, cuando escudriñaba su imagen en el opaco espejo. Ella se reía y su imagen la imitaba. Así inspeccionaba el grabado retrato de su rostro y miraba la espuria imagen de una engañosa Perséfone.

A veces, bajo el abrazador aire del reseco calor, la muchacha rehuía el paso de la voraz Hora del mediodía, cuando acababa los trabajos de lanzadera en el telar. Y, tras secar el húmedo sudor de su rostro, se desataba el casto sostén que presionaba sus senos; y humectaba su piel con relajantes baños; y se dejaba llevar por la refrescante corriente de la fuente, dejando atrás los pesados hilos del telar de Palas[94].

[91] Faetonte es un epíteto del Sol.

[92] V. n. 90. Compárese también XV 273-276; XXIV 300-308; XXIX 328-361.

[93] Pafia es la diosa de Pafos: Afrodita.

[94] Palas Atenea es la patrona de las artes de las mujeres.

Pero a los ojos de Zeus, que todo lo ven, ella no se pudo ocultar. Él contempló todo el cuerpo descubierto de Perséfone mientras se bañaba. Su enamoramiento no llegó a ser tan violento cuando deseó a la nacida en Chipre. En aquel momento, pese a su deseo, no logró poseerla; desparramó en el suelo su simiente, lanzando una ardiente espuma de amor surgida en forma espontánea[95]. Fue de allí de donde floreció en la cornuda Chipre, nodriza, la raza de doble cuerpo, de los cornudos Centauros[96].

Y el señor del Cosmos, el Auriga del cielo, abatió su cuello ante el deseo; él, tan poderoso. Ni el rayo ni el relámpago le fueron de provecho ante Afrodita armada: él abandonó la casa de Hera, rechazó el lecho de Dione[97], echó de sí el amor de Deo[98], y huyó de Temis[99], y dejó a Leto[100] y sólo fue fascinado por la unión con Perséfone.

---

[95] Nono evoca escenas semejantes (una joven espiada en el baño) en otros lugares, cf. V 304 (Actión y Ártemis), VII 184-279 (Zeus y Sémele), XVI 5-13 (Dionisio y Nicea), XXXVIII 116-129 (Helios y Clímene).

[96] En la mitología corriente los Centauros son seres monstruosos, mitad hombre y mitad caballo, nacidos de Ixión y Néfele (cf. PÍNDARO, *Pít.* II 39 y ss.; AP. RODIO, *Arg.* III 62). Nono ha preservado la leyenda de los Centauros pero la ha recreado; ellos nacen de Zeus y su esperma caído en tierra. A Chipre se la denomina cornuda pues estaba habitada por hombres con cuernos.

[97] Dione es una de las diosas de la primera generación, madre de Afrodita según Homero (cf. *Il.* V 370). Ella se unió a Zeus.

[98] Deo, otro nombre de Deméter tuvo con Zeus una hija: Perséfone (v. n. 87).

[99] Temis, hija de Urano y Gea, es una de las Titánides que unida a Zeus dio varios hijos: Las Estaciones y las Moiras.

[100] Leto pertenece también a la primera generación divina, hija del Titán Ceo y de la Titánide Febe. Unida a Zeus engendró a Apolo y Ártemis (cf. HES., *Teog.* 404; *Himno hom.* 1, 62).

CANTO VI

SUMARIO

— Zeus y los pretendientes de Perséfone, vv. 1-15.
— Vaticinio de Astreo, vv. 16-102: Deméter consulta a Astreo; Astreo construye el mapa astral de Perséfone; vaticina que está destinada a unos himeneos de dragón.
— Nacimiento de Zagreo, vv. 103-168: Deméter intenta ocultar a su hija en una guarida de piedra; Zeus, metamorfoseado en dragón, tiene amores con Perséfone; nacimiento de Zagreo, el primer Dioniso; Zagreo sube sobre el trono de Zeus.
— Muerte de Zagreo, vv. 169-205: Hera ordena a los Titanes la muerte de Zagreo; descuartizamiento de Zagreo; renacimiento y metamorfosis; nuevo descuartizamiento.
— Venganza de Zeus, vv. 206-251: Zeus encierra a los Titanes en el Tártaro; conflagración universal y diluvio por la muerte de Zagreo; referencias astrológicas.
— Toda la Tierra bajo las aguas, vv. 252-365: descripción del desorden de los elementos; Pan y Galatea; el Sol y la Luna alteran sus brillos; Alfeo y Píramo.
— Reestablecimiento del orden, vv. 366-388: Zeus ordena a Posidón que bajen las aguas.

BUSCA UN PORTENTO EN EL SEXTO, EN DONDE ZEUS LLUVIOSO, EN HONOR DE ZAGREO, INUNDA A TODOS LOS CIMIENTOS DE LA TIERRA

Por entonces, no sólo el padre Zeus tenía ese deseo, sino que todos los habitantes del Olimpo, tocados por la misma flecha, pretendían el himeneo de la divina hija de Deo[1]. Por ello, se trastocó el brillo del rosado rostro de la diosa, mientras su sentimiento era azotado por alboratadas olas de dolor. Deo aflojó la fecunda guirnalda de su cabeza[2], soltando los largos rizos de su cabellera, que envolvieron su cuello. Las mejillas de la apesadumbrada diosa estaban bañadas en lágrimas, brotadas espontáneamente. Se hallaba estremecida a causa de su hija, porque Eros, con un solo proyectil llameante, había enloquecido a tantos pretendientes. Y ellos, aguijoneados por el celo de idénticos himeneos, se entregaban a disputas, compitiendo en deseos. Ante todos temblaba la madre nutricia, pero temía especialmente a Hefesto. ¡Que no tenga su hija un marido cojo!

Entonces, ella se dirigió, con raudo pie, a la morada de Astreo, el profético dios[3], mientras los vientos sacudían sus

[1] Es decir, Perséfone, como ya se anticipó en el final del canto V.

[2] Se trata de la habitual corona de espigas de la diosa.

[3] Astreo, hijo del titán Crío —ya mencionado en II 572— es el padre de

cabellos sin trenzar, echados hacia atrás. Al verla, Eósforo[4] la saludó; y el viejo Astreo se levantó al escucharla. De inmediato esparció oscuro polvo por la superficie de una mesa; y marcó unos trazos con la metálica punta de un estilete, describiendo un círculo. En él inscribió un cuadrado con oscura ceniza; y construyó otra figura de tres ángulos iguales[5]. Al punto dejó esas cosas, y se dirigió a las puertas, al encuentro de Deméter. Luego que penetraron en la sala, Héspero guió a la diosa y la ubicó en una silla, junto al asiento de su padre. Los Vientos, hijos de Astreo, agasajaron con igual sentimiento de afecto a Deo, con reponedoras copas de néctar que habían mezclado en una crátera. Pero ella rehusó beber, pues ya estaba embriagada de preocupación por Perséfone. Así son los padres de un sólo hijo, siempre temen por sus niños mimados. Pero Astreo, poseedor de la hechicera Persuasión, de dulces palabras, convenció a Deméter, aunque con esfuerzo, para que acepte lo que aún rechazaba. Entonces, el anciano Astreo preparó un gran festín, con la intención de que las penas de Deméter, heridas de su corazón, se dispersaran en la mesa. Los cuatro Vientos tomaron unos mantos y se los ciñeron a la cintura, en calidad dé criados de su padre. Euro metía la copa en la crátera y libaba el néctar; Noto disponía el aguamanil con el agua del banquete[6]; Bóreas llevaba la ambrosía y la distribuía en la

los Vientos y de los astros según HESÍODO (v. *Teog.* vv. 375-382). En Nono aparece como astrólogo de los dioses.

[4] Eósforo es la Estrella de la Mañana y el Lucero de la Tarde, esto es, el planeta Venus, cf. II 185; XI 440.

[5] La figura descrita es la utilizada por la Astrología antigua: el círculo representa el Zodíaco, el cuadrado y el triángulo sirven para determinar las relaciones entre las posiciones de los astros.

[6] El aguamanil contenía agua para lavarse, pues el néctar era la bebida del banquete.

mesa; y Céfiro, viento femenino, aprestaba el murmullo de sus flautas, ofreciendo la melodía de sus cañas. Por su parte, Eósforo trenzaba guirnaldas con flores que había juntado. Estaban llenas de pimpollos, húmedos del matinal rocío. Y Héspero, tras tomar la acostumbrada antorcha de la luz nocturna, hizo vibrar su pierna danzarina —él es escolta de Amores—, y sacudió su pie en curvas formas, para ensayar el brinco de la danza de himeneos.

Pero después de la cena, ni bien se hubo saciado de la danza, la diosa fue sacudida por el pesado aguijón de la pena que embargaba su corazón; y preguntó por el oráculo. Con su mano izquierda acarició las rodillas del bondadoso anciano, mientras con la derecha tocaba su espesa barba, entre ruegos. Y entre tanto, le hablaba de los muchos pretendientes de su hija. Ella clamaba por auspicios consoladores. Pues los oráculos esconden las aflicciones con esperanzas futuras. Mas el anciano Astreo no se negó. Conocía los datos justos del nacimiento de su única hija, la hora exacta y la estación precisa en que fue engendrada[7]. Mediante la flexión de sus movedizos dedos, iba haciendo cuentas, en vuelta doble de mano en mano, para medir el tránsito del ciclo de número retornante[8]. Luego llamó a su sirviente Asterión[9], para que traiga la espiralada esfera de hermosos

---

[7] Es decir, los datos necesarios para construir la carta astral de Perséfone. V. Stegemann —v. *Astrologie und universalgeschichte zu den Dionysiaca des Nonnos von Panopolis,* Leipzig, 1930 [citado en adelante por Stegemann]— realiza un pormenorizado estudio de ésta en pág. 96 y ss.

[8] Se refiere a la técnica del cómputo digital, tan frecuente en la Antigüedad.

[9] Asterión no aparece en otro autor más que en Nono, y en este único pasaje.

círculos con la forma del cielo, la imagen del cosmos [10]. Él la colocó sobre la cubierta de la mesa, donde el anciano trabajaba. Y éste la hizo girar sobre su eje; mientras dirigía su mirada acá y allá, en torno del círculo Zodiacal, observaba tanto las estrellas fijas como los planetas. Mediante un impetuoso golpe hizo dar vueltas a la bóveda celeste, de manera que la imagen de la esfera del cielo comenzó a girar en un curso sin fin, sin detenerse, mientras las dibujadas estrellas daban vueltas en torno del eje central. Tras estudiar la esfera, en toda su circunvolución, el dios halló que la Luna transitaba en plena fase la curva línea de su conjunción, mientras que el Sol se encontraba a mitad de su curso, justo en oposición a ella [11], trasladado hasta el centro subterráneo. Y un puntiagudo cono de oscuridad se arrastraba desde la

[10] Alude a la figura del Zodíaco, presumiblemente hecha en metal, en la que los astros se instalan como signos móviles, v. STEGEMANN, pág. 96 ss.

[11] En los siguientes versos se comenta la constitución de la carta astral de Perséfone (cf. n. 7), de acuerdo a dos momentos de análisis. En primer lugar una descripción topológica de los astros en la esfera zodiacal conforme a tres criterios (vv. 73-89): su ubicación en cada signo del Zodíaco, es decir, en relación a las doce constelaciones que determinan los doce signos; su ubicación en cada una de las doce casas zodiacales, cuyo trazado depende de la hora de nacimiento de cada sujeto (cf. n. 14); por último, las relaciones recíprocas de las posiciones de los astros, p. ej., oposición 180°, cuadratura 90°, trino 60°. En segundo lugar, Astreo hace una interpretación de las posiciones astrales, en la que los elementos mencionados resultan significantes de aspectos del destino (vv. 90-102, v. notas 18-21; cf. STEGEMANN, págs. 96 ss.; ROUSE, 1, págs. 240 ss.; v. Intrducc., págs. 16 ss.).

En principio Astreo advierte que el Sol —en el signo de Virgo— se encuentra en oposición (relación de 180°) con la Luna —en el signo Piscis—. STEGEMANN —v. pág. 96— traza el dibujo completo de la carta astral de Perséfone a la manera de la Astrología antigua y ROUSE reproduce dicho esquema en su edición —vol. 1, pág. 242— aunque con una colocación incorrecta.

tierra hacia el aire, en el lugar contrario al Sol, hasta ocultar por completo a la Luna[12]. Luego, en virtud de los combatientes por el amor nupcial, de los que ella había hablado, él buscó ante todo a Ares[13]. Y vio al ladrón de bodas en la Casa del Poniente, en conjunción con la estrella Hespéride de Cipris[14]. También halló el denominado Lote de los Padres[15], en la Espiga de la Virgen Astral[16]. En torno a ella transitaba el Astro Lucífero del Crónida[17], productor de lluvias. Entonces, cuando hubo terminado de medir el curso astral, guardó la esfera de peculiares dibujos, siempre gigante, en un hueco canasto; y proclamó a la inquiriente diosa un triple oráculo de profética voz:

«Deméter, amante madre de tu hija, cuida de Perséfone, de un raptor nupcial que, a ocultas, pretende robar a tu hija inviolable. Pues la Luna aparece despojada de su brillo, sin

[12] La Luna en oposición al Sol—v. nota anterior— forma una línea recta, cuyo punto intermedio es la Tierra. Esto determina un eclipse lunar con la Luna en el Cenit y el Sol en el Nadir.

[13] Ares, el planeta Marte, en un mapa astral es significante del varón-marido-amante, cf. FÍRMICO MATERNO, VI 10, 1.

[14] En una Carta Astral cada Casa es indicadora de un aspecto de la vida. Así la Casa del Poniente *dytikós mélathros*, la casa VII, denota las relaciones matrimoniales. La estrella Hespéride de Cipris, el planeta Venus, en un mapa natal indica las relaciones amorosas. El texto dice que los planetas Marte y Venus se encuentran en conjunción *(syndesmós)* en la Casa del Poniente, lo que significa que ambos astros se encuentran entre sí a una distancia menor de 5°. V. STEGEMANN, pág. 97, la interpretación de estos aspectos astrológicos es dada por Nono en vv. 95 ss.

[15] El Lote de los Padres, *tokéōn klêros*, es la casa IV, situada en el Nadir del mapa astral, y gobierna lo referido a padres y familia, v. STEGEMANN, *loc. cit.*

[16] La Espiga de la Virgen Astral es la denominación del signo de Virgo.

[17] El planeta Júpiter.

luz, bajo un cono de sombra[18]. Inténtalo, si los hilos de las Moiras pueden ser persuadidos. Pronto verás llegar imprevistamente, en lugar de una boda, a un violador de brutal aspecto y engañosa mente, un bastardo esposo. Pues veo que Ares, hurtador de novias, transita el centro Poniente en conjunción con Pafia[19], y que entre ambos se levanta el Dragón[20]. Pero te juzgo dichosísima: tú, en las cuatro regiones del cosmos, serás conocida como la diosa de ilustres frutos, pues agraciarás con tu simiente al cielo infecundo. Porque la Virgen Astral extiende su mano, repleta de espigas, en el Lote de los Padres de tu hija[21].»

Tras hablar así, dejó que su profética voz descanse en su boca. Pero, cuando Deméter, la que lleva la hoz, se enteró de la esperanza de futuros frutos y de un marido ilegítimo que por cuenta propia iba a violar a su virgen niña mimada, se angustió y a la vez sonrió. Se puso en marcha, de prisa,

---

[18] Astreo comienza a dar una interpretación de los aspectos astrológicos mencionados. La Luna simboliza en Astrología a la madre y su eclipse denota aflicción. V. n. 12; ROUSE hace una síntesis de la interpretación, tomada de Stegemann, en págs. 241-2.

[19] La conjunción de los planetas Marte y Venus en la casa VII es interpretada como unión violenta, v. nn. 14 y 20.

[20] Además de las constelaciones que configuran los doce signos del Zodíaco, otras constelaciones aportan, según la interpretación de la Astrología, sus influencias astrales. Así, sobre la constelación de Sagitario, en la que se encuentran Marte y Venus (v. nn. 14 y 19) aparece la del Dragón como *paranátellon,* es decir, en el Levante. Esto se interpreta como un amante violento (Marte) con la forma de un ser monstruoso (por la constelación del Dragón) v. STEGEMANN, págs. 97 ss.

[21] La dicha de Deméter en símbolos astrológicos está dada por la presencia de Júpiter, significador de abundancia, en la Casa IV, el Lote de los Padres (v. n. 15). Por otra parte, tal constelación del mapa astral se encuentra en el signo de Virgo, la Virgen Astral, que simbólicamente se relaciona con Deméter. V. STEGEMANN, *loc. cit.;* ROUSE, págs. 241 ss.

por los aéreos caminos hasta que entró en su casa con abatido paso. Entonces, en el pesebre de los dragones equilibró el curvo yugo en los cuellos de ambas bestias; y apretó con el tiro a los bravíos reptiles, ciñendo sus quijadas con la rienda de ganchudos dientes. Luego, la dorada Deo condujo en su carruaje imponente a su hija, cubierta por el cinto oscuro de una nube. Bóreas bramó al carruaje, en réplica al silbido de la fusta repartida a las fieras. Ella guiaba las ligeras alas de los inquietos dragones, precipitados como caballos en el curso del aéreo viento. Viajaban alrededor del retornante Cabo del Océano Líbico. En Dicte[22], oyó resonar la melodía armada de las tropas Cretenses. Los cuerpos danzaban al son del hinchado acero de batidos panderos. Como la diosa estaba buscando una guarida de piedra, descendió sobre los riscos Pelóridas de Sicilia, de triple cima, junto a las orillas del Adriático[23]. Allí, una inalcanzable vertiente salada se arrastra hacia el Poniente; y, doblada como una hoz, envía sus curvas alas desde el Norte hacia el Sudoeste. Era el lugar en que el río bañó tantas veces a la joven Cíane[24] ofreciendo el torbellino de su fuente como regalo de bodas. En ese lugar la diosa pudo ver una gruta, una morada coronada por un techo de piedra, a la que la naturaleza había provisto de una escarpada entrada con rocosos tejidos, semejantes a los de las Ninfas de la zona. Entonces, la diosa atravesó el oscuro ámbito para ocultar a su hija, bien segura en la madriguera de piedra. Soltó a los dragones de su alado

---

[22] Montaña y caverna de Creta en la que fue escondido el niño Zeus, v. canto I, n. 85.

[23] Zonas ya mencionadas por Nono en la *Tifonea,* v. canto II, n. 73.

[24] Cíane, doncella de Siracusa, que intentó según cierta tradición mitográfica, impedir el rapto de Perséfone por Hades. V. OVID., *Metam.* V 409 ss.; DIOD. SÍCULO, V 4.

carro: a uno lo colocó en una roca, en el lado derecho de la puerta; al otro lo puso en el costado izquierdo de la entrada, para que sean guardianes de Perséfone, a la que nadie debía ver. También dejó allí a Caligenia[25], su tierna nodriza, con sus canastos. Ésta traía consigo todos los utensilios que el trabajo de hilandera, de la industriosa Palas, brinda a la estirpe femenina. Luego cortó el aire con sus pies; pero antes de irse dejó su carruaje a las Ninfas, habitantes de las pétreas soledades, para que lo cuiden.

Entonces, la joven nodriza se ocupó en cardar la lana con su peine de hilandera en un eje de acero; luego la ordenaba en un huso, que daba espiraladas vueltas, a causa de los circulares impulsos de su mano danzarina. Y la broca bailaba giratoriamente con la hilada urdimbre. Con incansables pies construyó las primeras tramas que son el principio de la prenda. De ambos lados dio vuelta a la tela. Así tejía la joven con su broqueta; y llevaba el hilo de un lado a otro del carrete. Entonces, al lado del peplo se puso a cantar a su prima Atenea, la sabia artesana.

¡Oh, virgen Perséfone! No podrás escapar a esta unión. Estás predestinada a himeneos de dragón. Pues ya acudió Zeus, en sus andanzas; cambió su rostro por el de un novio dragón de agitada cola anhelante; llegó hasta el fondo del oscuro ámbito de la virgen, mientras sacudía sus velludas mandíbulas; y se arrastró bajo el ojo de los dragones, de su misma forma, que custodian la puerta; tras acostarse, besó galantemente el cuerpo de la joven, con boca seductora. Así, a causa de estos himeneos de dragón, el vientre de Perséfone se hinchó de fecunda progenie[26]; y dio a luz a Zagreo[27], un

[25] Caligenia no aparece mencionada en otros autores.

[26] El códice L_2, señalado en el aparato crítico de Keydell, señala una gran laguna después del v. 161.

[27] Zagreo es, de acuerdo con las versiones más aceptadas el nombre

vástago cornudo. Él, por sí solo, subió sobre el celeste trono de Zeus; y con su pequeña mano blandió el relámpago; y recién nacido levantó con tiernas manos los rayos[28].

Pero no iba a poseer el trono de Zeus por mucho tiempo. Pues la vengadora cólera de Hera implacable invocó a los Titanes[29]. Ellos, tras untarse los engañosos círculos del rostro con engañoso yeso, lo mataron con un cuchillo del Tártaro, justo cuando él observaba su figura reflejada en un espejo. Pero de los miembros descuartizados por el acero Titánico, el fin de una vida se tornó el principio renovador de otra[30]. Dioniso surgió con otra figura, cambiando multiforme: ya como un falso Crónida joven, sacudía la Égida; ya como un viejo Crono, de pesadas rodillas, productor de lluvias; por momentos, era una criatura de curioso aspecto; por momentos, un enloquecido muchacho, a quien la nueva flor de su barba le dibujaba negras puntas en el círculo del rostro; o

---

órfico de Dioniso. V. Esq., *Fr.* 5, 228 Nauck; cf. *supra* V 565; v. Introducción, págs. 17-18; pág. 23.

[28] Según ciertos testimonios considerados órficos (v. n. 27) Zagreo estaba llamado a ser el continuador de Zeus en la sucesión del poder divino.

[29] El episodio de los Titanes que destrozan el cuerpo de Dioniso Zagreo es relatado por varios autores. Los textos, considerados órficos, han sido recopilado por Otto Kern *(Orphicorum Fragmenta,* Berlín, 1922). La versión noniana del mito es de especial importancia por la mención del espejo y del cuchillo *(máchaira).* V. Kern, *op. cit.,* fr. 209.

[30] Las diversas versiones del mito de los Titanes (v. n anterior) hablan de dos distintas regeneraciones del cuerpo descuartizado de Zagreo: recuperación de los miembros por parte de Zeus o Deméter-Rea (v. Kern, fr. 35-36); recuperación del corazón por parte de Atenea (v. Kern, fr. 210 y 6). La versión noniana no sigue a ninguna de las anteriores, ni menciona —lo que es más importante— una creación del ser humano a partir del cuerpo de Zagreo, como es habitualmente referido en textos considerados órficos. Para un tratamiento del problema, v. M. Detienne, *Dionysos mis à mort,* París, 1977, cap. IV.

bien, aparecía como la réplica de un león, y arrojaba un terrible rugido con horrenda cólera, mientras sus fauces gruñían enloquecidas; y erguía su cuello oscurecido por espesa melena, mientras su peluda cola golpeaba a ambos lados de su lomo, como un látigo; entonces, luego de abandonar la forma de rostro leontino, lanzaba un relincho, idéntico a un caballo salvaje, que alza el cuello para liberarse de los apremiantes dientes de la rienda, y emblanquece su boca con clara espuma; luego soltaba un chiflante silbido de sus mandíbulas y se enroscaba como una cornuda serpiente, cubierta de escamas; abría sus fauces y estiraba su lengua para saltar sobre la horrenda cabeza de un Titán, al que encadenaba en el cuello de su trenzada cola viperina; luego, abandonaba el cuerpo siempre girante de un reptil para convertirse en un tigre de ágil cuerpo jaspeado; y de nuevo cambiaba, era idéntico a un toro; largaba de su boca un falso mugido y levantaba los filosos cuernos contra los Titanes; y así luchaba por su vida, hasta que Hera, su resentida madrasta, largó al aire un sordo bramido de su celosa garganta; y las puertas del Olimpo hicieron eco a la diosa, resonando con celeste estrépito. El audaz toro se derrumbó; y en revancha, los asesinos descuartizaron al tauriforme Dioniso con un cuchillo.

Pero, mientras el primer Dioniso era despedazado, el padre Zeus advirtió la trampa de la imagen del espejo de sombría imagen, y atacó con una antorcha vengadora a la madre de los Titanes; seguidamente encerró a los asesinos del cornudo Zagreo en las puertas del Tártaro [31]. Luego, los

[31] El Tártaro está situado debajo de los Infiernos. Las tradiciones muestran que las distintas generaciones divinas encerraron allí sucesivamente a sus enemigos, v. Hes., *Teog.* 119 ss.; 722 ss., 820 ss.

cálidos cabellos de la apesumbrada Tierra fueron aniquilados por encendidos árboles. El Oriente ardió en llamas y se quemó el suelo Levantino de Bactria[32], mientras las olas, llenas de fuego, devastaban en Asiria al vecino Mar Caspio y los montes Indios. El Nereo de Asiria quemaba con antorchas al oleado Mar Rojo. Entre tanto Zeus fogoso, por amor a su hijo, destruyó la zona del Poniente con su rayo. Y bajo el pie del Céfiro, el agua del Oeste escupía húmedas chispas chamuscadas. Los montes del Norte y las superficies congeladas del mar estaban hirviendo. La zona sur del Noto, en la nevada región de Capricornio[33], borboteaba con caliente resplandor. Y Océano derramó ríos de lágrimas de sus húmedos ojos, implorando con agua suplicante. Entonces, Zeus aplacó su cólera, pues sintió piedad de ver a la tierra cubierta por el fuego. Y de inmediato se dispuso a lavar con agua las cenicientas manchas y el rastro de llamas del suelo. Entonces, a la tierra entera cubrió Zeus Lluvioso; toda la bóveda celeste se llenó de espesas nubes, mientras la trompeta del cielo de Zeus rugió con tonante estrépito. En ese momento todos los astros transitaban su casa correspondiente[34]: el Sol

---

[32] Comienza aquí el relato del cataclismo que indicará el fin de una era y el comienzo de otra.

[33] La constelación de Capricornio corresponde al invierno; se menciona así cómo los lugares más fríos del planeta hierven por la cólera de Zeus.

[34] Aquí comienza Nono la descripción de la Carta Astral (cf. n. 11) del Gran Diluvio. De manera general, se advierte que el autor comparte las ideas según las cuales un gran cataclismo precede un cambio de era. En este caso el Gran Diluvio anuncia una nueva era de júbilo, correspondiente al advenimiento de Dioniso.

En términos astrológicos este cambio de era está signado por el hecho de que todos los astros transitan su casa correspondiente (v. 233). Esto es, la Astrología antigua reconocía los siete planetas visibles. De ellos, el Sol es regente del signo de Leo y la Luna de Cáncer, mientras que los restantes cinco planetas son regentes de dos signos a la vez —de los diez restantes—

brillaba sobre su carro cuadríyugo en la zona del León, gobernando su morada; y la Luna triforme, en el curso de su carro, circulaba por el octópodo Cáncer. Cipris, por su parte, en el círculo equinoccial, había dejado atrás al cornudo Ares en la zona del rocío, para habitar su propia casa primaveral, la del Tauro Olímpico, sin inviernos[35]; y Ares ocupaba Escorpio, vecino del Sol que anuncia al Carro[36]; Ares estaba siendo afectado por el brillante Tauro, y a Afrodita echaba una mirada de costado en su punto opuesto[37]; en tanto, el Zeus viajero del duodécimo mes, el que completa el ciclo[38], transitaba por Piscis, con la trifásica Luna, de rostro circular, a su derecha; y Crono andaba por las lluviosas superficies de Capricornio, empapado de una espesa luz; sobre la brillante Virgen se alzaba Hermes con sus alas, porque, como justiciero, tiene a la Justicia por morada[39].

(v. PTOLOMEO, *Tetrab.* I 16). Asimismo de los dos signos regidos por cada planeta, uno es masculino-solar y el otro femenino-lunar. El hecho de que cada planeta ocupe la posición de su regencia es significativo de un comienzo de nuevos acontecimientos, tal como estaban ubicados según la doctrina egipcia en el momento de la creación del mundo (v. STEGEMANN, págs. 90 ss.). Existe mención en otros autores de una descripción astrológica de la gran conflagración universal, v. FÍRMICO MATERNO, III 1, 1; SÉNECA, *Cuest. nat.* III 29, 1.

[35] Como en otros pasajes de la obra, hemos conservado los nombres griegos de los planetas. Así, Cipris, el planeta Venus, rige tanto Tauro como Libra (v. n. ant.) y se encuentra en Tauro.

[36] Ares, el planeta Marte, es regente de Aries y Escorpio (v. n. 34).

[37] Con estas palabras Nono alude al hecho de que Marte y Venus se encuentran en relación de oposición (v. n. 11). Para la significación de *mitroúmenon,* corrección de Kochly, v. STEGEMANN, pág. 89.

[38] Zeus, el planeta Júpiter, rige Sagitario y Piscis que es el duodécimo signo que completa el ciclo zodiacal.

[39] Crono, el planeta Saturno, rige Capricornio y Acuario; Hermes, el

Entonces, cuando Zeus hizo comenzar la lluvia, los acuosos cerrojos del cielo de siete zonas se abrieron. Y las corrientes montañosas rugieron en las fuentes repletas del tonante golfo. Se elevaron las aguas de la laguna, las líquidas hijas arrancadas del Océano, mientras las fuentes largaban al aire, como un dardo, sus aguas subterráneas. Las escolleras desbordaban, mientras las sedientas colinas bullían como ríos, a causa de las corrientes montañosas. Y el mar subió tanto que las Nereidas se convirtieron en Oríades[40]. ¡Oh, qué infeliz! La virgen Eco[41] nadaba con inexpertas manos; y ahora sentía un nuevo miedo por el viejo cinto[42], no fuera que, tras escapar de Pan, la acose Posidón. Los leones marinos brincaban con miembros chorreantes en una caverna de leones de tierra junto a una desacostumbrada roca, mientras una vagabunda cabra se encontraba con un delfín marino en la profundidad de un torrente montañoso. Pues por los mismos afluentes montañosos que descendían de las cimas, animales salvajes flotaban junto a peces. El espiralado pulpo que andaba por los montes saltó sobre una liebre. Y los chorreantes Tritones, al pie de un bosque secreto, agitaban su horqueada cola verde contra el talle, y se ocultaban en las montañosas madrigueras de Pan; también arrojaban a los aéreos vientos su habitual caracol moteado.

---

planeta Mercurio, rige Géminis y Virgo. Para la vinculación de la Justicia con la simbología de Virgo, v. STEGEMANN, págs. 90 ss.

[40] Las Nereidas, hijas de Nereo, son criaturas marinas; las Oríades, en cambio, son entidades del monte *(óros)*. La imagen, reiterada de ahora en adelante, muestra la mezcla de los distintos elementos como un trastoque de la armonía cósmica, cf. nota 53 del canto II.

[41] Eco es una ninfa de los bosques acosada por Pan (v. *Ant. Palat.* IX 27).

[42] Se refiere al cinto de Afrodita, símbolo de la seducción, v. n. 9, c. IV.

En una inundada colina, el Nereo exilado se topó con Pan[43], y dejó caer su mojada trompeta, que flotó por las aguas. De este modo, el nuevo habitante de las rocas cambió el ponto por el monte; y tomó por morada una húmeda caverna que antes había abrigado a Eco. Se veían los cuerpos de unos hombres, hinchados por una húmeda muerte, pues fueron sepultados por el agua. Un montón de cadáveres flotaba; iban amontonados unos sobre otros, llevados por la oleada corriente. Y en la abierta fauce del torrente, que descendía de las montañas, cayó un león, y también una cabra, cuando intentaban tomar agua. Y uncidos al mismo acuático yugo, los lagos al igual que los ríos, el afluente de Zeus y las aguas del mar se mezclaban unos con otros. Los Cuatro Vientos unieron sus soplos en uno, y azotaban el diluvio indiscriminado.

Entonces, al percibir que la tierra entera estaba mojada bajo tamaño empuje y que era sacudida por la lluvia de Zeus, el que sacude la tierra en el ponto aprestó con dolor las puntas de su horquilla, para ver qué tierra iba a tomar con su tridente. Mientras tanto, un ejército de Nereidas flotaba sobre el agua rugiente. Y un Tritón de espesa barba, viajero de aguas, llevaba sobre su verde talle a Tetis. En el aire, la extraviada Ágave gobernaba el timón sobre el lomo de un pez. Y un exilado delfín, con el cuello rodeado por una brida de agua, llevaba a Doris a la carrera[44]. Mientras tanto, una ballena de las profundidades vagaba sobre las colinas y husmeaba la caverna donde la leona tiene su guarida.

[43] Cf. n. 40.

[44] Doris, hija de Océano y esposa de Nereo, resulta representante de la simbología marina, cf. n. 40.

Y entonces el húmedo Pan, al ver a Galatea sumergida sobre una vecina roca y cubierta por olas, exclamó:

«¿Dónde vas, Galatea, que andas por el monte y ya no por el mar? ¿Acaso buscas el canto amante de un Cíclope? Te lo pido, por Pafia y por vuestro Polifemo, no ocultes el peso del deseo —tú misma has sentido su ardor—, si entre las piedras ves nadar a mi Eco que anda por los montes. ¿Acaso camina, como tú, por acuáticas sendas? ¿O quizás también mi Eco, como Tetis sin velo, navega sobre un delfín de Afrodita marina? Temo que las aguas del ponto de funestas armas la hayan turbado. ¡Pobrecita! ¿Anda lejos de los montes sin descanso, marcha entre las olas del piélago? ¿Será que Eco, la ninfa de las piedras se ha de volver acuática? ¡Vamos, deja ya al lerdo de Polífemo! Si quieres, yo puedo llevarte en mis hombros y salvarte; pues el tonante diluvio no va ha ahogarme. Si lo deseara, con mis pies de cabra llegaría hasta el estrellado cielo.»

Así habló él, y Galatea le respondió así:

«Querido Pan, a tu Eco lleva por las olas, que no saben arar. Y no me preguntes en vano por qué estoy aquí. El lluvioso Zeus me descubrió otra travesía superior. Así que deja ya a un lado el canto del Cíclope, por dulce que sea. Ya no buscaré el mar de Sicilia. Me aterra tanto diluvio, y no me interesa Polifemo.»

Y, tras hablar de ese modo, atravesó la guarida de Pan, surcador de aguas.

Como el diluvio crecía más y más con oleadas, cada ciudad, cada nación, se convirtió en torrente. Ningún rincón quedó sin inundar; ningún monte estaba descubierto —ni la cumbre de la Osa, ni la cima del Pelio [45]—. Bajo el monte de

[45] El Pelio es un monte de Tesalia; y Osa, una vertiente.

tres picos crecía el Mar Tirreno[46]. Por el fustigante ponto, las piedras Adriáticas bramaban con lluviosas corrientes. Y a causa de tantas aguas, los rayos de Faetonte se tornaban blandos y afeminados. En su séptima zona[47] Selene enfriaba su brillo ante las elevadas olas, sobre el bajo margen de la Tierra; y refrescaba la cerviz de sus mojados toros. El agua de lluvia, mezclada a la falange de los astros, hacía más blanca con su espuma a la Vía Láctea. El errante Nilo vertió desde sus siete bocas sus fecundos afluentes, al encuentro de Alfeo, enfermo de Amores[48]. Éste deseaba correr a través del surco fructífero para complacer a su sedienta novia con acuáticos besos; y el otro vagaba angustiosamente tras perder la antigua senda de su caza acostumbrada. Y entonces, Alfeo, al ver que Píramo se deslizaba, agitado por el deseo, gritó de esta manera:

«¿Qué puedo hacer, Nilo, cuando Aretusa[49] está oculta? ¿En qué te afanas, Píramo? ¿A quién dejaste a Tisbe[50], tu compañera? ¡Que dichoso el Éufrates, que no ha sentido el aguijón del deseo! Pues en mí se mezclan los celos y el temor. Quizá ya el Crónida de Aguas[51] haya compartido el lecho de mi amada Aretusa; y temo que en sus avances haya seducido también a tu Tisbe. Píramo, eres consuelo de Alfeo,

---

[46] El Mar Tirreno es el sector del Mediterráneo Occidental.

[47] Se refiere a las siete zonas del cielo (cf. II 171; XXXVIII 312); la séptima es en este caso la más baja y cercana a la Tierra.

[48] Alfeo es la personificación divina del río homónimo del Peloponeso. Estaba enamorado de Aretusa, una ninfa del séquito de Ártemis, v. OVID., *Metam.* V 572 ss.

[49] V. nota ant.

[50] Píramo y Tisbe son dos amantes que tras experimentar una trágica historia se suicidaron. Los dioses convirtieron al primero en un río de Cilicia y a Tisbe en una fuente. V. SERVIO, *Com. a Virg., Égl.* VI 22.

[51] Posidón.

pues a nosotros dos no nos perturbó tanto la lluvia de Zeus, como el dardo de la nacida de la espuma[52]. Sígueme a mí; con mi amor buscaré las huellas de la Siracusana Aretusa, mientras tú, Píramo, persigues las de Tisbe.

Pero dirás quizás que la tierra se estremece, y el cielo innavegable se nos opone; que el mar se nos enfrenta, y el mismo éter se hincha con espumeante oleaje. Pero no me importa este enloquecido diluvio. ¡Oh, qué maravilla! A toda la ardiente tierra y al llameante ponto, y a los ríos purificó la lluvia de Zeus. En cambio el fuego de Pafia, más débil, sólo él no fue apagado; en Alfeo sigue encendido. Sin embargo, si un diluvio tal llega a abrumarme, si por el fuego sufro, existe un humilde remedio de mi dolor: saber que también el tierno Adonis vagabundea hostigando a Afrodita[53].»

Su relato aún no había concluido, pero el miedo conquistó su voz. Entonces, Deucalión[54], como un naviero inalcanzable cursó las elevadas aguas en travesía aérea; y la marcha de su carro, que andaba por sí solo, sin velas ni amarra, marcó las tempestuosas aguas.

Así las cosas, el orden universal se hubiese perdido; y Eón[55] hubiese aniquilado la insémine armonía de las estirpes humanas. Pero, ante las órdenes divinas de Zeus, el de oscura caballera, tomó su tridente cortatierra, y cortó el pico medio de la cima tesalia. A través del agujero hecho

---

[52] Afrodita.

[53] La historia de Adonis y Afrodita aparece frecuentemente en Nono, cf. XLII 66; XLI 211; XXIX 136.

[54] En la escena del diluvio Nono hace aparecer a Deucalión, el primer hombre, según la mitología más tradicional, después de la destrucción de la raza de bronce, v. Ovid., *Metam.* I 125-415.

[55] Para Eón, como deidad personificadora de una era, cf. VII 23 ss.

en la montaña, la extraordinaria inundación se retiró. Y la Tierra, tras despojarse por altos caminos de la vertiente del diluvio, volvió sobre su senda. Los montes fueron liberados de los torrentes, que eran transportados a profundidades cavernosas. El Sol lanzó su sediento resplandor sobre la húmeda faz de la tierra, que se fue secando poco a poco. Por los cálidos rayos, el cielo volvió a ponerse árido como antes, libre de los enormes flujos. Y las ciudades fueron construidas de nuevo por los hombres, con mayor arte. Fueron establecidas sobre pétreos cimientos, y reedificados los palacios. Las calles de las nuevas ciudades fueron implantadas en forma de círculo, para los futuros humanos. Y la Naturaleza volvió a reír, pues de nuevo el aire era surcado por las aves que vuelan por los alados vientos.

CANTO VII

SUMARIO

— Escena entre Zeus y Eón, vv. 1-107: súplica de Eón a Zeus por la suerte de los mortales; Zeus anuncia el futuro advenimiento del vino, dicha para los mortales; anuncio del futuro nacimiento de Dioniso, dios del vino.
— Aparición de Eros, vv. 108-135: Eros prepara doce flechas destinadas a Zeus; la quinta anuncia sus amores con Sémele.
— Aparición de Sémele, vv. 136-179: sueño premonitorio de Sémele; Sémele y Cadmo; sacrificio del toro; Sémele se baña en las aguas.
— Eros flecha a Zeus mientras observa a Sémele; Zeus inflamado de deseo; metamorfosis de Zeus en águila; discurso de una Néyade, vv. 190-256.
— Zeus se retira al Olimpo lleno de deseo; reproche a Faetonte por la larga duración del día, vv. 257-307.
— Prematura caída de la noche; unión de Zeus con Sémele, vv. 308-343.
— Regocijo de la Tierra; discurso de Zeus a Sémele, vv. 344-367.

EL SÉPTIMO CANTA LA CANOSA SÚPLICA DE EÓN, A SÉMELE, AL AMOR DE ZEUS Y A SU FURTIVO LECHO

Inmediatamente Eros, labriego del amor, fecundó el mundo silvestre con el fruto que vuelve a renacer de la siempre fluyente vida, tras colocar el esperma fecundo del varón en el surco de la hembra. Y la Naturaleza que nutre a su prole echó raíces: al mezclar con la tierra el fuego y el agua combinada con aire, modeló un retoño humano compuesto de cuatro ligamentos[1].

Pero la tristeza de muchas maneras se apoderó de la vida de los mortales: comenzó el trabajo y no vieron fin los cuidados. Entonces, Eón[2] le hizo ver a su compañero Zeus, todopoderoso, cómo el género humano estaba aplastado por los males y privado de la dicha. Es que el padre aún no había desanudado los hilos del alumbramiento del vástago ni había arrojado de su fecundo muslo a Baco, que se con-

[1] La armonía del cosmos descansa en la constante unión de los cuatro elementos (cf. II 216). Con ellos la naturaleza ha creado el mundo primigenio.

[2] El dios Eón personifica el tiempo en su sentido originario, condición de posibilidad del cosmos. Está asociado al surgimiento de la naturaleza (XLI 84).

vertiría en descanso para las tribulaciones humanas[3]. En ese entonces la libación de vino no impregnaba el paso del aire con su aromática exhalación. Las Estaciones[4], hijas del Año, aún sin encanto, entrelazaron las coronas de los dioses con la hierba de la pradera. En efecto, el vino faltaba y la gracia de la danza sin Baco era incompleta y vana. Semejante danza sólo podía hechizar los ojos de los reunidos, cuando el bailarín entre violentos movimientos en círculo daba vueltas desatando un torbellino bajo sus pies y hacía de su cabeceo sus palabras; la boca eran sus manos, la voz sus dedos.

Pero el multiforme Eón, en poder de la llave de la generación, luego de desplegar sobre las rodillas de Zeus sus canosos y largos cabellos, refregando su barba que se distendía con la súplica, realizó sus plegarias. Él reclinó su cabeza hacia el suelo y en esta inflexión de su cuello comprimió su larga espina dorsal. Y así, caído de rodillas, el viejo pastor de la siempre fluyente vida extendió su infinita mano y dijo:

«Señor Zeus: ¡observa los sufrimientos del desahuciado mundo! ¿No ves, acaso, cómo Enio[5] ha enloquecido toda la tierra cuando segó las espigas maduras de la juventud que tan pronto se consume? Aún se conservan las ruinas del día en que tú diluiste a toda la raza de los mortales. Ese día en que la corriente de vaporosa agua se agitó contra el éter y sus burbujas salpicaron a la vecina Luna.

---

[3] Justamente Dioniso aparece en este contexto del inicio de un nuevo Eón como el dios que otorgará a los hombres la dicha de la vida, representada por el fruto de la vid.

[4] En Nono las Estaciones representan divinidades rectoras de un período en forma alegórica (cf. V. Stegemann, *op. cit.*, pág. 128, n. 4) (cf. canto I 45, nota *ad loc.*).

[5] Enio es una diosa de la guerra que figura habitualmente en el séquito de Ares (cf. *Il.* V 333, 592; Esq., *Siete contra Tebas* 45).

¡Adiós fugaz vida de los mortales! Renuncio a los timones celestiales que dirigen los destinos. Ya nunca más conduciré las riendas del mundo[6]. ¡Que algún otro valiente de los Bienaventurados acepte el timón de la vida que vuelve otra vez! ¡Que otro detente el curso de mis años! Estoy fatigado de compadecer a la raza de los desgraciados mortales que sufre terribles males.

No es suficiente la vejez que aniquila los ardores de la juventud y hace lento al varón con su cabeza reclinada hacia abajo. Y así anda encorvado en temblorosa marcha de impares pies, apoyándose con pesadas rodillas sobre un bastón, recto sirviente de la vejez.

No es suficiente el destino que a menudo esconde en el Leteo[7] al novio recién llegado de la fiesta en compañía de su novia de la misma edad y desanuda las revitalizantes cuerdas de la indisoluble unión. Yo sé cuán apetecible es el matrimonio, cuando la flauta de Atenea resuena al son de la siringa de Pan[8]. No obstante, ¿de qué sirve que el fuerte sonido de la lira de siete cuerdas haga vibrar el lecho conyugal, si las arpas no disuelven las preocupaciones? Pues el mismo Eros, si ve las bodas carentes de placer, él, triste por no poder participar de la danza, derriba con violentas sacudidas la antorcha nupcial.

Sin embargo, ha sido plantado el remedio que salva la vida y que produce el olvido de las angustias de los muy sufridos mortales.

---

[6] Cada Eón delimita una «era» y le imprime su sello. Esta era de dolor ha llegado a su fin; comienza una nueva era, esto es un nuevo Eón, cuya nota sobresaliente será la dicha (cf. V. STEGEMANN, *loc. cit.*, n. 4).

[7] El Leteo es el río por el que pasan las almas antes de entrar en el reino de Hades.

[8] Cf. II, nota 20.

¡Ojalá Pandora[9], dulce maleficio para los mortales, nunca hubiese abierto aquella celeste cubierta de la tinaja! Pero también Prometeo[10], el mismo que cuida de los desgraciados mortales es culpable de la miseria humana. Pues, en vez del fuego, fuente del mal, ¡ojalá hubiese robado el dulce néctar que regocija el corazón de los Bienaventurados y lo hubiese dado a los hombres como una ofrenda, a fin de que mediante su bebida logren disipar las preocupaciones que el mundo les depara!

Pero además, dejando de lado los cuidados de la tempestuosa vida, observa la tristeza que rodea tus ceremonias religiosas. ¿Es que acaso te seduce un ligero y errante vapor de un sacrificio sin libación?»

Así habló el anciano. Luego, el prudente Zeus en sensato silencio sacudió por un momento su entendimiento sin límites. Liberó las riendas de su corazón y los pensamientos de su fecundo cerebro giraron en torno a deliberaciones que se sucedían una tras otra. Finalmente, el Crónida hizo escuchar a Eón su divina voz que venía a revelarle oráculos superiores a los del centro profético[11]:

«¡Oh, Padre que te engendraste a ti mismo, pastor de los siempre fluyentes años! No te irrites, pues la naturaleza humana, a imagen de la Luna, jamás abandona su crecer o su menguar antes de tiempo. Deja el néctar a los bienaventurados, que yo daré a los hombres para alivio de sus males un delicioso vino, semejante al néctar que se derrama por sí mismo, una bebida distinta adecuada para los mortales.

---

[9] Cf. HES., *Trab.* 90 ss.

[10] Cf. HES., *Trab.* 50 ss., y ESQ., *Prom. passim.*

[11] Para el oráculo de Delfos, cf. IV 289 ss.

El mundo primigenio aún se encuentra afligido hasta tanto yo no dé a luz un hijo. Yo soy su padre y a la vez lo pariré de mis entrañas soportando en mi muslo de hombre los dolores de parto de una madre para poder así salvar a mi niño.

Ayer ante un aviso de mi Deo[12], señora de vastos suelos, la tierra surcada con el hierro que corteja a la semilla, parió del suelo que engendra gavillas un fruto seco. Pero ahora mi hijo Dioniso, portador de hermosos obsequios, viene a disipar el dolor con la floración de la vid, liberadora de penas. Él, rival de Deméter, hundirá en tierra un fruto húmedo y perfumado de la estación propicia que aligera las fatigas.

Y cuando veas el viñedo que enrojece con gotas que producen vino, tú me alabarás a mí, heraldo de la alegría. Y lo mismo cuando veas al campesino, que en el lagar, con pesados pies, exprime la uva, y a las Basárides[13], amantes del grito; ellas con su furor báquico agitarán vivamente sus largos cabellos desparramados por encima de sus hombros como furiosos contra el viento. Y todos gritarán Evohé[14] en honor de Dioniso, defensor de la raza humana, cuando reunidos alrededor de una mesa de resonante sonido tras recíprocos brindis sumerjan sus corazones en el delirio báquico.

Finalmente, cuando acaben sus luchas sobre la tierra, después de la batalla de los Gigantes, después de la guerra de los indios, la resplandeciente morada de los dioses lo acogerá

---

[12] Deo es el nombre originario de Deméter al que se adjuntó el sustantivo *mḗtēr* = Madre.

[13] Basárides, que significa etimológicamente «con pieles de zorro», denomina a las mujeres del cortejo dionisíaco, junto a Ménades y Bacantes.

[14] *Evohé* es un grito de júbilo y furor proferido por las Bacantes.

para que acompañe a los astros y para que brille junto a Zeus.

Y un dios trenzará alrededor de sus rizos los tallitos trepadores de la vid como corona***[15]. Esta serpentina guirnalda será el signo de una nueva deidad. Dioniso tendrá entonces el mismo honor que los dioses y será llamado entre los hombres, viñador[16]; así como Hermes[17], el de caduceo dorado; como Ares[18], broncíneo; como Apolo[19], el que dispara a lo lejos.»

El padre habló y las Moiras lo aprobaron. Por su parte, las Estaciones, heraldos de ligeros pies estornudaron como un presagio favorable para el porvenir[20].

Cada uno ya había dicho lo suyo; luego ambos se separaron: uno marchó hacia la casa de Harmonía, el otro, por su parte, hacia el colorido palacio de Hera.

Mientras tanto, el sabio Eros, autodidacta, que divide las edades, golpeó las tenebrosas puertas del primigenio Caos y extrajo un divino tahalí. En él había solamente doce flechas nutridas por fuego que estaban reservadas para Zeus, para cuando su deseo amoroso yerre por himeneos terrenales. Sobre el dorso del tahalí de apasionados deseos Eros escribió

---

15 Laguna señalada por Keydell.

16 Cada dios, como se señala en lo sucesivo, posee un apelativo que denota su principal función.

17 El caduceo dorado es el símbolo de la función de Hermes como heraldo de los dioses.

18 El epíteto de «broncíneo» se refiere a una ornamentación guerrera.

19 Este epíteto refiere al carácter de Apolo como *klytótoxos:* el glorioso arquero.

20 El estornudo era un signo de buen augurio en tanto que significaba que las palabras que se acaban de decir eran necesariamente verdaderas (cf. *Odisea* XVII 541).

en el medio con letras de oro una sentencia en verso para cada una de ellas:

La primera conduce al Crónida hacia el lecho de Ío[21]*, la de ojos de vaca.*
La segunda entrega a Europa[22] *al toro rapaz.*
La tercera conduce al señor del Olimpo al himeneo de Pluto[23]*.*
La cuarta llama al dorado esposo en dirección a Dánae[24]*.*
La quinta dispone para Sémele ardientes himeneos.
La sexta da a Egina[25] *un águila, reina del cielo, como compañera.*
La séptima une a Antíope[26] *con el engañoso Sátiro.*
La octava conduce hacia Leda[27] *desnuda un sensato cisne.*
La novena lleva a Díe de Perrebia[28] *lechos equinos.*
La décima seduce por tres noches como esposo de Alcmena[29]*.*
La undécima persigue el matrimonio de Laodamía[30]*.*

---

[21] Ío es la hermosa doncella argiva, hija de Ínaco ya mencionada.

[22] Cf. I 45-II.

[23] Pluto es una ninfa hija de Crono amada por Zeus de donde nació Tántalo (cf. Hes., *Teog.* 355).

[24] Dánae es la hija de Acrisio (cf. Apolod., *Bibl.* II 2, 2; III 10, 3).

[25] Egina es hija del dios río Asopo; tuvo de Zeus a Éaco (cf. Paus., II 5, 1; Apolod., *Bibl.* I 9, 3).

[26] Antíope es hija de Nicteo o bien otra de las hijas del dios río Asopo. Fue amada por Zeus, que se unió a ella en la figura de un sátiro (cf. Apolod., *Bibl.* III 5, 5).

[27] Cf. Apolod., *Bibl.* I 7, 10; Virg., *Eneid.* VIII 130).

[28] Díe, hija de Deyoneo. La alusión de «lechos equinos» no se encuentra en ninguna versión mitográfica.

[29] Alcmena es madre de Heracles y esposa de Anfitrión. Cuando su esposo parte para una expedición, Zeus adopta la forma de Anfitrión y se une a ella por espacio de tres días (cf. Apolod., *Bibl.* II 4, 5, 1; *Il.* XIV 323).

[30] Laodamia, hija de Belerofonte tuvo de Zeus un hijo, Sarpedón (cf. *Il.* VI 197 ss.).

La duodécima arrastra al esposo de Olimpia[31] *arrollado tres veces*
[sobre sí mismo.

Inmediatamente, Eros, luego de haber mirado y tocado a cada una en orden, hizo a un lado las otras flechas de fogosa punta y con su mano extrajo la quinta. Colocó sobre la punta de la alada flecha una hiedra, a fin de que sea armada una corona para el dios viñador. Por último la empapó en la humedad de una copa de néctar para que Baco acreciente el divino fruto y la ajustó a la centelleante cuerda de su arco.

Mientras Eros, agitado, revoloteaba sobre la casa de Zeus, Sémele se topó en su marcha con la rosada mañana. Ella prolongaba a través de la ciudad el ruido de su látigo de plata, mientras dirigía sus mulas. Su carro, de hermosos rayos en sus ruedas dejaba un tenue surco sobre el suelo; apenas si imprimía su paso recto sobre el polvo. Ella aún retenía entre sus ojos la olvidadiza ala del sueño. Tuvo entonces un vago sentimiento acerca de las imágenes del sueño que le manifestaban vivamente un oráculo: creyó ver en un jardín una planta verde de hermosas hojas con racimos recién nacidos, cargada con el hinchado fruto, todavía inmaduro y nevada con nutrientes gotas de rocío del Crónida. Repentinamente, una llama del cielo, atravesando el aire, cayó y destruyó toda la planta pero no alcanzó su fruto. Al punto, un pájaro errante que iba perdiendo altura con su planeo, tras asir el fruto a medio hacer, necesitado aún de un parto perfecto, lo entregó al Crónida. El padre, tras asirlo, lo acogió en su bondadoso pecho y lo cosió luego a su

[31] Olimpia es la madre de Alejandro Magno. La leyenda cuenta que ella tuvo un sueño en donde se acostaba con una serpiente.

muslo. Pero en lugar del fruto, un varón con cuernos y forma de toro nació completo sobre la ingle de su padre. ¡Y Sémele era la planta!

La muchacha, temblando, saltó de su lecho y estremeció a su padre con el relato del lucífero vapor de sus frondosos sueños. Y mientras oía a Sémele, el rey Cadmo quedó perplejo ante la historia de la planta herida por el rayo. Inmediatamente llamó a Tiresias[32], el inspirado hijo de Clarico y le contó, al rayar el alba, los sueños de su hija tiznados por el fuego. Tan pronto como recibió el divino oráculo del adivino, el padre envió a su hija a su templo familiar de Atenea, a fin de que realice su ofrenda para Zeus, lanzador del rayo. Ella debía sacrificar un toro, imagen de la figura del cornífero Lieo[33] y un macho cabrío que corta los racimos, enemigo de la viña futura.

Al instante, la joven virgen marchó delante de la ciudad para encender el altar en favor de Zeus, Señor del rayo. Ella, apostada junto a las víctimas, roció su pecho con la sangre y se empapó en ella: los sangrientos chorros que fluían copiosamente bañaron sus rizados cabellos mientras sus ropas se tiñeron de púrpura con las gotas del toro. Luego, la muchacha de colorida túnica se abrió paso entre los pastizales y corrió tras las aguas paternas del vecino Asopo[34] para lavar, una vez sumergida en el río, su vestido salpicado con fuertes chorros de sangre.

Mientras tanto, la Erinia que va y viene por el aire, tras ver a Sémele que se lavaba en las aguas del Asopo, se echó

[32] Tiresias, célebre adivino del ciclo tebano.

[33] Lieo es un epíteto de Baco: «liberador», como en latín habitualmente se lo denomina *Liber*.

[34] Asopo, río de Beocia (cf. *Il.* IV 383). A partir del v. 174 adoptamos

a reír en cuanto recordó cómo el Crónida iba a herir a ambos con su abrazador rayo en un destino común[35]. Entre
185 tanto, la joven virgen limpiaba allí su cuerpo. Ella corría por el agua desnuda en compañía de sus sirvientes y usaba sus manos como remos. Con gran destreza se mantenía por encima de las olas y levantaba su cabeza, que aún mantenía seca, dado que sumergida en el agua hasta la cabellera y pese a que enfrentaba con su pecho a la corriente, rehuía del agua
189 que le venía encima paso a paso.

175 En ese momento un nuevo temor le sobrevino, mientras sacudía contra la corriente y contra los vientos el espanto de sus sueños, allí en lo alto de la vecina ribera, junto a la costa oriental del río que guarda de los males[36]. Efectivamente, con la participación de los dioses ella se había sumergido en las aguas. Ella había sido conducida hacia las orillas del río
179 por las proféticas Estaciones.

190 Inmediatamente, el ojo de Zeus que todo lo ve no se privó de mirarla: desde lo alto él hizo dar vueltas alrededor de la muchacha el infinito círculo de su visión. Al punto, Eros, arquero escurridizo, tensó en el aire su arco que cuida la vida y se apostó delante del padre que la observaba con
195 curiosidad. La cuerda del arco brilló sobre la flecha cubierta de flores y, dada la tensión que soportaba el arco tendido

---

la lectura de Marcellus, seguida por Rouse que se aparta del texto de Keydell (v. KEYDELL, «Eine Nonnos Analyse», *L'Antiquité Classique* I (1932), 179.

[35] No queda claro en el texto a quién se refiere ese «ambos» puesto que si se piensa en Sémele y su hijo, éste no será alcanzado por el rayo.

[36] Seguimos la lectura de Keydell aunque se aparta del códice Laurentianus que menciona a Dioniso en lugar del río, como «alejador de los males», lo que es inexplicable en el contexto (v. KEYDELL, *loc. cit.*, en nota 34).

hacia atrás, el sabio proyectil silbó un ruido consagrado a Baco: evohé.

El padre Zeus era un blanco imponente, pero bajó su cuello ante el insignificante Eros. La flecha del amor, tras ser impulsada con un silbido nupcial, partió hacia el corazón de Zeus describiendo una trayectoria igual a la de los astros. Y aunque fue desviada mediante calculado movimiento, rasguñó con las estrías más extremas los pliegues de su muslo, como si anunciara el parto que estaba por venir. En ese momento, el Crónida sintió el azote del cinto de Afrodita[37] y su ojo, canal del deseo amoroso, se fue sobre la joven que ahora despertaba en él profunda pasión. Al ver a Sémele, él se sobresaltó. Pues era como si viera a Europa en la ribera por segunda vez. En su corazón hubo entonces fatiga al soportar de nuevo el deseo fenicio[38]. En efecto, ella tenía la misma hermosa figura; alrededor de su rostro irradiaba el resplandor de la hermana de su padre[39].

El padre Zeus no tardó en cambiar su engañosa forma. Movido por las ansias de Sémele, voló como un águila precoz a gran altura sobre el río Asopo, padre de una hija. Con el porte de un pájaro estaba anunciando los alíferos himeneos de Égina[40]. Abandonó luego el cielo y se ubicó cerca de la orilla que acompaña al río, para examinar detenidamente las proporciones del cuerpo desnudo de la muchacha de hermosos cabellos. Pues deseaba vivamente no ver desde lejos, sino que le apetecía observar desde cerca

[37] El cinto de Afrodita es descripto como una banda que lleva sobre su pecho y que está llena de encantos (cf. *Il.* XIV 216).

[38] La idea de «deseo fenicio» alude al hecho de que tanto Europa, hermana de Cadmo, como Sémele, su hija, son de tal origen.

[39] Cf. nota anterior.

[40] Cf. nota 25.

todo el cuerpo completamente blanco de la joven. Y aunque enviaba por toda su piel tamaño y semejante ojo, redondo, infinito, que contempla todo el cosmos, él no reparó demasiado en si estaba mirando a una muchacha virgen.

El agua negra se volvió roja por sus rosados miembros. La corriente del río era una hermosa pradera que destellaba con sus encantos. Fue entonces cuando una Néyade[41] que sin su velo observaba a la ninfa, exclamó con sorpresa estas palabras:

«¿Quién será este Crono que vino de vuelta a cortar con una hoz castradora los genitales de su padre, para que la espuma se vuelva consciente y haga que el agua modele por sí misma una hija perfecta y dé a luz a ésta, la más joven Afrodita marina[42]?

¿Acaso el río en vez del mar, celoso de alumbramientos y convertido en su rival, dio a luz a otra Cipris, cuando sin ceder a la mar pudo volver sobre su curso, acogedor de partos, el torrente de sus olas autoengendradas[43]?

¿O bien será alguna Musa que se sumergió desde el vecino Helicón[44] en mi agua paterna? Pero ¿a quién dejó, entonces, el agua equina que destila miel de la fuente de Pegaso o la corriente de Olmeo[45]?

---

[41] Las Néyades son las ninfas del elemento líquido dotadas de gran longevidad, pero mortales (cf. PAUS., III 25, 2).

[42] Nono compara a Sémele con Afrodita, la surgida de la espuma, de la simiente de Crono (cf. HES., *Teog.* 188 ss.).

[43] Cipris es otro epíteto de Afrodita (cf. nota 42).

[44] El Helicón es un río de Beocia que corre desde el monte Helicón hasta el lago Copais.

[45] La fuente de Pegaso nace del monte Helicón y debe su nombre al caballo Pegaso (cf. OVID., *Metam.* V 669; PAUS., IX 29, 4). El Olmeo es un río de Beocia.

¿Pero, qué es esto?, me parece ver a una doncella de pies plateados tendida sobre las aguas dentro de mi río. ¿No será Selene que se está bañando en mi desembocadura de Aonia? Seguro que tiene la intención de ir al lecho de Endimión[46], pastor que nunca duerme, ubicado en la caverna de Latmos[47]. Pero no, si ella quiere lucir su cuerpo para su dulce pastor, ¿para qué le sirve estar en el Asopo en lugar del Océano? Además, si ella tiene un cuerpo tan blanco como la nieve celestial ¿qué marca de la Luna posee entonces? Sí, veo que las riendas de una yunta de mulas desenfrenadas y un carro con ruedas de plata hay junto a la orilla del mar. Pero Selene que conduce bueyes no sabe uncir las mulas al carro[48].

Pero si fuese una diosa del cielo —pues veo el brillante centelleo de una muchacha de serenos ojos— podrá ser Atenea, la de brillantes ojos, que se baña de nuevo después de la antigua disputa con Tiresias cuando se había despojado de su cuero[49].

Pero por cierto que la muchacha de rosados brazos tiene una forma semejante a una diosa y, si un útero terrenal, glorioso por su carga, la parió, ella es digna del divino lecho del Crónida.»

Así hablaba, con una voz que venía de las profundidades del mar y se confundía con el rugir de las olas.

Mientras tanto, Zeus, con el aguijón del deseo de fogosa punta, observaba los rosados dedos de la muchacha en pleno nado. Inquieto, hacía dar vueltas a su errante mirada:

---

[46] Cf. V, nota 65.

[47] Monte de Caria cerca de Mileto.

[48] El carro de Selene está tirado por bueyes y no por burros (cf. II 184).

[49] Sobre el baño de Atenea desnuda vista por Tiresias, cf. V, nota 61.

o miraba el resplandor de su rosado rostro, o el destello de sus párpados grandes como los de un buey, o bien, su cabellera sacudida por los vientos. Como sus cabellos estaban tirados a un lado, también observaba el libre cuello de la desnuda muchacha. Pero sobre todo miraba sus pechos y sus desnudos senos, que cual soldados armados con dardos de amor, fueron alistados contra Zeus. Si bien él continuaba examinando todo su cuerpo, sin embargo, sólo los misterios de su vientre quedaron sin ser vistos para sus pudorosos ojos.

El pensamiento emigrante de Zeus celestial se deslizaba por el agua y nadaba a la par de Sémele. Efectivamente, el padre recibió en su corazón, presto a los hechizos, el dulce fulgor que enloquece y debió retroceder ante un niño: el pequeño Eros, con su endeble dardo, inflamó al arquero del rayo. Y ni la caída de la lluvia, ni el radiante rayo vino en ayuda de su portador. De este modo, la gran llama celestial fue vencida en persona por un pequeño fuego de la pacífica Pafia. El pequeño Eros enfrentó a la lanuda piel; su cinto bordado, a la Égida. Así, el resonante ruido del trueno pudo ser subyugado con su tahalí generador de amor. Por cierto que Zeus, sacudido con el aguijón que hechiza el corazón quedó perplejo ante la pasión que sentía por Sémele, pues el amor se encuentra cerca del querido asombro.

Luego, Zeus, señor de las alturas, marchó hacia el cielo con pena tramando ardides, mientras llevaba dentro de sí la divina imagen del rostro de la muchacha que en él volvía a formarse. Y dado que quería subir al lecho nocturno de Sémele, dirigió su mirada hacia el Poniente, para ver cuándo aparecía el dulce Héspero. Él reprochó a Faetonte la larga duración de la tarde, profiriéndole indeseables palabras con su ávida boca:

«Dime, prolongada Noche, ¿cuándo se pone el envidioso Día? ¡Vamos, alza la antorcha de Zeus, precursora de amor, dado que tú preanuncias la luz de Lieo[50] que se agitará durante la noche!

Faetonte está celoso y me presiona. ¿Será, entonces, que él mismo siente ansias por Sémele y me envidia por ello? ¿Por qué, Sol, tú me turbas, si sabes lo que es estar loco de amor? ¿Por qué, entonces, con moderado látigo azotas al perezoso caballo? Yo sé de otra puesta de sol mucho más brusca. Si quisiera podría cubrirte a ti y a Erigenia[51] con mis nubes. Tú quedarías oculto mientras que la Noche, que prepara el matrimonio del ansioso Zeus, aparecería de día. Y se verían brillar las estrellas a la hora de la siesta, porque yo haría que el Héspero en vez de ponerse se levante.

Vamos, arrastra a tu precursor el Lucero[52] hasta su ocaso y satisface así tu deseo y el mío. Tú podrías disfrutar de tu Clímene[53] durante toda la noche. Por mi parte, yo espero marchar pronto hacia Sémele.

¡Pero vamos, Selene, portadora de luz, únceme ya mismo a tu carro y envía tu rayo que cuida de las plantas, dado que esta unión preanuncia el nacimiento de Dioniso que hace crecer los plantíos[54]. Elévate por encima de los tejados de Sémele y alúmbrame en mi deseo con el astro de la Ciprogenia[55], para así alargar la dulce noche de bodas de Zeus.»

---

[50] Cf. nota 33.

[51] Erigenia es un epíteto de la Aurora.

[52] El Lucero es el nombre de la estrella matutina que trae el día.

[53] Clímene fue amada por el Sol de donde nació Faetonte (cf. PAUS., V 8, 1; VI 21, 6).

[54] Es antigua la idea de que el crecimiento de las cosas en la tierra se halla en estrecha relación con las fases de la Luna.

[55] Afrodita, la nacida en Chipre.

Así hablaba el padre, presa del deseo. Pronto, en respuesta a su avidez, un inmenso cono de creciente oscuridad se elevó desde la tierra ganando las alturas y trajo la húmeda sombra de la noche, contraria a la puesta del día. Zeus aéreo pasó a lo largo de la estrellada cúpula celeste en busca del himeneo de Sémele. De un primer salto él atravesó todo el camino celeste sin dejar en su marcha ningún rastro. Con un segundo salto, llegó a Tebas como si fuera un ala o un pensamiento. Espontáneamente, los cerrojos de las puertas se abrieron ante él que se lanzaba a través del palacio. Tomó, entonces, a Sémele con su mano en cálida unión. Inmediatamente se recostó sobre su lecho y comenzó a mugir como un buey mientras apoyaba su cornuda cabeza, imagen del cornífero Dionisio, sobre miembros humanos. De pronto, cambiaba y se escondía bajo una leónida forma de largas crines, o se transformaba en pantera, dado que él engendra un hijo osado, conductor de panteras y conductor de leones[56]. Y de nuevo cambiaba; repentinamente comenzaba a ceñir la cabellera de ella con lazo de serpientes y cuerdas de vid, haciendo girar sobre su melena la purpúrea hiedra que se arrolla en espiral, trenzado ornamento de Baco. Él, una serpiente retorcida, se deslizaba lamiendo el rosado cuello de la confiada novia con labios dulces como la miel y bajaba hasta su pecho donde se ceñía alrededor de sus firmes senos, mientras silbaba el himeneo y derramaba sobre ellos dulce miel de abeja de buen enjambre y no funesto veneno de víbora.

De este modo, Zeus prolongó en el tiempo su unión y junto al vecino lagar gruñó el evohé al tiempo que concibió un hijo amante del grito. Él hundió su boca loca de amor en

[56] Para las metamorfosis, cf. I 16-33; XXXVI 293-381; XLIII 230-252.

la de ella y mientras desbordaba el deseoso néctar, el esposo embriagó a Sémele para que engendrara un hijo poseedor del cetro del fruto nectáreo. Inmediatamente él apoyó sus cansados brazos sobre la férula, portadora del fuego y alzó, como un presagio de las cosas futuras, un racimo de uvas que hace olvidar las penas. Y una vez más, volvió a levantar el tirso enmarañado con la purpúrea hiedra y alzó con él la piel de un cervato[57]. La moteada piel del cervato fue sacudida con la palma de su mano izquierda, mientras su portador se volvió loco por las mujeres.

Toda la tierra rió. De pronto un jardín de viñedos con hojas autoengendradas, corrió alrededor de la cama de Sémele. Los muros se cubrieron con flores de la húmeda pradera y rodearon el alumbramiento de Bromio. Zeus, escondido en su interior, resonó con tronantes ruidos sobre el lecho ahora sereno. Él predijo de este modo los tímpanos de Dioniso, celebrado en la noche.

Después de la unión, se dirigió a Sémele mediante un cálido discurso que reconfortó a su amada con la esperanza de cosas futuras:

«Mujer, yo, tu amante, soy el Crónida. Levanta tu cuello con orgullo porque estás unida a un esposo celestial. No busques entre la raza de los mortales a alguien más grande.

El matrimonio de Dánae[58] no compite contigo. Por el contrario, hasta has eclipsado el himeneo de tu propia tía paterna pese a sus bovinos amores[59]. En efecto, Europa, glorificada en el lecho de Zeus, marchó hacia Creta; Sémele, en cambio, va hacia el Olimpo.

---

[57] Es decir, la Égida.

[58] Cf. nota 24.

[59] Europa.

¿Qué otra cosa querías además del firmamento y del estrellado cielo? Alguien podrá decir algún día que el Crónida honró a Minos[60] en los infiernos y a Dioniso en el cielo.

Luego del mortal hijo de Autónoe[61] y del hijo de Ino[62], el uno abatido por sus perros, el otro que va a morir con el alado dardo de su filicida padre[63], y luego del hijo de corta vida de la furiosa Ágave[64], da a luz un hijo que no perezca. Yo te llamaré inmortal.

Dichosa eres porque al concebir un hijo que hace olvidar las aflicciones de los mortales, traerás goce a dioses y a hombres.»

---

[60] Mino es el hijo de Europa; era en los infiernos juez de las almas junto con su hermano Radamantis (cf. *Il.* XIII 448 ss.; *Od.* XI 568).

[61] Tanto Autónoe, como Ágave e Ino son las tres hermanas de Sémele. El hijo de Autónoe es Acteón (cf. canto V, nota 55).

[62] Learco (cf. canto V, nota 37).

[63] Atamante (cf. canto V, nota 82).

[64] Penteo (cf. canto V, nota 39).

CANTO VIII

SUMARIO

— Zeus marcha hacia el Olimpo; embarazo de Sémele, vv. 1-33.
— Aparición de Envidia, vv. 34-109: Envidia disfrazada de Ares perturba a Hera; discurso de Envidia a Hera en el que menciona a las amantes de Zeus.
— Escena entre Hera y Ápate, vv. 110-177: Hera adula a Ápate para conseguir su cinto; respuesta de Ápate; entrega del cinto.
— Escena entre Hera y Sémele, vv. 178-266: Hera se dirige a la cámara de Sémele; Hera disfrazada de sirvienta se encuentra con Sémele; discurso de Hera en el que enciende el deseo de Sémele para que Zeus se manifieste en todo su esplendor.
— Hera retorna al Olimpo; diálogo con las armas de Zeus, vv. 267-285.
— Discurso de Zeus a Sémele, vv. 286-347: reclamo de su manifestación.
— Destino de Sémele, vv. 348-418: Zeus accede a su pesar al pedido de Sémele; respuesta de Zeus a Sémele; epifanía de Zeus; destrucción de Sémele; Hermes rescata a Dioniso; Zeus coge a Dioniso en su muslo; catasterismo de Sémele.

EL OCTAVO CONTIENE LOS SALVAJES CELOS DE HERA Y SUS CAMBIANTES DISCURSOS, LA FOGOSA UNIÓN DE SÉMELE Y ZEUS, EL ASESINO

Tras hablar así, el dios marchó hacia el Olimpo. Sin embargo, en su altísima morada su pensamiento aún vagabundeaba en torno de su novia, presa de un vivo deseo por Tebas más que por el cielo. En efecto, para el Crónida la casa de Sémele era un cielo cautivante y además las Estaciones de Zeus, de ligeros pies, rondaban el cuarto nupcial cual sirvientas de Cadmo.

Mientras tanto, el vientre de Sémele fecundado con la gota nupcial de la unión con Zeus se hinchaba soportando la presión del pequeño cuerpo. A ella se la veía deleitarse con una corona, testimonio del nacimiento de Dioniso, amante de guirnaldas. Su cabeza se cubría de flores, mientras trenzaba la enmarañada hiedra alrededor de su enloquecida cabellera como una profetisa de las Basárides[1]. De este modo daba a las ninfas que estaban a punto de nacer el tardío epónimo de la hiedra[2].

[1] Las Basárides son las mujeres presas del delirio báquico que acompañan a Dioniso.

[2] Dioniso era llamado Ciseo en estrecha unión a su identificación con la hiedra *(kissós)*.

Además, dado que ella portaba la pesada carga de un hijo concebido por un dios, si en algún momento un viejo pastor hacía sonar una siringa y llegaba a sus oídos la melodía a través del vecino Eco[3], que ama la vida de los campos, entonces ella, ligera de ropas, se movía por su habitación con frenético ritmo. Si se oía el resonante ruido de la doble flauta, mientras vagaba por la montaña, ella brincaba descalza bajo los elevados tejados y marchaba por sí misma hacia el monte por el solitario bosque[4]. Si resonaban los címbalos, ella vibraba sacudiendo sus pies y avanzaba dando saltitos con sus sandalias a medio calzar con sinuoso paso. Y si oía el mugido del toro de largos cuernos, ella respondía como una vaca mugiendo con su garganta. Muchas veces, al pie de una colina junto a la pradera, cantaba junto a Pan una melodía con frenética voz y el eco que resonaba a la par la acompañaba. Así, en respuesta al ruido pastoril de la flauta de cuerno, ella pegaba un giro sobre sus pies y se entregaba a la danza. Simultáneamente, el niño, pese a no haber nacido aún, poseía sensibilidad y brincaba al compás de su madre como poseso por la flauta, con saltitos que el vientre ocultaba. Y aunque era un embrión, celebraba un canto autodidacta dejando fluir el sonido intrauterino. Así dentro del útero que contiene a un varón, él, el mensajero de la alegría, crecía como un niñito inteligente mientras las Estaciones, sirvientas del Crónida, se esparcían por el cielo alrededor del hijito.

---

[3] Eco es una ninfa de los bosques (cf. canto II, nota 21).

[4] Se da en estos versos una anticipación del ritual dionisíaco conocido como *oreibasía*, una marcha a lo alto de los montes en donde se celebraba al dios con música y danzas (EURÍP., *Bac.* 109 ss.).

La Envidia, en tanto, mientras observaba el lecho de Zeus que gobierna en lo alto y los esfuerzos de Sémele por el divino alumbramiento, alimentaba su celo por Baco aun cuando él estaba dentro del vientre. Ella, desamorada y presa de sus propias fantasías, se hirió con su propio veneno. Maquinó, entonces, en su astuto corazón un torcido plan. Se revistió de una engañosa forma, semejante a la de Ares, con arneses idénticos a los de éste. Además marcó el lomo del escudo de piel bovina con un líquido hecho de una ponzoñosa flor como si fueran manchas de sangre y sumergió sus engañosos dedos en la misma tintura bermellón para teñir sus manos de color rojo sangre como si proveniesen de sus enemigos muertos[5]. Luego produjo un resonante ruido con su garganta, equivalente a la de nueve mil hombres que esparcen con sus horribles bocas una voz capaz de romper las filas enemigas. De este modo impactó a Atenea con palabras que no dejaban ver su pensamiento y excitó más a la cólera a la celosa Hera. A ambas provocaba y con duras palabras las increpaba:

«Búscate otro esposo en el cielo, Hera. Sí, otro, porque Sémele te arrebató el tuyo. En virtud de aquel lecho él tomó a cambio el suelo nupcial de Tebas, la de siete puertas, y renunció al cielo de siete zonas. En lugar tuyo se regocija teniendo entre sus brazos a su esposa terrenal que ya espera un niño.

¿Pero adónde se fueron los celos de mi madre? ¿Acaso también la ira de la propia Hera por el himeneo de Sémele fue apaciaguada? ¿Qué ha sido de las picaduras de tu implacable aguijón? ¿Es que ya no es empujada al ponto la ternera

[5] Alude al carácter más genuino de Ares, su aspecto sanguinario y guerrero (cf. *Il.* XIV 148).

que teme al mar? ¿Y qué hay del boyero Argo[6]? ¿Sus ojos muy numerosos que no ceden al sueño ya no vigilan el nuevo lecho del Crónida que se entrega a amores furtivos?

Pero, ¿qué cosa es para mí este palacio del Olimpo? ¡Basta ya! Bajaré a la tierra, dejaré atrás de mí el cielo paterno, pues, si habito en mi Tracia[7], ya no veré el dolor de mi afligida madre ni al adúltero Zeus. Y si en algún momento llegara a mi país porque echa de menos a una joven Bistónida[8] conocerá cómo es Ares cuando se irrita. En efecto, con mi mortífera lanza destructora de Titanes expulsaré de Tracia al Crónida que enloquece a las mujeres. Con la excusa de que él quiere arrastrar una doncella a su cama, me convertiré por propia cuenta en vengador de mi lecho materno, porque él, tras frecuentar himeneos terrenales, llenó el colorido cielo con sus amores.

¡Válgame el cielo, hogar de mortales! ¿Iré hacia el polo? Calisto[9] da vueltas por el Olimpo allí donde brilla el anillo de la Osa Arcadia[10], de elevada cima que lleva su nombre. Además, odio el curso de las siete Pléyades, pues en el Olimpo, Electra[11] me perturba brillando junto a Selene.

---

[6] Argo, boyero de cien ojos, muerto por Hermes por expreso pedido de Zeus porque él custodiaba el lecho de la ternera Ío a la cual Zeus deseaba unirse.

[7] Ares era considerado como un dios tracio.

[8] Los Bistones eran un pueblo tracio (cf. HERÓTODO, VII 110).

[9] Calisto, ninfa de los bosques, compañera de Ártemis, consagrada a la virginidad. Zeus se unió a ella y para sustraerla a los celos de Hera la convirtió en constelación: la Osa Mayor (cf. APOLOD., *Bibl.* III 8, 2; OVID., *Metam.* II 401-530).

[10] La Osa Mayor, catasterismo de Calisto, es llamada también Osa Arcadia (cf. II 182, 527) en expresa alusión a Arcas, hijo de Calisto y Zeus el cual fue transformado en la constelación del Boyero o guardián de la Osa (cf. I 255).

[11] Electra, una de las Pléyades, amada por Zeus, y que también fue

¿Por qué ahora permaneces tan tranquila? ¿Afligiste a Apolo en el vientre de su madre Leto[12] y no eres capaz de turbar a Dioniso?

Y tú, Hefesto, que aligeraste los dolores del parto de la Tritogenia[13] ¿qué haces? Zeus que da a luz por sí mismo parirá un hijo de ilegítima esposa y soportará en su muslo de hombre los dolores del parto de este otro hijo que descollará entre todos y ni siquiera de tu hacha se verá necesitado.

¡Retírate, Atenea! Deja de ponderar la frente de Zeus que te alumbró, pues Dioniso eclipsará el sabio parto de la cabeza que en su justo tiempo dio a luz. En efecto, él, proviniente de una estirpe mortal, será un Olímpico, como Atenea, pero parido sin intervención ajena, oscurecerá la gloria de Palas, carente de madre.

Pero yo mismo me avergonzaré mucho más, cada vez que alguno de los mortales diga: «Zeus procuró combates a Ares y alegrías a Dioniso». Pues bien, dejaré la bóveda celeste a los hijos bastardos del Crónida y me iré exiliado del cielo. Reciba el Istro[14] de heladas aguas a su rey errante, antes de que yo vea aquí a Ganimedes[15] como copero de

---

transformada en una estrella de la constelación de las Pléyades (cf. nota a canto III 29 y 83).

[12] Leto, hija del titán Ceo y de la titánide Febe, madre de Apolo y Ártemis engendrados por Zeus. Hera, celosa, la hizo vagar por toda la tierra atormentándola en el momento en que iba a dar a luz (cf. Calím., *Himn.* IV 55 ss.).

[13] Tritogenia, epíteto de Atenea (cf. V, nota 16). Nació de la cabeza de Zeus cuando Hefesto por orden de aquél, le partió la cabeza de un hachazo (cf. Hes., *Teog.* 886 ss.; Píndaro, *Ol.* VII 65 ss.).

[14] Istro es un río, actual Danubio (cf. Hes., *Teog.* 339).

[15] Ganimedes, joven héroe de la estirpe real de Troya. Su belleza cautivó a Zeus que lo raptó mientras cuidaba los rebaños y lo convirtió en copero (cf. Apolod., *Bibl.* II 5, 9; III 12, 2).

Zeus. Aquél era un vaquero de hermosa cabellera; luego de habitar en Pérgamo[16], se hizo habitante del Olimpo y a cambio recibió la intacta copa de la celestial Hebe[17]. Recíbeme antes de que vea a Sémele y a Baco como habitantes del Olimpo e incluso antes de que vea la corona de la mortal Ariadna[18] que avanza a través de las estrellas a la par de Helio, compañera de viajes de la Aurora. Allí permaneceré para no ver a Ceto, ni a la hoz de Perseo, ni a la figura de Andrómeda ni al ojo de la Gorgona Medusa, a quienes el Crónida irá a colocar más tarde en el Olimpo[19].»

Así habló y confundió el pensamiento de Atenea, nacida por sí misma; pero más aún acrecentó la ira de Hera que

---

[16] Ciudadela de Troya (cf. *Il.* V 446).

[17] Hebe, hija de Zeus y de Hera, diosa de la juventud, esposa de Heracles en el Olimpo. Era la encargada de servir el néctar a los Inmortales hasta que la reemplazó Ganimedes (cf. Hes., *Teog.* 922-950; *Od.* XI 603).

[18] Ariadna, hija de Minos y Pasífae. Se casó con Dioniso quien como regalo de bodas le dio una corona de oro, obra de Hefesto. Fue llevada al cielo con su corona, y se transformó en constelación, cerca de la cabeza de la Serpiente (cf. Arato, 71-73).

[19] Ceto, monstruo marino, hijo del Ponto y Gea (cf. Hes., *Teog.* 238, 333 ss.); casada con su hermano Forcis tuvo tres hijas conocidas como las Gorgonas: Esteno, Euríale y Medusa, monstruos horribles que convertían en piedra cuanto miraban (cf. Hes., *Teog.* 274 ss.). Perseo, hijo de Zeus y Dánae (cf. VII, nota 24) combatirá contra las Gorgonas y cortará con su hoz la cabeza de Medusa de cuya herida nacerá el caballo alado Pegaso. De regreso a Troya él liberará a Andrómeda, hija de Cefeo y Casiopea, quien por expiar palabras imprudentes de su madre se hallaba atada a unas rocas expuestas al monstruo marino Ceto. Perseo lo mata y se casa con ella (cf. Ap. Rodio, *Arg.* IV 1091, 1515; Apolod., *Bibl.* II 4, 1 ss.). Fueron más tarde convertidos en una constelación en la que evocaban esta saga: Andrómeda aparece en el cielo encadenadas sus manos y expuesta al Monstruo Marino (Ceto) que quiere devorarla (cf. Arato, 197-204); Perseo porta en su mano la cabeza de Medusa y una hoz.

ardía en celo. La Envidia se levantó rápidamente y agitando sus encorvadas rodillas pasó a través de las oblicuas rutas del aire. Con ojos y pensamientos humanos se desplazó cual si fuese humo mientras armaba su pensamiento Telquino[20] para el engaño y la malicia.

Hera, la vengativa esposa de Zeus, no podía poner fin a su ira. Entonces, tras precipitarse con su impetuoso pie a través del colorido cielo que destella con sus muy brillantes astros, recorrió innúmeras ciudades con ambulantes pies con la intención de encontrar en alguna parte a la astuta Ápate[21]. Pero de pronto, mientras desde lo alto de las rocas de la Dicte Coribántica[22] observaba con mirada fija las aguas del vecino Amniso[23], acogedoras de parto, ella se encontró allí arriba con la inconstante diosa montaraz[24]. En efecto, ella siempre permaneció allí cerca de la fraudulenta tumba de Zeus, a gusto con los cretenses, porque eran mentirosos[25]. Alrededor de ella, entre sus flancos, se deslizaba el cinto de Cidonia[26], en el cual permanecían todos los

[20] Los telquinos son unos genios de Rodas, hijos del Ponto y Gea. Se caracterizaban por ser envidiosos y avaros de sus habilidades. De allí «telquino» pasa a ser sinónimo de «envidioso» (ESTRABÓN, I 4, 27).

[21] Ápate es la personificación del Engaño (cf. HES., *Teog.* 224).

[22] Dicte es una montaña de Creta. Sobre los Coribantes, cf. canto III, nota 16.

[23] El Amniso es un río de Creta. Se dice que Ilitía, la diosa de los alumbramientos, había nacido en ese lugar y tuvo allí una gruta sagrada (cf. *Od.* XIX 188).

[24] Ápate.

[25] Se atribuye al poeta Epiménides del siglo VI a. C. el que los cretenses sean mentirosos. Hasta exhibían en Creta una tumba de Zeus (cf. CALÍM., *Himno a Zeus* 8; SAN PABLO, *Tito* 1, 12).

[26] Cidonia es una villa al norte de Creta (HERÓDOTO, 3, 44). Aquí se contrapone el cinto de Cidonia propio de Ápate y el cinto de Pafia de Afrodita. Lo curioso es la similitud que hay entre ambos (cf. nota 27).

encantamientos de los mortales finamente trabajados; allí se hallaban: el engaño, rico en recursos, y la cálida conversación, la pérfida seducción e incluso los ardides, multiformes; y también el engañoso juramento corre con los vientos del cielo[27]. Inmediatamente, Hera, rica en ardides, con el fin de vengar a su esposo se puso a lisonjear a la engañosa Ápate con tramposas palabras:

«¡Salud, diosa tramposa y embustera! Ni el mismo Hermes seductor te aventaja en discursos que esconden intenciones. ¡Dadme también a mí el cinto de variados colores como lo hiciste con Rea, cuando se lo ciñó a sus flancos para engañar a su esposo[28]. No llevo yo al Crónida una forma pétrea, ni embauco a mi esposo con una engañosa roca. Nada de eso. Una mujer terrenal me compele y por su cama el impetuoso Ares, lleno de rencor, rehúsa a habitar el cielo.

¿Qué gano con ser una diosa inmortal? Pues una insignificante mortal se apropió de mi esposo a quien ni siquiera la diosa Leto pudo atrapar. Y el lluvioso Zeus no se pudo acostar con Dánae[29] por segunda vez, sino que después de las improntas de la prisión de hierro, la novia, censurada por sus doradas nupcias, navegó y obtuvo como dote del amor el agua de mar. En un cofre ella flotó sobre la mar y anduvo a la deriva impulsada por cambiantes vientos. De igual modo, después de Creta el toro del Olimpo tampoco

---

[27] La descripción que se hace del cinto de Ápate es similar a la dada en Homero, *Il* XIV 214, que se refiere allí al cinto de Afrodita. Incluso es similar la escena en que ambos aparecen.

[28] Rea, logró salvar a Zeus de su esposo Crono que buscaba devorarlo (cf. Hes., *Teog.* 453). Lo del engaño por medio del cinto de Ápate parece ser una invención de Nono.

[29] Dánae, hija del rey de Argos, Acrisio, y Eurídice, fue amada por Zeus, de donde nació Perseo (cf. canto VII, nota 24).

volvió a navegar; él no pudo ver a Europa[30] después de la cama. Pero la cornífera Ío[31], sumergida en el agua, continuó navegando furiosa por las picaduras del tábano.

Ni siquiera una diosa tuvo un matrimonio libre de problemas. Por el contrario, ella, nada menos que Leto, anduvo errante por la carga de su vientre por muchos lados, fijando su mirada sobre los inestables bordes de las agitadas olas y sobre las mudables corrientes del inhospitalario mar. Y mucho le costó ver la silvestre planta de olivo que acogería su parto. Todas estas cosas padeció Leto sin la ayuda de su esposo. Pero ahora él renunció sin más al lecho de Hera, su hermana celestial, a causa de una mujer mortal de corta vida.

En consecuencia, temo que el Crónida, de quien se sabe que es mi esposo y hermano, me expulse del cielo por causa de una mujer; temo que convierta a Sémele en reina de su Olimpo. Por tanto, si tú complaces a Zeus Crónida más que a Hera y si no me das tu cinturón, que todo lo hechiza, entonces yo me iré hasta los confines del Océano hasta tanto mi errante hijo regrese al Olimpo tras abandonar el cielo a causa de himeneos mortales y compartiré el hogar de la primigenia Tetis[32]. De allí iré hacia la casa de Eurínome[33] y permaneceré cerca de Ofión[34].

---

30 Cf. I 45-2.

31 Cf. canto VII, nota 21.

32 Tetis, hija de Gea y Urano, es una de las divinidades primordiales de las teogonías helénicas. Personifica la fecundidad femenina del mar. Su morada se sitúa en el extremo occidental, más allá del país de las Hespérides (cf. *Il.* XIV 201 ss.; HES., *Teog.* 136, 237 ss.).

33 Eurínome, diosa de la primera generación divina, hija de Océano y Tetis, reinaba en el Olimpo con su esposo Ofión, antes del reinado de Crono y Rea. Luego de su expulsión por Crono se refugiaron en el mar junto a Tetis (cf. HES., *Teog.* 358, 907; *Il* XVIII 398 ss., 405).

34 Cf. nota anterior.

¡Vamos, pues, honra a la madre de todo, la esposa de Zeus, y concédeme el auxilio de tu cinto hasta que encante al impetuoso Ares, ahora fugitivo y vuelva a habitar el cielo.»

Tras hablar así, la diosa replicó con obedientes palabras: «Madre de Enialio[35], esposa de Zeus, a ti que ocupas el primer lugar te daré mi cinturón, aunque sé que algo más demandas. Pero obedezco porque junto al Crónida reinas sobre los dioses.

¡Vamos, recibe este cinto! Cíñelo alrededor de tu seno y conduce a Ares al cielo. Cada vez que quieras, encanta el pensamiento del Crónida y si es necesario, hechiza también al Océano cuando esté airado. Zeus, el que gobierna en lo alto, abandonará el himeneo de sus amores terrenales y marchará por cuenta propia al cielo; cambiará su voluntad gracias a nuestro pérfido cinto. Éste superará al cinto de mi Pafia que encanta el corazón[36].»

Tras hablar así, la diosa mentirosa y embustera huyó atravesando los aires con volátiles sandalias.

Al instante, la tramposa Hera dejó atrás la cueva de la montaña Dicte en donde se agitan los escudos[37] y la caverna de la diosa, que recibe los partos llevándolos a buen término, y se encaminó, henchida de celo, hacia el cuarto de Sémele. Pronto se metamorfoseó; su cuerpo tomó la figura de una vieja de dulce voz, solícita con los niños, semejante a esa cariñosa nodriza a quien el mismo Agenor[38] había criado y

[35] Enialio es un epíteto de Ares: «el belicoso» (cf. *Il.* XVII 211).

[36] Cf. nota 27.

[37] En sus fiestas mistéricas las Coribantes danzaban agitando sus escudos y lanzas. La caverna de la diosa es la de Ilitía (cf. nota 23).

[38] Agenor, padre de Cadmo y abuelo de Sémele. Sobre sus variantes en la genealogía de Nono con la de la tradición, cf. canto III, nota 66.

le había hecho partícipe de su herencia. Incluso le había procurado un esposo. Él se había comportado con ella como si fuese un padre. Entonces, en pago por semejante solicitud, ella misma había alimentado con sus pechos al pequeño Cadmo y había tenido con cariñosos brazos a la pequeña Europa.

Pero ahora, con su cuerpo semejante al de aquélla, Hera andaba por la casa disgustada con Sémele, Cipris y Dioniso quien aún no había visto la luz. De pronto, cuando entró en el cuarto del reciente matrimonio ella desvió su mirada hacia la pared opuesta y volvió su cara para no ver la cama de Zeus. Pisinasa[39], una sirviente de Sémele, mujer de raza Tiria, la sentó sobre la silla y Telxínoe[40] tendió una manta sobre la silla de brillante aspecto.

Allí, cerca de ella, la diosa estaba sentada y urdía ardides. Pronto advirtió que la muchacha cargaba con los dolores de parto del retoño ya maduro. Y aunque su vientre no experimentaba contracciones, sin embargo, su pálida cara y la palidez de sus miembros, en otro tiempo de color púrpura, proclamaba el nacimiento que no estaría determinado por Selene, que hace parir a término.

La tramposa Hera continuaba sentada sobre la silla. De repente, empezó a mover con dificultad su engañoso cuerpo simulando una parálisis; dejó caer hacia abajo su viejo cuello mientras se encorvaba y reclinaba su cabeza sobre sus hombros encogidos. Pese a algún que otro inconveniente, encontró

39 Pisinasa, sirviente de Sémele que no se encuentra mencionada en otro autor.

40 Telxínoe, sirviente de Sémele. Estos nombres de circunstancia (Pisinasa se asocia por la etimología con lo persuasivo, Telxíone con lo que hechiza el corazón) forman parte del escenario en donde se desarrolla la estratagema de Hera (cf. canto II 72 ss.).

una excusa; y balbuceante, rompió a llorar. Luego, tras limpiarse las lágrimas bien logradas de su cara, recitó un falaz discurso en un tono que hechizaba el corazón:

«Dime, mi reina, ¿por qué tus mejillas empalidecen? ¿Qué ha sido de tu belleza? ¿Quién, lleno de odio por tu imagen, oscureció el purpúreo resplandor de tu rostro? ¿Quién cambió las rosas por anémonas de corta vida? Pero, ¿por qué tú te consumes en la desdicha? ¿Acaso has oído aquellas calumnias que los ciudadanos vociferan de ti? ¡Maldita sea la funesta boca de las mujeres, de quienes todos los males vienen!

¡Vamos, cuéntame! No ocultes al que te despojó de tus ropas. ¿Cuál de los dioses te manchó? ¿Cuál arrebató tu virginidad?

Si Ares se ha casado en secreto con mi muchacha, si ha dormido con Sémele y despreciado a Afrodita, que marche entonces a tu lecho empuñando su lanza nupcial. Tu madre conoce a su padre que combate a pie firme[41]. Si Hermes de pies ligeros ha festejado contigo sus bodas, si ha renegado de su propia Persuasión[42] por la belleza de Sémele, que entonces te dé su caduceo como heraldo de nupcias o te adorne con sus doradas sandalias. Sí, que te traiga un presente digno de tu lecho para qué tú misma tengas doradas sandalias como Hera, la esposa de Zeus. Y si fue el hermoso Apolo quien ha venido por ti desde el cielo en calidad de esposo, si él se ha olvidado de Dafne[43] a causa del amor por Sémele, que deje

[41] La madre de Sémele es Harmonía, nacida de furtivos amores entre Ares y Afrodita.

[42] Hermes, dios de la elocuencia, no se le conoce esposa. La atribución de Persuasión como esposa es de carácter alegórico (cf. V 575).

[43] Dafne, ninfa arcadia, hija del río Ladón. Fue amada por Apolo (cf. II 108; IV 98).

sus secretos artificios y llegue por el aire hasta ti en un carro tirado por los cisnes cantores. Sí, que te traiga su lira, dote de amor, creíble señal de sus tálamos y que dance ante ti con su gracia. Y cuando Cadmo la vea reconocerá enseguida la celestial arpa de Febo. Efectivamente, él la tuvo junto a los alimentos de su mesa y la vio entonar variados acordes durante el casamiento de Harmonía con un mortal.

Pero si el de oscura cabellera[44], que enloquece a las mujeres, te ha violentado y te ha preferido a ti antes que a Melanipa la sabia, cantada por el poeta[45], que dance ante todos y clave las puntas de su tridente cual regalo nupcial ante las puertas de Cadmo. Sí, que te conceda el mismo privilegio cerca de la fuente Dirce[46], la de cabellos de serpiente, que el que tuvo Amímone, cuando él dejó una señal de sus bodas con ella cerca de Lerne[47], que alimenta leones, en el país de los argivos. En efecto, allí mismo, el lugar donde fue a dar el tridente, lleva aún el nombre de la ninfa Lerniana, Amimone[48].

Pero, ¿por qué te estoy considerando esposa del que sacude la tierra? ¿Qué marcas tienes de Posidón? Tiro fue

---

[44] Epíteto de Posidón (cf. *Od.* IX 536).

[45] Melanipa es según cierta tradición hija de Eolo. Fue amada por Posidón de donde nacieron Beoto y Eolo. Ella también es la heroína de dos tragedias perdidas de Eurípides: *Melanipa encadenada* y *Melanipa la filósofa*. De allí esta alusión literaria de Melanipa la sabia.

[46] Dirce es una fuente en las proximidades de Tebas.

[47] Lerne, villa de Argos.

[48] Amimone es una de las cincuenta hijas del rey Dánao. Atacada por un sátiro cuando iba en busca de agua, es socorrida por Posidón a quien se entrega luego de que él repeliera al sátiro con un golpe de tridente. Éste va a dar en una roca de donde nace una fuente llamada después fuente de Amimone (cf. APOLOD., *Bibl.* II 1, 4; HIGINO, *Fáb.* 169).

alzada en brazos y esparcida en húmedas manos, cuando el contrahecho Enipeo vino burbujeante con la engañosa corriente[49].

Ahora bien, si, como tú dices, el Crónida es tu esposo, que acuda a tu lecho con el anhelante rayo, armado con el relámpago nupcial para que se diga: «Los rayos conducen tanto a Hera como a Sémele a su esposo.» Y la esposa de Zeus, aunque está celosa, no te dañará pues tu materno Ares no lo permitirá.

Europa es más dichosa que Sémele porque a ella el cornudo Zeus la llevó sobre sus hombros y la pezuña del toro tocado por un pasional deseo corrió a ras del agua sin mojarse. ¡Cuán grande era la nave de Amor! ¡Oh, qué maravilla! Una doncella lleva las riendas del auriga del cielo.

Incluso considero a Dánae más dichosa que Sémele, porque Zeus se derramó por entre sus senos desde el tejado en forma de una lluvia de oro. Él se había transformado en un copioso torrente ginomaníaco. Pero la novia más dichosa no necesitó pedir una dote de oro pues tuvo como dote de amor a su esposo entero.

Bueno, guardemos ahora silencio, no sea cosa que tu padre Cadmo nos oiga.»

Tras hablar así, Hera abandonó la casa y a la joven que aún se encontraba triste, celosa del inimitable matrimonio de Hera y disgustada con el Crónida. Hera retornó al interior del cielo por el mismo camino. Inmediatamente, se sentó junto al trono celestial y clavó sus ojos en las armas de Zeus que yacían lejos de su poseedor y, cual si pudiesen oírla, les habló dulcemente con amistosas palabras:

---

[49] Enipeo es un río de Tesalia por el cual Tiro, la hija de Salmoneo, sentía violenta pasión (véase *Il.* XIV 90).

«Trueno, ¿es que a ti también te ha abandonado mi Zeus que reúne las nubes? ¿Quién se ha apoderado otra vez de ti y ha dejado desnudo a su poseedor?

Trueno, fuiste despojado, pero esta vez no es Tifón[50] el culpable. Por padecer las mismas cosas que Hera, eres mi consuelo. En efecto, el lluvioso Zeus depara atenciones a la joven novia y con ello nos descuida a ambos. Además, la tierra ya no es rociada con las lluvias. Por la ausencia de ellas que prodigan humedad, la sequedad se nutre de los surcos del campo trabajado y hace estéril la cosecha. Zeus es llamado, entonces, por los campesinos en vez de "El que cubre el cielo de nubes", "El sin nubes".

Rayos, elevad vuestras ardientes voces al Crónida. Sí, queridos rayos, hablad con Zeus que está loco de amor por las mujeres. Vamos, vengadores de los suplicios del celo de Hera, marchad hacia Sémele cual asistentes de su matrimonio y que, mientras demande con insistencia la dote matrimonial, reciba a sus propios ardientes homicidas.»

Tales cosas gritaba la disgustada Hera a las silenciosas armas de Zeus, hinchada de envidioso resentimiento.

Mientras tanto, Sémele, irritada, cargaba sobre su corazón una nueva aflicción. Ahora ella deseaba el rayo como fulgurosa escolta de sus amores y suplicaba entonces a su esposo con reprochantes palabras, porque quería un lecho rodeado de fuego como el de Hera:

«Te lo suplico en nombre de los ricos himeneos de Dánae. ¡Dame tu gracia, cornudo esposo de Europa! Pues siento pudor de llamarte esposo de Sémele, cuando apenas te he visto; casi me pareció un sueño. Sin duda, Acrisio[51] fue más

[50] Cf. canto I, nota 39.

[51] Acrisio es el padre de Dánae.

dichoso que Cadmo. Pero yo misma debería haber visto el dorado matrimonio, mi lluvioso Zeus, si la madre de Perseo[52] no hubiese sido la primera en arrebatarte ese honor. Del mismo modo yo hubiese querido que me llevases por el agua sobre tus hombros como aquel toro viajero y también hubiese querido que mi mismo hermano Polidoro[53] fuese a buscar al Crónida, mi raptor, de igual modo en que Cadmo buscó al raptor de la errante novia.

¿Pero qué digo? ¿Por qué el estilo de nuestra unión ha de ser como el del toro o el de la lluvia? ¡Nada de eso! No quiero el mismo honor que el que obtuvo la ninfa terrenal. Deja a Europa el toro; reserva para Dánae la lluvia de oro. Sólo me domina la envidia por las uniones amorosas de Hera. Si en verdad me honras, adorna mi cámara nupcial con tu antorcha celestial. Sacude entre las nubes el deseoso resplandor y muéstrale a la incrédula Ágave el relámpago, la dote de mi amor. ¡Que tiemble Autónoe cuando junto a mi vecino cuarto oiga el tronante canto de nuestros amores nupciales, porque ese es un signo de nuestro matrimonio, que si bien no fue anunciado, habla por sí mismo!

¡Vamos, concédeme estos honores! ¡Que abrace la querida llama y regocije así mi corazón palpando el relámpago y tocando los rayos! ¡Dame de tus propios lechos nupciales la llama conyugal! Toda novia tiene su antorcha que la escolta en la consumación de su himeneo. ¿Acaso no soy digna de tus rayos nupciales, yo, que llevo la sangre de Ares y de vuestra Afrodita?

[52] Dánae es la madre de Perseo.

[53] Polidoro, hijo de Cadmo y Harmonía, hermano de Sémele (cf. canto V, nota 42).

¡Ay mísera de mí!; el matrimonio de Sémele tiene un fuego de corta vida y una antorcha terrenal; en cambio, tu Hera te desposó apropiándose del rayo y tocando el relámpago. Joven esposo, tú marchas sobre el lecho de Hera con tu divina forma y alumbras a tu esposa con relámpagos nupciales en la iluminada cámara matrimonial; en cambio a Sémele, fogoso Zeus, te acercas como dragón o como toro. Ella escucha el tronante ruido Olímpico por su amor; Sémele, en cambio, el falso mugido de una engañosa forma de toro que se presenta tras una oscura figura. Sin ruido, sin nubes, Zeus desciende a mi lecho; pero tras convocar a las nubes, se une con la altanera Hera.

Mi padre, por su parte, huye del oprobio de su hija de funesta unión. ¡Sí! Tu Cadmo está escondido y evita el camino de los hombres. Él tiene vergüenza de mostrarme a los ciudadanos. Es que todo el pueblo desprecia tus secretos himeneos y censura a Sémele por tener un furtivo esposo. Hasta ahora me procuraste una bella dote: el reproche de las mujeres. El conjunto de mis sirvientes me censura. Pero más que nada temo a la violenta boca de la nodriza que no cesa de hablar.

Recuerda quién te restituyó el destello de tu arrebatado rayo mediante la maquinación de una pérfida suerte para Tifón. Muéstrale a mi padre lo que obtuvo en pago, pues el viejo Cadmo me sigue demandando una señal de tu lecho. Aún yo no he visto el semblante del Crónida real ni he observado los luminosos rayos que emanan de sus ojos y llevan lejos su luz, ni siquiera el fulgor de su rostro ni su reluciente barba. Por cierto, no he visto aún tu imagen Olímpica; en su lugar observo a la pantera o al león. No he visto al dios como esposo. Simplemente te veo cual si fueras un mortal y eso que estoy a punto de parir a un dios.

Yo sé de otra radiante unión; ¡sí!, la de Helio que con su fuego nupcial abrazó a la joven Clímene[54].»

Así habló en demanda de un grato destino. En efecto, la novia de corta vida esperaba correr la misma suerte que Hera, esto es, ver en sus nupcias el encantador fulgor de un apacible rayo.

Pero el padre Zeus se dio cuenta de lo que pasaba y culpó de esto a las envidiosas Moiras, mientras se compadecía de Sémele, tan jovecinta ella. Sin embargo, él comprendió que el astuto resentimiento de la implacable Hera pasaba por Baco. Ordenó entonces a Hermes sustraer del ardiente rayo al hijo recién nacido de Tione[55], en el mismo momento en que el fuego la golpeara. Luego, el padre Zeus contestó con estas palabras a la altanera muchacha:

«¡Oh, mujer, la inteligencia de la celosa Hera te ha tendido una trampa con sus ardides! ¿Acaso crees, mujer, que mis rayos son suaves?

¡Sé paciente, aguarda un tiempo, mientras sostienes ahora tu carga! ¡Ten paciencia y espera un tiempo más, hasta que paras a mi hijo! No me reclames el fogoso asesino antes del alumbramiento. Yo no llevé conmigo el rayo ni el resonante ruido del trueno, mientras perseguía la virginidad de Dánae y tampoco los rayos celebraron el himeneo de tu Europa, la ninfa Tiria. Ni la ternera de Ínaco[56] vio su resplandor. Pero sólo tú, una mortal, me pides lo que ni la diosa Leto se atrevió a pedirme.»

---

[54] Clímene, hija de Océano y Tetis, pertenece a la generación de los Titanes, fue amada por el Sol de donde nació Faetonte (cf. PAUS., V 8, 1; VI 21, 6).

[55] Tione es el nombre de Sémele convertida en diosa.

[56] Ío, la hija de Ínaco, amada por Zeus (cf. canto VII, nota 21).

Tal fue su discurso. Sin embargo, no quería luchar contra los hilos del Destino.

Inmediatamente, se vio llevado fuera del interior del cielo arrojando centellas. De este modo, Zeus, el esposo que convoca los rayos, cumplió de mala gana el ruego de su novia: él blandió en su abatida mano los destellos nupciales del rayo, el cual impediría el matrimonio, mientras danzaba alrededor de Sémele. El tálamo brillaba con los relámpagos y el Ismeno[57] resplandecía con el vapor del fuego. Toda Tebas destellaba.

Sémele, al instante, al ver a sus ardientes asesinos, alzó su orgulloso cuello y habló con arrogantes palabras:

«No deseo una lira de diáfano sonido ni tengo necesidad de una flauta. Los truenos se han convertido para mí en siringas del amor de Zeus. ¡Sí!, este resonante ruido es para mí la flauta del Olimpo y el resplandor del rayo celestial es la antorcha de mi tálamo. Yo ya no reparo en antorchas menores; los rayos son mis antorchas.

He aquí la esposa del Crónida. Ágave es simplemente de Equión[58]. Que a Autónoe la llamen la mujer de Aristeo. Ino rivaliza con Néfele[59]; Sémele, en cambio, con la esposa Hera. Yo no me convertí en la mujer de Atamante ni parí a Acteón, que vivió en los bosques y fue devorado por sus perros, cuando era apenas un muchacho. Así que no quiero un arpa menor, pues la relumbrante Cítara celestial canta el himeneo de Sémele.»

[57] Ismeno es un río de Tebas.

[58] Equión es un gigante nacido de los dientes del dragón y esposo de Ágave (cf. canto V, nota 40).

[59] Néfele es la primera esposa de Atamante a la cual dejó para unirse con Ino.

Así habló ella llena de orgullo. Sin más, quiso tomar entre sus manos el mortífero rayo. Y lo logró; tocó al fin a los asesinos rayos con la palma de su osada mano sin cuidarse de la Moira. En ese momento, el matrimonio de Sémele se convirtió en el portador de su muerte. Y en ese ritual las Erinias erigieron la pira y la tumba nupcial. Y éste fue el fin: el soplo matrimonial del rayo del descuidado Zeus acompañado con un brillo que traía el alumbramiento, redujo a cenizas a toda la novia.

El brillante resplandor fue la partera; los rayos, nuestra Ilitía[60]. En efecto, la llama celestial fue cuidadosa y liberó a Baco lanzándolo del seno carbonizado de la madre, cuando el himeneo tocaba a su fin por el matricida rayo. Los fogonazos, con un soplo suave, bañaron al niño que nacía prematuro pero ileso. Sin embargo, Sémele vio su fogoso final. Ella encontró su destino en un parto, y allí, gozosa, pereció. Y fue posible ver entonces en un lecho nupcial al Deseo, a Ilitía y a las Erinias juntos. Finalmente, luego de nacer el niñito a medias hecho y después de ser bañados sus miembros con el fuego celestial, Hermes lo condujo hasta su padre.

Zeus había logrado así cambiar el pensamiento de la celosa Hera y apaciguar el salvaje y nuevamente liberado peso de su amenaza.

Por último, él alzó a la relumbrante Sémele para habitar la casa divina. Ella, la madre de Baco, se mudaba ahora hacia el cielo estrellado para compartir la morada con los habitantes celestes cual si fuera de la estirpe de Hera, cual vástago de Harmonía nacida de Ares y de Afrodita. Y lavado su nuevo cuerpo con el purificador y ardiente fuego*** [61]

[60] Ilitía, diosa soberana de los alumbramientos (cf. HES., *Teog.* 922).

[61] KEYDELL indica laguna en el texto.

tuvo ella la vida inmortal de los Olímpicos. En lugar de Cadmo y del suelo terrestre, en lugar de Autónoe y de Ágave, ella se encontró compartiendo el trono con Ártemis y se trató con Atenea y recibió el cielo como dote sentada a la mesa con Zeus y Hermaón[62] y Ares y Citerea.

[62] Hermes, forma dórica.

CANTO IX

SUMARIO

— Segundo nacimiento de Dioniso, vv. 1-24.
— Las ninfas nodrizas de Dioniso, vv. 25-36.
— Hera enloquece a las ninfas; Hermes salva al niño, vv. 37-54.
— Hermes lleva a Dioniso con Ino, vv. 55-93.
— Ino y su criada Mistis, nodrizas de Dioniso, vv. 94-131.
— Hermes para salvar al niño de la celosa Hera lo confía a Rea, vv. 132-159.
— Infancia de Dioniso junto a Rea, vv. 160-205.
— Sémele en el Olimpo se ufana de su hijo, vv. 206-243.
— Ino es enloquecida por Hera, vv. 244-289: Ino en Delfos; Ino curada por Apolo; fundación del culto de Dioniso.
— Descendencia de Ino y Atamante, vv. 290-321.

OBSERVA EL NOVENO Y VERÁS AL HIJO DE MAYA, Y A LAS HIJAS DE LAMO, A MISTIS Y LA MORADA DE INO

Zeus Padre recibió a Dionisio semiformado, del flagrante seno de Sémele, cuando saltaba a través del rayo partero; y lo cosió en su muslo macho, mientras aguardaba el destello de Selene, la que lleva a término los embarazos. Y luego la mano del Crónida, directora del alumbramiento, se convirtió en partera del muy cosido retoño, con sólo desatar las grávidas hebras de su preñado muslo. Al sufrir Zeus los dolores de parto, la circunferencia de su muslo se hizo femenina; y en rito sin madre fue dado a luz un niño prematuro, que de un vientre femenino había pasado a uno viril. Ni bien hubo emergido del divino alumbramiento, las puerperales Estaciones[1], anunciadoras del porvenir, lo coronaron con guirnaldas de hiedra; y sobre la cabeza de Dioniso, ornada de flores, cornudo como un toro, ciñeron torcidas espiras de cornudas serpientes.

En el Drácano[2], la colina del parto, Hermes, el hijo de Maya, lo tomó en su acogedor brazo y lo hizo volar por los

[1] Las Estaciones presiden los nacimientos (cf. III 381).

[2] El Drácano es una colina situada en la isla de Ícaro (cf. TEÓCRITO, XXVI 33).

aires. Al recién nacido le otorgó el epónimo paterno, debido a su nacimiento; lo llamó Dioniso. Porque, mientras llevaba la carga en su pierna, el Crónida andaba cojeando por el peso de su muslo; y cojo en lengua de Siracusa se dice *nŷsos*[3]. El dios recién nacido recibió también el nombre de Irafiotes[4] porque su padre lo cosió en un muslo de buen parto.

Entonces, su hermano Hermes lo levantó en sus brazos, a un niño que no llora, tras haber pasado por un parto sin lavados. Y dejó a la criatura, imagen y figura de la cornuda Selene, a cargo de las Ninfas de los ríos, las hijas de Lamo[5]. Ellas iban a cuidar al hijo de Zeus, el señor de los racimos. Acogieron a Baco y lo acunaron en sus brazos; en la boca del niño dejaban chorrear un lechoso líquido de pechos no oprimidos. El niño estaba boca arriba, despierto, elevando la mirada hacia el frontero cielo; con alternados golpes coceaba al aire con sus dos pies y se regocijaba con la sacudida. Mientras tanto observaba maravillado el cielo, nuevo para él y sonreía al ver la paterna bóveda de las estrellas.

Pero la esposa de Zeus observaba al niño y se atormentaba. Por eso, a causa de la cólera de la vengativa Hera, las

---

[3] Es desconocida la etimología del nombre Dioniso; no hay que dar crédito a lo que presenta Nono, que en verdad busca mostrar los vínculos de Dioniso con su padre.

[4] Este epíteto es antiguo, cf. ALCEO, *fr. 381*, Lobel-Page. Hoy se reconoce en este término un derivado de un nombre del toro (cf. el artículo de P. CHAINTRAINE, *Dict. Etym.*, París). Los antiguos proponían cuatro etimologías ligadas al culto o la leyenda de este dios. Pero Nono hace derivar etimológicamente Irafiotes del verbo *ráptō* que significa coser. Para otra etimología noniana, véase XXI 18.

[5] Lamo es un hijo de Posidón, rey de los lestrigones que habitaban la costa italiana (cf. *Od.* X 81).

hijas de Lamo fueron enloquecidas por un látigo de divina malevolencia. Pues bien, en la casa atacaron a las siervas; y con cuchillo asesino descuartizaron a los transeúntes en las calles, mientras daban erizantes gritos, y los ojos de sus rostros descompuestos giraban convulsionados. Por doquier, por acá y por allá, corrían raudamente movidas por alocados deseos y brincaban con piernas movedizas, mientras sus agitados cabellos danzaban al son de enfurecidas brisas. Chorros de espuma emblanquecían los pechos de cada muchacha, vestida de una túnica azafranada. Y, en verdad, en la enajenada oleada de extraviado frenesí, hubiesen podido matar al infante Baco, si el alado Hermes no lo hubiese arrebatado y ocultado en la ladrona planta de su pie, que no deja huella. Así transportó de nuevo a la criatura junto a su pecho guardavidas, para llevarlo a la morada de Ino[6], que acababa de parir.

Ella sostenía entre maternales palmas a su pequeño hijo Melicertes[7], recién nacido. Sus pechos henchidos dejaban escurrir las gotas de rebosante leche. Entonces, el dios lisonjeó a la ninfa con amigables palabras, y soltó de su profética boca un maravilloso discurso:

«Recibe, señora, un nuevo hijo; acoge en tu seno al niño de tu hermana Sémele. A él las chispas del rayo, que mataron a su madre, no lo dañaron; ni lo redujo a cenizas el fulguroso destello en la cámara nupcial. La criatura ha de quedar a resguardo en sombría morada. Que el diurno ojo de Faetonte no lo descubra dentro del cóncavo tejado; ni la mirada nocturna de Selene. Y especialmente, que no perciba su oculto crecimiento la celosa y vengativa Hera, por más que

[6] Véase canto V, nota 27.

[7] Véase canto V, nota 83.

sea llamada Tauröpide[8]. Recibe al hijo de tu hermana, y el Crónida te recompensará por la crianza de Baco, con una paga digna de tus esfuerzos. ¡Feliz eres tú entre todas las hijas de Cadmo! Pues Sémele ya ha sido sometida por un dardo llameante; a Autónoe la ha de cubrir la tierra con su hijo muerto[9] y para ambos alzará el Citerón una única tumba; la montaraz Ágave[10] abandonará la ciudad como asesina de su hijo, pues verá la destrucción y muerte de Penteo, por atacar un falso rostro. En cambio tú, la única, serás orgullosa habitante de la tamaña mar, pues obtendrás a cambio la morada de Posidón. Serás llamada Ino de las aguas; vivirás en el mar como Tetis y Galatea[11]. No te ocultará el Citerón en subterránea ijada; sino que serás una de las Nereidas. En lugar de Cadmo, con mayores esperanzas llamarás padre a Nereo[12]. Vivirás con tu inmortal hijo Melicertes bajo el nombre de Leucótea[13]. Tendrás en tu poder la llave de la bonanza, pues junto con Eolo[14] serás la protec-

---

[8] Nono juega con el epíteto de Hera, que es llamada tradicionalmente *boôpis*, «la de rostro de buey», cosa que Nono transforma en *taurôpis*, «tauröpide», la de aspecto taurino, con el fin de relacionarla con el tauriforme Dioniso.

[9] El hijo de Autónoe es Acteón (véase canto V).

[10] Ágave, presa del furor báquico, habría dado muerte con sus propias manos a su hijo Penteo al confundirlo con una fiera (cf. EURÍP., *Bac.* 1095 ss.).

[11] Sobre Tetis, véase canto VIII, nota 32. Galatea es una divinidad marina, hija de Nereo (cf. *Il.* XVIII 45; HES., *Teog.* 250).

[12] Nereo, hijo de Ponto y Gea, padre de las Nereidas, divinidades marinas (cf. *Il.* XVIII 35; HES., *Teog.* 233).

[13] Leucótea es el nombre que tomará Ino una vez transformada en divinidad marina (véase V 85). La recepción de Ino entre las divinidades marinas se evoca en X 121-123; XL 209-212.

[14] Eolo, hijo de Posidón, señor de los vientos (cf. *Od.* 10, 1; APOLONIO RODIO, *Arg.* IV 761 ss.).

tora de la navegación. El marino comerciante que en ti confíe, podrá navegar por mar serena; y ha de ofrecer sacrificios en elevado altar para el que sacude la tierra y para Melicertes. Pues el de oscura cabellera recibirá a Palemón[15], como guía de su marino carro.»

Así habló Hermes, e inalcanzable, partió hacia el cielo agitando las volátiles sandalias. Por su parte, Ino no lo desoyó, sino que acogió a Baco, huérfano de madre, en sus acunadores brazos. Acomodó en su seno a la yunta de niños, y ofreció parejos pechos a Palemón y a Dioniso[16]. Luego, entregó la criatura a Mistis[17], su joven sierva. Cadmo había criado, para la ayuda de cámara de su hija Ino, a esta Sidonia de hermosa cabellera cuando todavía era una muchacha. Ella apartó, entonces, a Baco de las divinas nutrientes de los pechos, y lo ocultó en una sombría morada, no expuesto a las miradas. En su rostro resplandecía un destello, que anunciaba al vástago de Zeus. Se iluminaban los oscuros muros del recinto, pues el fulgor de Dioniso, al que nadie debía ver, sepultaba la penumbra. Bromio jugaba, y sentada junto a él, Ino veló toda la noche. Por momentos Melicertes, vacilante, daba saltos para chupar con apretados labios la vecina teta, junto a Baco, que balbuceaba el evohé.

---

[15] Palemón es el hombre de Melicertes, el hijo de Ino, una vez transformado en divinidad marina (véase canto V, nota 85).

[16] Compárese esta descripción con la dada en III 384-408, donde Electra amamanta a Ematión y a Harmonía. Esto es muy típico del gusto alejandrino (cf. Teócrito, XXIV 1-10).

[17] Un cuadro similar se presenta en el canto VIII 183-187 con Agenor que cría a una sirvienta que luego será nodriza de su hijo Cadmo. Su fuente común es *Od.* I 430. Mistis sería un nombre de circunstancia empleado por Nono (cf. VIII, nota 40) que se asocia etimológicamente a los misterios; así, ella, al criar a Dioniso, lo inicia en los misterios.

Así, después del pecho de su ama, Mistis cuidaba al dios, sentada junto a Lieo con ojos insomnes. Esta sabia sierva lo instruyó en el arte que lleva su nombre[18], en los místicos ritos del nocturno Dioniso; y equipó a Lieo de sus celebraciones insomnes. Ella fue la primera en sacudir el báculo; y saludó ruidosamente a Baco, haciendo sonar los címbalos de doble bronce. Ella encendió por primera vez la llama que danza en la noche; y entonó el evohé para Dioniso que no duerme. Y fue la primera en arrancar la arqueada flor de los racimos, para coronarse la lacia cabellera con lazos de vid. Ella misma trenzó en una sola pieza el tirso con vinosa hiedra; y encastró en la punta de los racimos el hierro, cubierto de pétalos, para no lastimar a Dioniso; y colgó sobre el pecho desnudo páteras de bronce, y en el talle pieles de cervato. Mientras el niño Dioniso jugaba con la mística cesta, llena de instrumentos de culto, ella, la primera, vistió su cuerpo con una túnica de enlazadas serpientes; y enroscó en torno de su bifronte mitra una espiralada víbora, cerrando los nudos con ofídico tiento.

Con todo, a pesar de los muchos cerrojos y sellos de la cámara, la omnividente Hera pudo ver a Dioniso con sus infalibles ojos; lo halló protegido por Mistis, en un rincón de la secreta morada. Entonces, juró por la infernal agua vengadora de Estigia[19] que inundaría de innúmeros males la casa de Ino. Y de cierto hubiera destruido al hijo de Zeus, pero Hermes lo arrebató para conducirlo a las boscosas

---

[18] Véase nota anterior.

[19] Estigia es un río de los infiernos que servía a los dioses para pronunciar un juramento solemne. Pero si el dios que juraba cometía perjurio le esperaban terribles castigos (cf. Hes., *Teog.* 361 ss.; *Il.* II 755; VIII 369; *Od.* X 514).

cimas de Cíbele[20]. Aunque Hera movió rápidamente sus pies y corrió desde lo alto con ágiles pies, Hermes le ganó camino, y se encubrió en la figura de eterno fulgor del primogénito Fanes[21]. Y Hera, reverente del dios primigenio, le cedió paso, intimidada por los falsos destellos de su rostro. Como no advirtió la engañosa apariencia de su falsa figura, Hermes atravesó con pies más ligeros el camino del monte; y se llevó así a la cornuda criatura protegida en sus brazos. Luego la entregó a Rea, criadora de leones, madre de Zeus progenitor; y dijo estas palabras a la diosa de noble prole:

«Recibe, diosa, un nuevo hijo de Zeus; él cumplirá una guerra contra los Indios[22] y partirá después de la tierra hasta la órbita de las estrellas. ¡Muchas gracias al resentimiento de Hera! Pues no corresponde a un hijo del Crónida tener por nodriza a Ino. Que la progenitora de Zeus sea el aya de Dioniso, madre de Zeus y nodriza de su nieto.»

Así habló Hermes; y con veloces rodillas partió hacia el cielo, mientras agitaba al viento sus alas entre rápidas brisas. Tras abandonar la superior figura de Fanes, el nacido de sí mismo, adoptó nuevamente su forma ordinaria. Y así dejó a Baco junto a la madre protectora que lo iba a cuidar, para iniciar así su segundo crecimiento.

Y la diosa tomó cuidado de él; cuando era aún un niño lo puso a conducir un carro de carnívoros leones. Los andariegos Coribantes[23], en las cercanías del palacio que albergaba

---

[20] Es decir, a los montes de Frigia donde habita la diosa Cíbele que sincréticamente se asimila en época tardía a la diosa Rea.

[21] Fanes, figura órfica, es el primer nacido, salido del huevo cósmico puesto por Crono-Heracles (KERN, *Orph. Fragm.* 137, *in fine)* o hijo de Éter (KERN, *loc. cit.*, fr. 72 y 74).

[22] Dioniso debe merecer el cielo por sus hazañas (cf. VII 97-105).

[23] Los Coribantes son divinidades asociadas al culto de la Madre Tierra

al dios, rodeaban a Dioniso con su danza protectora; entrechocaban sus espadas y con movimientos alternantes golpeaban los escudos con revoltoso hierro, para ocultar la infancia y el crecimiento de Dioniso. Así, al son de la crianza de los escudos, creció, como su padre, bajo el cuidado de los Coribantes.

A la edad de nueve años tenía suficiente fuerza como para matar fieras: más rápido de pies, se adelantaba en la carrera a la liebre; y a la busca de caza, alzaba con su mano infantil muchos cervatillos, tomándolos del cuello; sobre sus hombros levantaba furiosos tigres, de lomos moteados; y traía en sus manos los cachorros que había arrebatado de los pechos de abundante leche, para mostrárselos a su madre. También aprisionaba terribles leones vivos, y a Rea se los ofrecía como regalo para que los unciera a su carro y acosara a dos manos a los cuadrúpedos. Sorprendida, Rea observaba con alegre sonrisa el valor y las hazañas del recién nacido Dioniso; y su padre Crónida reía con ojos complacidos al ver que Iobaco[24] conducía los feroces leones.

Ni bien hubo pasado la primera niñez, Evio[25] vistió su cuerpo con velludas túnicas, y se echó a los hombros la adornada piel de cervatillo, imitación de la jaspeada figura del estrellado éter; y condujo a los linces a sus guaridas bajo las planicies de Frigia; unció al carro moteadas panteras, a modo de imágenes que honraran las tierras paternas. A

Cíbele-Rea (cf. AP. RODIO, *Arg.* I 1098). Al describir la ronda de los Coribantes alrededor de Dioniso, Nono asimila la infancia del dios a la de Zeus.

[24] Iobaco, nombre de Dioniso que remite a un grito de invocación a Baco: «¡Ío Baco!»

[25] Evio, epíteto de Baco celebrado con el grito de júbilo y furor *evohé* (cf. SÓF., *Antíg.* 964; EURÍP., *Bac.* 238).

menudo conducía el carro de la inmortal Rea; y, mientras sostenía con pequeña y delicada mano las riendas del bocado, dominaba el brioso vehículo de presurosos leones. El coraje de Zeus, que mora en las alturas, crecía en su corazón. Por eso, extendía su diestra a la boca de un oso enfurecido, e introducía en las terribles fauces sus intrépidos dedos juveniles, hasta que la fiera se detenía plácidamente, y volvía dócil su hocico ante el infante Lieo; la bestia lamía los dedos de Baco con pinchudos besos.

Así crecía junto a Rea, amiga de los peñascos, el aún retoño de niño, que era alimentado en los montes. En torno a las piedras, los Panes[26] rodeaban al danzarín hijo de Tíone[27], mientras brincaban por las alturas gritando evohé a Baco; y hacían girar sus pies en saltarina danza y chasqueaban sus caprinas pezuñas.

Y entonces, en el Olimpo, Sémele, que aún resoplaba a causa del rayo, alzó orgullosamente el cuello, y dijo con altiva voz:

«¡Estás perdida, Hera! ¡El hijo de Sémele es más fuerte! ¡Zeus parió a mi hijo y fue madre en mi lugar! ¡El padre lo engendró y dio a luz! Pues él sembró y alumbró a un niño con falso útero, que pare por sí solo y de este modo hizo cambiar por la fuerza a la naturaleza. Baco es superior a Enialio[28], porque Zeus engendró a Ares, más no lo alumbró de su muslo. Tebas eclipsó la gloria de Ortigia[29]. En efecto,

---

[26] Panes es la multiplicación de la figura del dios Pan, asociado por su aspecto a los motivos dionisíacos (cf. *Himno homérico a Pan* 47).

[27] Tione es el nombre de Sémele convertida en diosa.

[28] Sobrenombre de Ares, literalmente, el belicoso (cf. *Il.* XVII 259; XX 69).

[29] Ortigia es un antiguo nombre de Delos (cf. *Od.* V 123). Delos es una de las Cíclades con templos de Apolo y Ártemis (cf. *Od.* IX 162).

la celestial Leto, perseguida, dio a luz ocultamente a Apolo, pero fue ella y no el Crónida quien parió a Febo. Y también Maya parió a Hermes y no su esposo. En cambio, a mi hijo lo alumbró su padre, a ojos de todos. ¡He aquí una gran maravilla! Mira a Dioniso en brazos de su madre nutricia, arrimado a su acogedor seno. La guardiana del universo eterno, primogénito origen de los dioses, madre de todo, fue nodriza de Bromio; al infante Baco ofreció el mismo pecho del que había mamado Zeus, que reina en las alturas. ¿Qué Crónida parió y qué Rea crió a tu hijo Ares? En cambio, la que llaman tu madre, Cíbele, parió a Zeus y crió a Baco en un mismo vientre. ¡A ambos alzó, al hijo y al padre! Tampoco Hefesto, el sin padre, podría rivalizar con el hijo de Sémele. A éste, no engendrado por padre, parió por sí sola Hera, y él cojea con el inestable apoyo de sus delgadas piernas, tratando de ocultar el impefecto parto materno. Ni Maya pudo asemejarse en todo a Sémele: su hijo Hermes, con figura engañosa y armamento de Ares, engañó a Hera para mamar la leche de sus pechos[30]. ¡Abridme paso! Que Sémele tuvo, la única, un esposo que engendró y dio a luz a la criatura. Y es la más dichosa gracias a su hijo; pues Dioniso, sin trampas, se elevará hasta el coro de los astros y habitará el éter paterno. Porque recibió de una poderosa deidad la teta nutriente de dioses; y se elevará sin ayuda hasta el cielo, por sí solo. No necesita la leche de Hera, pues ha mamado de un pecho más noble.»

---

[30] Hermes se revela aquí como el niño prodigio de igual modo que en el *Himno homérico a Hermes*. Su ardid, que consiste en revestirse con la armadura de Ares para ser amamantado por Hera, no está atestiguado más que en Nono. En Luciano *(Diálogo de los dioses* 7, 1) Hermes recién nacido roba simplemente la espada de Ares.

Así habló, exultante incluso en el éter. Pero la colérica esposa de Zeus sorprendió a la errante Ino, tras precipitarse imprevistamente en la morada de Atamante. Pues aún estaba resentida por el crecimiento de Dioniso.

Entre tanto, Ino, la de infaustas bodas, huyó de su cámara y echó a correr, saltando descalza por rocosas colinas, en busca de un rastro del desaparecido Dioniso; errabunda, la ninfa anduvo de monte en monte, hasta que se introdujo en las hondonadas de la Délfica Pito[31]; y apenas si pudo detener su paso junto al bosque, donde habitan dragones, tan inconteniblemente se abalanzaba; arrancó de su desnudo pecho su túnica en señal de duelo, mientras seguía vagando enloquecida; y un pastor se estremeció al oír la queja de extraña lengua de la ninfa demente. A menudo amarraba a su escuálida cabellera la serpiente tres veces enroscada en torno a la silla de triple pie; y alrededor de la delicada cabeza coronaba la larga melena de un lazo viperino; luego echó a las vírgenes que servían el templo; no hubo entonces libaciones ni ritos públicos, ni ningún varón de Delfos se acercaba al lugar sagrado; las mujeres eran fustigadas con espinas de tensa hiedra que les laceraban los miembros. Y un cazador que vio a Ino vagar por los montes le entregó su lazo y estacas, con tal de evitarla. Cuando el cabrero condujo su manada bajo el pliegue de un peñasco saliente y fue a uncir el yugo de sudorosos bueyes, se espantó ante los saltos de Ino. Y la profetisa Pitia estranguló el sonido de su voz subterránea y se largó a correr por el monte, agitando en su cabeza el habitual laurel de Panópides[32]; su figura se hundió

[31] Pito es el antiguo nombre de la parte de la Fócide situada al pie del monte Parnaso, donde se encuentra Delfos (cf. *Il.* IX 405; *Od.* VIII 80).

[32] Panópide, otra ciudad, como Delfos, de la Fócide oriental. Su relación con el laurel puede proceder de asociar la región, sede del templo

entre los altos picos de las cimas y se refugió en la caverna Délfica, por miedo a la enloquecida Ino. Pero, en sus incursiones dentro del sinuoso bosque, no pasó inadvertida a Apolo, que todo lo ve; él llegó veloz hasta la espesura, compadecido por ella, y, tras asumir una forma mortal, se acercó a la ninfa; coronó de sabio laurel la cabeza de Ino, para conducirla al sueño; luego, roció con ambrosía todo el cuerpo dormido de la sufriente, bañando con relajante líquido sus excitados miembros. Así permaneció ella un buen tiempo en ese lugar del monte Parnaso, hasta la cuarta luna; y entonces, junto a la profética roca, instituyó los coros de Baco, aún niño, por profecía de Febo: con desveladas antorchas las Bacantes Coricias[33] tomaron parte en los perfumados ritos; en sus divinas manos reunían pócimas que alejan la locura para curar a la mujer.

Entre tanto, convocados por Atamante, se habían reunido rastreadores y buscaban por doquier a Ino; incluso las siervas marchaban a recorrer los montes en rondas de muchas vueltas, en busca de la errante huella de su dueña, que vagaba incapturable; y las mujeres, amigas de lamentarse, arañaban sus sangrantes mejillas con crueles uñas y se oprimían con los dedos sus rosados pechos; la casa entera, llena de aflicción, hacía correr por la ciudad su enorme lamento, lanzando su luctuosa queja. La ingeniosa Mistis era la que mayor dolor soportaba, pues doble pesar tenía: por la desgraciada Ino, mísera errabunda, y por el rapto de Dioniso.

---

de Apolo, con la historia amorosa con Dafne, ninfa perseguida por él y transformada en laurel.

[33] Entre las numerosas grutas de la región de Delfos, la más célebre es la gruta Coricia, sobre el Parnaso, conocida por su vegetación de azafrán (HERÓDOTO, VIII 36). Las Bacantes Coricias practican allí sus ritos dionisíacos.

Sin embargo, Atamante ya no lloraba a su pobre esposa, sino que echó olvido a su deseo por ella; y, después del lecho de su primera esposa Néfele, que le había dado dos hijos[34], ocupó la deliciosa cama de Temisto[35], la de ceñido talle. Tomó así por tercera esposa a la hija de Hipseo y abandonó su amor por Ino. Entre tanto, mediante dulces cantos de nodriza, consolaba y calmaba a Melicertes, que pedía por la madre; lo hacía dar vueltas por los aires y, cuando lloraba por el lácteo alimento de la teta, le ofrecía su pecho de hombre, para saciar sus ansias de madre.

Del lecho de Atamante, Temisto crió dos hijos guerreros, defensores del combate: Esceneo y Leucón[36], joven fruto viril de sus primeros partos; tras estos dos la madre concibió doble progenie de un único alumbramiento: Porfirión y Ptoo[37], a los que alimentó con su abundante pecho, como el retoño de una juventud, desconocedora de males. Sin embargo, a ellos, muy amados y de la misma edad, los mataría un día su madre Temisto, por creerlos hijos de una madrasta, la doble prole de la ilustre Ino[38].

---

[34] Atamante tuvo de su primera esposa Néfele dos hijos: Frixio y Hele (cf. Apolod., *Bibl.* I 9, 1; III 4, 3).

[35] Temisto, hija de Hipseo, casó con Atamante después de que éste se separara de Ino. Atamante tuvo con Temisto varios hijos que según los autores varían su nombre y su número. La tradición nos hablaría de cuatro hijos: Esceneo, Eritrio, Leucón y Ptoo, con alguna que otra variante en los nombres.

[36] Véase nota anterior.

[37] Porfirión parece ser una invención noniana.

[38] El tema del odio que las madrastras tienen por los hijos de otro lecho es corriente en Eurípides (cf. *Alc.* 305, 309; *Ión* 1025, 1270, 1330).

CANTO X

SUMARIO

— Locura de Atamante, vv. 1-44.
— Atamante mata a su hijo Learco y lo echa a un caldero, vv. 45-125: retorno de Ino; Ino toma a Melicertes y se hecha al mar.
— Discurso orgulloso de Sémele, vv. 126-138.
— Adolescencia de Dioniso, vv. 139-174: juegos con los sátiros.
— Episodio de Ámpelo, vv. 175-430: Dioniso se enamora de Ámpelo; competencias de lucha entre Dioniso y Ámpelo; carreras de Sátiros.

Y EN EL DÉCIMO, LA LOCURA DE ATAMANTE Y LA CARRERA DE INO, CÓMO HUYÓ HACIA LA OLA MARINA JUNTO AL RECIÉN NACIDO MELICERTES

Así fue como la madre se hizo asesina filicida a causa de su locura[1]. Y el padre de sus hijos, Atamante, a título de castigo que testimonia su falta —pues tenía como compañera a Temisto, asesina de su prole— fue azuzado por el furioso látigo[2]. Penetró en medio de sus tropillas y las azotó como si se tratara de siervos, mientras perseguía a los inocentes rebaños de lanudas ovejas. Tomándola por su joven cónyuge, alzó una cabra con dos críos en sus mamas rebosantes de leche nueva. Le sujetó las velludas patas con doble lazo y, desatando el cinto que rodeaba su cintura, fustigó el cuerpo de la ilusoria Ino que traía sujeta, sin advertir la falsa apariencia. Continuamente resonaba en sus oídos el estrépito del látigo de Pan Cronión[3]. A menudo, tambaleante, se

[1] Para la locura de Ino, ver canto IX 243-289.

[2] El dios Pan es tomado en la tradición mitológica como responsable de males sin causa aparente (EURÍP., *Med.* 1172; *Hipól.* 142; *Himnos órficos* XI, 23). Pero son las Erinias las responsables de su furia.

[3] Véase nota 2. Para el látigo de Pan compárese con XXI 118; XLIV 280. Nono sigue en este punto la tradición según la cual Pan es hijo de Crono y Rea, de ahí el nombre de Cronión.

arrojaba de su asiento cuando sus espantadas orejas oían un silbido de serpiente, y continuamente tenía tenso el arco. Mas por sobre la encorvada cuerda partía la flecha hacia vano blanco, rasgando el ileso aire.

Creía ver la viperina imagen de la diosa del Tártaro[4], y temblaba de miedo ante las abigarradas apariciones de su figura. Lanzaba una nívea espuma, testimonio de su locura, y daba la vuelta a sus amenazantes ojos llenos de embriaguez. Acechantes en errabundos ímpetus, los ojos se le inyectaban en sangre, y en las sienes las frágiles meninges de su cabeza daban vueltas, inestables. La tercera facultad de su alma quedó destruida, pues los firmes pensamientos quedaron alterados en su demente cerebro. En vacilantes giros danzaban como Bacantes sus visajes de hombre aguijoneado. La larga cabellera de su intensa cabeza se enmarañaba en torno de los hombros. Su boca balbuceaba y enviaba hacia los aires un extraño rumor de incomprensibles palabras que escapaba de sus labios. Los soplos de las Euménides[5] le arrebataron la inquietud por el alimento, propia de los mortales, y su lengua quedó entorpecida bajo una voz de Bacante.

Y cuando atisbó en torno de su rostro, bajo un torbellino, la extraña y falsa figura de la invisible Megera[6], el enfurecido Atamante fue sacudido por demencial agitación. De la terrible mano divina que perturbaba su mente quería arrancar el viperino látigo. Luego tras desenvainar la espada contra la

---

[4] Con esta expresión alude Nono a una de las tres Erinias, Alecto, Megera o Tisífone, pues ellas son las encargadas de vengar a la víctima de un crimen (cf. XII 294; XXXI 264).

[5] Euménides es un eufemismo apotropaico de las Erinias que significa «las benevolentes» (cf. XLIV 225; ESQ., *Eumén., passim).*

[6] Ver nota 4.

cabeza de la Erinia, se disponía a segar los ofídicos bucles de Tisífone[7]. Con vanas palabras se dirigía a un muro vecino, creyendo ver, sombría, la falsa imagen de la figura de Ártemis; y al ver, entre las ilusorias apariencias que se presentaban ante su vista, la volátil imagen, lo acometía el deseo de la caza[8].

Al fin, al cuarto año, Ino, después de verter variados llantos, volvió de regreso a su casa. La ninfa encontró a su esposo aguijoneado por la locura y a Temisto, madre de varones, y acogió doble dolor. Su compañero de lecho no reconoció a la esposa, cuando vio a Ino que tras largo tiempo, volvía de la campaña. En cambio, sentía un deseo de cazar que le impulsaba las rodillas en busca de ciervos, y se lanzó hacia las montañas con impetuoso pie, pues vio a su hijo y lo tomó por una cornuda fiera; con el arco tenso se precipitó hacia los altos tras Learco, creyendo ver en una falsa figura un ciervo de alzada cornamenta, semejante al cuerpo de las bestias. Pero, en su huida, el muchacho dio alas a las articulaciones de sus piernas y las hizo más veloces. Entonces, arrojó con sus frenéticas manos volátil dardo, al punto que el padre derribó a su joven hijo con infanticida flecha. Cortó con su cuchillo la desconocida cabeza, que se le figuraba de un ciervo. Y por no significarle nada ese rostro, reía acariciando la prominencia de ensangrentada quijada, y la sobaba como la de una fiera. Y luego, con el impulso de su locura, corría mientras su insepulto hijo Learco aún palpitaba, y se lanzó sobre la madre, echando torvas

---

[7] Ver nota 4. Sobre el aspecto viperino de las Erinias, cf. Esq., *Coéf.* 1050; Euríp., *Orest.* 250).

[8] Ya en Sófocles (*Áyax* 126 y 172), Áyax, también en estado alucinatorio, se encuentra con un fantasma de Ártemis. La alusión a la caza viene de la cualidad de la diosa.

miradas. Ninguno de los sirvientes se aproximaba siquiera. Errante, vagaba por el palacio de siete defensas con veloz paso, y llamaba al joven hijo que acababa de matar. Y al ver en la cámara al infante Melicertes[9], recién puesto a dormir, colocó un caldero resoplante de fuego sobre el hogar y puso dentro a su hijo; cuando la tea ardía, bullía el asesino recipiente en medio de un vaho acuoso.

El joven niño gritó llamando a su padre, mas ninguno de los siervos vino a asistirle. Entonces su madre llegó como una ráfaga, y arrancó del caldero al niño a medio quemar por el fuego, pues en errabundo curso corría Ino, rápida como el viento. Y como atravesaba la polvareda de la Llanura Blanca, fue llamada por el nombre de Diosa Blanca *(Leucótea)*[10]. Atamante salió con furor de la cámara, hacía volar sus rodillas como el viento, y perseguía infructuosamente a Ino, más veloz en la carrera por los montes. Pero cuando su terrible esposo se le aproximó con inestable paso de resbaladiza huella, la desdichada se detuvo al borde de la mar que bañaba sus pies y, con lastimera voz, se lamentó por su gimiente hijo, reprochando al Crónida y a su mensajero, el hijo de Maya:

«Bella paga, dios del refulgente rayo, me das por la crianza de Baco[11]. ¡Mira a este niño, compañero de Lieo, a medio consumir! Si lo quieres, ¡Aniquila con tu implacable rayo a la madre y a su joven hijo, a quien yo criaba en un mismo seno como hermano de leche de Dioniso, vuestra divina progenie! ¡Hijo, gran diosa es la Necesidad! ¿En

[9] Véase canto V, nota 83.

[10] Véase canto IX, nota 13.

[11] Cf. IX 55-93, donde Hermes le anticipa a Ino que ella va a recibir benificios del Crónida por la crianza de Dioniso.

quién buscarás refugio? ¿Qué monte te recibirá en tu huida hasta la vera del mar? ¿Qué Citerón[12] te ocultará en una oscura gruta? ¿Qué mortal te llorará, si tu progenitor no te compadece? ¿Acaso el hierro o la mar habrán de recibirte? Pues si es forzoso morir, es mejor en las aguas que por el cuchillo. ¡Sé de dónde se ha precipitado este pesar sobre la que te ha parido, sé de dónde! Néfele[13], por cierto, envía sobre mí a las Erinias a fin de que yo muera en la mar, donde cayó la virgen Hele[14]. Pero he oído que, transportado por los aires hasta la tierra de Cólquide, como aéreo jinete de un rapaz borrego, vive aún en el exilio Frixo[15]. ¡Ah, si también él pudiera viajar a través del cielo sobre un carnero de áureos vellones y así hallar salvación lejos de su patria, mi hijo Melicertes! ¡Ah, si después de Febo, apiadándose de tu madre, también Posidón, el que acogió a Glauco[16], te salvara a ti!

Temo, después de la suerte del insepulto Learco, verte también muerto, sin tumba, no llorado, perdido, tembloroso ante el ensangrentado cuchillo de tu padre. Procura huir del alocado Atamante, y no mires al infanticida padre, asesino de tu madre. Acéptame también tú, mar, después de la tierra;

[12] Se evoca aquí el monte que acogió a Edipo (cf. Sóf., *Edipo rey* 421).

[13] Néfele es la primera esposa de Atamante.

[14] Hele, hija de Atamante y Néfele. Según ciertas tradiciones mitológicas, Hele y su hermano Frixo intentaron huir de la venganza de su madrastra Ino en un carnero volador, pero ella cayó al mar, mientras que él logró salvarse (cf. Apolod., *Bibl.* I 9, 1).

[15] Ver nota anterior.

[16] Glauco, ya mencionado en I 111, es a menudo puesto en relación con Melicertes (cf. Virg., *Eneida* V 823; Ovid., *Metam.* XIII 198 ss.). El salto de Glauco en el mar sirve aquí de modelo al de Ino. Glauco se habría vuelto un dios del mar por haber probado una planta de la inmortalidad (cf. XXXV 73-77).

recibe, Nereo, también a Melicertes con hospitalaria mano después de Perseo[17]; recibe a su vez a Ino como compañera de travesía en el cofre de Dánae[18]. Merecidamente padecí por mi impiedad, dado que el Crónida volvió sin semillas a mi propio linaje así como sin semilla dejé el nutricio surco de la tierra[19]. Como de algún modo soy madrastra, elijo segar el bastardo retoño de Atamante, y Hera, vuelta madrastra del recién nacido Dioniso, se irrita contra mí.»

De este modo habló y, con temblorosos pasos, de un salto, impetuosamente se tiró de cabeza al mar junto con su hijo. El de oscura cabellera acogió con sus manos extendidas a Leucótea, para que compartiera la morada con las divinidades acuáticas. Desde entonces, ella socorre a los navegantes extraviados, y fue la marítima Ino Nereida timonel de una calma sin estrépitos.

El soberano Crónida la presentó a la madre de Lieo, que gracias a Bromio era una diosa; y Sémele, gozosa, clamó un mordaz discurso frente a su hermana que recorre el mar:

«Ino, tienes el mar. Sémele obtuvo por destino la bóveda del Olimpo; déjame paso, pues como inmortal esposo tuve al Crónida, labrador de mi progenie, quien en mi lugar dio

[17] Son numerosas y variadas las alusiones a Perseo dentro de la obra: aquí se hace mención a cuando Perseo y su madre Dánae fueron puestos en un cofre y arrojados al mar a la deriva por Acrisio, padre de Dánae.

[18] Ver nota anterior.

[19] La impiedad de Ino se refiere a las maniobras de las que ella se valió para provocar la esterilidad del suelo a fin de vengar a los vástagos del primer lecho de su esposo (cf. AP. RODIO, *Arg.* II 1194; III 191). Nono menciona de manera elíptica las distintas causas que se han dado sobre la locura de Ino: así, en X 96-98, es el odio de Néfele que le envía a las Erinias; en X 118 es la venganza de Hera por la crianza de Dioniso.

a luz con el dolor de mi parto. Mas tú fuiste dada en matrimonio a un esposo terreno, Atamante, asesino de tu prole. Tu niño consiguió el mar. Mi hijo vendrá a habitar el cielo, a la superior morada de Zeus. No comparo pues al celestial Dioniso con el sumergido Melicertes.»

De tal modo bramó la etérea ninfa Sémele; se burló con bramidos de la vida de su hermana Ino, habitante del mar.

Entre tanto, Dioniso, en la región del país Lidio[20], hacía girar los báquicos instrumentos de la Cibeleide Rea[21] y crecía en tamaño cuanto deseaba. A la hora del mediodía escapaba al látigo de Helio, que atraviesa las alturas, y bañaba su cuerpo en el curso del río Meonio[22], que se agitaba pacíficamente. Con agrado para Lieo, ruidosamente fluía el Pactolo[23], y derramaba su agua sembradora de oro a través de sus brillantes arenas; el dorado pez se agitaba en un opulento abismo de riquísimas minas. Entretanto, los Sátiros danzaban y, tras levantar los pies en el aire, se arrojaban de cabeza al río. Uno de ellos nadaba autoimpulsado remando con sus manos, inclinado hacia adelante entre las estrepitosas olas y, al hundir sus plantas en la rompiente, dividía el agua, fluyente con riqueza, con sus pies extendidos hacia atrás; entonces, otro se sumergía en la profundidad de las grutas submarinas a buscar en el fondo la abigarrada caza de los que tienen aletas por pies, y extendía su insensible mano sobre los nadadores peces, y abandonaba a su vez la profundidad, y ofrecía a Baco peces que enrojecían en el barro del

---

20 Lidia es la tierra de Rea.

21 Rea, identificada con Cíbele, ya fue mencionada como nodriza de Dioniso en IX 145-243.

22 Río de Lidia.

23 Río de Lidia.

río rico en tesoros. Sileno[24], el encorvado vagabundo, en disputa con el Sátiro, entrelazó sus seguras palmas con los pies y, rodando sobre sí mismo, se lanzó de cabeza en la corriente, desde lo alto hacia el profundo abismo; rozaba el lodo con su melena; luego apoyó ambos pies en el reluciente fango para explorar la pedregosa riqueza del río. Otro, en la desembocadura, mostraba su espalda al aire con los hombros secos e, inquebrantable, sumergía sus caderas en el agua profunda. Otro, con las orejas desnudas, mojaba sus velludos muslos en el fúlgido líquido, y alrededor de sí su congénita cola azotaba la corriente. El dios irguió su cabeza y desplegó su pecho, armó con ramas sus manos y rasgó la dorada calma. Las quietas riberas escupían una rosa criada por sí misma, y un lirio brotó, mientras las Estaciones coronaban las costas en que Baco se bañaba; los no trenzados rizos de su negra melena enrojecían en la brillante corriente.

Cierta vez, mientras cazaba bajo una umbrosa hendidura del bosque, fue cautivado por la rosácea figura de un mozo desu edad. En verdad, el joven Ámpelo[25] crecía, juguetón, bajo la sierra Frigia, recién nacido, vástago de Amores. El blando vello de su rosada barbilla no irritaba los imberbes círculos de su mejilla de nieve, dorada flor de la juventud; y los espiralados racimos de su melena, no trenzados, se agitaban sobre sus blancos hombros merced al silbante viento, y eran elevados por su soplo; y su cuello, altibrillante, rotaba desnudo en medio de los cabellos que caían de costado, su

[24] Sileno, sátiro de mayor edad, acompañante, en algunas tradiciones, del coro de Dioniso (APOLOD., *Bibl.* II 5, 4).

[25] Ámpelo, «que significa cepa de vid», era un joven amado por Dioniso hijo de un sátiro y una ninfa. Nono dedica a esta historia lo que resta de este canto y los dos siguientes.

esplendor hería la sombra, tal como brilla Selene cuando hiende la húmeda nube, al mostrarse en medio de ella. De su rosada boca brotaba una voz de dulce acento, y la primavera toda surgía de entre sus miembros; a causa de su plateado pie ambulante, el prado enrojecía de rosas; y si tornaba sus ojos con su muy brillante círculo de resplandores como ojos de buey; Selene toda brillaba.

Dioniso lo tenía como compañero de juegos, y con él se divertía tiernamente; le hablaba como mortal, con una voz admirada por su belleza y, urdidor de astucias, ocultaba su inmortal naturaleza:

«¿Qué padre te engendró? ¿Qué celeste vientre te dio a luz? ¿Cuál de las Gracias te parió? ¿Qué bello Apolo te sembró? Habla, amigo, no ocultes tu origen. Si llegas como otro Eros, sin alas, sin dardos, sin ayuda de un tahalí; ¿quién entre los Bienaventurados te engendró al acostarse junto a Afrodita? También yo, en efecto, temo nombrar a Cipris como tu madre, no sea que llame padre tuyo a Hefesto o a Ares. Pero si tú eres a quien llaman Hermes, y como tal llegaste del éter, muéstrame tus ligeras alas y las vivas suelas de tus sandalias. ¿Por qué usas tu intacta cabellera caída sobre el cuello? ¿Acaso tú, por ti mismo, llegaste hasta mí sin cítara, sin arco, como un Febo de tirante cabellera, agitando desatados rizos? Si el Crónida me engendró, y tú, de una terrena raza, llevas la sangre efímera de los cornobóvidos Sátiros, reina junto a mí, mortal con dios, pues la olímpica sangre de Lieo no despreciará tu celestial imagen. Pero, ¿por qué te convoco a ti, que provienes de una efímera raza? Reconozco tu estirpe, aunque trates de ocultarla. Selene, después de acostarse con Helio, te parió, en todo parecido al

gracioso Narciso[26]; tienes, en efecto, un etéreo y extraordinario aspecto, imagen de la cornuda Selene.»

Tal fue el discurso que expuso Dioniso. El joven se regocijaba por lo dicho, orgulloso de superar la belleza de su coetáneo con su más radiante aspecto. Y si el mancebo componía una melodía en el montañoso bosque, Baco, al oírla, se deleitaba; si el joven permanecía lejos, aquél tenía tristes las mejillas; si un Sátiro tocaba los tímpanos con sus manos en una parte de la danzarina mesa y producía un resonante ruido a su alrededor, y el joven estaba lejos en busca de la caza que atraviesa los ciervos, entonces Dioniso desdeñaba el doble sonido; si por un rato se demoraba a esperar, junto a la florida corriente del Pactolo, a que el joven le trajera a él, su rey, un agua dulce para su cena, Baco era azotado por la aflicción mientras el muchacho permanecía lejos; si éste levantaba su animosa flauta, instrumento de la libia Eco, para lanzar un agudo soplo con hinchada mejilla, Baco creía oír al flautista Migdonio, a quien engendró el divino Hiagnis[27], que para su mal desafió a Febo al presionar sobre su cara la agujereada flauta de Atenea, de redoblante sonido; cuando compartía la comida con el adolescente tenía los oídos muy complacidos mientras el muchacho hablaba, y cuando cesaba de hablar, se abatían sus mejillas;

[26] Narciso como descendiente de Selene es aislado (cf. XLVIII 582). La tradición lo hace hijo del dios Cefiso y de la ninfa Liríope (cf. Ovid., *Metam.* III 341-346).

[27] Hiagnis, padre de Marsias, pasa por ser el inventor de la doble flauta y de diversas técnicas musicales (véase canto I, nota 19). La flauta como instrumento de la libia Eco hace mención a la invención de la flauta por Atenea para imitar los silbidos de las Gorgonas libias (cf. XXIV 38; Píndaro, *Pít.* XII 7-10).

si Ámpelo, arrebatado por el aguijón de un saltarín deseo, se enrollaba con danzante agitación de sus pies y entrelazaba su mano con un Sátiro juguetón, mientras bailaba y alternaba oblicuamente un cambiante pie con el otro, entonces Baco se turbaba al espiarlo con celoso cuidado. Si el joven se encontraba un momento con los Silenos y se reunía con algún joven cazador de su edad para un recorrido de caza, Dioniso, celoso, lo retenía, para que ningún servidor de Amores, alcanzado de la misma forma por un seductor dardo, extraviara el inconstante deseo del muchacho y apartara de Lieo al deseado joven, porque el recién florecido muchacho agradaba a un camarada de su edad. Mas cuando Baco levantaba su tirso contra un furioso oso, o derribaba con su pesada férula a una leona, dirigía su mirada oblicuamente hacia el aire, para extender sus ojos hacia el ocaso, no fuera que el viento del Céfiro, portador de la muerte, soplara de nuevo como en otro tiempo cuando el cruel soplo mató a un adolescente, al hacer volver el arrojadizo disco contra Jacinto[28]; temía que el Crónida pudiera aparecer sobre el Tmolo[29] como el pájaro de encantadoras alas de Amores, imprevisto e imperceptible, y llevarse al muchacho al cielo con sus desconsideradas garras, igual que lo hizo con el muchacho troyano[30], escanciador de sus copas; temblaba también ante el soberano del mar, perdidamente enamorado, por temor a que después del Tantálida[31], que monta dorados carros, el que sacude la tierra condujera el alado

[28] Véase canto III, nota 37.

[29] El Tmolo es un monte de Lidia (*Il.* II 866; EURÍP., *Bac.* 65).

[30] Ganimedes.

[31] Pélope, hijo de Tántalo raptado por Posidón (PÍNDARO, *Olímpica* I 36-45).

carro que atraviesa los aires y, loco de amor, se apoderara de Ámpelo.

El dios tenía un dulce sueño sobre su lecho engendrador de sueños, y amigables palabras le decía al simulacro del joven al ver las fantasmales visiones de imitada figura. Si su encantadora visión tenía algún defecto, era atractivo para el apasionado Dioniso, y más amado que el cuerpo entero del adolescente. Si la extremidad de la cola se extendía recta por su cadera, esto era para Baco más rico que la dulce miel; y los enmarañados rizos de su descuidada cabeza, por sí mismos, alegraban más la vista del enamorado. Por un día se había regocijado como compañero suyo; y a medida que se acercaba la noche, se afligía continuamente, puesto que no aceptaba dejar de escuchar la familiar voz del muchacho con sus fascinados oídos, cuando iba a pernoctar en las cavernas de Rea, la de robustos hijos. Al verlo un Sátiro que lo miraba embelesado por su divina figura, pronunció con disimulo un clandestino discurso amoroso:

«Amigable Persuasión, administradora del corazón humano, concédeme que este único joven sea amable y benévolo conmigo; si, como Baco lo poseyera, no deseo habitar el amigable cielo cambiando de hogar. Ni querría ser un dios, ni Faetonte que brilla para los mortales; no arrastro deseo de néctar ni estoy deseoso de ambrosía. No me preocupa que el Crónida me aborrezca, si Ámpelo me ama.»

Así éste, mientras guardaba en su corazón la flecha de Amor, pronunció un engañoso discurso con envidiosa voz, mientras sostenía una poción mezclada con admiración. Pero también el mismo Evio, alcanzado por el dulce aguijón del mancebo, clamaba sonriente al Crónida, su padre, perdidamente enamorado:

«Concédeme una gracia a mí, que amo, frigio Zeus[32]. De niño aún, Rea, mi nodriza, me dijo que le procuraste su esplendor a Zagreo, el primer Dioniso[33], cuando todavía balbuceaba: tu ardiente punta, el estrépito del trueno y la dispersión de la aérea lluvia; y cuando todavía era una criatura, él era un segundo Zeus lluvioso. Mas yo rechazo el etéreo fuego de tu rayo; no quiero la nube, ni el estruendo del trueno; pero si quieres, entrégale al ardiente Hefesto la chispa del rayo; tenga Ares el velo de tus nubes como coraza; concédele como gracia a Hermes el estrépito del trueno procedente de Zeus, y que Apolo levante el esplendor de su progenitor; sólo a mí, a Dioniso, amante de la danza, déjame al muchacho. ¡Qué bello para mí alzar el esplendor asesino de Sémele!, si las centellas de rayo que mataron a mi madre me son funestas. Vivo en Meonia. ¿Qué tienen en común pues el cielo y Dioniso? La belleza de mi Sátiro es más amada para mí que el Olimpo. Dímelo, padre, no me lo ocultes. Júralo por tu joven amigo, como cuando como un águila, al muchacho levantabas hasta el cielo sobre las colinas del Teucro Ida con tu clemente ala rapaz. ¿Tan grande hermosura recibió el adorador boyero de Dioniso, a quien tú hiciste participar en una etérea mesa aunque aún hedía a establo de bueyes? Padre Zeus, de largas alas, ojalá me seas favorable; no me hables del Troyano escanciador de vino, servidor de tus copas, puesto que el seductor Ámpelo, con el centelleo de su más radiante rostro hace a un lado la figura de Ganimedes; el de Tmolo aventaja al de Ida[34]. Existen

[32] El Zeus frigio hace alusión a la infancia de Zeus al cuidado de Rea (cf. Euríp., *Troy.* 1288).

[33] Ver canto V, nota 86.

[34] Nueva referencia al Ida, lugar de nacimiento de Ganimedes.

muchas hileras de otros deseables mancebos, a todos los cuales, al mismo tiempo, si quieres puedes acariciar, más déjale un joven, uno sólo, a Lieo.».

De tal modo se expresó, impulsado por el aguijón del deseo. En el espeso bosque Magnesio, cuando el boyero Apolo, herido por el dulce aguijón del amor por un muchachito, apacentaba así los bueyes de Admeto[35], no era tan intenso como cuando Baco deleitaba su corazón al jugar con el mancebo. Ambos se divertían juntos entre la maleza, unas veces lanzando al aire el tirso errante...[36], otras, sobre una playa sin sombras; en cierta ocasión marcharon hacia las rocas a cazar cachorros de león montaraz. En otras, aislados sobre una ribera desierta, jugaban en las arenas del arenoso río, y sostenían en alegre lucha una contienda. No había para ellos un trípode como premio del combate, ni a su disposición había por la victoria un cántaro adornado con flores, ni caballos de pastura, sino la flauta del Amor que duplica su son, de clara voz. La disputa era deseada por ambos; así pues, en medio se lanzó el enloquecido Eros, como un alado Hermes guerrero, y entrelazó una guirnalda de amor hecha con flores de narciso y jacinto. Ambos llegaron hasta el centro como campeones de Amores e hicieron girar en círculo sus palmas a lo largo de la espalda, y tras estrechar un vínculo de ambas manos sobre la cintura, unieron los flancos del codo y con las manos levantaron sus cuerpos el uno al otro, alternativamente, por encima de la tierra; y en

[35] Apolo tuvo que cuidar el ganado de Admeto, rey de Tesalia, como una expiación por la muerte de los Cíclopes. En esa oportunidad ocurrió el amor del dios por el joven Admeto debido a su gratitud (cf. CALÍM., *Himn.* II 49; OVID., *Heroidas* V 151).

[36] Keydell supone una laguna no admitida por G. Chretién *(Les Dyonisiaques* 4, París, 1985, v. n. *ad loc.).*

la placentera lucha Baco alcanzaba el Olimpo y sentía un doble goce amable al ser levantado y levantar. Ámpelo envolvió con su mano la muñeca de Bromio, y a la vez que apretaba el doble lazo con las manos atadas, juntaba sus ensamblados dedos con doble atadura, y ceñía la diestra del gustoso Dioniso. En aquel momento, Baco, rodeando con sus manos el talle del adolescente, apretó su cuerpo con amantes brazos, y levantó a Ámpelo; asimismo, éste alcanzó a Bromio con un golpe en la rodilla. Evio rió, fue golpeado por el tierno pie del coetáneo mancebo, y se deslizó estirado de espaldas en la arena; al estar Baco extendido voluntariamente encima de la tierra, el muchacho se sentó sobre el desnudo vientre; no obstante, aquél, alegre, extendido a lo largo por aquí y por allá, se había situado cerca de la orilla y levantaba la dulce carga con su estómago; tras apoyar su huella, que desgasta la tierra, en forma perpendicular sobre la superficie de la arena mantuvo su espalda dada vuelta en el aire, mas ostentaba clemente virilidad, y con luchadora agitación de su desdeñada mano desvió el peso de Amores. El adolescente, muy astuto, puso sus costados de manera oblicua, acercó el brazo al polvo y se lanzó sobre la espalda adversaria, torcido sobre sus lados. Unió sobre los flancos la punta del pie a una rodilla y fijó su huella junto al tobillo; ciñó el medio del estómago con doble atadura, oprimió alrededor los flancos y encogió bajo la rodilla el pie, extendido en forma recta. Al rodar ambos en el polvo, el sudor, que preanuncia la fatiga, comenzaba a fluir. Por mantener la imagen de su padre, el campeón Zeus, tardíamente vencido aún siendo invencible, Dioniso, gustoso, fue vencido, porque incluso el mismo gran Zeus, movido por sí mismo, se inclinó al frente de los antepasados de

Alfeo, tras hacer rodar las voluntarias rodillas a Heracles[37].

Tal divertida contienda se había realizado; y la mano del adolescente, gozosa, levantó en carácter de premio la flauta de doble sonido. El joven, empapado en sudor, hacía brillar sus miembros en la corriente, y se limpiaba el húmedo polvo; del cuerpo limpio y resplandeciente fluía un amable resplandor. Al conceder la victoria del combate, Baco no cesaba de jugar como camarada del adolescente de robustos miembros, sino que instituyó un ventoso certamen de agilidad. Trajo veloces aspirantes al amor por la disputa. Al primero le ofreció como regalos los instrumentos de la Cibeleide Rea, los címbalos de dorso de bronce y los jaspeados cueros de los cervatillos; los segundos premios de la victoria eran la compañera de Pan, la siringa de dulce lenguaje y un sonoro escudo de piel de buey guarnecido de bronce; al tercero, cantando, Dioniso asignaba la prestísima arena roja del río. Bromio delimitó el repartido suelo para la carrera, midió los dos extremos de la alargada pista, erigió una estaca de diez palmas sobre la tierra del camino, colocó un leño largo como límite del recorrido, y fijó enfrente, en la orilla, un tirso como señal de partida; además alentó a los Sátiros a competir por la victoria. Entonces, mientras Lieo, amante de la danza, lo animaba, Leneo[38], veloz como el viento, rápidamente se precipitó primero. Luego, el trotón Ciso[39] y el deseado Ámpelo se levantaron en torno a él. Decididos y confiados en la ágil planta de sus pies, que marcha rectamente,

[37] El combate entre Heracles y Zeus en Olimpia está atestiguado por LICOFRÓN, *Alejandra* 40 ss.

[38] Leneo es la personificación, inventada por Nono, de *lênós*, que significa «trapiche».

[39] Ciso es la personificación de la hiedra.

se pusieron de pie en orden; y Ciso, al levantar en lo alto del aguzado suelo su aérea huella, volaba a causa de la arremolinada agitación de sus miembros. Leneo acudía corriendo a la par de los vientos airosos y calentaba la espalda del apresurado corredor con su aliento, y aparecía junto al puntero; entonces, tocó con las huellas de su trasero pie los pasos que tocaban el polvo levantado; dejaba atrás la distancia entre ambos, limitándola, tal como un contralizo de telar, cerca del pecho de una laboriosa muchacha, alcanza, puesto en medio, una región cercana al inflexible seno. Ámpelo, que llegaba después, estaba tercero; entonces Dioniso, al dirigir su mirada hacia ellos, envidioso se consumía y observaba que dos campeones corrían por delante, temeroso de que en cualquier momento vencieran y Ámpelo llegara después. Con todo, el dios lo defendió y, tras infundirle ánimo, le asignó un mancebo más veloz que el rápido huracán. Y Ciso, primerísimo entre dos competidores apresurados del certamen, agitó fuertemente sus rodillas en la húmeda arena, se resbaló y cayó en el arenoso lodo. El vacilante impulso de la rodilla de Leneo fue frenado mientras dominaba de nuevo el curso de sus pies. Entonces, ambos competidores quedaron atrás y Ámpelo se apoderó de la victoria. Los Silenos ancianos proferían un Báquico bramido, llenos de asombro por la victoria del mancebo; un joven de abundante cabellera había recibido los primeros premios; los siguientees los recibió Leneo con envidia. Éste sabía del celoso ardid y del deseo de Lieo. Entonces Ciso, con vergonzosa mirada, observó a sus compañeros y con abatida mano recogió los últimos trofeos.

CANTO XI

SUMARIO

— Dioniso saluda al victorioso Ámpelo y lo reta a una carrera en el agua, vv. 1-40.
— Dioniso cede la victoria a Ámpelo; Dioniso y Ámpelo en el bosque; anuncio de la muerte de Ámpelo, vv. 41-113.
— Muerte de Ámpelo, vv. 114-223: Ate se dirige a Ámpelo para persuadirlo de que monte un toro; Ámpelo monta al toro; el toro mata a Ámpelo.
— Tristeza de Dioniso, vv. 224-350: los Sátiros anuncian su muerte a Dioniso; lamentos de Dioniso; Dioniso implora a Zeus que resucite a Ámpelo.
— Discurso de Eros a Dioniso, vv. 351-484: episodio de Cálamo y Carpo.
— Las Estaciones marchan a la casa del Sol; descripción de las Estaciones, vv. 485-521.

OBSERVA EL ONCE Y VERÁS AL ENCANTADOR ÁMPELO LLEVADO POR UN TORO HOMICIDA Y LADRÓN

La contienda había terminado. El amable joven se mostraba orgulloso de haber sido el vencedor en sus juegos predilectos. Saltaba alrededor de Dioniso, su compañero coetáneo, describiendo círculos concéntricos con sus errantes pies que se sucedían alternativamente, mientras apoyaba su blanca mano derecha sobre él. Mas, al verlo Iobaco[1] que brincaba alrededor de sus pies tan arrogante por sus dos victorias, comenzó a adularlo con amables palabras:

«Querido muchacho, tú has vencido en la carrera y en la lucha pedestre. Bien, intenta ahora de nuevo participar de un tercer certamen. ¡Vamos, Ámpelo!, nada, pues, contra Baco, tu rival nadador, sin que yo te pueda alcanzar. Pues ya me venciste luchando en la arena. Bueno, sé también más veloz que Dioniso en la desembocadura de los ríos. Pero deja, entonces, a los Sátiros que aún se entretienen con saltos y ponte en marcha de nuevo hacia un tercer certamen.

¡Que venzas en tierra y en agua, así yo, después de tu victoria, podría coronar tus encantadores bucles con una

[1] Nombre de Baco que refiere a la invocación que se le hace bajo el grito de ¡ío Baco!

doble guirnalda por ser doblemente vencedor del invencible Lieo!

Esta amable corriente es adecuada para ti. Sin duda es apropiada sólo para la belleza de tus miembros, dado que allí tú podrías reflejarte y ser un doble Ámpelo mientras cortas con tu dorada mano la corriente de dorado brillo. Toda el agua del Pactolo[2] será un adorno de tu belleza y tú extenderás tus desnudos miembros, mientras abrazas la victoria.

¡En marcha, dad al río el mismo regalo Olímpico que Faetonte, pues él mismo arrojó al Océano sus rosados rayos luminosos! Suministra al Pactolo tú también tu brillo, para que de este modo pueda Ámpelo mostrarse en su levante como Fósforo[3]. Ambos son radiantes: esta corriente con sus enrojecidos metales y tú con tus miembros. Recibe, entonces, en las profundidades de tus aguas a este adolescente que tiene la imagen de tu mismo color y combina tu belleza con su belleza para que yo pueda gritar a los Sátiros: '¿Cómo el rosa va hacia el rosa? ¿Cómo es posible que se mezcle en un único destello tanto la purpúrea piel como la brillante corriente?'

¡Ojalá, muchacho, la corriente del Erídano[4] se encontrara aquí mismo, donde están las abundantes lágrimas de las Helíades[5], pues allí yo podría bañar tus miembros con el oro

---

[2] El Pactolo es un río de Lidia, actual Sarobat (cf. HERÓDOTO, V 101, 2).

[3] Fósforo, la estrella de la mañana, esto es, el planeta Venus, el Lucero, que trae o anuncia la luz del día.

[4] Río del norte de Italia, descendiente de los Alpes occidentales, el actual Po (cf. EURÍP., *Hipól.* 737). Sobre su leyenda, cf. XXXVIII 432-434.

[5] Las Helíades, hijas del Sol y Clímene y hermanas de Faetonte, lloraron la muerte de su hermano en las márgenes del Erídano, cuando Zeus lo alcanzó con su rayo y lo precipitó en el río (cf. OVID., *Metam.* II 340; AP. RODIO, *Arg.* IV 595 ss.).

y el ámbar a la vez! Pero, como vivo demasiado lejos del río del oeste[6], iré hacia la cercana ciudad de Álibe[7], donde el vecino Geudis[8] emblanquece su cauce de ricas aguas. Allí, querido Ámpelo, yo te haré brillar en sus corrienes de plata, una vez que hayas terminado tu baño en el Pactolo.

Y que el caudaloso Hermo[9] se ocupe de los otros Sátiros. Pues él no tiene una dorada corriente. Ahora bien, sólo tú eres un muchacho de oro; que poseas, entonces, el agua dorada».

Tras hablar así se zambulló en las aguas. Inmediatamente, Ámpelo se levantó del suelo y se largó a la par de Lieo. En agradable curso ambos nadaron en círculos de un extremo al otro del opulento río. La carrera de velocidad en el agua se había alargado; el dios nadaba ligero pero con ritmo inconstante y lanzaba contra la corriente su desnudo pecho. Así, mientras batía sus pies y remaba con sus manos, rayaba la inconmovible superficie de la opulenta bonanza. Por momentos avanzaba en la carrera a la par de su compañero de la misma edad; por momentos se lanzaba rápido procurando, tanto como podía, dejar en el camino a Ámpelo, que marchaba junto a Baco. A veces cerraba en círculos sus manos como fatigado por las olas y, voluntariamente, pese a la velocidad de sus pies, cedía la victoria al otro nadador.

Luego de dejar la corriente del río, Ámpelo se fue al amparo del bosque, con altanero cuello por la victoria en el río. Pronto ciñó sus bucles con un viperino ramillete imitando

[6] Se refiere al Erídano.

[7] Álibe es una ciudad del Asia Menor donde habitaban los halizones. Era famosa por sus minas de plata (cf. *Il.* II 857).

[8] Geudis, río de Asia Menor.

[9] El Hermo es un río de Lidia, actual Gediz (cf. *Il.* XX 392; HERÓDOTO, I 55).

la vaporosa imagen del dracontino Lieo. Así pasaba su tiempo; a menudo, al ver el vestido moteado de Bromio, echaba sobre sus miembros una falsa vestidura de varios colores y apretaba sus ligeros pies con un calzado de color púrpura, mientras cubría su cuerpo con un moteado vestido. Y si veía por las montañas a Iobaco, conductor de panteras, en su carro, hacía alarde de sus jubilosos entretenimientos jugando con las fieras amantes de las rocas. Unas veces, montado sobre el velludo lomo de un oso montañés, tiraba atrás la terrible cabellera de la hostigada fiera; otras veces golpeaba el velludo cuello leonino. A veces, incluso, conducía imperturbable los desenfrenados tigres.

Pero al verlo, Dioniso lo amonestó con un amable tono amenazante, a la vez que le dirigía amistosas palabras proféticas. Él dejó fluir de sus reprochantes labios una misericordiosa voz:

«¿Por dónde andas, querido muchacho? ¿Por qué el bosque te es tan grato? Vamos, quédate conmigo, mientras cazo, y caza junto a Dioniso. Festeja con Lieo cuando toca la fiesta. Celebra mis fiestas cuando despierto en los Sátiros las celebraciones.

No me turba la pantera ni la mandíbula del salvaje oso. No debes temer la violenta boca de la leona montaraz. Pero eso sí, cuídate mucho de los cuernos del amargo toro.»

Así habló al corajudo Ámpelo con compasión. El muchacho oyó las palabras con las orejas, pero en su interior su pensamiento continuaba aún en el juego.

Repentinamente, un gran signo se manifestó allí al cariñoso Dioniso y le anunció que Ámpelo viviría poco. En efecto, un cornudo dragón, muy grande, surgió de las escarpadas piedras y cargó sobre su lomo lleno de escamas a un cervatillo recién nacido. Lo llevó sobre un altar encima de

una fundación y con sus terribles cuernos dio muerte al condenado, que tras rodar, se desplomó. Y en el mismo instante que el montañés cervatillo pegó un agudo grito, su alma lo abandonó volando muy lejos. Inmediatamente el altar de piedra se enrojeció salpicado por sangrientas gotas. El chorro de sangre que se derramaba como el vino venía a anunciar la futura libación.

Y al ver Evio al reptil, cornudo raptor del cervato, se dio cuenta de que un cornudo ser destruiría al adolescente privado aún de razón. Mezcló, entonces, risa con dolor y tuvo un incierto y doble pensamiento; su corazón se hallaba partido en dos; así como lloraba por el adolescente, así también reía por el dulce vino.

No obstante esto, él marchó en compañía del encantador muchacho hacia la montaña, hacia la planicie y hacia el recorrido de la habitual caza. Baco se regocijaba al verlo aún. En efecto, sus ojos jamás lograban saciar el deseo de las cosas que miraban. A menudo, el adolescente sentado a la mesa junto a Bromio le correspondía tocando una música inhabitual y confundía por ello todos los tonos de la flauta. Pero aun cuando rompía el tono de la melodía, Baco hacía como si el niño tocara bien y brincaba sobre el suelo sacudiéndose en el aire y golpeando sus manos de modo resonante. Y mientras el joven aún cantaba, él apoyaba sus labios en su boca y lo abrazaba en afectuosa unión con la excusa del armonioso acorde. Luego, le juró por Zeus que Pan, que compone himnos, nunca pudo cantar un ritmo tan grande ni tampoco Apolo con su armoniosa voz.

Pero la mortífera Ate[10], al ver al corajudo joven solo mientras erraba por las montañas, lejos de Lieo que andaba

[10] Ate es la Fatalidad, diosa de las desgracias, que provoca todas las calamidades (cf. *Il.* XIX 91 y 126; Hes., *Teog.* 230).

de caza, adoptó la forma de un joven de la misma edad que él y habló a Ámpelo con palabras totalmente engañosas, pues complacía a la madrastra del Dioniso Frigio[11]:

«Intrépido muchacho, tu amigo en vano es llamado Dioniso. Acaso, ¿qué regalo obtuviste de su amistad? Tú no guías el extraordinario carro de Lieo, ni siquiera conduces panteras. Marón[12], al menos, tuvo en suerte un carro de Bromio y pudo tender en sus manos el látigo que hace andar a los animales y las riendas adornadas con bellas piedras. Pero tú, ¿qué presente como éste has recibido de Lieo, que porta bellos tirsos? Incluso los Panes[13] poseyeron las arpas y el sonido de las melodiosas flautas; y a los Sátiros el dispensador Dioniso procuró el círculo del pandero que resuena en la contienda. Las mismas Basárides[14], habitantes de la montaña, andan sentadas sobre los espinazos de los leones. En cambio, tú, ¿qué obsequio digno de tu amor has recibido? En verdad, ¿has sido amado por Baco, el conductor de panteras?

[11] «Dioniso Frigio» hace alusión a la infancia del dios al cuidado de la gran diosa Madre Cíbele-Rea en Frigia (cf. IX 138 ss.). Su madrastra es la celosa Hera.

[12] Marón, hijo de Evantes, sacerdote de Apolo en la ciudad tracia de Ismaro. En deuda con Ulises que lo había protegido, le regaló un vino dulce fuerte y precioso (cf. *Od.* IX 197). Su nombre devino proverbial como vino fino (cf. XI 518). Varias leyendas lo conectan de diferentes modos con Dioniso; en Nono él es un hijo de Sileno y compañero de Dioniso en la expedición contra los Indios (cf. XIV 99).

[13] Panes, plural del dios Pan. Éste se encuentra con frecuencia asociado con Dioniso (cf. *Himno, hom. a Pan* 47).

[14] Las Basárides son las mujeres que siguen a Dioniso y celebran sus misterios. Ellas también acompañaron al dios en su expedición a la India (cf. XIV 219-227).

Muchas veces se ha podido ver en lo alto cómo Atimnio[15] conducía sentado el carro de Febo, mientras cortaba los aires. Y tú has escuchado al mismo Ábaris[16] a quien Febo condujo a través de su marcha aérea en una errante flecha voladora. Incluso Ganimedes[17] lleva las riendas de un águila por el aire, un falso Zeus alado, padre de tu Lieo. Sin embargo, jamás Baco, cual un pájaro del amor, consoló a Ámpelo alzando su cuerpo con sus garras que no hieren. ¡Pero si hasta el copero troyano está mejor que tú, pues él tiene el palacio de Zeus por morada!

Vamos, muchacho que aún deseas el carro, rechaza conducir el inestable potro por su ruta, porque el impetuoso caballo podría hacer caer al auriga cuando se sacude en rápido torbellino arrastrado por las patas. Así fue como los furiosos caballos derribaron por tierra a Glauco[18]. También Pegaso[19], mientras andaba tras la busca de su común parentesco sanguíneo con Posidón, derribó de cabeza desde lo alto de los cielos a Belerofonte[20], nacido del que sacude la tierra.

---

[15] Atimnio, joven troyano amado por Apolo (cf. XIX 184).

[16] Abaris fue un hiperbóreo, sacerdote de Apolo que recorrió el mundo montado en una flecha de oro del dios (cf. HERÓDOTO, IV 36; OVID., *Metam.* V 86).

[17] Ganimedes, joven raptado por Zeus, llevado al cielo como copero del dios (cf. *Il.* V 265; PÍNDARO, *Ol.* I 43; APOLOD., *Bibl.* II 5, 9).

[18] Glauco, hijo de Sísifo y la Pléyade Mérope. Célebre por su infortunada muerte causada por unas enfurecidas yeguas, luego de participar en una carrera de cuádrigas (cf. *Il* VI 154; APOLOD., *Bibl.* II 3, 1; VIRG., *Geórg.* III 268).

[19] Pegaso es un caballo alado nacido del cuello de la Gorgona Medusa, cuando Perseo le cortó su cabeza. Voló luego al cielo al servicio de Zeus (cf. HES., *Teog.* 276 ss.; APOLOD., *Bibl.* II 3, 2; 4, 2 ss.). Véase también *Dionisíacas* VIII, n. 19.

[20] Belerofonte, hijo de Glauco. HIGINIO, *Fáb.* 157 lo presenta como hijo de Posidón igual que NONO. Muchas son sus aventuras, especialmente la

¡Adelante entonces!, ven conmigo hasta el rebaño donde están los pastores con sus melodiosos sonidos y los encantadores bueyes. Yo te convertiré en conductor capaz de animar los bueyes para luego sentarte encima de un toro. De este modo, Dioniso, tu señor de naturaleza taurina mucho más te alabará, cuando te vea sentado en la ancas de tu toro. Nada que temer, entonces, en esta carrera. En efecto, pese a ser mujer, la virgen Europa marchó sobre las espaldas de un toro. Ella se sujetó con fuertes manos al cuerno y no deseó el freno.»

Tras hablar así, terminó al fin persuadiéndolo. Y la diosa desapareció por los aires.

Repentinamente, un toro errante descendió a la carrera entre las escarpadas rocas de un modo imprevisto. Traía su lengua afuera apoyada sobre los abiertos labios de su boca, mostrando su sed. Bebió y de inmediato se detuvo ante el muchacho como si reconociera en él al pastor que lo asiste. Por lo pronto, el muchacho no se atrevió a tocar el curvo cuerno de su frente. Mientras tanto, el invisible toro arrojaba entre continuos bufidos la bebida de su espaciosa garganta. La humedad de las gotas que caían salpicaron al adolescente como testimonio de las cosas venideras, pues los bueyes que andan fatigosamente por tierra alrededor de la interminable vuelta circular de la noria bañan con el agua los frutos de la vid.

El audaz muchacho se apostó en frente de la cabeza del toro y decidido ahora tocó el arqueado cuerno con intrépida mano. Él se hallaba excitado por el aguijón del deseo del

---

muerte de Quimera, montado en el caballo Pegaso (cf. *Il.* VI 155-205). Movido por su orgullo quiso elevarse a la mansión de Zeus con su caballo alado pero Zeus lo precipitó a tierra y lo mató (cf. PÍNDARO, *Ol.* XIII 87).

buey que pace en los bosques y quiso entonces conducir al montaraz toro aún no uncido al yugo. Arrancó las hojas de los tupidos pastizales y trenzó una suerte de lazo con verdes cañas, con los retoños más aguzados. E incluso fabricó con puntas bien entrelazadas y dobladas en intrincados círculos algo así como un freno. Además, adornó el cuerpo del toro con pétalos humedecidos en rocío; le sujetó rosas alrededor de su lomo; suspendió sobre su frente el lirio y el narciso y colgó de su cuello una anémona de color rojo púrpura. Tras ello, sumergió sus manos en las profundidades del vecino río y extrajo amarillento fango con el que doró de ambos lados sus dos cuernos. Finalmente, tendió una abigarrada piel sobre lo alto de su lomo y montó el espinazo del toro. Blandió el artificioso látigo sobre los flancos del buey y montado lo azotó como si fuera un potro de largas crines. Luego gritó con gran atrevimiento unas palabras a la Luna de aspecto bovino:

«Apártate de mí, cornuda Selene, conductora de bueyes. Pues ahora tengo cuernos y conduzco un toro.»

Tales palabras se atrevió a gritar con orgullo a la circular Luna.

Entre tanto, el ojo de la envidiosa Selene observaba a través del aire como Ámpelo era llevado por el toro homicida y ladrón. Inmediatamente, ella le envió un tábano que aguijonea los bueyes. Y tras ser excitada su inquieta piel por el agudo aguijón que enfurece a las bestias, el toro bajó a la carrera de la impenetrable cima como un caballo. Pronto advirtió el joven cómo el toro no sometido al yugo se abría paso por entre las colinas de elevada cima a causa del enloquecedor aguijón, y no tuvo más que implorar con quejumbrosa voz ante su terrible suerte:

«Detente por hoy, toro. Mañana podrás continuar con tu marcha a toda prisa.

¡No me mates sobre las solitarias piedras! De lo contrario, Baco no podrá oírme, cuando muera misteriosamente; ¡no me guardes rencor, toro, por haber dorado tus cuernos! ¡Tampoco estés celoso de que Baco custodie mi amor!

Pero si tú me matas y no tienes en cuenta a Dioniso, si ni siquiera tienes piedad de tu lloroso conductor, ya sea porque soy joven o porque soy amigo de Lieo, al menos entrégame a los Sátiros y mátame allí mismo, toro. Aunque más no sea, luego de mi muerte tendré lágrimas sobre mis cenizas.

¡Sí, te lo imploro, mi querido toro! Tendré consuelo si Dioniso, que nunca llora, llora por mi muerte.

Si tú traicionas a tu cornudo conductor, que posee una imagen semejante a tu forma taurina, toma entonces una voz y cuéntale a Lieo mi suerte.

¡Oh, toro, enemigo de tu Deméter y de Dioniso, cuando Bromio se aflija, la nutricia Deo se lamentará con él!»

Tales palabras pronunció el joven de rosada piel, desdichado vecino de Hades.

Luego, el furioso toro corrió a través de la inaccesible cima de la montaña dando brincos con la hendida pezuña de sus patas, hasta que arrojó de cabeza, fuera de su lomo, al adolescente. Tras rodar sobre sí mismo cayó sobre sus vértebras en forma oblicua. Y en el mismo momento en que su cuello se partió, se pudo oír un agudo grito de dolor. Inmediatamente el toro lo hizo rodar de aquí para allá sobre el suelo hasta que finalmente lo ensartó con la aguzada punta de su cuerno. Un muerto sin cabeza yacía allí; su brillante cuerpo era ahora un insepulto cadáver bañado en roja sangre.

Cuando uno de los Sátiros vio al encantador Ámpelo que yacía sobre la tierra cubierto de polvo, marchó a anunciar

la mala noticia a Baco. Una vez que el dios lo escuchó, corrió tan rápido como los vientos. Semejante carrera, como la que entonces corrió Baco, tras lanzarse con ímpetu a través de la montaña, ni siquiera la llevó a cabo Heracles, cuando las ninfas habían ocultado en las envidiosas aguas al delicado Hilas[21] a custodia de una ondina ladrona.

Entonces, cuando Baco, vio al joven tendido en el suelo, comenzó a llorar, pues lo creía vivo. Inmediatamente cubrió su cuerpo sin vida tendiendo una piel de cervato encima del hombro, sobre su pecho ya frío. Y pese a que estaba muerto le calzó las sandalias. Además esparció sobre su piel una rosa y un lirio y colgó alrededor de sus cabellos una flor de anémona de corta vida que también había caído a la tierra como él, golpeada por aguda punta. Y más aún: colocó en su mano un tirso y lo cubrió con su propio manto de color púrpura. Luego, tras cortar un mechón de su propia cabellera a la que nunca corta, lo depositó sobre el cadáver como testigo de su último presente. Finalmente, tras tomar de su madre Rea la ambrosía, la vertió sobre las heridas, aún frescas. De allí es de donde Ámpelo, cuando toma su nueva forma, transfiere a su propio fruto la aromática ambrosía[22].

El cadáver que se hallaba tendido sobre el suelo, conservaba aún su gracia. La palidez no había llegado a cubrir su rosada piel. Los graciosos rizos de su cabeza, que pese a su corta vida habían despertado tanto amor, se agitaban sobre su rostro con el cuidadoso soplo de los vientos. Continuaba

[21] Hilas es un bello joven amado por Heracles. En ocasión de la expedición de los Argonautas, durante una escala en Misia, fue raptado por las ninfas de una fuente cuando se acercó a extraer agua (cf. Ap. Rodio, *Arg.* I 1027 ss.; III 521 ss.).

[22] Nono quiere mostrar aquí la afinidad del vino con el néctar de los dioses. Esto ya lo había anticipado en VII 75 ss.

encantador pese a estar en el polvo. Alrededor del cadáver lloraban los Silenos[23]; las Bacantes se lamentaban. Con todo, su belleza no lo había abandonado ni siquiera en la muerte. Su cuerpo sin vida yacía con el aspecto de un Sátiro y se le asemejaba hasta en su risa. Parecía como si una dulce voz fluyera constantemente de sus silenciosos labios.

Luego de ver el cadáver, Dioniso, que nunca está de duelo, alzó su voz de dolor sin ninguna sonrisa sobre su rostro:

«¡Qué se corten los envidiosos hilos de las Moiras! ¿Acaso los mismos toros están tan celosos del adolescente, como los aires? ¿Qué Céfiro atacó a Dioniso después de haberlo hecho con Febo[24]? Al menos, Febo Atimnio fue dichoso, pues obtuvo del adolescente este nombre. Como remedio, él alzó la flor que toma luego el nombre del joven de Terapnea[25] y grabó en los pétalos del jacinto un lamento. Pero, en cambio, ¿qué guirnalda tengo yo sobre mis cabellos? ¿Qué sonora flor agito para consolarme de mis penas por el niño? Con todo, pronto vengaré tu muerte, mi prematuro muerto; llevaré a la rastra hasta tu tumba el errante toro y allí le daré muerte. Pero no voy a matar a tu homicida con un hacha, pues así tendría él la misma suerte que los toros degollados, que mueren con su cabeza desgarrada. En cambio, sí desga-

[23] Los Silenos son seguidores de Dioniso. Se suelen confundir en Nono con los Sátiros, con la diferencia de que los Silenos son Sátiros de edad avanzada.

[24] Dioniso se pregunta si su suerte no es la misma que la acontecida a Apolo: mientras éste jugaba con su amado joven Jacinto, el Céfiro, celoso viento, le dio muerte (cf. III, n. 36, y X, n. 28).

[25] Jacinto es presentado por Nono como originario de Amiclea (II 83; XII 160) o de Terapnea (IV 134; XI 259; XII 224), ambas, villas de Laconia. Sobre la impronta en la flor, cf. III, n. 37.

rraré el duro vientre del toro con la punta de mi cuerno, porque él te precipitó en la muerte con la punta de sus largos cuernos.

Dichoso el que sacude la tierra, porque amó a un joven Frigio, un vecino de la patria de mi niño, al cual le deparó todo tipo de cuidados y lo condujo hacia la casa de Zeus como dorado ciudadano del Olimpo[26]. Y cuando el niño ardía en celo por la caballería de Afrodita, él le procuró su propio carro seco cuando se hacían los preparativos para el matrimonio de Hipodamía[27].

En cambio, yo sólo tengo un muchacho que murió antes de tiempo. El encantador Ámpelo no conoció matrimonio, bálsamo de vida; nunca se unció a mi carro nupcial, ni marchó conmigo a la cámara matrimonial. Nada de eso; él murió y dejó en duelo a Dioniso, que nunca se aflige.

La Persuasión aún no ha abandonado tu boca, querido muchacho, sino que habita sobre tus labios sin aire, pese a que tú has muerto, pero tus mejillas resplandecen; tus ojos ríen e incluso las palmas de tus manos están blancas como la nieve. Hasta los vientos te silban mientras sacuden tus amados cabellos. La hora que trae la muerte no pudo aún apagar el color rosado de tus miembros; por el contrario, todo esto lo habrá de conservar para ti.

¡Ay de mí, que ando en amores! Pero, ¿por qué condujiste el amargo toro? Si tenías el deseo de caballos de rápidos

---

[26] Este joven frigio es Pélope, hijo de Tántalo. Aquí Nono sigue la versión de Píndaro *(Ol.* I 40 ss.): él fue amado por Posidón, quien lo llevó al cielo como su copero antes que Ganimedes, pero luego regresó a la tierra y casó con Hipodamia.

[27] Hipodamía, doncella hija de Enómao, rey de Pisa. Pélope, su pretendiente, pudo obtener su mano gracias a la ayuda de Posidón (cf. PÍNDARO, *Ol.* I 67; SÓF., *Elec.* 504 ss.; AP. RODIO, *Arg.* I 752; PAUS., V 10, 6).

pies y te daba pánico ¿por qué no me lo dijiste? Yo te hubiera acercado desde la vecina Ida un carro. Te hubiera traído desde los antiguos establos la raza troyana de caballos celestiales, tras saquear la patria de Ganimedes. Él era tan bello como tú y había sido alimentado por el Ida. Mas Zeus lo salvó de los homicidas toros elevándolo por los aires con cuidadosas uñas. Si tú realmente querías matar fieras en las montañas, ¿por qué no me dijiste que necesitabas un carro? Hubieses conducido las ruedas de mi inofensivo carro y acogido las intocables riendas de mi Rea y azotado el carruaje de dulces dragones sin agitarte.

Pero bien, ahora ya no cantas más himnos con los Sátiros, como cuando bebías el vino alrededor de mi mesa; ni exhortas más a las Básarides, amantes de la castañuela; ni tampoco acompañas más a Dioniso en sus cacerías.

¡Ay de mí! Hades ya no es benévolo. No quiere aceptar por un muerto el magnífico regalo de los ricos metales. Si él me lo diera, yo podría tal vez volver a darle vida a Ámpelo que está muerto.

¡Ay de mí, que Hades aún no se persuade! Si él quisiera, yo podría serle grato robando los árboles del río Erídano para dárselos luego en toda su radiante belleza. También le traería las resplandecientes y fulgurantes piedras Eritreas de los Indios y toda la plata de la opulenta Álibe. Es más, hasta le daría a cambio de mi niño muerto todo el dorado Pactolo.»

Así habló a la vez que se lamentaba por su muerto tan querido. Y mientras lo observaba tendido en el polvo, volvió a gritar con triste voz:

«Padre Zeus, si en verdad me quieres, si conoces las penas de mis amores, vuelve entonces a darle a Ámpelo su

voz por una hora, para que por última vez me dirija unas palabras y me diga:

«¿Por qué lloras por mí, Dioniso? ¿Acaso crees que con tu llanto podrías resucitarme?

Tengo oídos, mas no escucho a los que me llaman, tengo ojos, mas no veo a los que me lloran.

¡Vamos, Dioniso, que disipas el dolor, no viertas más lágrimas por mí! ¡Deja a un lado tu duelo! De cierto, las Néyades[28] se lamentan junto a la fuente asesina; sin embargo, Narciso[29] no las escucha. Y Faetonte tampoco conoce las tristes penas de las Helíades[30].»

¡Ay de mí! ¿Por qué mi padre no me engendró mortal? Yo habría podido así acompañar al joven hasta el Hades y no habría dejado sólo al encantador Ámpelo en el Leteo.

Apolo fue más dichoso que yo en el amor por su muchacho. Al menos, él conservó el querido nombre del joven. ¡Ojalá yo mismo fuera Ampéleo, como Apolo es Jacínteo[31]!

¿Hasta cuándo dormirás, muchacho! ¿Es que ya no danzas más? ¿Por qué hoy no vas hacia la desembocadura del río a llenar tu cántaro con agua? Ha llegado la hora en que nuevamente te entregues a tu acostumbrada danza sobre la

---

[28] Las Néyades son las ninfas del elemento líquido, encarnan la divinidad del manantial o curso de agua en que habitan (cf. PAUS., III 25, 2; OVID., *Metam.* II 441).

[29] Narciso, hechizado por su propia belleza, en un momento en que se contemplaba a sí mismo en una fuente, murió ahogado para luego ser transformado en la flor del narciso (cf. PAUS., IX 31, 6 ss.; OVID., *Metam.* III 339-510).

[30] Véase n. 5.

[31] Apolo Jacínteo no aparece en el culto pero es sin duda un uso poético del autor.

espesura que puebla las montañas. Tal vez tú, querido niño, estás disgustado con Dioniso, que está tan preso de una pasión. Si es así, habla a los Silenos para que yo pueda al menos oír tu palabra.

Si un león te ha matado, yo los destruiré a todos en conjunto; sí, a todos cuantos contenga el monte Tmolo[32]. Y ni siquiera dejaré con vida a los leones de mi Rea, en caso de que ellos hayan sido tus homicidas con sus terribles mandíbulas. Si una pantera derribó tu cuerpo, flor de los amores, nunca más conduciré el moteado cuerpo de la pantera, pues hay otras fieras. Ártemis, por ejemplo, señora de toda la caza, conduce un astado carro tirado por ciervos. Luego me vestiré con una piel de cervato y también conduciré un carro de cervatos. Si unos desvergonzados cerdos te han matado, los tomaré en conjunto y a todos mataré. Ni a un solo jabalí dejaré con vida para la Arquera. Y si un insensato toro te ha matado, yo aniquilaré con la punta de mi tirso a toda la raza taurina y la estirparé de raíz.»

Tal fue su lamento. Repentinamente Eros se apostó cerca de él bajo la forma de un cornudo y peludo Sileno, munido de su tirso. Y así, revestido con esta moteada piel, se hallaba apoyado sobre un bastón, báculo que cuida de la vejez. De inmediato habló al afligido Bromio con consoladoras palabras:

«¡Libérate, entrega a otro amor los destellos de vuestra pasión! A cambio, vuelve tu aguijón hacia otro joven y olvídate del muerto. Pues siempre un nuevo amor es remedio del anterior. Ni el tiempo sabe cómo destruir al amor, aunque sí ha aprendido a ocultar todas las cosas. Entonces, si quieres un auxilio para tus penas que te libere del dolor,

[32] Tmolo, monte de Lidia (*Il.* II 866).

ponte a la busca de otro muchacho mejor; sólo un deseo puede marchitar a otro deseo. Así, un joven Lacedemonio excitaba al Céfiro, pero murió; entonces, cuando el amable viento lo vio, pudo encontrar a un joven Cipariso[33] como consolación del Amicleo Jacinto[34]. Si quieres, pregúntale al jardinero. En efecto, el labrador, al ver una flor que yacía sobre el suelo revolcada sobre el polvo, plantó una nueva como remedio por la que había muerto.

Y ahora escúchame bien, voy a contarte un relato de los hombres más antiguos:

Hubo una vez un delicado joven, el más bello de sus compañeros. Vivía junto a la corriente del Meandro, el río de muchos brazos. Poseía una delicada belleza; era alto y esbelto, con pies muy veloces y una larga cabellera pero sin barba aún. Sobre sus dos mejillas reposaba una gracia natural; ella jugueteaba en su rostro con ojos pudorosos. Un brillo permanente fluía de sus pupilas que disparaban a lo lejos dardos de belleza. Su piel era blanca como la leche; pero sobre el blanco se posaba un brillo rosa que generaba una radiante combinación de ambos colores. Fue bautizado Cálamo[35] por su querido padre Meandro, quien ocultamente lleva su agua por el interior de la tierra y, mientras se agita en lo hondo del terreno, arrastra a la vez su sinuosa corriente hacia la luz. Este curvo viajero subterráneo surca las profun-

---

[33] Cipariso, hijo de Télefo, originario de Ceos o bien de Creta. Según Ovidio *(Metam.* X 106-142), él fue amado por Apolo; según Nono, Céfiro se enamoró de él después de la muerte de Jacinto.

[34] Sobre Jacinto, véase nn. 24 y 25.

[35] Cálamo, hijo del dios río Meandro, fue amante de otro joven, Carpo, hijo del dios Céfiro y una de las Estaciones. Esta historia nos es contada sólo por Servio, *Comentario a Virgilio, Égloga* V 48.

didades sin ser visto, hasta que repentinamente da un salto y asoma su cuello sobre el suelo.

Tal era el amoroso Cálamo, tan ligero. Este joven de rosados brazos se deleitaba con su encantador compañero Carpo[36], a quien le había tocado en suerte tal belleza que ningún hombre mortal hubo antes recibido. Por consiguiente, si este joven perteneció a las más viejas generaciones, debió de haber sido el novio de la Aurora, la de bella cabellera. Y por su belleza debe de haber eclipsado con su rosada piel la hermosura de Céfalo[37] y el rostro de Orión[38]. Seguro que Deo no abrazó con sus fecundos brazos a su novio Jasión[39]; ni Selene a Endimión[40], sino que aquel joven de excelsa belleza debe de haber sido esposo de ambas y el señor del lecho de las diosas. Sin duda, así como único esposo de las dos, marchó tras el lecho cubierto de trigo de Deo, la señora de rubios cabellos y tuvo a la celosa Luna en un lecho común. Tal era para Cálamo su encantador amigo, flor de los amores por su belleza. Ambos compañeros jugueteaban arriba de la ribera junto al sinuoso río.

Entonces, realizaron una carrera; debían correr un doble camino de movimiento elíptico. Cálamo corrió como el viento; tomó como punto de partida un olmo y como llegada

---

36 Ver nota anterior.

37 Céfalo es un héroe perteneciente a la estirpe de Deucalión. Fue amante de la Aurora de quien engendró a Faetonte en Siria. Luego volvió al Ática y casó con Procris (cf. HES., *Teog.* 986; APOLOD., *Bibl.* I 9, 4; II 4, 7).

38 Orión es un cazador mítico, hijo de Euríale y Posidón. Fue amante de la Aurora (cf. *Od.* V 125; APOLOD., *Bibl.* I 4, 2; véase también *Dionisíacas* IV 194 ss., y V, n. 74).

39 Jasión, joven cretense amante de Deméter de donde nació Pluto (cf. HES., *Teog.* 969; *Od.* V 125; véase también *Dionisíacas* V, n. 76).

40 Véase V, n. 75.

un olivo, y corrió de una punta a la otra por la ribera del río. De pronto, Cálamo, tan ligero de pies, cayó sobre la tierra por propia voluntad y de buen grado dejó la victoria al gracioso Carpo. Luego, el muchacho se bañó con el niño y juntos se divirtieron. Y de nuevo tuvieron otra carrera semejante a la anterior pero ahora en el agua. Cálamo nadó lento en la desembocadura y dejó a Carpo marchar a la cabeza para ubicarse así en segundo lugar. Iba cortando con sus manos las olas que venían detrás del nadador Carpo, mientras observaba la espalda descubierta del joven que iba delante. La carrera se inició en un chorreante punto de partida. La competición consistía en ver quién vencería a quién. Cuando se llegaba al punto en que se debía volver, se pasaba de una orilla a la otra a fuerza de remar con los brazos de costa a costa. El camino de regreso era de vuelta por el río. Cálamo marchaba siempre a la par de su amigo economizando los impulsos de sus presurosas manos. En su nado él no dejaba de observar los rosados dedos de sus manos. Por momentos tomaba la delantera, pero al punto refrenaba su impulso y cedía lugar al joven. Así el impetuoso muchacho corría remando con sus manos mientras extendía su cuello sobre las olas. Y bien, ya Carpo debería de estar fuera de las olas, andando por tierra firme, ya sumergido en la victoria del agua como lo hizo en tierra; pero no, un viento lo golpeó de frente y duramente mató al dulce niño. En efecto, una gran masa de agua se deslizó por la garganta abierta del joven. Cálamo logró evitar la ráfaga del celoso viento adentrándose en la ribera más cercana sin su compañero. Pero ya no pudo volver a ver a su amigo ni pudo oírlo. Gritó entonces con una triste voz, mientras lloraba su amor:

«Decidme, Néyades, qué viento raptó a Carpo. ¡Sí!, yo os suplico, concededme un último favor. Marchad hacia

otra fuente y dejad la asesina corriente de mi padre. No
bebáis más del agua que ha matado a mi Carpo. No fue mi
435 padre quien mató al joven, sino que ese viento envidioso de
Cálamo, como lo fue antes de Febo, mató a Carpo. Es muy
posible que él lo deseara y por ello lo golpeara con una
celosa ráfaga de aire. Así antaño envió el disco[41] y ahora un
contrario viento. Mi estrella se ha sumergido en el río y ya
440 no se levanta más. Mi lucero ha dejado de brillar. Y ahora
que Carpo está sumergido en la corriente, ¿qué luz me queda
entonces para que yo pueda ver?

442 Decidme, Néyades, ¿quién apagó la luz de los amores?[42].

446 ¿Aún te demoras, mi niño? ¿Por qué tanto te agrada esta
agua? ¿Acaso has encontrado allí a un mejor amigo, con el
cual estás ahora y por ello has arrojado a los vientos tus
amores con el desdichado Cálamo? Si una ninfa Néyade,
atormentada por amarte, te raptó, dímelo, yo me armaré
450 contra todas ellas. Pero, si te agradó el himeneo de un amor
nupcial con mi hermana[43], dímelo, que en ese caso yo alumbraré tu lecho nupcial sobre el río.

Carpo, has pasado junto a mí y ¿ya te olvidaste de la
habitual ribera? Me he cansado de llamarte y ya no escuchas
mis gritos. Si fue Noto o el osado Euro el que ha soplado
455 sobre ti, que este despiadado erre lejos sin danza como un

[41] En torno a la muerte de Jacinto había dos versiones: una es la muerte accidental por el disco y la otra es la provocada por los celos del viento quien desvía el disco y mata a Jacinto, mientras jugaba con Apolo. Esta última sigue Nono (cf. III, n. 37; X, n. 28).

[42] Hay un problema en el texto. Los versos 443-445 siguen al 477. Para más detalle, véase J. Collart, *Nonnos de Panopolis,* El Cairo, 1930, pág. 106.

[43] Una hermana de Cálamo es Cianea, hija del dios río Meandro (cf. Ovid., *Metam.* IX 451).

pedante enemigo de amores; y si el Bóreas te subyugó, marcharé hacia la casa de Oritia[44].

En fin, si en cambio te cubrió una ola y no respetó tu hermosura, o si tú, mi padre, lo arrollaste en un negligente torrente, recibe entonces también a tu hijo en tus aguas homicidas. Y que quede oculto Cálamo en compañía de nuestro Carpo. Que caiga yo de cabeza allí donde murió el errante Carpo y apacigue el calor de mi amor bebiendo el agua del Aqueronte[45].»

Así habló mientras brotaba una corriente de sus ojos. En honor al muerto se cortó con triste hierro los oscuros rizos que con cuidado había dejado crecer. Entregó entonces su afligida cabellera a su padre Meandro y dijo estas últimas palabras:

«Recibe mis cabellos y mi cuerpo. Pues ya no soy capaz de mirar hacia la luz de la mañana sin Carpo. Una vida hubo para Carpo y para Cálamo; sobre esta tierra ambos fuimos tocados por el mismo aguijón del amor. Haya, entonces, para ambos una muerte acuosa en el río.

Construid, Néyades, sobre la ribera del río un común cenotafio para los dos y que sean grabadas sobre el túmulo estos versos con tristes letras:

«Aquí se encuentra la tumba de Carpo y Cálamo a quienes una despiadada agua mató en otro tiempo, cuando se encontraban en recíprocos amores.»

[44] Bóreas es el viento del Norte (cf. *Il.* V 524; *Od.* V 296). Pertenece a la estirpe de los Titanes. Se le atribuye el rapto de Oritia, hija del rey de Atenas Erecteo. De esta unión nació Calais y Zetes (cf. APOLOD., *Bibl.* III 15; III 199; OVID., *Metam.* VI 685).

[45] El Aqueronte es el río de los infiernos que han de atravesar las almas que llegan al reino de los muertos (cf. *Od.* X 513).

Cortad un pequeño rizo de vuestras cabelleras para Cálamo, vuestro infortunado hermano, infortunado en el amor y que está a punto de morir; pero cortad todos vuestros cabellos para Carpo que ya murió[46]».

Tras hablar así se dejó rodar sobre sí mismo y cayó al río. Él vino a tragar la infanticida agua de su repudiado padre. Cálamo conservó su misma naturaleza y dio su forma a las cañas que tomaron su nombre; Carpo, por su parte, creció como fruto del suelo[47].»

Así, el impetuoso Eros consoló con amistosas y melosas palabras a Dioniso y apaciguó el dulce aguijón.

Con todo, Dioniso fustigaba a su espíritu con triste amargura, producto de la prematura muerte del muchacho.

Entre tanto, las Estaciones de rosadas mejillas, hijas del cambiante año, ese padre de ligeros pies, marcharon a la casa del sol.

Una de ellas[48] vestía un níveo velo que oscurecía su rostro y enviaba una sutil luz de su resplandor a través de las oscuras nubes. Ajustaba su fríos pies con granizadas sandalias. Ella presionaba sus rizos sobre su acuosa cabeza y ceñía alrededor de su rostro, productor de lluvias, un velo. Llevaba, además, una guirnalda verde pálido sobre su cabeza y cubría su escarchado pecho con una blanca faja de nieve.

La otra resoplaba y arrojaba una brisa de vientos de golondrinas que traían alegría a los mortales. Ella ceñía su primaveral cabellera alrededor de su cabeza amante del Céfiro con trenzas humedecidas en rocío, al tiempo que

---

[46] Ver nota 42.

[47] Cálamo en griego significa «caña»; Carpo, «fruto».

[48] Sobre las Estaciones ver canto VII, n. 4. Ahora serán descritas una tras otra: invierno, primavera, verano, otoño.

floridamente reía y en todas las direcciones desplegaba con su vestido la fragancia de la abierta rosa de la mañana. Incluso armaba una doble fiesta tanto para Adonis como para Citerea.

Otra era la estación de las primicias que avanzaba con sus hermanas. En su mano derecha levantaba la erizada espiga de elevadas puntas y el filo de la hoz de agudo corte, mensajero de la cosecha. Esta joven cubría su piel con brillante ropa fina. Cuando giraba en la danza mostraba a través de su sutil vestido los secretos de sus muslos, y de su rostro chorreaba un húmedo sudor, mientras el abrazador sol ablandaba sus mejillas.

Otra, guía de la danza, que realiza el arado, ataba en su sien calva una rama de olivo empapada en las aguas del río Nilo de siete afluentes. A los secos y consumidos cabellos de su sien le seguía un cuerpo desecado. Era mitad del otoño, cuando los vientos, que cortan las hojas, hacían perecer el follaje de los árboles. Ya no fluían más sobre el cuello de la ninfa los racimos de la vid llenos de vino con sus entrelazados ramilletes de dorados rizos. Tampoco ya se embriagaba ella junto a la cuba amante del vino con el zumo bañado en el púrpureo rocío de Marón[49]. Y ni siquiera la errante hiedra corría en su remolineante marcha.

Pero llegó entonces el tiempo marcado por el destino. Gracias a él, las mismas Estaciones corrieron juntas a la casa del sol.

---

[49] Ver nota 12.

CANTO XII

SUMARIO

— Las Estaciones en casa de su padre Sol; aparición de las doce Horas, vv. 1-24.
— Las tablas de Armonía, vv. 25-116: las Estaciones preguntan al Sol cuándo crecerá la vid; el Sol muestra las Tablas de Armonía; descripción de los presagios impresos en las Tablas; anuncio de la metamorfosis de Ámpelo en vid, fruto de Dioniso.
— Continuación de los lamentos de Dioniso, vv. 117-171: las Moiras hablan a Dioniso y anuncian la transformación de Ámpelo.
— Invención del vino, vv. 172-206: transformación de Ámpelo en vid; aparición de Ciso, la hiedra; alegría de Dioniso.
— Discurso de Dioniso a Ámpelo: elogio de la vid; relato de otro mito acerca del origen de la vid.
— Dioniso y los Sátiros extraen vino de la vid; festejos de Sátiros embriagados, vv. 329-397.

DELEITA TU CORAZÓN EN EL DUODÉCIMO, EN DONDE ÁMPELO REAPARECE COMO NUEVA FLOR DE AMORES, CON LA FORMA DEL FRUTO DE LA VID

Así navegaban ellas[1] por las crestas del Océano del Poniente, hacia la morada de su padre Helio. Cuando se estaban acercando, la Estrella Vespertina salió a su encuentro, precipitándose fuera de su casa. También Selene, conductora de bueyes, pegó un salto, recién aparecida en el cielo, y elevó su curso. Entonces, las Horas, ante los ojos del Cochero[2], dispensador de vida, detuvieron su fructífero paso. Él regresaba del cielo tras completar su recorrido. Y el brillante Fósforo, junto al carro cuadriyugo del conductor de ojos de fuego, arregló el tiro, todavía caliente, y la estrellada fusta; y en las desembocaduras del vecino Océano, lavó con agua el cuerpo chorreante de los caballos, que se nutren del fuego. Los potros golpeaban sus marmóreos cascos en el establo, mientras sacudían sus cuellos de mojadas crines.

---

[1] Las Horas.

[2] Helio es llamado el Cochero por su cotidiano periplo —aparente— en torno de la Tierra. No ha de confundirse con la constelación homónima mencionada en I 178 y 301.

Entonces, las hijas del Tiempo, las doce Horas circulares, que acompañan como sirvientas al brillante carro de Helio, volaron en torno del llameante trono del inflexible Cochero, para dar la bienvenida a sus cuatro hermanas[3]. Ellas son las guardianas de los misterios del ciclo[4], cada una a su turno, pues agachan la dócil cerviz ante el venerable ordenador de todo el cosmos. Entonces, la Estación ordenadora de los racimos[5] a él dirigió estas palabras, poniendo como testimonio de su súplica a la hoz del otoño tardío:

«Tú, Helio, que brindas los dones del cereal y cuidas las plantas, Señor de los frutos, ¿cuándo harán crecer las tierras el racimo que produce el vino? ¿A cuál de los Bienaventurados asignará Eón este privilegio? Sí, te lo ruego, no me lo ocultes; porque sólo yo entre todas mis hermanas carezco de un don propio. No produzco fruto, ni espiga, ni pasto, ni lluvia de Zeus.»

Así habló ella, y entonces Helio le confió que sea la madrina del futuro fruto. Luego, con una seña de su erguido dedo, mostró a la joven circular una pared en la que estaban las divididas tablas de Harmonía[6]. En ellas se encuentran

---

[3] Como ya ha sido señalado en I, n. 45, *Hora* significa la instancia de un ciclo. Al decir que son doce y que acompañan a Helio, es evidente que se refiere al ciclo diurno, las horas del día. Sus hermanas del ciclo anual son las cuatro Estaciones.

[4] Nuestra traducción vierte la palabra griega *lykábas* ora por ciclo (cf. VI 243), ora por año (cf. VII 16). Rouse acostumbra a traducir dicho término por el arcaísmo *Lichtgang*.

[5] La atribución de «ordenadora de los racimos» está dada por el hecho de que a ella será confiado el fruto de Dioniso.

[6] Las Tablas de Harmonía, con todas sus alusiones astrológicas, han sido estudiadas por Stegemann —v. *op. cit.*, págs. 128 ss.— minuciosamente. Se trata de la descripción del calendario cósmico de Helio, en el que se muestran en imagen todos los acontecimientos desde el comienzo del mundo hasta su fin.

reunidos en úna unidad todos los oráculos, inscritos en piedra por la mántica mano del Primogénito Fanes[7]; él dibujó con un estilete la casa determinada[8] para todo lo ordenado para el cosmos. Entonces, Hiperión[9], tesorero del fuego, pronunció estas palabras:

«En la tercera tabla aprenderás de dónde surgirá el fruto del vino, allí donde están el León y la Virgen[10]; y en la cuarta sabrás quién ha de llevar el centro del racimo de vid, en el grabado en que Ganimedes, libador del dulce néctar, levanta una copa con su mano».

Una vez que el dios habló así, la joven amante de la vid tornó sus ojos y corrió hacia el profético muro para observar la primera tabla, tan vieja como el cosmos infinito; ella contiene todas las cosas en una: todo cuanto realizó el soberano Ofión[11], y cuanto cumplió el viejo Crono, al cortar los miembros viriles de su padre y fecundar el agua parturienta; así sembró las infecundas superficies del mar, que iba

[7] Cf. IX 157 y nota *ad loc.*.

[8] Así como en un mapa astral (v. VI, nn. 11 y 14), también las Tablas de Harmonía están divididas en casas, correspondientes a los doce signos. Para las mencionadas Tablas se utiliza en griego el término *kúrbeis,* el mismo que se usaba para designar a las tablas de la ley en Atenas. Las Tablas de Harmonía son seis. Cada una está dividida en dos cuadros, *graphís,* correspondientes a una casa astrológica, *oîkos.*

[9] Hiperión es un epíteto de Helio.

[10] En la tercera tabla están las casas astrológicas correspondientes a los signos de Leo y Virgo.

[11] Según algunas versiones consideradas órficas, Ofión y su esposa Eurínome reinaban sobre los Titanes antes de la época de Crono, cf. AP. RODIO, *Arg.* I 503. La primera tabla, correspondiente a los signos de Aries y Tauro —v. Stegemann, pág. 129— alude en su descripción a los tiempos primigenios.

a engendrar una hija [12]; él mismo recibió en su abierta fauce un hijo de piedra [13], y se hizo un festín con el falso cuerpo del supuesto Zeus; la roca fue la partera de una hueste de aprisionados hijos, pues disparó la carga de su garganta encinta.

Y luego de observar la ígnea victoria de Zeus y la disputa de tempestuoso granizo de Crono, la Hora de huracanados pies, servidora de Faetonte, miró de inmediato a la casa contigua. Ésta mostraba cómo el pino dio a luz a la estirpe de los mortales [14], de qué manera el árbol desplegó su arbórea simiente, para dar vida a un insémine hijo, que acudió por sí solo; mostraba también el cataclismo que produjo Zeus [15] al cubrir todas las ciudades con elevadas aguas y escarpados mares; y cómo Noto después de Bóreas, y Euro después de Libe [16] azotaron la viajera roca de Deucalión [17] y la levantaron en aéreo curso, sin puerto, cerca de la Luna. Y luego, cuando la servidora del Ciclo pasó con rápido pie a la tercera tabla, se detuvo allí, donde pudo observar los fatales oráculos del cosmos, multiformes, grabados en resplandecientes caracteres por un sabio estilete de piedra. Todas

---

[12] Se refiere a Afrodita, surgida de la espuma del semen de Urano castrado por Crono, cf. HES., *Teog.* 190 ss.

[13] Alude al episodio en que Rea engañó a Crono para que no devore a Zeus y le dio en su lugar una piedra. Cf. HES., *Teog.* 453 ss.

[14] En la tradición folklórica se dice habitualmente que el hombre ha nacido de un árbol; por eso ha quedado el dicho «ni del pino, ni de la piedra», cf. *Od.* XIX 163.

[15] Cf. VI 229 ss.

[16] El Libe es también otro de los vientos.

[17] Deucalión es el hombre primigenio; él y Pirra serán los encargados de procrear la nueva especie humana después del diluvio, cf. OVID., *Metam.* I 125-415.

estas cosas las describió una mente primigenia en colorido relato. Y tal fue la profecía que leyó en las tablillas:

«Argo, el boyero de Hera, asumirá la forma de un pájaro de brillantes ojos [18]. Y la misma Harpálice [19], tras un lecho de himeneos homicidas, cortará en pedazos a su hijo para su padre incestuoso, y surcará la ruta aérea como un ave tempestuosa. En tanto que Filomela [20], la incansable tejedora, se convertirá en una golondrina de cuello brillante y suave gorgeo, y ha de gritar el testimonio de un silencio sin lengua, una vez que inscriba en una sabia túnica sus adornos con voz. Y Níobe [21], esa roca con alma, se erguirá en los bordes del Sípilo [22], como un monumento de dolor, lamentándose por el linaje de sus hijos, con pétreas lágrimas. Cerca de allí el vecino Pirro [23], el rocoso Frigio loco de amores, sentirá todavía el agudo aguijón de los himeneos no cumplidos de Rea. Tisbe y Píramo [24] serán húmedas aguas compañeras y

---

[18] Argo, vigía auxiliar de Hera asesinado por Hermes, es célebre por sus ojos. Algunas versiones mitológicas le atribuyen dos pares de ojos, otras incluso más, cf. I 331, y APOLOD., *Bibl.* II 1, 2.

[19] Harpálice, hija de Clímeno, rey de Arcadia, de cuya unión incestuosa surgió un hijo, a quien, según algunos, Harpálice mató y sirvió en banquete a su padre, cf. HIGINO, *Fáb.* 206.

[20] Filomela, hermana de Proene, fue violada por su cuñado Tereo, hijo de Ares. Tereo le cortó la lengua pero Filomela bordó su desgracias en una tela para que su hermana la vengue, cf. OVID., *Metam.* VI 436 ss.

[21] Cf. II, n. 31.

[22] Monte de Asia Menor en el que los dioses transformaron a Níobe en roca.

[23] El Pirro mencionado por Nono debe distinguirse del hijo de Aquiles, Neoptólemo, apodado Pirro. La historia sólo referida explícitamente por Nono muestra la transformación de Pirro en piedra a causa de su deseo por Rea.

[24] Cf. VI, n. 50.

se desearán mutuamente. Y Croco, ansioso por Milax[25], la joven de hermosa corona, será una flor de Amores. Por último, tras el término nupcial de los tempestuosos himeneos, tras las manzanas de Pafia, Ártemis hostigará con su dardo a Atalanta, con forma de leona[26].»

Así recorrió Hora todas esas cosas, sin detenerse en una sola tabla, hasta llegar al lugar que el fogoso Hiperión indicó, como signo de su profecía, a la joven de los vientos. Allí estaba inscrito el brillantes León, y la Virgen Astral estaba pintada en una forma que la reproducía, con el racimo del vino, flor de la estación veraniega[27]. Allí detuvo sus pasos la hija del Tiempo, para leer estas cosas:

«Ciso[28], el deseoso joven, será una planta de hiedra, que trepa hasta lo alto, y se enredará entre las ramas. Del joven Cálamo[29] surgirá una erguida caña, curvada por los vientos, delicado retoño de la tierra fructífera; él será el sostén de las viñas. Ámpelo[30] asumirá la forma de una planta y agraciará con su nombre al fruto de la vid.»

---

[25] Se refiere a los infelices amores de Croco, personaje metamorfoseada en el azafrán, y Milax, metamorfoseado en una enredadera, la correhuela. La historia es tardía y poco testimoniada.

[26] Atalanta, personaje mitológico asociado con Ártemis; para no unirse con un hombre desafiaba a sus pretendientes a una carrera por ser ella extraordinariamente veloz, hasta que Hipómenes, auxiliado por Afrodita —i.e., Pafia—, la cautivó con unas manzanas en la carrera. Los amantes fueron transformados posteriormente en leones, cf. OVID.., *Metam.* VIII 316; X 560.

[27] Nuevas referencias astrológicas, en este caso las constelaciones de Leo y Virgo.

[28] Ciso, *Kissós,* en griego significa «hiedra».

[29] El nombre de Cálamo significa en griego «caña», cf. XI 384.

[30] Ámpelo significa en griego «vid», cf. X 178 ss., y XI *passim.*

Entonces, luego de observar esos oráculos, la joven de las cosechas buscó aquel lugar en el muro contiguo, en que estaba grabada la imagen de Ganimedes; se encontraba representado de artística manera con el jugo nectáreo en una copa de oro. Allí estaba inscrito un oráculo de cuatro versos, al que celebró la joven, amante del racimo; pues encontró esas profecías reservadas a Lieo, que porta la hiedra:

A Febo concedió Zeus el mántico laurel;
y las rojas rosas a la rosada Afrodita;
el claro retoño del olivo a Atenea, de ojos claros;
y espigas a Deméter, viñedos a Dioniso[31].

Después de observar tales cosas en las tablas, la joven, amante de Evio, se marchó gozosa; fue con sus hermanas para recorrer la corriente Oriental del Océano, en el mismo curso de la cabalgata de Faetonte.

Pero Lieo no hallaba remedio de su desaparecido compañero y no se interesaba en las danzas. Turbado en su mente por el aguijón del amor, lanzaba amargos lamentos; había abandonado al silencio indiferente los parches, adornados con bronce, del pandero que ya no sonaba; y tampoco la cítara lo deleitaba. El amante Dioniso se lamentaba piadosamente con su rostro sin sonrisas; y así se detuvo el flujo de las cañas del Hermo Lidio[32]; su rápida desembocadura se estancó agitada por los vientos y ya no se preocupó en seguir su curso. El azafranado Pactolo[33], de ricas crecientes,

---

[31] Se indican en estos versos las distintas epifanías vegetales de los dioses, como también el pino en relación a Pan, el laurel en relación a Apolo, etc.; cf. *infra,* vv. 133 ss. y 314 ss.

[32] Río de Lidia, ya mencionado en XI 40.

[33] Río de Lidia, ya mencionado en X 144.

detuvo su agua en pena, con la imagen de un hombre abatido. Y Sangario, el río Frigio, cortó el surco retornante de sus fuentes cavernosas. Y la imagen, sin soplo de vida, de la hija de Tántalo[34], madre de penurias, vertió, empapada en lamentos, dobles lágrimas por las quejas de Dioniso. El abeto susurraba sus pesares junto a su compañero el pino; y el mismo laurel, que es el árbol de Febo, el de larga cabellera, sacudió su melena a los tristes vientos; el opulento olivo, jamás cortado, echó sus hojas por tierra, aunque es la planta de Atenea.

Pero, mientras Dioniso, el que nunca llora, se lamentaba del tal manera a causa de su deseo, las Moiras dieron vuelta a sus hilos terribles, resueltos de nuevo. Entonces Átropo[35], de palabra inmutable, para consolar el lamento del afligido Dioniso, emitió este divino oráculo:

«Está vivo, tenlo por seguro, tu muchacho, y no ha de atravesar las aguas del Aqueronte; tu queja logró hacer revocables los inflexibles hilos del Destino, que no cambia su rumbo. Ámpelo está vivo, aunque haya muerto. Yo convertiré a tu niño en un dulce néctar, que enciende el deseo de beber. Y la flauta doble lo celebrará con el cadente impulso de rápidos dedos, que tocarán la armonía festiva, ya con un ritmo frigio o una melodía dórica. Y en los altares un varón músico lo cantará al son de su flauta aonia. Le ofrecerán el sonido del Ismeno o el de los habitantes de Maratón. Las Musas darán gritos de júbilo por la unión del deseado Ámpelo con Lieo de las vides. Tú dejarás la faja de víbora que ciñe tus cabellos, para trenzar en tu melena

[34] Níobe.

[35] En su triple manifestación las Moiras son Cloto, Átropo y Láquesis; cf. *Il.* IV 517; Esq., *Eumén.* 956 ss.

coronas de racimos. Y Febo estará celoso, pues él toma con sus manos los penosos árboles de elinos, de llorosos jacintos[36]. En cambio, tú ofreces una bebida, solaz de la estirpe humana, que es la imagen terrestre del etéreo néctar. Tu joven amigo terminará con la florida fama del hijo de Amicleo[37]. Y si la ciudad de aquél levanta el bronce de la batalla, la patria de tu muchacho largará una húmeda lluvia del rojo jugo, que correrá como un río; pues se ufana de su oro y no se deleita con el acero; y si aquélla se vanagloria de su río clamoroso, el agua del Pactolo es más poderosa que la del Eurotas[38]. Ámpelo, tú diste penas a Dioniso, el libre de pesares; pero cuando crezca tu vino, de gotas de miel, brindarás deleite al cosmos entero, de cuatro partes; otorga la libación para los Bienaventurados y bienaventuranza a Dioniso. El soberano Baco lloró para liberar a los hombres del llanto.»

Tras hablar así, la diosa partió en compañía de sus hermanas. Y en ese momento un gran portento apareció ante la presencia de Baco, que aún se lamentaba. Pues el amado cadáver se irguió, como una víbora que repta, hasta tomar por sí solo su propia forma. Así llegó a ser la dulce flor. En la transformación del cadáver su estómago se convirtió en un enorme tronco; sus manos crecieron como ramas, mientras sus pies echaron raíces; sus bucles eran racimos y su piel de cervato se tornó en la flor multicolor del fruto creciente; su esbelto cuello, en un ramo de vides. Y la curva rama de su brazo se extendió rebosante de racimos. Su cabeza cambió la forma de sus cuernos por la de redondeados racimos; y aparecieron innumerables filas de plantas.

[36] Alusión a Jacinto, el amado de Febo, cf. IV 134; X 255.

[37] Jacinto, cf. XI, n. 25.

[38] Río de Esparta.

El jardín de vid enroscaba sus verdes retoños, hasta rodear a los vecinos árboles con el nuevo fruto del vino.

Y un nuevo milagro ocurrió, pues entonces el joven Ciso, en su yugo, trepó con curvo pie por una elevada planta y cambió su forma, que se sostiene en el aire, por la de un árbol. Así surgió la planta enredadera que lleva su nombre. No bien nació, rodeó al jardín de viñedos con curvo lazo.

Entonces, Dioniso triunfante cubrió su sien con la sombra de este querido follaje y adornó sus cabellos con las hojas de las puntas. Y se puso a recolectar el fruto de la vid, recién maduro, surgido del muchacho que creció como una planta. El dios, autodidacta, sin trapiche ni cuba, apartó los racimos con poderosa palma y con entrelazadas manos asistió al parto de la embriaguez, hasta sacar el zumo que fluía por primera vez del purpúreo fruto. Así fue como descubrió la placentera bebida. Los blancos dedos de Dioniso, con sus empapadas manos, enrojecieron libando vino. Como copa tenía su corvo cuerno de buey. Entonces, Baco probó el dulce jugo con la punta de sus labios, y también gustó el fruto. Tal deleite produjeron ambos en su corazón, que prorrumpió a hablar con boca orgullosa:

«Ámpelo, tú produces la ambrosía y el néctar de mi Zeus. Cierto es que Apolo ofrece dos plantas queridas, pero nunca comió el fruto del laurel, ni bebió sus jacintos. Tampoco la espiga de Deo produce dulce bebida. A los mortales brindaré alimento y no sólo una bebida. Es envidiable tu destino, Ámpelo. Pues los mismos hilos de la Moira se ablandaron ante ti y tu belleza; hasta Hades se mostró piadoso contigo; y la misma Perséfone cambió por ti su áspero temple; y te salvó, cuando estabas ya muerto, para su hermano Dioniso; no moriste, como Atimnio[39]. No viste el

[39] Joven troyano amado por Apolo, ya mencionado en XI 131.

agua Estigia, ni la llama de Tisífone, ni el ojo de Megera[40], sino que vives aún, muchacho, aun cuando moriste. No te cubrió el agua del Leteo[41], ni te contuvo la tumba, común a los mortales. La misma tierra se abstuvo de tapar tu forma. Mi padre te transformó en planta, con honra para su hijo. Así, el soberano Crónida te transformó en dulce néctar. Ni la naturaleza grabó un canto de dolor sobre tus hojas, que detestan el llanto, como lo hizo en los inscritos ramilletes de Terapnea[42]. Aún en tus plantas conservas tu color, muchacho. Tu final proclamó el brillo de tus miembros. Aún no te ha abandonado el rojizo tono de tu cuerpo. No cesaré de hacer libaciones por el causante de tu muerte, derramando tu vino sobre el destructor homicida, que te victimó. Con tus amorosas hojas haces avergonzar a las Hamadríades[43], mientras los jugos de tus perfumados racimos me entregan el soplo de tus Amores. ¿Alguna vez se ha de mezclar el fruto del manzano en una crátera? ¿O verter el higo en la copa del néctar? El higo y la manzana sólo tienen gracia para los dientes. Ninguna otra planta puede competir con tus racimos; ni la rosa, ni el colorido narciso, ni la anémona, ni el lirio, ni el jacinto igualan al retoño de Baco. Pues, en las jóvenes gotas de tu triturado jugo tu bebida habrá de contener todas las flores; una poción será la mezcla de todas, en un solo aroma confluirá la combinación de múltiples flores. Pues tu flor adornará a todo el pasto primaveral de la pradera.

---

[40] Estigia es el agua de las moradas infernales de Hades. Alecto, Tisífone y Megera son las tres Erinias, divinidades sombrías de la venganza, cf. ESQ., *Eumén. passim.*

[41] Río de las moradas infernales de Hades.

[42] Nueva referencia a Jacinto, cf. XI, n. 25.

[43] Ninfas de los árboles.

Cédeme paso, glorioso Arquero[44], porque ciñes tus cabellos sin pena con un penoso lazo de hojas dolorosas. En tus pétalos se inscriben quejidos. En cambio yo, en lugar de andar por el jardín con una corona, como el Arquero, escanciaré dulce vino y portaré una graciosa diadema. Gracias a la dulce bebida tendré a Ámpelo dentro de mi corazón. Y tú, el de brillante yelmo[45], apártate ante el dios de finos racimos. Pues las sangrientas gotas son libadas por Ares, mientras las vides vierten el rojo jugo del vino en honor a Dioniso. Y tú, Deo, junto con Palas fuiste embaucada, porque los olivos no producen bienaventuranza, ni la espiga hechiza el corazón humano. Cierto es que el fruto del peral es dulce como la miel; también el mirto es próspero en perfumadas flores; pero no echan al viento las penas de los hombres con un fruto que hechiza el corazón. Yo soy más fuerte que todos vosotros. Pues si mi vino está ausente de la mesa, los banquetes pierden su deleite y las danzas carecen de encanto.

¡Oye, tú, Diosa de ojos glaucos[46]! Si puedes, bebe el fruto de tu olivo. Los lúcidos dones de mi fruto vencieron a tu planta. Los atletas untan su cuerpo sin placer con aceitoso olivo. Pero quien ha sufrido desgracias por entregar su mujer o su hija a la muerte común, o el varón que está en pena por la desaparición de hijos o padres, al gustar del dulce vino se sacude la funesta carga de su enorme desgracia.

Querido Ámpelo, aún después de la muerte, otorgas bienaventuranza al corazón de Baco, cuando mojo mis miem-

---

[44] Epíteto de Apolo.

[45] Ares.

[46] Atenea.

bros con tu bebida. Todos los árboles doblan la encorvada cerviz en señal de súplica, bajando la cabeza renuente. La antigua palmera inclina sus altas hojas. Y tú extiendes tus pies sobre el manzano, mientras te apoyas en la higuera desplegando tus manos. Ellos soportan tu fruto, como los criados al amo. Cuando trepas sobre el hombro de tus sirvientes con la ensortijada extremidad de tus hojas abiertas, los vientos se echan sobre tu rostro con soplos que hacen temblar los delicados follajes multicolores de las vecinas plantas, sembradas por doquier. Tú finges dormir y tus sirvientes sacuden el fino abanico para dar un artificial viento frío a su reina. Si al mediodía te toca enfrentar la amenaza de Faetonte, pronto acude el viento Etesio ante la senda de tus racimos para acoger al sediento astro de la fogosa Mera, especialmente cuando el curso de la Estación veraniega te calienta y ablanda tu jugo maduro con el vapor de Sirio[47].»

Así habló orgulloso tras arrojar sus pasadas preocupaciones, pues el perfumado fruto actuó como remedio del joven.

Tal canción fue cantada en gloria del retoño de vid y de cómo obtuvo el nombre del muchacho. Pero entre los poetas existe una leyenda más antigua. Cuentan que una vez el fructífero licor olímpico[48] cayó sobre la tierra y produjo la bebida báquica de la uva. Entre las rocas, el fruto de estación creció por sí solo, sin necesidad de cuidado. Pero aún no tenía el nombre de vid. Entre las malezas, junto a los sinuosos apios surgió lozana y salvaje esa planta que en sus hojas

---

[47] Mera es la constelación del Perro, cuya estrella principal es Sirio, cf. V, n. 47.

[48] El néctar.

tenía la virtud de producir vino. De ella apareció el húmedo e hinchado zumo de su rocío. Un enorme conjunto de vides en fila crecía. Y un racimo errante enrojecía a otro en sus sacudidas. En los dolores de parto surgía uno semiformado y en la piel de sus frutos se veía el color púrpura veteado. Entre tanto, otro se emblanquecía con el color de la espuma. Muchos de doradas tonalidades se apretujaban entre sí. Y a causa de sus pétalos, productores de vino, el vecino olivo embriagaba su ilustre fruto. Un súbito aire negro se extendía sobre otros racimos de color plateado. El fruto de la uva estaba cargado por el jugo de la vid y con espiralada forma coronaba al pino, que se hallaba frente a él, mediante la sombra de su planta cubierta de verdín, para deleitar el corazón de Pan[49]. Bóreas sacudía el abeto, que acercaba sus ramas a los ramos de vid y bañaba su perfumada cabellera en el color de la sangre. Y una serpiente, enroscada en torno del árbol con sus curvos anillos, chupaba el sabroso néctar del jugoso fruto. Tras succionar la poción báquica con terribles mandíbulas, enrojecía su trompa gracias a las gotas de color púrpura mientras la bebida del racimo entraba en su garganta. Al verla el dios que anda por los montes[50] se maravilló por la trompa del reptil enrojecida de vino. Pero cuando la moteada serpiente advirtió a Evio, enroscó su movediza cola de jaspeadas escamas para ocultarse en un profundo agujero en la piedra que le servía de cueva.

Finalmente, cuando Baco observó los racimos encintos de rojo jugo[51], comprendió los antiguos oráculos de la pro-

[49] El pino es una epifanía vegetal de Pan.

[50] Pan.

[51] Tal es la versión noniana del mito etiológico de la vid; a continuación se pasa a narrar los medios de obtención del vino.

fética Rea. Entonces, excavó la roca hasta hacer un hoyo en el fondo de la piedra mediante la filosa punta de un pico que hiende la tierra. Pulió las paredes de la profunda cavidad y construyó un foso con la forma de una cuba; luego convirtió su tirso en una hoz de borde ganchudo, con la que cosechó los recién florecidos racimos.

Junto a él se hallaba un coro de Sátiros. Unos se ocupaban de la vendimia con el cuerpo agachado, mientras otros recibían los racimos cortados en un cóncavo canasto. Otro arrancaba las verdes hojas entrelazadas para despojar a los embriagadores frutos de sus impurezas. Uno más, inclinado de rodillas, rompía las puntas de las ramas más grandes llenas de ensortijados racimos con su mano derecha desprovista de instrumento, sin tirso ni puntiagudo acero, y no dejaba de mirar fijamente a la vid.

Entonces Baco colocó una cantidad del fruto en el cóncavo hueco, amontonando las uvas en el medio del agujero. Cubrió el agujero en toda su extensión con los ensortijados racimos dispuestos en capas, hasta llenar por completo de vid la cavidad pétrea. Entonces, comenzó a pisotear la uva con el metatarso de su pie bailarín, mientras los Sátiros sacudían en plena bacanal sus cabelleras al viento en la manera en que habían aprendido de Dioniso. Ellos apretaron en sus hombros la moteada piel de ciervo y, mientras entonaban al unísono el cántico de báquico son, apretaban el fruto con enormes saltos de sus pies. Al sonar del evohé, el hueco repleto de uvas se enrojecía y el vino borboteaba; apretado por los pies, el fruto largaba blanca espuma mezclada con el rojo jugo. Y entonces, como las copas aún no existían, extrajeron la bebida con cuernos de buey; por eso después se tomó el divino nombre del cuerno para la mezcla

del vino[52]. Así, uno iba desparramando el báquico líquido que hechiza el corazón y dejaba la huella de sus pies en forma de círculo. Pues uno y otro pie movía alternadamente de un lado a otro. Las velludas mandíbulas se bañaban en el licor de Baco. Otro Sátiro, sacudido por el aguijón de la embriaguez, daba saltos al oír el terrible mugido del batido pandero. Otro mostraba su oscura barbilla roja del rosado licor, por haber bebido incontenible mente del chorro del vino que quita las penas. Y otro dirigía a lo alto de un árbol su salvaje mirada para espiar a una ninfa desnuda que se veía a medias; y hubiese trepado al alto árbol con las extremidades de sus pies con pezuñas, si Dioniso no lo hubiese contenido. Otro más, llevado por el enajenante impulso de la excitante borrachera, se lanzaba sobre una acuática Néyade que se hallaba sin velos; y de cierto que la hubiese tomado con sus velludas manos, mientras ella nadaba, si no se hubiese escondido en la profundidad del torrente. Sólo a Dioniso otorgó Rea la amatista[53] que salva al bebedor de las cadenas de la locura.

Muchos de los cornudos Sátiros celebraban con ágil pie una enloquecida danza. Uno de ellos, con el corazón tomado por esta nueva y caliente locura, alentadora de deseos, tomaba por el talle con su peludo brazo a una Bacante. Y otro, excitado por el aguijón de la embriaguez que extravía la mente, tenía del cinto a una casta doncella, ignorante de uniones; y arrancaba los vestidos de la joven que se resistía ante Cipris mientras con su mano acariciaba por detrás los

[52] Nono asocia *kéras*, «cuerno», con *keránnymi*, «mezclar».

[53] Referencia a la etimología de «amatista» de prefijo privativo *a* y *méthē*, «embriaguez»; esto alude a la creencia de que tal piedra quitaba la embriaguez.

rosados miembros. Otro más acometía contra su voluntad a una joven de los Misterios, portadora de la antorcha que se enciende en las celebraciones nocturnas de Dioniso; con cautos dedos tocaba los pechos hasta apretar la hinchada curva del firme seno.

Tras la celebración del dulce fruto, Dioniso entró orgulloso a la caverna de la diosa Cíbele[54] llevando racimos de uva en su florida mano. Así enseñó a Meonia[55] sus insomnes fiestas.

---

[54] Nombre frigio de la diosa Rea.

[55] Antiguo nombre de Lidia.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL